

SER EN EL ENSUEÑO

FLORINDA DONNER

Para todos aquellos que ensueñan sueños de hechiceros.
Y para aquellos que los ensoñaron conmigo.

**Biblioteca Nueva Era
Rosario – Argentina**

PREFACIO

Florinda Donner es una discípula de don Juan Matus, un maestro brujo del estado de Sonora, México y, por más de veinte años, una compañera mía en ese aprendizaje. Debido a sus talentos naturales, don Juan y dos de sus compañeras hechiceras, Florinda Grau y Zuleica Abelar, le dieron a Florinda Donner una instrucción y cuidado muy especiales. Entre los tres la entrenaron como "ensoñadora" y la llevaron a desarrollar su "atención de ensueño" a un grado de control extraordinario.

De acuerdo con las enseñanzas de Don Juan Matus, los hechiceros del antiguo México practicaban dos artes: el arte de acechar y en arte de ensoñar. Practicar uno u otro arte estaba decretado por la actitud innata de cada practicante de la hechicería. Ensoñadores eran aquellos que poseían la habilidad de fijar lo que los brujos llaman "atención de ensueños", un aspecto especial de la conciencia, en los elementos de los sueños normales. Llamaban acechadores a aquellos que poseían una aptitud innata conocida como la "atención del acecho", otro estado especial de la conciencia, que permite encontrar los elementos clave de cualquier situación en el mundo cotidiano y fijar dicha atención en ellos, a fin de alterarlos o de ayudarlos a permanecer en su curso.

A través de sus enseñanzas, Don Juan Matus siempre puso muy en claro que las ideas de los brujos de la antigüedad aún permanecen en vigencia hoy en día y que los brujos modernos todavía se agrupan en esos dos bandos tradicionales. Por lo tanto, su esfuerzo como maestro fue inculcar en sus discípulos las ideas y prácticas de los brujos de la antigüedad por medio de un riguroso entrenamiento y una disciplina férrea.

La idea de los brujos es que, al lograr que la atención de ensueños se fije en los elementos de los sueños normales, estos sueños se transforman de inmediato en ensueños. Para ellos, los ensueños son estados únicos de conciencia; algo como compuertas abiertas hacia otros mundos reales pero ajenos a la mente racional del hombre moderno.

La primera vez que don Juan me habló del arte de ensoñar, yo le pregunté:

- ¿Quiere usted decir, don Juan, que un hechicero toma a sus sueños como si fueran una realidad?
- Un hechicero no toma nada como si fuera otra cosa –contestó. Los sueños son sueños. Los ensueños no son algo que se puede tomar como la realidad: los ensueños son una realidad aparte.
- ¿Cómo es todo eso? Explíquemelo.
- Tienes que entender que un brujo no es un idiota ni un trastornado mental. Un brujo no tiene ni el tiempo ni la disposición para engañarse a sí mismo, o para engañar a nadie, y menos aún para moverse en falso. Lo que perdería haciendo eso es demasiado grande. Perdería su orden vital, el cual requiere de una vida entera perfeccionar. Un hechicero no va a desperdiciar algo que vale más que su vida tomando una cosa por otra. los ensueños son algo real para un brujo porque puede en ellos actual deliberadamente; puede escoger dentro de una variedad de posibilidades aquellas que sean las más adecuadas para llevarlo adonde necesite ir.
- ¿Quiere usted decir entonces que los ensueños son tal reales como lo que estamos haciendo ahora?
- Si prefieres comparaciones, te diré que los ensueños son quizá más reales. En ellos uno tiene poder para cambiar la naturaleza de las cosas o para cambiar el curso de los eventos. Pero todo eso no es lo importante.
- ¿Qué es entonces lo importante, don Juan?

- El juego de la percepción. Ensoñar o acechar significa ensanchar el campo de lo que se puede percibir a un punto inconcebible para la mente.

En la opinión de los brujos, todos nosotros en general poseemos dones naturales de ensoñadores o acechadores, y a muchos de nosotros nos resulta muy fácil ganar el control de la atención de ensueños o el de la atención del acecho, y lo hacemos de una manera tan hábil y natural que la mayoría de las veces ni nos damos cuenta de haberlo realizado. Un ejemplo de esto es la historia del entrenamiento de Florinda Donner, quien ha necesitado años enteros de agobiante trabajo, no para ganar el control de su atención de ensueño, sino para clarificar sus logros como ensoñadora e integrarlos al pensamiento lineal de nuestra civilización.

Se le preguntó a Florinda Donner una vez cuál era la razón por la que escribió este libro, y ella contestó que le era indispensable contar sus experiencias en el proceso de enfrentar y desarrollar la atención de ensueño a fin de tentar, intrigar o incitar, por lo menos intelectualmente, a quienes les interesaría tomar en serio las afirmaciones de Don Juan Matus acerca de las ilimitadas posibilidades de la percepción.

Don Juan creía que en el mundo entero no existe, ni tal vez ha existido jamás, otro sistema, excepto el de los brujos del antiguo México, que otorgue a la percepción su merecido valor pragmático.

CARLOS CASTANEDA.

NOTA DE LA AUTORA

Mi primer contacto con el mundo de los hechiceros no fue algo planeado o buscado por mí, sino más bien un evento fortuito. Conocí a un grupo de personas en el norte de México en julio de 1970 que resultaron ser los fieles discípulos de la tradición hechicera de los indios del México precolombino.

Aquel primer encuentro tuvo en mí un poderoso efecto; me introdujo en otro mundo que coexiste con el nuestro. He pasado veinte años comprometida con ese mundo, y ésta es la crónica de cómo comenzó mi compromiso y de cómo fue estimulado y dirigido por los hechiceros responsables de mi ingreso en él.

La persona más prominente entre ellos fue una mujer llamada Florinda Matus. Fue mi mentora y mi guía. También quien me dio su nombre —Florinda— como regalo de amor y poder.

Llamarlos hechiceros no es elección mía. Brujos y brujas, o sea hechicero y hechicera, son los términos que ellos mismos usan para designarse a si mismos. Siempre me ha molestado la connotación negativa de esas palabras, pero los propios hechiceros me tranquilizaron de una vez por todas, explicando que lo que se denomina hechicería es algo bastante abstracto: la habilidad que algunas personas desarrollan para expandir los límites de su percepción normal. La cualidad abstracta de la hechicería, entonces, anula automáticamente cualquier connotación positiva o negativa de los términos usados para describir a quienes la practican.

Expandir los límites de la percepción normal es un concepto que surge de la creencia de los hechiceros de que nuestras opciones en la vida son limitadas debido a que están definidas por el orden social. Los hechiceros creen que el orden social crea nuestra lista de opciones, pero que nosotros hacemos el resto; al aceptar solamente esas opciones limitamos nuestras casi ilimitadas posibilidades.

Por fortuna estas limitaciones, de acuerdo con los hechiceros, son aplicables sólo a nuestro lado social y no al otro, prácticamente inaccesible, que no cae dentro del dominio de la percepción ordinaria. Por lo tanto su principal esfuerzo tiende a revelar ese lado. Esto lo logran quebrando el débil pero con todo resistente caparazón de las suposiciones humanas respecto a lo que somos y lo que somos capaces de ser.

Los hechiceros aceptan que en nuestro mundo de los diarios quehaceres hay quienes tientan lo desconocido en busca de opciones diferentes de la realidad, pero argumentan que, por desgracia, tales búsquedas son esencialmente de naturaleza mental. Nunca nos abastecen de la energía necesaria para cambiar nuestro modo de ser. Sin energía, nuevos pensamientos y nuevas ideas casi nunca producen cambios en nosotros.

Algo que aprendí en el mundo de los hechiceros es que, sin retirarse del mundo y sin averiarse en el proceso, ellos logran realizar la magnífica tarea de romper el convenio que ha definido la realidad.

CAPITULO UNO

Respondiendo a un impulso, luego de asistir al bautismo de la hija de una amiga en la ciudad de Nogales, Arizona, decidí cruzar la frontera y entrar en México. Cuando ya salía de la casa de mi amiga, una de sus huéspedes, una mujer llamada Delia Flores, me pidió que la llevara hasta Hermosillo.

Era una mujer morena, tal vez de unos cuarenta y tantos años, de mediana estatura y físico corpulento. Llevaba su cabello negro y liso recogido en una gruesa trenza, y sus ojos oscuros y brillantes realzaban un rostro redondo, astuto, y sin embargo levemente juvenil.

Segura de que se trataba de una mejicana nacida en Arizona, le pregunté si necesitaba una tarjeta de turista para ingresar en México.

—¿Para qué necesito una tarjeta de turista para entrar en mi propio país? —respondió, abriendo los ojos en gesto de exagerada sorpresa.

—Su modo de ser y de hablar me hicieron pensar que usted era de Arizona —contesté.

—Mis padres eran indios de Oaxaca —explicó— pero yo soy una *ladina*.

—¿Qué es una ladina?

—Los ladinos son indios astutos, criados en la ciudad —aclaró. Había en su voz una extraña excitación que me resultaba difícil entender cuando agregó: —Adoptan las maneras del hombre blanco y lo hacen tan bien que pueden hacerse pasar por lo que no son.

—Eso no es para enorgullecerse —juzgué— y por cierto que en nada la favorece a usted, señora Flores.

La contrita expresión de su rostro cedió para dar paso a una amplia sonrisa.

—Tal vez no a un verdadero indio o a un verdadero blanco —repuso con descaro— pero yo estoy perfectamente satisfecha conmigo misma —y, acercándose, agregó—: y no me hables de usted. Por favor llámame Delia. Tengo la impresión de que seremos grandes amigas.

No sabiendo qué decir me concentré en la carretera, y seguimos en silencio hasta llegar al puesto de control. El guardia pidió mi tarjeta de turista, pero no la de Delia. Pareció no reparar en ella; no intercambiaron palabras ni miradas. Cuando intenté hablarle, Delia me detuvo con un movimiento imperioso de su mano, ante el cual el guardia me dirigió una mirada interrogante. Al constatar que yo no le respondería, se encogió de hombros y con un gesto me ordenó proseguir mi camino.

—¿Cómo fue que el guardia no solicitó tus papeles? —pregunté cuando nos hubimos alejado un trecho.

—Oh, él me conoce —mintió, y sabiendo que yo sabía que mentía, rió desvergonzadamente—. Creo que lo asusté y no se animó a hablarme —mintió de nuevo, e insistió con su risa.

Decidí cambiar de tema, aunque más no fuese para ahorrarle una escalada a sus mentiras. Comencé a hablar de cosas de actualidad, pero gran parte del tiempo viajamos en silencio. No resultó ser un silencio tenso e incómodo: fue como el desierto que nos rodeaba, ancho, vacío y extrañamente tranquilizante.

—¿Dónde te dejo? —pregunté cuando entramos en Hermosillo.

—En el centro —contestó—. Siempre me hospedo en el mismo hotel cuando visito esta ciudad. Conozco bien a sus dueños, y estoy segura de poder conseguir para ti la misma tarifa que pago yo.

Agradecida acepté su oferta.

El hotel era viejo y descuidado, la habitación que me dieron abría a un patio polvoriento. Una cama doble de cuatro columnas y una maciza y anticuada cómoda la reducían a dimensiones claustrofóbicas. Habíanle agregado un pequeño baño, pero bajo la cama asomaba una bacinilla

que hacía juego con la jofaina de porcelana ubicada sobre la cómoda.

La primera noche fue espantosa. Dormí mal, y en mis sueños tuve conciencia de susurros y de sombras que se reflejaban en las paredes. De los muebles surgían formas y animales monstruosos, y desde los rincones se materializaban seres pálidos y espectrales.

Al día siguiente recorrí la ciudad y sus alrededores, y esa noche, pese a encontrarme exhausta, me mantuve despierta. Cuando por fin me dormí y caí en una horrenda pesadilla, vi una figura oscura en forma de ameba que me acechaba desde los pies de la cama. Tentáculos iridiscentes colgaban de sus cavernosas hendiduras, y al inclinarse sobre mí respiró, emitiendo tonos y raspantes sonidos que epilgaron en un jadeo.

Mis alaridos fueron ahogados por sus cuerdas iridiscentes que se ajustaron en tomo de mi cuello, y luego todo se hizo negro cuando la criatura —que de alguna manera yo sabía que era femenina— me aplastó arrojándose sobre mí.

El momento intempestivo entre el dormir y el despertar fue por fin quebrado por insistentes golpes sobre mi puerta, y por las preocupadas voces de los huéspedes del hotel que llegaban desde el pasillo. Encendí la luz y murmuré excusas y explicaciones a través de la puerta.

Con la pesadilla todavía adherida a mi piel cual si fuese sudor, me dirigí al baño y sofoqué un alarido al contemplar en el espejo las líneas rojas que cruzaban mi garganta, y los puntos rojos equidistantes que surcaban mi pecho como un tatuaje inconcluso. Frenética empaqué mis cosas. Eran las tres de la mañana cuando pedí la cuenta.

—¿Dónde vas a esta hora? —preguntó Delia Flores surgiendo de la puerta ubicada detrás del mostrador—. Me enteré de la pesadilla. Preocupaste a todo el hotel.

Estaba tan feliz de encontrarme con ella que la abracé y di rienda suelta al llanto.

—Bueno, bueno —murmuró en tren de consuelo mientras acariciaba mis cabellos—. Si quieres puedes dormir en mi cuarto. Yo te cuidaré.

—Nada en el mundo me induciría a seguir en este hotel —repliqué—. Regreso a Los Ángeles en este mismo instante.

—¿Sueles tener pesadillas con frecuencia? —preguntó como al acaso, mientras me conducía a un crujiente diván ubicado en un rincón.

—He sufrido de pesadillas toda mi vida —repuse—. Más o menos me he acostumbrado a ellas, pero esta noche fue distinto; más real, la peor que he tenido.

Me dirigió una mirada larga, como evaluándome. Luego, arrastrando sus palabras, dijo: —¿Quieres deshacerte de tus pesadillas? —y mientras hablaba echó una rápida mirada a la puerta por encima del hombro, cual si temiera que desde allí nos estuviesen escuchando—. Conozco a alguien que en verdad podría ayudarte.

—Eso me gustada mucho —murmuré, desatando el echarpe para mostrarle las líneas que cruzaban mi garganta, y le confié los detalles precisos de mi pesadilla—. ¿Has visto algo parecido? —pregunté.

—Parece bastante serio —dictaminé, examinando con cuidado mis heridas—. En verdad no deberías partir sin antes ver a la curandera que tengo. Vive a unas cien millas al sur de aquí. Un viaje de unas dos horas.

La posibilidad de ver a una curandera me agradó. Había estado expuesta a ellas desde mi nacimiento en Venezuela. Cuando enfermaba mis padres llamaban al médico, y no bien éste partía, nuestra casera venezolana me llevaba a una curandera. Cuando crecí y ya no quise ser tratada de esta manera —ninguno de mis amigos lo era— ella me convenció de que no había nada de malo en esta doble protección. El hábito tomó tal cuerpo que al mudarme a Los Ángeles, cuando enfermaba, no dejaba de ver tanto al médico como a la curandera.

—¿Crees que me verá hoy? —pregunté, y al observar la expresión perpleja de Delia debí recordarle

que ya era domingo.

—Te verá cualquier día —me aseguré—. ¿Por qué no me esperas aquí y te llevaré junto a ella? Juntar mis cosas no llevará más que unos minutos.

—¿Por qué te estás esforzando tanto en ayudarme? —pregunté, de pronto desconcertada por su oferta—. Después de todo soy una perfecta extraña para ti.

—¡Precisamente! —dijo poniéndose de pie y mirándome de manera indulgente cual si pudiese percibir las molestas dudas que surgían en mí—. ¿Qué mejor razón podría haber? —inquirió de manera retórica—. Ayudar a un perfecto extraño es un acto de locura o uno de gran control. El mío es uno de gran control.

Imposibilitada de contestar sólo pude mirarla fijo a los ojos, esos ojos que parecían aceptar el mundo con asombro y curiosidad. De toda su persona emanaba un algo extrañamente tranquilizador. No era sólo que confiaba en ella; era como si la hubiese conocido toda la vida, haciéndome presentir que entre nosotros existía una unión, una proximidad.

Y sin embargo, al verla desaparecer tras la puerta en procura de sus pertenencias, jugué con la idea de tomar mis maletas y huir. No deseaba acarrearme dificultades por causa de mi osadía, como tantas veces sucedió en el pasado, pero una inexplicable curiosidad me retuvo pese a la insistente y conocida sensación de peligro que me dominaba.

Llevaba veinte minutos de espera, cuando surgió una mujer de la puerta situada tras el mostrador de la recepción, vistiendo conjunto rojo de chaqueta y pantalón y zapatos de plataforma. Se detuvo bajo la luz, y con un gesto estudiado sacudió hacia atrás su cabeza de modo que los rulos de su peluca rubia brillaron en la claridad.

—¿No me reconociste, verdad? —preguntó riendo.

—¿En verdad eres tú, Delia? —respondí, contemplándola con la boca abierta.

—¿Qué te parece? —y sin detener su cacareo salió conmigo a la calle en procura de mi auto estacionado frente al hotel, Arrojó su canasta y un bolso en el asiento trasero de mi pequeño convertible, y luego ocupó el asiento junto a mí. —La curandera a la cual voy a llevarte dice que únicamente los jóvenes y los muy viejos pueden permitirse el lujo de vestir de manera estrafalaria. Antes de que se me presentase la oportunidad de recordarle que en materia de edad ella no era ni lo uno ni lo otro, confesó ser mucho más vieja de lo que aparentaba. Su rostro estaba radiante cuando me enfrentó para aclarar:

—Uso este conjunto para deslumbrar a mis amigos.

No especificó si eso era aplicable a mí o a la curandera. Yo, ciertamente, estaba deslumbrada. La diferencia no residía sólo en el ropaje; todo su porte había cambiado, eliminando cualquier trazo de la mujer distante y circunspecta que viajó conmigo de Nogales a Hermosillo.

—Este será un viaje encantador —anunció—, especialmente si bajarnos la capota. —Su voz sonaba feliz y soñolienta. —Adoro viajar de noche con la capota baja.

La complací con gusto. Eran casi las cuatro de la mañana cuando dejarnos atrás Hermosillo. El cielo, tierno, negro y tachonado de estrellas, parecía más alto que cualquier cielo que hubiese visto antes. Imprimí velocidad al vehículo, y sin embargo era como si no nos moviésemos. Las siluetas retorcidas de los cactus y los árboles de mezquite aparecían y desaparecían sin cesar a la luz de mis faros. Todos parecían del mismo talle y tamaño.

—Empaqué unos panes dulces y un termo lleno de champurrado —anunció Delia, echando mano a la canasta que arrojó en el asiento trasero—. Llegaremos a casa de la curandera en horas de la mañana. —Me sirvió una media taza de delicioso chocolate, hecho con harina de maíz, haciéndome saborear, trozo a trozo, un tipo de pan dulce danés.

—Estamos atravesando tierras mágicas —informó, al tiempo que saboreaba el delicioso chocolate—, tierras mágicas habitadas por guerreros.

—¿Y quiénes son esos guerreros? —pregunté, no queriendo aparecer condescendiente.

—Los Yaquis de Sonora —respondió, para quedarse en silencio, tal vez midiendo mi reacción—. Admiro a los indios Yaquis pues han vivido constantemente en guerra. Primero con los españoles y luego con los mejicanos, y hasta épocas tan recientes como 1934. Ambos han experimentado el salvajismo, la astucia y la severidad de los guerreros Yaquis.

—No admiro a la gente guerrera —dije. Y luego, como para disculpar mi tono belicoso, expliqué que yo provenía de una familia alemana destrozada por la guerra.

—Tu caso es diferente —sostuvo—. No posees los ideales de la libertad.

—Un momento —protesté—, es precisamente porque poseo los ideales de la libertad que encuentro la guerra tan abominable.

—Estamos hablando de dos tipos de guerra distintos —insistió.

—La guerra es la guerra —insistí.

—Tu clase de guerra—prosiguió, ignorando mi interrupción— es entre dos hermanos, ambos jefes, que luchan por la supremacía.

—Se acercó, y en un susurro urgente, agregó: —El tipo de guerra al cual yo aludo es entre un esclavo y un patrón que cree ser dueño de la gente. ¿Comprendes la diferencia?

—No, no la comprendo —respondí, testaruda, y repetí que la guerra era la guerra, independientemente de sus razones.

—No puedo estar de acuerdo contigo —dijo, suspirando hondo y reclinándose en el asiento—. Tal vez la razón de nuestro desacuerdo filosófico radique en que provenimos de distintas realidades sociales.

Asombrada por las palabras pronunciadas por Delia, automáticamente aminoré la marcha del coche. No deseaba ser descortés, pero escuchar de su boca esa ristra de conceptos académicos era algo tan incongruente e inesperado que no pude evitar reírme.

Delia no se ofendió. Me observó sonriente, muy satisfecha de sí misma.

—Cuando llegues a conocer mi punto de vista puede que cambies tu opinión. —Dijo esto con tal seriedad, no exenta de cariño, que sentí vergüenza por haber reído. —Hasta puedes disculparte por reírte de mí —agregó, cual si hubiese leído mis pensamientos.

—Pido disculpas, Delia —dije con entera sinceridad—, siento mucho haber sido descortés, pero me sorprendieron tanto tus declaraciones que no supe qué hacer.

—La miré de soslayo antes de agregar compungida: —De modo que reí.

—No me refería a disculpas sociales por tu comportamiento —respondió. y sacudió la cabeza para evidenciar su desilusión—, me refiero a disculpas por no haber comprendido la condición del hombre.

—No sé de qué me hablas —respondí incómoda. Sentía que sus ojos me taladraban.

—Como mujer deberías entender muy bien esa condición. Has sido una esclava toda tu vida.

—¿De qué estás hablando, Delia? —pregunté, irritada por su impertinencia, pero de inmediato me calmé, pensando que sin duda la pobre india tendría un marido prepotente e insoportable.

— Créeme, Delia. Soy enteramente libre. Hago lo que quiero.

—Tal vez hagas lo que quieres. Pero no eres libre —insistió—. Eres mujer, y eso automáticamente significa que estás a merced de los hombres.

—No estoy a merced de nadie —grité.

No sé si fue mi afirmación o el tono de mi voz que hicieron que Delia prorrumpiese en carcajadas, tan fuertes como las mías de momentos antes.

—Pareces estar gozando de tu venganza —observé molesta—. Ahora te corresponde reír a ti, ¿verdad?

—No es lo mismo —replicó, repentinamente seria—. Te reíste de mí porque te sentías superior.

Escuchar a una esclava que habla como su amo siempre divierte al amo por un momento. Intenté interrumpirla, decirle que ni se me había pasado por la mente pensar en ella como en una esclava, o en mí como en un amo, pero ignoró mis esfuerzos, y en el mismo tono solemne explicó que el motivo por el cual había reído de mí era porque yo me encontraba ciega y estúpida ante mi propia feminidad.

—¿Qué sucede, Delia? —pregunté intrigada—. Me estás insultando deliberadamente. —Muy cierto —respondió riendo, por completo indiferente a mi creciente enojo. Luego, golpeándome fuerte en la rodilla, agregó: —Lo que me preocupa es que no sabes que por el mero hecho de ser mujer eres esclava.

Recurriendo a toda la paciencia que pude reunir le dije que estaba equivocada:

—Nadie es esclavo hoy en día.

—Las mujeres son esclavas —insistió Delia—, los hombres las esclavizan. Ellos aturden a las mujeres, y su deseo de marcarlas como propiedad suya nos envuelve en niebla, la niebla resultante cuelga en nosotras como un yunque.

Mi mirada vacía la hizo sonreír. Se recostó en el asiento abrazándose el pecho con las manos.

—El sexo aturde a las mujeres —agregó de manera suave pero enfática—, y lo hace tan concluyentemente que no pueden considerar la posibilidad de que su baja condición sea la consecuencia directa de lo que se les hace sexualmente.

—Esa es la cosa más ridícula que jamás he escuchado —anuncié: luego, pesadamente, me embarqué en una larga diatriba acerca de las razones sociales, económicas y políticas que explicaban la baja condición de la mujer. En gran detalle hablé de los cambios acaecidos en las últimas décadas, y de cómo las mujeres habían tenido bastante éxito en su lucha contra la supremacía masculina. Molesta con su expresión burlona no pude ahorrarme el comentario de que ella, sin duda, era víctima de los prejuicios de su propia experiencia y perspectiva del tiempo. Todo el cuerpo de Delia comenzó a sacudirse con el esfuerzo que hacía para controlar su risa. Logró hacerlo y me dijo:

—En realidad nada ha cambiado. Las mujeres son esclavas. Hemos sido criadas como esclavas. Las esclavas que han sido educadas están hoy atareadas denunciando los abusos sociales y políticos cometidos contra la mujer. No obstante, ninguna de esas esclavas puede enfocar la raíz de su esclavitud —el acto sexual— a no ser que involucre la violación, o esté relacionado con alguna forma de abuso físico. —Una leve sonrisa adornó sus labios cuando dijo que los religiosos, los filósofos y los hombres de ciencia han mantenido durante siglos, y por supuesto lo siguen haciendo, que tanto los hombres como las mujeres deben seguir un imperativo biológico dictado por Dios, que atañe directamente a su capacidad sexual reproductiva.

“Hemos sido condicionadas para creer que el sexo es bueno para nosotras —subrayó—. Esta creencia y aceptación innata nos ha incapacitado para hacer la pregunta acertada.

—¿Y cuál es esa pregunta? —inquirí, esforzándome para no reír de sus convicciones totalmente erradas.

Delia pareció no haberme escuchado; estuvo tanto tiempo en silencio que pensé que se había dormido, y por lo tanto me sorprendió cuando dijo:

—La pregunta que nadie se atreve a hacer es: ¿qué es lo que el acto de que nos monten nos hace a las mujeres?

—Vamos, Delia... —remilgué burlonamente.

—El aturdimiento de la mujer es tan total que enfocamos cualquier otro aspecto de nuestra inferioridad menos el que es la causa de todo —sostuvo.

—Pero Delia —dije riendo—, no podemos vivir sin sexo. ¿Qué sería del género humano si...?

Atajó mi pregunta y mi risa con un gesto imperativo de su mano.

—Hoy en día mujeres como tú, en su celo por igualar al hombre, lo imitan, y lo hacen hasta el extremo absurdo de que el sexo que les interesa no tiene nada que ver con la reproducción. Equiparan el sexo a la libertad, sin siquiera considerar lo que el sexo hace a su bienestar físico y emocional. Hemos sido tan cabalmente inductinadas que creemos firmemente que el sexo es bueno para nosotras. Me tocó con el codo y, como si estuviese recitando una letanía, agregó:

“El sexo es bueno para nosotras. Es agradable, es necesario. Alivia las depresiones, las represiones y las frustraciones. Cura los dolores de cabeza, la hipertensión y la baja presión. Hace desaparecer los granos de la cara. Hace crecer el culo y las tetas. Regula el ciclo menstrual. En suma; es fantástico! Es bueno para las mujeres. Todos lo dicen. Todos lo recomiendan. —Hizo una pausa para luego declamar con dramática finalidad: —No hay mal que una buena cogida no cure.

Sus declaraciones me parecieron muy graciosas, pero de pronto me puse seria al recordar cómo mi familia y amigos, incluso nuestro médico de cabecera, lo habían sugerido (por supuesto no de manera tan cruda) como una cura para todos los males de la adolescencia que me aquejaban al crecer en un medio tan estrictamente represivo. Había dicho que al casarme tendría ciclos menstruales regulares, aumentaría de peso y dormiría mejor. Incluso adquiriría una disposición de ánimo más dulce.

—No veo nada de malo en desear sexo y amor —me defendí—. Mis experiencias en este sentido han sido muy placenteras, y nadie me domina o aturde. ¡Soy libre! Lo hago con quien quiero y cuando quiero.

En los ojos oscuros de Delia vi un destello de alegría al decir:

—El que elijas tu compañero no altera el hecho de que te montan. —Enseguida sonrió, como para mitigar la aspereza de su tono, y agregó: —Equiparar el sexo con la libertad es la suprema ironía. La acción de aturdir por parte del hombre es tan completa, tan total, que nos ha drenado la energía y la imaginación necesaria para enfocar la verdadera causa de nuestra esclavitud. —Luego enfatizó: —Desear a un hombre sexualmente, o enamorarse románticamente de uno, son las únicas opciones dadas a las esclavas, y todo lo que nos han dicho acerca de estas dos opciones no son otra cosa que excusas que nos sumergen en la complicidad y la ignorancia.

Me indigné, pues no podía dejar de pensar en ella como en una reprimida que odiaba a los hombres.

—¿Por qué odias tanto a los hombres. Delia? —pregunté, apelando a mi tono más cínico.

—No me desagradan —aseguró—, a lo que me opongo apasionadamente es a nuestra renuencia a examinar cuán profundamente inductinadas estamos. La presión que han ejercido sobre nosotras es tan terrible y santurrona que nos convertimos en cómplices complacientes. Quienes se animan a disentir son rotuladas como monstruos que detestan a los hombres, y sufren la consiguiente mofa.

Sonrosada, la observé subrepticamente, y decidí que podía hablar en forma despreciativa del amor y el sexo pues, al fin y al cabo, era vieja y más allá de todo deseo.

Riendo por lo bajo Delia colocó las manos tras la cabeza. —Mis deseos físicos no han caducado porque sea vieja —confesó— sino porque se me ha dado la oportunidad de usar mi energía e imaginación para convertirme en algo distinto de la esclava para la cual me criaron.

Porque había leído mis pensamientos me sentí más insultada que sorprendida. Comencé a defenderme, pero mis palabras sólo provocaron su risa. Cuando dejó de reír me encaró; su rostro lucía tan serio y severo como el de una maestra a punto de regañar a un alumno. —Si no eres una esclava, ¿cómo es que te criaron para ser una *Hausfrau* que no piensa en otra cosa que en *heiraten* y en tu futuro *Herr Gernahl* que *dich mitnehmen?*’

Reí tanto ante su uso del alemán, que debí detener el auto para no correr el riesgo de accidentarnos, y mi interés por averiguar dónde había aprendido tan bien ese idioma hizo que

olvidara defenderme de su poco lisonjera acusación de que todo lo que yo ambicionaba en la vida era encontrar un marido que cargase conmigo. Con respecto a su conocimiento del alemán, pese a mis insistentes súplicas se mantuvo desdeñosamente refractaria a hacer revelaciones.

— Tú y yo tendremos tiempo de sobra en el futuro para hablar de alemán —aseguró, y luego de mirarme en forma burlona agregó— o del hecho de que seas una esclava —y adelantándose a mi réplica sugirió que hablásemos de algo impersonal.

—¿Cómo qué, por ejemplo? —pregunté, y puse el coche en marcha.

Colocó su asiento en una posición casi reclinada y cerró los ojos.

—Deja que te cuente algo acerca de los cuatro líderes más famosos que tuvieron los yaquis —murmuró—. A mi me interesan los líderes, sus éxitos y sus fracasos.

Antes de que yo pudiese objetar que en realidad no me interesaban las historias de guerra, Delia dijo que Calixto Muní fue el primer yaqui en atraer su atención. Contar historias no era su fuerte. Su relato resultó directo, casi académico, pese a lo cual me encontré pendiente de cada palabra. Calixto Muni fue un indio que durante años navegó bajo la bandera pirata por aguas del Caribe. Al regresar a su Sonora natal, dirigió alrededor de 1730 una revuelta contra los españoles. Traicionado, fue capturado y ejecutado.

Luego Delia se explayó en una sofisticada explicación acerca de cómo, en la década de 1820, luego de lograda la independencia mejicana, su gobierno intentó parcelar las tierras yaquis, y la resultante resistencia se convirtió en una amplia revuelta. Fue Juan Bandera, explicó, quien —guiado por el mismísimo espíritu— organizó las unidades combativas de los yaquis. Armados con frecuencia sólo con arcos y flechas, las huestes de Bandera lucharon durante casi diez años contra las tropas mejicanas. En 1832 Bandera fue derrotado y ejecutado. Según Delia el siguiente líder destacado fue José María Leyva, mejor conocido como Cajeme, “el que no bebe”, yaqui de Hermosillo y hombre educado que había adquirido sus conocimientos militares sirviendo en el ejército mejicano. Gracias a esos conocimientos unificó a todos los yaquis. Desde su primera intentona, alrededor de 1870, Cajeme mantuvo sus fuerzas en estado de revuelta activa. Fue derrotado por el ejército mejicano en 1887 en Buataviche, un baluarte montañoso fortificado, y pese a que logró escapar y ocultarse en Guaymas. Eventualmente fue traicionado y ajusticiado.

El último de los grandes héroes yaquis fue Juan Maldonado. Conocido también como Tebiate, “piedra rodante”. Reorganizó los restos de las fuerzas yaquis en las montañas de Bacatete, y desde allí condujo una feroz y desesperada guerra de guerrillas contra las tropas mejicanas por más de diez años.

—Para fines de siglo—y con esto Delia finalizó su narración— el dictador Porfirio Díaz había inaugurado una campaña de exterminio de los yaquis. Los mataban mientras trabajaban los campos, miles fueron capturados y enviados a trabajar en las plantaciones de agave en Yucatán, y a Oaxaca en las dc caña de azúcar.

Me impresionaron sus conocimientos, pero aún no podía entender por qué me había contado todo esto. No le ahorré mi admiración. —Suenas como una erudita, como una historiadora del modo de vida de los yaquis. ¿Qué eres en realidad?

Por un momento pareció desconcertada por mi pregunta, que por otra parte era puramente retórica, pero recobrándose con rapidez dijo:

—Ya te he dicho quién soy. Sucede que conozco mucho acerca de los yaquis. Vivo entre ellos, ¿sabes? —Cayó en un momentáneo silencio, luego hizo un breve movimiento de cabeza, como quien arriba a una conclusión y agregó: —El motivo por el cual te he contado lo de los líderes de los yaquis es porque compete a las mujeres conocer la fuerza y la debilidad del líder.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿A quién le interesan los líderes? En lo que a mi respecta son todos

unos tontos.

Delia se rascó la cabeza bajo la peluca, estornudó repetidas veces y dijo con vacilante sonrisa: — Por desgracia las mujeres deben congregarse en torno de ellos, a no ser que deseen ser ellas mismas las que guíen.

—Y a quién van a guiar? —pregunté de manera sarcástica.

Me miró con asombro, luego friccionó la parte superior de su brazo. Tanto el gesto como el rostro parecían pertenecer a una jovencita. —Es bastante difícil de explicar —murmuró, la voz dominada por una rara suavidad, mitad ternura y otra mitad indecisión mezclada con falta de interés—. Es mejor que no lo intente. Podría perderte para siempre. Todo lo que puedo decir por el momento es que ni soy erudita ni historiadora. Soy una narradora de historias que aún no te ha contado la parte más importante de su cuento.

—¿Y cuál es ese cuento? —pregunté, intrigada por su deseo de cambiar de tema.

—Todo lo que te he dado hasta ahora es información precisa. De lo que no he hablado es del mundo mágico desde el cual operaban esos líderes yaquis. Para ellos las acciones del viento, las sombras, los animales y las plantas eran tan importantes como los actos de los hombres. Esa es la parte que más me interesa.

—¿Las acciones del viento, las sombras, los animales y las plantas? —repetí mofándome.

En nada perturbada por mi tono, Delia asintió con un movimiento de cabeza, y luego de incorporarse en el asiento se quitó la peluca rubia para permitir que el viento jugase con sus cabellos negros y lacios.

—Esos son los cerros del Bacatete —anunció, señalando unas montañas ubicadas a nuestra izquierda. Apenas delineadas contra la semioscuridad del cielo del amanecer.

—¿Es allí a donde nos dirigimos? —pregunté.

—Hoy no —repuso, deslizándose de nuevo en el asiento. Una sonrisa crítica jugaba en torno de sus labios cuando me enfrentó.

—Tal vez algún día tendrás oportunidad de visitar esas montañas —agregó, cerrando los ojos—, el Bacatete está habitado por criaturas de otro mundo, de otra época.

—¿Criaturas de otro mundo, de otra época? —repetí, e imprimí a mi voz una seriedad burlona—. ¿Quiénes o qué son?

—Criaturas —repuso vagamente—, criaturas que no pertenecen a nuestro tiempo o a nuestro mundo.

—Vamos, Delia. ¿Estás tratando de asustarme? —y no pude evitar la risa. Aun en la oscuridad su rostro brillaba. Parecía extraordinariamente joven, con su piel sin arrugas que se plegaba sobre las curvas de sus mejillas, mentón y nariz.

—No, no estoy tratando de asustarte —repuso con naturalidad, al tiempo que acomodaba un mechón de pelo tras su oreja—. Simplemente te transmito lo que en esta región es público y notorio.

—Interesante. ¿Y qué clase de criaturas son? —pregunté. y debí morderme los labios para controlar la risa—. ¿Los has visto?

Me contestó con tono indulgente.

—Por supuesto que los he visto. De no ser así no estaría refiriéndome a ellos —y sonrió con dulzura sin vestigios de resentimiento—. Son seres que poblaron la tierra en otro tiempo, y que ahora se han retirado a lugares aislados.

Inicialmente no pude evitar reírme de su credulidad. Luego, al ver cuán seria y convencida estaba de la existencia de estos seres, decidí aceptarlo y no burlarme de ella. Al fin y al cabo me estaba conectando con una curandera, y no deseaba antagonizarla con mis indagaciones racionales.

—Estos seres, ¿son los fantasmas de los guerreros yaquis que perdieron la vida en las guerras?

—pregunté.

Lo negó con un gesto de la cabeza: luego, como si temiese que alguien pudiera escucharnos, se acercó para susurrarme en el oído.

—Es bien sabido que estas montañas están habitadas por seres encantados: pájaros que hablan, arbustos que cantan, piedras que bailan, y criaturas que pueden adoptar la forma que desean.

Reclinada en su asiento me contempló expectante.

—Los yaquis llaman a estas criaturas *surem*, y creen que son viejos yaquis que rehusaron ser bautizados por los primeros jesuitas que vinieron a cristianar a los indios. —Acarició mi brazo afectuosamente. —Cuidate, dicen que a los *surem* les gustan las rubias —y rió, encantada de su advertencia—. Tal vez sea eso lo que provoca tus pesadillas: un *surem* tratando de robarte.

—En realidad no crees en todo esto, ¿verdad? —le pregunté desdeñosamente, incapaz ya de disimular mi enojo.

—No, acabo de inventar eso de que a los *surem* les gustan las rubias —respondió con tono tranquilizante—. No les gustan en absoluto.

Pese a que no me volví para mirarla, pude percibir su sonrisa y la chispa de humor en sus ojos, lo cual me molestó, y me hizo pensar que Delia era muy cándida, esquiva o, peor aún, muy loca.

—En realidad no crees en la existencia de seres de otro mundo, ¿verdad? —estallé malhumorada. Enseguida, temerosa de haberla ofendido, la enfrenté con una semiansiosa excusa en los labios, pero antes de que pudiese articular palabra, me respondió en el mismo tono fuerte y agresivo que yo empleara anteriormente.

—Por supuesto que lo creo. ¿Por qué no habrían de existir?

—¡Sencillamente porque no! —dije de manera seca y autoritaria, para enseguida disculparme. Le hablé de mi crianza pragmática, y de cómo mi padre me había llevado a admitir que los monstruos de mis sueños, y mis por supuesto invisibles compañeros de juego, no eran otra cosa que producto de una imaginación superactiva.

- Desde temprana edad fui criada para ser objetiva y para calificar todo.

—Ese es el problema—observó Delia—, la gente es tan razonable que sólo hablar de ello disminuye mi vitalidad.

—En mi mundo —continué, ignorando su comentario— no existe dato alguno acerca de criaturas de otros mundos: sólo especulaciones y anhelos, fantasías de mentes perturbadas.

—¡No puedes ser tan densa! —expresó gozosa entre accesos de risa, como si mi explicación hubiese colmado sus expectativas.

—¿Puedes probarme que esos seres existen? —la desafié.

—¿Y en qué consistiría la prueba? —preguntó con un aire de desconfianza obviamente falso.

—Si alguna persona pudiese verlos, ésa sería una prueba.

—Quieres decir que si tú, por ejemplo, logras verlos, ¿ésa sería una prueba de su existencia? —preguntó, acercando su cabeza a la mía.

—Ese podría ser un comienzo.

Con un suspiro Delia apoyó la cabeza contra el respaldo de su asiento, y se mantuvo tanto tiempo en silencio que tuve la certeza de que se había dormido, y me sorprendí sobremanera cuando se incorporó abruptamente para pedirme que detuviese el auto a la vera del camino. Necesitaba aliviarse, dijo.

Decidí aprovechar la detención de nuestro viaje con idéntico fin, y me interné tras ella en el matorral. Estaba por bajarme los jeans cuando escuché a una fuerte voz masculina muy cerca de mí decir "¡Qué cuerote!" y suspirar. Con mis jeans aún sin desprender corrí hacia donde se encontraba Delia.

—Es mejor que salgamos de aquí —grité—, hay un hombre escondido en el matorral.

—No seas idiota —repuso—, lo único que hay es un burro.

—Los burros no suspiran como hombres depravados —observé, y repetí las palabras escuchadas. Delia cayó presa de un ataque de risa, pero al observar mi preocupación hizo un gesto conciliatorio con la mano.

—¿Llegaste a ver al hombre?

—No fue necesario —respondí—, con escucharlo me bastó.

Por unos instantes no se movió: luego se encaminó hacia el auto, pero antes de que trepásemos el terraplén de la carretera se detuvo de golpe y, volviéndose hacia mí, susurró:

—Ha sucedido algo bastante misterioso que te debo revelar—y, tomándome de la mano, me condujo de regreso al punto donde me puse en cuclillas. Y allí mismo, tras unos arbustos, vi un burro.

—Antes no estaba allí —insistí.

Delia me observó, divertida, luego se encogió de hombros y se dirigió al animal.

—Burrito —dijo en el tono que se emplea con los bebés—, ¿le miraste el trasero?

Pensé que Delia era una ventrilocua y que se proponía hacer hablar al animal, pero el burro sólo rebuznó fuerte y repetidas veces.

—Salgamos de aquí—le rogué, tirándole de la manga—. Ha de ser el dueño el que está escondido entre los arbustos.

—Pero el pobrecito no tiene dueño —dijo, en el mismo tonito infantil, a la vez que acariciaba sus largas y suaves orejas.

—Por supuesto que tiene dueño. ¿No ves lo bien cuidado y alimentado que luce? —y en una voz que enronquecía por imperio de los nervios y la impaciencia, subrayé una vez más los peligros que representaba para dos mujeres el verse solas en un desierto camino de Sonora.

Delia me observó en silencio, en apariencia preocupada. Luego asintió con la cabeza e invitó por señas a seguirla. Pegado a mí caminaba el burro, topando mis nalgas con el hocico, pero cuando me volví para enfrentarlo debí conformarme con una maldición. El burro ya no estaba.

—¡Delia! —grité asustada—. ¿Qué sucedió con el burro?

Alarmada por mi grito una bandada de pájaros alzó ruidoso vuelo, trazó un círculo en torno y luego enfiló hacia el este, y esa frágil hendidura en el cielo era indicio del fin de la noche y el comienzo del día.

—¿Dónde está el burro? —insistí en un susurro apenas audible.

—Allí lo tienes, frente a ti —repuso, señalando un árbol nudoso, huérfano de hojas.

—No lo veo.

—Necesitas anteojos.

—No tengo problemas con mis ojos —repliqué—. Hasta alcanzo a ver las hermosas flores del árbol —y asombrada por la belleza de los capullos blancos y brillantes en forma de campanillas, me acerqué.

—¿Qué clase de árbol es?

—Palo Santo.

Por un segundo desconcertante creí que era el animal, que en ese momento emergía detrás del tronco, quien había hablado. Me volví hacia Delia.

—Palo Santo —repitió, riendo.

Allí se me cruzó la idea de que Delia me estaba jugando una broma. El burro probablemente pertenecía a la curandera quien, sin duda, vivía en las intermediaciones.

—¿Qué es lo que te causa tanta gracia? —preguntó Delia al captar la expresión sabihonda de mi rostro.

—Tengo un terrible calambre —mentí, sentándome con las manos sobre el estómago—. Por favor,

espérame en el auto.

No bien quedé sola me quité la bufanda para anudarla en el cuello del burro, y gocé anticipando la sorpresa de Delia cuando descubriese (al llegar a casa de la curandera) que todo el tiempo yo estaba al tanto de su broma. Sin embargo toda esperanza de reencontrarme con el animal o mi bufanda desaparecieron pronto. Nos llevó casi dos horas el llegar a destino.

CAPÍTULO DOS

Alrededor de las ocho de la mañana arribamos a la casa de la curandera en las afueras de Ciudad Obregón; una casa vieja, maciza, de paredes enjalbegadas y techo de tejas grises a causa del paso del tiempo. Lucía rejas de hierro y un pórtico en forma de arco.

La pesada puerta de calle estaba abierta de par en par, y con la confianza de quien conoce el terreno, Delia Flores me condujo a través de un vestíbulo oscuro y un largo corredor hacia los fondos, a una habitación apenas amoblada con una cama estrecha, una mesa y varias sillas. Lo más extraño de esa estancia era que en cada pared había una puerta. Todas ellas cerradas.

—Espera aquí —ordenó Delia, señalando la cama con el mentón—. Duerme un rato mientras busco a la curandera, lo cual puede llevarme algún tiempo —y cerró la puerta tras ella.

Aguardé a que el sonido de sus pasos se amortiguara antes de inspeccionar la más extraña sala de curación que jamás vieran mis ojos. Las paredes blancas estaban desnudas, y las baldosas marrón claro brillaban como un espejo. No había altar, imágenes o figuras de santos, Virgen ni el Jesús que supuse fuesen de rigor en tales cuartos. Me asomé a las cuatro puertas; dos abrían a corredores sombríos, las otras a un patio cercado por un alto muro.

Cuando caminaba en puntas de pie por uno de los corredores rumbo a otra habitación, oí tras de mí un gruñido ahogado y amenazante. Me volví con lentitud, y apenas a un par de metros vi un enorme perro negro de feroz aspecto. No me atacó, pero firme en su postura me desafiaba con gruñidos y la exhibición de sus colmillos. Sin mirarlo directamente a los ojos. Pero manteniéndolo siempre enfocado, retrocedí de espaldas hasta la sala de curación, seguida hasta la propia puerta por el animal. Cerré la puerta con suavidad en sus mismas narices, para luego apoyarme contra la pared hasta lograr que se normalizaran los latidos de mi corazón.

Después me acosté en la cama, y en poco tiempo, sin siquiera proponérmelo, caí en un profundo sueño.

Me despertó una leve presión sobre el hombro, y al abrir los ojos tenía ante mí el rostro rugoso y rosado de una mujer de edad.

—Estás ensoñando —dijo— y yo soy parte de tu ensueño.

Asentí automáticamente con la cabeza, pero sin estar del todo convencida de estar soñando. La mujer era llamativamente pequeña; no enana ni pigmea sino más bien del tamaño de una criatura, de brazos flacos y hombros estrechos y frágiles.

—¿Eres la curandera? —pregunté.

—Soy Esperanza —respondió—. Soy la que trae los ensueños. Su voz era suave y muy baja, dotada de una cualidad curiosa y exótica, como si el español (que hablaba de manera fluida) fuese una lengua a la cual los músculos del labio superior no estaban acostumbrados. Gradualmente el sonido de su voz ganó en intensidad hasta convertirse en una fuerza disgregada que llenaba la habitación, haciéndome pensar en aguas que corrían en la profundidad de una caverna.

—No es una mujer—murmuré para mis adentros—, es el sonido de la oscuridad.

—Ahora voy a remover la causa de tus pesadillas —anunció, fijando en mí su mirada imperiosa, al tiempo que sus dedos presionaban con suavidad mi cuello—. Las sacaré una por una —prometió, mientras sus manos se movían sobre mi pecho en suaves oleadas. Sonrió de manera triunfal, y luego me invitó a examinar las palmas de sus manos. —¿Ves? Salieron sin esfuerzo alguno.

Me observaba con tal expresión de logro y asombro que no pude decirle que nada veía en sus manos, y segura de que la sesión curativa había finalizado, le agradecí y me incorporé. Sacudió la cabeza en gesto de reproche, y con suavidad me obligó a recostarme.

—Estás dormida —me recordó—. Soy la que trae los ensueños, ¿recuerdas?

Me hubiese encantado insistir que estaba despierta, pero lo único que logré fue sonreír como idiota al tiempo que el sueño me sumía en un estado confortable.

Risas y susurros me cercaban como sombras; luché por despertar, y debí hacer un gran esfuerzo para abrir los ojos, incorporarme y mirar a quienes se habían congregado alrededor de la mesa. La peculiar tiniebla del cuarto entorpecía la posibilidad de verlos con claridad. Delia se encontraba entre ellos, y estaba a punto de pronunciar su nombre cuando un insistente sonido raspante me hizo volver para averiguar qué sucedía a mis espaldas.

Un hombre, precariamente encaramado sobre un taburete alto, descascaraba manías haciendo mucho ruido. A primera vista parecía joven, pero de alguna manera yo sabía que era viejo. Su sonrisa era una mezcla de astucia e inocencia.

—¿Quieres? —ofreció.

Antes de que yo pudiera ensayar respuesta alguna mi boca se abrió en asombro, y no pude hacer otra cosa que mirarlo fijamente al verle trasladar todo su peso a una mano y sin esfuerzo elevar su cuerpo pequeño y tenso en una vertical. Desde esa posición me arrojó un maní que cayó en mi boca abierta.

Me atraganté y un golpe seco en mi espalda de inmediato restableció la respiración. Agradecida me di vuelta para averiguar quién entre todos los que ahora se habían agolpado en torno de mí había reaccionado con tanta presteza.

—Soy Mariano Aureliano —dijo quien me había ayudado. Me dio un apretón de manos. Su tono suave y la encantadora formalidad de su gesto mitigaron la fiera expresión de sus ojos y la severidad de sus rasgos aguileños. El sesgo de sus cejas oscuras le daba un aspecto de ave de rapiña. Sus cabellos blancos y el rostro bronceado y curtido hablaban de años, pero su cuerpo musculoso exhalaba vitalidad de juventud.

Había seis mujeres en el grupo, incluyendo a Delia, y todas me dieron un apretón de manos de idéntica y elocuente formalidad. No me dijeron sus nombres, simplemente se pronunciaron gustosas de conocerme. En lo físico no se parecían, pese a lo cual existía entre ellas una llamativa similitud, una contradictoria mezcla de juventud y vejez, de fuerza y delicadeza que me desorientaba, acostumbrada como estaba a la brusquedad y ausencia de sutilezas de mi patriarcal familia alemana.

Así como no lograba descifrar la edad de Mariano Aureliano y el acróbata del taburete, tampoco lograba hacerlo con la de las mujeres, que podría ubicarse tanto en los cuarenta como en los sesenta años.

El hecho de que las mujeres persistiesen en mirarme fijamente me produjo una pasajera ansiedad. Experimenté la muy definida impresión de que podían ver dentro de mí, y estaban analizando lo visto. Sus sonrisas divertidas y contemplativas no me proporcionaban mayor seguridad, de modo que ansiosa por quebrar ese molesto silencio por cualquier medio, me dirigí al hombre del taburete para preguntarle si era acróbata.

Soy el señor Flores —dijo, y con una voltereta hacia atrás abandonó el taburete y aterrizó en el suelo sobre sus piernas cruzadas—. No soy un acróbata —aclaró—, soy un mago —y con una sonrisa de inocultable gozo extrajo de un bolsillo la bufanda de seda que yo había atado al cuello del burro.

—Ya sé quién es usted. ¡Usted es el marido de ella! —y apunté un dedo acusador a Delia—. ¡Ustedes sí que me hicieron una buena jugarreta!

El señor Flores no respondió, limitándose a mirarme en medio de un cortés silencio.

—No soy el marido de nadie —dijo por fin, y salió de la habitación por una de las puertas conducentes al patio, haciendo medialunas. (Medialunas: término relacionado con la acrobacia.)

Respondiendo a un impulso salté de la cama y fui tras él. Por unos instantes, encandilada por la luz exterior, quedé inmóvil. Luego crucé el patio y corrí paralelo al camino de tierra hasta encontrarme en un terreno recién sembrado, delimitado por árboles de eucaliptos. Hacía calor, el sol parecía estar en llamas y los surcos resplandecían como grandes víboras efervescentes.

—Señor Flores —grité, sin obtener respuesta, y segura de que se ocultaba tras alguno de los árboles, crucé el terreno a la carrera.

¡Cuidado con esos pies descalzos! —advirtió una voz llegada de lo alto.

Sorprendida miré hacia arriba y allí, cara a cara conmigo, estaba el señor Flores colgado de las piernas.

—Es peligroso y tonto caminar sin zapatos —me reprochó, columpiándose como un trapequista—. Este lugar está infestado de víboras de cascabel. Mejor me acompañas acá arriba. Es seguro y fresco.

No obstante saber que las ramas estaban fuera de mi alcance, elevé mis brazos con confianza infantil, y antes de que pudiese adivinar las intenciones del señor Flores, él ya me había tomado de las muñecas, y sin mayor esfuerzo del necesario para alzar a una muñeca de trapo, me había levantado del suelo y depositado en el árbol. Deslumbrada me senté junto a él para mirar las hojas susurrantes que brillaban al sol como astillas de oro.

—¿Escuchas lo que te dice el viento? —preguntó el señor Flores luego de un largo silencio, y giró su cabeza en uno y otro sentido para que yo pudiese apreciar la manera asombrosa en que movía las orejas.

—¡Zamurito! —susurré, mientras los recuerdos inundaban mi mente. Zamurito, “buitrecito”, era el apodo de un amigo de mi infancia venezolana. El señor Flores tenía sus mismos rasgos delicados, semejantes a un pájaro, el pelo renegrido y los ojos color mostaza y. para colmarme de asombro, él, igual que Zamurito, podía mover las orejas de a una a la vez o ambas al mismo tiempo.

Le hablé al señor Flores de mi amigo, a quien conocía desde el jardín de infantes. En segundo grado habíamos compartido un pupitre, y durante los largos recesos del mediodía, en lugar de comer nuestra merienda en el colegio, nos escapábamos para hacerlo en la cima de una colina cercana, a la sombra del que creíamos era el árbol de mango más grande del mundo, cuyas ramas más bajas tocaban el suelo y las más altas rozaban las nubes. En la estación de las frutas nos atiborrábamos de mangos.

La cima de ese cerrito era nuestro lugar favorito hasta el día en que encontramos el cuerpo del bedel del colegio colgado de una rama. No nos animamos a movernos ni a gritar; ninguno deseaba perder prestigio ante el otro. Ese día no subimos a las ramas. Procuramos comer nuestro almuerzo prácticamente bajo el cuerpo del muerto, preguntándonos internamente cuál de los dos se derrumbaría primero. Fui yo quien cedió.

—¿Alguna vez has pensado en morir? —preguntó Zamurito en voz muy baja.

Yo acababa de mirar al colgado. Y en ese instante el viento había movido las ramas con una insistencia llamativa, y en ese rozar de las hojas yo había escuchado al muerto decirme que la muerte era apaciguante. Esto me resultó tan insólito que me puse de pie y huí entre gritos, indiferente a lo que Zamurito pudiese pensar de mí.

—El viento hizo que las ramas y las hojas te hablaran —dijo el señor Flores cuando hube finalizado mi cuento. Su voz era baja y suave, y sus ojos de oro brillaron con luz afiebrada al explicarme que en el momento de la muerte, en un relampagueo instantáneo, las memorias, sentimientos y emociones del viejo bedel se habían liberado para ser absorbidas por el árbol de mango.

—El viento hizo que las ramas y las hojas te hablaran —repitió pues el viento por derecho te pertenece. —Con ojos adormilados miró a través de las hojas, buscando más allá del horizonte

que se perdía bajo el sol. —El ser mujer te permite comandar al viento —prosiguió—. Las mujeres no lo saben, pero en cualquier momento pueden dialogar con el viento.

Sacudí la cabeza sin comprender.

—En realidad no sé de qué habla usted —le dije, y mi tono de voz delató mi creciente inquietud—. Esto es como un sueño, y si no fuese porque sigue y sigue, juraría que es una de mis pesadillas. Su prolongado silencio me molestó, y sentí el rostro sofocado por la irritación. - ¿Qué hago yo aquí, sentada en un árbol con un viejo loco?-, me pregunté, pero al mismo tiempo, temiendo haberlo ofendido, opté por pedir disculpas por mi aspereza.

—Sé que mis palabras no tienen mucho sentido para ti —admitió—. Eso es porque hay mucha costra en ti, lo cual te impide escuchar lo que el viento tiene para decir.

—¿Demasiada costra? —pregunté, confusa y suspicaz—. ¿Quiere usted decir que estoy sucia?

—Eso también —dijo, haciéndome sonrojar. Sonrió y repitió que yo estaba envuelta en una costra muy gruesa y que esa costra no podía ser eliminada con agua y jabón, independientemente de cuantos baños tomase. —Estás llena de juicios —explicó—, y ellos te impiden entender lo que te estoy diciendo y que el viento es tuyo para lo que quieras mandar.

Me observó con ojos críticos, tirantes.

—¿Y bien? —exigió con impaciencia, y antes de que pudiese percatarme de lo que estaba sucediendo me había tomado de las manos, hecho girar y depositado en el suelo. Creí ver cómo sus brazos y piernas se estiraban como si fuesen bandas elásticas, imagen pasajera que me expliqué a mi misma como una distorsión perceptual causada por el calor. No pensé más en ello pues en ese preciso momento me distrajeran Delia Flores y sus amigos, que extendían un gran trozo de lona bajo el árbol vecino.

—¿Cuándo viniste aquí? —le pregunté, desorientada pues ni habla visto ni oído al grupo acercarse.

—Vamos a tener una comidita en tu honor —dijo.

—Porque hoy te uniste a nosotros —agregó otra de las mujeres.

—¿Cómo fue que me uní a ustedes? —pregunté, sintiéndome incómoda. No había logrado individualizar a quien habló, y las miré de a una en una esperando que alguna explicase esa declaración.

Indiferentes a mi inquietud las mujeres se concentraron en la lona, asegurándose de que estuviese uniformemente extendida. Cuanto más las observaba mayor era mi preocupación. Todo se me antojaba tan extraño. Podía explicar con facilidad por qué había aceptado la invitación de Delia a visitar a la curandera, pero no podía comprender mis acciones posteriores. Era como si alguien se hubiese hecho cargo de mis facultades racionales, obligándome a permanecer allí y reaccionar y decir cosas ajenas a mi voluntad. Y ahora organizaban una celebración en mi honor, de la cual lo menos que podía decir era que me resultaba desconcertante, y pese a mis esfuerzos no lograba explicar mi presencia en ese lugar.

—Por cierto que no me merezco nada de esto —murmuré, revelando mi formación alemana—, la gente no suele hacer cosas por otros, porque sí no más.

Sólo cuando escuché la exuberante risa de Mariano Aureliano percibí que todos me estaban mirando.

—No hay razón alguna para que consideres tan a fondo lo que te está sucediendo hoy —dijo, tocándome con suavidad el hombro—. Organizamos la comida porque nos gusta hacer las cosas bajo el impulso del momento, y puesto que hoy has sido curada por Esperanza, a mis amigos les gusta decir que la comida es en tu honor. —Habló de manera casual, casi con indiferencia, cual si se tratase de un asunto sin importancia, pero sus ojos decían algo diferente; su dureza parecía indicar que era vital que yo lo escuchase detenidamente.

- Es una alegría para mis amigos poder decir que es en tu honor —continuó—; acéptalo tal cual

ellos lo ofrecen, con simplicidad y sin premeditación. —Sus ojos se acanalaron de ternura al mirar a las mujeres. Luego se volvió hacia mí para agregar: —La comida, puedo asegurarte, no es en absoluto en tu honor, y sin embargo lo es. Es ésta una contradicción que te llevará tiempo entender.

—No le he pedido a nadie que haga nada por mí —dije, malhumorada. Me había vuelto extremadamente pesada, tal cual siempre lo había hecho al sentirme amenazada. —Delia me trajo aquí, y estoy agradecida —me sentí obligada a agregar— y quisiera pagar por cualquier cosa que hayan hecho por mí.

Estaba segura de haberlos ofendido; sabía que en cualquier momento me pedirían que me fuese, lo cual, fuera de afectar adversamente a mi ego, no me hubiese importado demasiado. Estaba asustada, y ya habían colmado mi medida.

Para mi sorpresa y enojo no me tomaron en serio. Se rieron de mí, y cuanto más me enojaba mayor era su júbilo, sus ojos rientes y brillantes fijos en mí cual si yo fuese un organismo desconocido.

La ira hizo que olvidase mi temor, y los agredí, acusándolos de tomarme por una tonta. Los acusé de que Delia y su marido (no sé por qué insistía en verlos como pareja) me habían jugado una sucia trastada.

—Tú me trajiste —dije, volviéndome hacia Delia— para que tú y tus amigos me usaran como payaso.

Cuanto más rabiaba más se reían, poniéndome al borde de lágrimas de rabia, frustración y lástima de mi misma, hasta que Mariano Aureliano se paró junto a mí y comenzó a hablarme como si yo fuese una criatura. Quería decirle que podía cuidarme sola, que no precisaba de su simpatía, y que me iba a casa, cuando algo en su tono, en sus ojos, me apaciguó al punto de creer que me había hipnotizado. Y sin embargo sabía que no lo había hecho.

Lo que me perturbó sobremanera fue el súbito y completo cambio que se produjo en mí. Lo que normalmente hubiese tardado días había sucedido en un instante. Toda mi vida me había permitido rumiar acerca de las indignidades —reales o imaginarias— que había sufrido. Con cabal minuciosidad yo las desmenuzaba hasta que cada detalle quedaba explicado a mi entera satisfacción. Al mirar a Mariano Aureliano, sentí deseos de reír de mi reciente explosión. Apenas si podía recordar qué había sido lo que me enfureció hasta ponerme al borde de las lágrimas.

Delia me tomó del brazo y me pidió que ayudase a las otras mujeres a desempacar los platos y copas de cristal y la platería de los varios canastos en que habían sido traídos. Las mujeres no me hablaron ni lo hicieron entre ellas, y apenas breves suspiros de placer escapaban de sus labios a medida que Mariano Aureliano exhibía las viandas: había tamales, enchiladas, un guiso de chili caliente y tortillas hechas a mano. No tortillas de harina, comunes en el norte de México y que mucho no me apetecían, sino tortillas de maíz.

Delia me alcanzó un plato que contenía un poco de todo, y comí con tal voracidad que fui la primera en terminar.

—Esto es lo más delicioso que he comido en mi vida —dije. Esperando una repetición que nadie me ofreció. Para disimular mi frustración me dediqué a alabar la belleza del viejo encaje que orlaba la lona sobre la cual estábamos sentados.

—Eso lo hice yo —anunció una mujer sentada a la izquierda de Mariano Aureliano. Era vieja, y su descuidado cabello gris ocultaba su rostro. Pese al calor llevaba puesta una falda larga, blusa y tricota.

—Es encaje belga auténtico —me explicó con voz suave y soñolienta. Sus manos largas y delgadas en que brillaban exquisitos anillos se demoraron amorosas sobre la ancha franja. Con lujo de detalles me habló de sus manualidades, mostrándome los puntos y los hilos usados en ese trabajo.

Por momentos obtenía una pasajera versión de su rostro a través de la masa de cabellos, pero no podría decir qué aspecto tenía.

—Es encaje belga auténtico —repitió—, es parte de mi ajuar.

—Alzó una copa de cristal, bebió un sorbo de agua y agregó: —Estos también son parte de mi ajuar. Son Baccarat.

Yo no lo dudaba. Los hermosos platos, cada uno de ellos distinto de los otros, eran de la más fina porcelana, y me estaba preguntando si una discreta mirada al fondo exterior del mio pasaría inadvertida, cuando la mujer sentada a la derecha de Mariano Aureliano me incitó a hacerlo.

—No seas tímida. Anda. Estás entre amigos —y sonriendo levantó el suyo—. Limoges —anunció. Y luego levantó el mío y acotó que era un Rosenthal.

La mujer tenía rasgos delicados, infantiles. Era pequeña, de ojos negros redondos y gruesas pestañas. Su cabello era negro, excepción hecha de la coronilla de su cabeza que se había tornado blanca, y los llevaba estirados y rematados en un apretado *mig non*. Había en ella un filo, una fuerza bastante escalofriante, que noté cuando me abrumaba a preguntas, directas y personales. No me importaba su tono inquisitorial, acostumbrada al bombardeo al que me sometían mi padre y mis hermanos cuando salía con un hombre, o me embarcaba en alguna actividad propia. Eso me molestaba pero era lo normal en mi hogar. Por lo tanto nunca aprendí a conversar: la conversación para mi consistía en desviar ataques verbales y defenderme a cualquier costo. Me sorprendí cuando el interrogatorio coercitivo de la mujer no me movió a defenderme de inmediato.

—¿Eres casada? —me preguntó.

—No —respondí, con suavidad pero con firmeza, deseando que cambiase de tema.

—¿Tienes hombre? —insistió.

—No, no tengo —repuse. Y empecé a sentir los vestigios de mi viejo ser defensivo erizándose en mi.

—¿Hay algún tipo de hombre por el cual sientes particular apego? —insistió—. ¿Sientes preferencia por algún rasgo de personalidad especial en el hombre?

Por un momento pensé que se estaba burlando, pero parecía genuinamente interesada, así como sus compañeras. Sus rostros curiosos y anhelantes me serenaron, y olvidando mi naturaleza belicosa, y el hecho de que esas mujeres tenían edad para ser mis abuelas, les hablé como a amigas de mi misma generación con quienes estuviésemos hablando de hombres.

—Debe ser alto y apuesto —comencé— y tener sentido del humor. Debe ser sensible sin ser amanerado, inteligente sin ser un intelectual. —Bajé el tono de mi voz para añadir confidencialmente: —Mi padre solía decir que los hombres intelectuales son débiles hasta los tuétanos y todos ellos traidores. Creo que coincido con mi padre.

—¿Eso es lo que deseas de un hombre?

—No —me apresuré a responder—. Sobre todo el hombre de mis sueños debe ser atlético.

—Como tu padre —observó una de las mujeres.

—Por supuesto —agregué a la defensiva—. Mi padre fue un gran atleta. Un fabuloso esquiador y nadador.

—¿Te llevas bien con él?

—Maravillosamente —dije con tono entusiasta—. El mero pensar en él me hace lagrimear.

—¿Por qué no estás con él?

—Somos demasiado parecidos —expliqué—. Hay algo en mí que no entiendo plenamente ni puedo controlar, que me aleja de él.

—¿Y qué hay de tu madre?

—Mi madre —suspité, e hice una momentánea pausa para encontrar las mejores palabras con

que describirla—. Es muy fuerte. Es mi parte sobria; la parte silenciosa que no necesita ser reforzada.

—¿Eres muy unida con tus padres?

—En espíritu sí —repuse con ternura—, en la práctica soy una solitaria. No tengo muchas ligaduras. —Luego, como si algo dentro de mí pugnase por salir, revelé un defecto de personalidad que ni siquiera en mis momentos más introspectivos me animaba a confesar a mí misma. —Antes que apreciar o alentar afecto en las personas, yo las uso —pero de inmediato rectificué mi declaración—: Pero también soy capaz de sentir afecto.

Con una mezcla de alivio y frustración miré a unos y otros.

Ninguno parecía adjudicarle importancia a mi confesión. A renglón seguido las mujeres preguntaron si me describiría a mi misma como un ser valiente o cobarde.

—Soy una total cobarde —repuse—, pero por desgracia mi cobardía jamás me detiene.

—¿Detiene de qué? —preguntó la mujer que me había estado interrogando. Sus ojos negros lucían expresión seria, y sus cejas, semejantes a una línea pintada con carbón, arrugadas en gesto de preocupación.

—De hacer cosas peligrosas —contesté. Satisfecha al notar que parecían estar pendientes de cada palabra mía, procedí a explicarles que otro de mis serios defectos era mi gran facilidad para meterme en problemas.

—¿En qué problema has estado del cual puedas hablarnos? —preguntó, y su rostro, serio hasta ese momento, se iluminó con una sonrisa brillante, casi maliciosa.

—¿Qué les parece éste, mi problema actual? —pregunté, medio en broma, temerosa de que interpretasen mal mi comentario, pero para sorpresa y alivio todos rieron y gritaron como suelen hacer los rancheros mejicanos cuando algo se les antoja gracioso o atrevido.

—¿Cómo acabaste en los Estados Unidos? —inquirió la mujer cuando todos se calmaron.

Me encogí de hombros, no sabiendo a ciencia cierta qué responder.

—Deseaba ir a la universidad —murmuré al fin—. Estuve primero en Inglaterra, pero allí lo que más hice fue divertirme. En realidad no sé bien qué quiero estudiar. Creo estar en búsqueda de algo sin saber exactamente de qué.

—Eso nos lleva a mi primera pregunta —continuó la mujer, su rostro atrevido y sus ojos oscuros animosos y curiosos como los de un animal—. ¿Buscas un hombre?

—Supongo que sí - admití, para luego agregar de manera impaciente—: ¿Qué mujer no lo está, y porqué me lo preguntas tan insistentemente? ¿Tienes un candidato? ¿Es éste algún tipo de examen?

—Tenemos un candidato —interpuso Delia flores—, pero no es un hombre. —Y tanto ella como las otras rieron de tal manera que no pude menos que asociarme a su festejo.

—Esto es definitivamente un examen —me aseguró la inquisidora cuando todos se hubieron quietado. Guardó silencio durante un momento, sus ojos alertas y reflexivos. —Por lo que nos has referido concluyo que eres completamente de clase media —prosiguió, abriendo los brazos en gesto de forzada aceptación—. Pero, ¿qué otra cosa puede ser una mujer alemana nacida en el nuevo mundo? —y observó el enojo reflejado en mi rostro con una sonrisa apenas reprimida—. La gente de clase media tiene sueños de clase media.

Al observar que yo estaba a punto de explotar, Mariano Aureliano me explicó que ella hacía esas preguntas simplemente porque sentía curiosidad por mi persona. Casi nunca recibían visitas, y muy raras veces gente joven.

—Eso no quiere decir que tengan que insultarme —protesté.

Cual si yo no hubiese dicho nada, Mariano Aureliano continuó disculpando a las mujeres. Su tono

apacible y su cariñosa caricia en mi espalda tornaron a derretir mi enojo, tal cual hiciera anteriormente, y su sonrisa era tan angelical que ni por un momento dudé de su sinceridad cuando comenzó a halagarme. Dijo que yo era una de las personas más extraordinarias que ellos habían conocido, lo cual me emocionó al extremo de invitarlo a preguntarme cualquier cosa que deseara saber acerca de mi persona.

—¿Te sientes importante? —preguntó.

Asentí.

—Todos somos importantes para nosotros mismos. Sí, creo que soy importante, no en un sentido general sino específico. Para mí misma —y me embarqué en un discurso acerca de una imagen propia positiva y valiosa, y de lo vital que era el reforzar nuestra importancia a fin de ser individuos físicamente sanos.

—¿Y qué piensas de las mujeres? ¿Crees que son más o menos importantes que los hombres?

—Es obvio que los hombres son más importantes —repuse—. Las mujeres no tienen elección. Deben ser menos importantes para que la vida familiar ruede sobre carriles suaves, por así decir.

—¿Pero eso está bien? —insistió.

—Por supuesto que está bien —declaré—. Los hombres son intrínsecamente superiores, por eso manejan el mundo. Yo he sido criada por un padre autoritario quien, pese a concederme tanta libertad como a mis hermanos, me hizo saber, no obstante, que ciertas cosas no eran tan importantes para la mujer. Por eso no sé qué hago en la universidad, ni qué es lo que deseo de la vida —y luego agregué en un tono infantil y desvalido—: Supongo que busco a un hombre tan seguro de sí mismo como lo es mi padre.

—¡Es una simplona! —dijo una de las mujeres.

—No, no lo es —aseguró Mariano Aureliano—. Simplemente está confundida, y es tan porfiada como su padre.

—Su padre alemán —corrigió enfáticamente el señor Flores subrayando la palabra *alemán*. Había descendido del árbol como una hoja, suavemente y sin ruido. Se sirvió una cantidad inmoderada de comida.

—Cuánta razón tienes —coincidió Mariano Aureliano, sonriendo—, al ser tan obstinada como su padre alemán, no hace otra cosa que repetir lo que ha escuchado toda su vida.

Mi enojo, que subía y bajaba como una fiebre misteriosa, no se debía sólo a lo que decían de mí, sino al hecho de que hablaban de mí cual si no estuviese presente.

—No tiene remedio —dijo otra de las mujeres.

—Está muy bien para el proyecto que tenemos entre manos —observó Mariano Aureliano, defendiéndome con convicción. El señor Flores respaldó a Mariano Aureliano, y la única mujer que hasta entonces no había hablado dijo con voz profunda y ronca que estaba de acuerdo con los hombres: que yo venía muy bien para el propósito entre manos.

Era alta y delgada. Su rostro pálido, delgado y severo, estaba coronado por cabellos blancos, trenzados y resaltados por ojos grandes y luminosos. Pese a su vestimenta gastada y descolorida había en torno de ella un aura de elegancia.

—¿Qué me están haciendo? —grité, incapaz ya de controlarme—. ¿No se dan cuenta de lo horrible que es para mí escuchar que hablan como si yo no estuviese presente?

Mariano Aureliano fijó en mí sus ojos feroces.

—Tú no estás aquí —dijo en un tono desprovisto de toda emotividad—, al menos por el momento. Y, lo más importante, es que no cuentas. Ni ahora ni nunca.

Casi me desmayé de la ira. Nadie me había hablado jamás con tal dureza e indiferencia hacia mis sentimientos. —¡Me cago en todos ustedes, gusanos comemierda, hijos de puta! —grité.

—¡Dios mío! ¡Una alemana soez! —exclamó Mariano Aureliano, y todos rieron.

Estaba a punto de ponerme de pie e irme cuando Mariano Aureliano me propinó repetidos golpecitos en la espalda.

—Bueno, bueno —murmuró, como quien tranquiliza al niño que ha eructado. Y como antes, en lugar de molestarme al ser tratada como criatura, mi enojo desapareció. Me sentí ligera y feliz, y sacudiendo la cabeza en señal de incompreensión, los miré y reí.

—Aprendí castellano en las calles de Caracas con la chusma —expliqué—. Conozco todas las malas palabras.

—¿No te encantaron los tamales dulces? —preguntó Delia, cerrando los ojos para demostrar su apreciación.

Su pregunta pareció ser un santo y seña; el interrogatorio cesó.

—¡Por supuesto que le encantaron! —respondió el señor Flores por mí—, sólo lamenta que no le sirvieron más, pues tiene un apetito insaciable. —Vino a sentarse a mi lado.

—Mariano Aureliano se excedió, y nos ha cocinado un manjar.

No podía creerlo.

—¿Quieres decir que *él* cocinó? ¿Tiene a todas estas mujeres y *cocinó*? —y de inmediato, preocupada por la interpretación que pudiesen dar a mis palabras. Me disculpé, explicando mi enorme sorpresa ante el hecho de que un macho mejicano cocinase en su hogar cuando había mujeres para hacerlo. Las resultantes risas me demostraron que tampoco era eso lo que pretendí decir.

—Especialmente si esas mujeres son sus mujeres; ¿es eso lo que intentaste decir? —preguntó el señor Flores, sus palabras entremezcladas con las risas de todos—. Tienes razón, son las mujeres de Mariano o, para ser más preciso, él les pertenece —y se propinó un juguetón golpe en la rodilla. Luego, dirigiéndose a la más alta de las mujeres, aquella que sólo había hablado en una oportunidad, dijo: —¿Por qué no le cuentas acerca de nosotros?

—Obviamente el señor Aureliano no tiene esa cantidad de esposas —dije, aún mortificada por mi lapsus.

—¿Y por qué no? —repuso la mujer. Y todos rieron de nuevo. La risa era alegre. Juvenil, pero no lograba tranquilizarme. —Todos aquí estamos unidos por nuestra lucha, por el profundo afecto que nos profesamos y por la certeza de que si no estamos juntos nada es posible —dijo.

—¿Pero no son ustedes parte de ningún grupo religioso, verdad? —pregunté, y mi voz reveló mi creciente aprensión—. ¿Ni de ninguna especie de comunidad?

—Perteneceemos al poder —respondió la mujer—. Mis compañeros y yo somos los herederos de una antigua tradición. Somos parte de un mito.

No comprendí lo que estaba diciendo; intranquila miré a los otros; sus ojos estaban fijos en mí; me observaban con una mezcla de expectación y regocijo. Devolví mi atención a la mujer alta, que también me observaba con la misma expresión embriagada. Sus ojos brillaban al punto de chispear. Inclineda sobre su copa de cristal, bebía su agua en delicados sorbos.

—Somos esencialmente ensoñadores —explicó—, ahora estamos todos ensoñando y, por el hecho de que fuiste traída a nosotros, tú también estás ensoñando con nosotros —dijo esto en un tono tan suave que en realidad no alcancé a percibir lo dicho.

—¿Quiere usted decir que estoy durmiendo y compartiendo un sueño con ustedes? —pregunté con burlona incredulidad, y debí morderme los labios para suprimir la risa que burbujeaba en mi interior.

—No es exactamente lo que estás haciendo, pero le anda cerca —admitió, y en nada molesta por mis risitas nerviosas, explicó que lo que yo estaba experimentando se parecía más a un sueño extraordinario donde todos me ayudaban al ensoñar mi ensueño.

—Pero eso es una —comencé, pero ella me silenció con un gesto de la mano.

—Todos estamos ensoñando el mismo ensueño —me aseguré, en apariencia arrobada por una felicidad que yo no alcanzaba a comprender.

—¿Y qué pasó con esas cosas deliciosas que acabo de comer? —busqué la salsa de chili que había derramado sobre mi blusa. Le mostré las manchas. —iEsto no puede ser un sueño! ¡Yo comí de esa comida! —insistí en tono fuerte y agitado—. Si, ¡yo misma la comí!

Su mirada era tranquila, cual si hubiese estado aguardando tal arrebató.

—¿Y qué me dices de cómo el señor Flores te subió a lo alto del árbol de eucalipto? —preguntó. Estaba a punto de informarle que no me había subido a lo alto del árbol, sino simplemente a una rama, cuando me interrogó en voz baja.

—¿Has pensado en eso?

—No, no lo he pensado —respondí de mal modo.

—Por supuesto que no —concordó, moviendo la cabeza con un gesto sabihondo, como si supiese que en ese preciso instante yo había recordado que aun la rama más baja de cualquiera de los árboles que nos rodeaban eran imposibles de alcanzar desde el suelo. Explicó que la razón por la cual yo no me había percatado de ello era porque en los ensueños no somos racionales.

—En los ensueños únicamente podemos actuar —subrayó.

—Un momento —interrumpí—, puede ser que yo esté un tanto mareada, lo admito. Después de todo usted y sus amigos son la gente más extraña que jamás haya conocido, pero estoy despierta hasta más no poder—y, viendo que reía de mí, grité—. ¡Esto no es un sueño!

Con un imperceptible movimiento de cabeza atrajo la atención del señor Flores, quien en un rápido movimiento se apoderó de mi mano y juntos nos elevamos a una rama del eucalipto más cercano. Allí quedamos unos instantes, sentados, y antes de que yo pudiese decir algo me bajó a la tierra, al mismo lugar en que estuve sentada.

—¿Comprendes lo que quiero decir? —preguntó la mujer alta.

—No, no comprendo —grité, sabiendo que había sufrido una alucinación. Mi temor se convirtió en furia, y lancé una ristra de soeces maldiciones. Agotado mi furor sentí lástima por mí misma y comencé a llorar. —¿Qué me han hecho ustedes? —exigí en medio de mi lloriqueo—. ¿Han puesto algo en mi comida? ¿En el agua?

—No hemos hecho nada de eso —repuso con bondad la mujer alta—. Tú no necesitas nada... Apenas si lograba escucharla; mis lágrimas semejabán un velo oscuro que desdibujaba tanto su rostro como sus palabras.

—Aguanta —le escuché decir, pese a no poder verla ni a ella ni a sus compañeros—. Aguanta, no despiertes todavía.

Había algo tan imperioso en su tono que comprendí que mi vida misma dependía de verla de nuevo, y merced a una fuerza desconocida y por completo inesperada logré atravesar el velo de mis lágrimas.

Escuché un suave ruido de aplausos y enseguida los vi. Sonreían, y sus ojos brillaban con tal intensidad que sus pupilas parecían iluminadas por algún fuego interno. Me excusé primero ante las mujeres, y luego ante los dos hombres por mi tonta reacción, pero no deseaban ni hablar de ello, diciendo que me habla desempeñado de manera excepcional.

—Somos las partes vivientes de un mito —dijo Mariano Aureliano, luego de lo cual juntó los labios para soplar—. Te soplaré hacia la única persona que ahora tiene el mito en sus manos —anunció—. Él te ayudará a clarificar todo esto.

—¿Y quién puede ser esa persona? —pregunté con cierto aire petulante, y estaba a punto de inquirir si esa persona sería tan testaruda como mi padre, pero Mariano Aureliano me distrajo. Seguía soplando, los cabellos blancos erizados y las mejillas rojas e infladas.

En evidente respuesta a sus esfuerzos una suave brisa comenzó a filtrarse por entre los eucaliptos.

Mariano Aureliano hizo una señal con la cabeza, como si admitiese estar al tanto de mi confusión y mis inexpresados pensamientos, y con suavidad me hizo girar hasta enfrentarme con las montañas del Bacatete.

La brisa se convirtió en viento, un viento tan frío y áspero que hacía doloroso el respirar. Con un movimiento ondulante, como si no tuviera esqueleto, la mujer alta se incorporó, tomó mi mano y me arrastró a través de los surcos arados. En medio del sembrado hicimos un repentino alto, y podría jurar que con sus brazos extendidos incitaba y atraía a la espiral de tierra y hojas muertas que se arremolinaban a la distancia.

—En los ensueños todo es posible —susurró.

Reí, abrí los brazos para llamar al viento, y la tierra y las hojas bailaron en tomo de nosotros con tal fuerza que todo se borró ante mi vista. De pronto vi a la mujer alta muy lejos. Su cuerpo parecía disolverse en una luz rojiza hasta desaparecer por completo de mi campo de visión. Entonces la negrura llenó mi cabeza.

CAPÍTULO TRES

En esa etapa me resultaba difícil determinar si el picnic había sido un sueño o en realidad había acontecido. No era capaz de recordar en orden secuencial todos los eventos en que había participado desde el momento en que me dormí en la cama de la sala de curación. El siguiente recuerdo nítido era el de encontrarme hablando con Delia en esa misma habitación.

Habituada a esos lapsus de memoria, comunes en mi juventud, en un principio no adjudiqué demasiada importancia a esta anomalía. De niña, cuando me asaltaban ganas de jugar con frecuencia abandonaba la cama semidormida y salía de la casa a hurtadillas a través de las rejas de una ventana. Muchas veces desperté en la plaza, jugando con otros niños que no eran obligados a acostarse tan temprano como yo.

No abrigaba dudas respecto de la autenticidad de la comida, pese a no poder ubicarla temporalmente. Intenté pensar, reconstruir los hechos, pero me asustaba actualizar la idea de mis lapsus infantiles. En cierto modo me resistía a hacerle preguntas a Delia acerca de sus amigas, y tampoco ella ofreció información. Sin embargo abordé el tema de la sesión curativa que no dudaba había sido un sueño. Me introduje en el tema con cautela:

—Tuve un sueño muy nítido respecto a una curandera —dije—. No sólo me dijo su nombre sino que me aseguró haber eliminado todas mis pesadillas.

—No fue un sueño —repuso Delia en un tono que revelaba a las claras su desagrado, a la vez que me miraba con molesta insistencia—. La curandera te dijo su nombre, y en efecto curó tus trastornos de sueño.

—Pero fue un sueño —insistí—, y en él la curandera tenía el tamaño de una criatura. Ella no puede haber sido real.

Delia echó mano de un vaso de agua que había sobre la mesa, pero no bebió. En cambio lo hizo girar infinitas veces en su mano, sin derramar una gota, luego de lo cual me miró con ojos resplandecientes.

—La curandera te dio la impresión de ser pequeña, eso es todo —e hizo un movimiento de cabeza como si esas palabras recién se le hubiesen ocurrido y las encontraba satisfactorias. Bebió su agua en ruidosos sorbos y sus ojos se tomaron suaves y reflexivos.

—Necesitaba ser pequeña para poder curarte.

—¿Necesitaba ser pequeña? ¿Quieres decir que yo sólo la vi como si ella fuera pequeña?

Delia asintió repetidas veces con la cabeza, y luego se acercó a mí y cuchicheó:

—Lo que pasó es que tú ensoñabas, y sin embargo lo que ensoñabas no era un sueño. La curandera en realidad vino a ti y te curó, pero tú no estabas en el lugar en el que estás ahora.

—Vamos, Delia —objeté—, ¿de qué me hablas? Yo sé que fue un sueño. Siempre tengo plena conciencia de estar soñando aun cuando los sueños me son completamente reales. Es mi mal, ¿recuerdas?

—Tal vez ahora que estás curada ya no sea tu mal sino tu talento —repuso Delia con una sonrisa—, pero regresando a tu pregunta. La curandera tenía que ser pequeña, como una criatura, porque tú eras muy niña cuando comenzaron tus pesadillas.

Su declaración me sonó tan absurda que ni siquiera logré reír.

—¿Y ahora estoy curada? —pregunté jocosamente.

—Lo estás —me aseguró—. En los ensueños las curas se realizan con gran facilidad, casi sin esfuerzo. Lo difícil es hacer que la gente ensueñe.

—¿Difícil? —pregunté, y mi voz sonó más áspera de lo que yo hubiese deseado—. Todos soñamos. Todos tenemos que dormir, ¿no es así?

Delia dirigió una mirada burlona hacia el techo; luego me enfrentó para decir

—Esos no son los sueños a los cuales me refiero. Esos son sueños comunes. El ensoñar tiene un propósito del cual carecen los sueños comunes.

—¡Por supuesto que lo tienen! —declaré en enfática oposición, para luego embarcarme en una larga diatriba respecto de la importancia psicológica de los sueños, y citar obras de psicología, filosofía y arte.

A Delia mis conocimientos no la impresionaron en lo más mínimo. Estuvo de acuerdo en que los sueños cotidianos ayudaban a mantener la salud mental del individuo, pero insistió en que eso no le concernía.

—Ensoñar tiene un propósito; los sueños comunes no lo tienen —reiteró.

—¿Qué propósito, Delia? —pregunté de manera complaciente. Desvió su rostro, como si quisiese impedir que yo lo viese, pero momentos más tarde me enfrentó de nuevo. Algo frío y aislado dominaba sus ojos, y su cambio de expresión se había endurecido a tal punto que me asustó.

—El ensueño siempre tiene un propósito práctico, y sirve al ensoñador de manera simple o intrincada. Te ha servido a ti para superar tus pesadillas, sirvió a las brujas que te hicieron la comida para conocer tu esencia, y me sirvió a mí para hacer que el guardia fronterizo que te pidió tu tarjeta de turista no estuviera consciente de mí.

—Estoy tratando de entender lo que dices. Delia —murmuré—. ¿Quieres decir que ustedes pueden hipnotizar a otros contra su voluntad?

—Lámalo así si quieres —respondió, y su rostro se distinguía por una calma indiferencia que denotaba poca simpatía—. Lo que todavía no alcanzas a ver es que tú misma, con poco esfuerzo, puedes entrar en lo que llamas un estado hipnótico. Nosotros lo llamamos ensoñar un sueño que no es un sueño, pero un ensueño en el cual podemos hacer casi todo lo que uno desee.

Las palabras de Delia estaban a punto de adquirir sentido para mí, pero yo carecía de las necesarias para expresar mis pensamientos y sentimientos. La miré, desorientada. De pronto recordé un hecho de mi juventud. Cuando por fin se me permitió tomar clases de manejo con el jeep de mi padre, sorprendí a mi familia demostrando que ya sabía accionar los cambios, algo que durante años venía haciendo en mis sueños. En mi primer intento con una seguridad que hasta a mime sorprendió, tomé la vieja carretera de Caracas al puerto de la Guayra. Dudé en hablarle a Delia de este episodio, y elegí en cambio abordar el tema del tamaño de la curandera.

—No es una mujer alta —respondió—. Pero tampoco tan pequeña como tú la viste. En su ensueño curativo ella proyectó su pequeñez para beneficio tuyo y, al hacerlo. Apareció pequeña. Esa es la naturaleza de la magia. Debes ser aquello cuya impresión deseas dar.

—¿Es una maga? —pregunté esperanzada. La idea de que todos trabajaban en un circo, de que eran parte de un espectáculo de magia me había cruzado la mente en varias ocasiones. Creí que eso explicaría muchas cosas acerca de ellos.

—No, no es una maga. Es una hechicera —dijo, y Delia me miró con tal desdén que me avergoncé de mi pregunta—, los magos son del teatro. Los hechiceros son del mundo sin ser parte del mundo —explicó. Luego cayó en un largo silencio, al fin del cual suspiró antes de hacerme la siguiente pregunta: —¿Te gustaría ver a Esperanza ahora?

—Sí—respondí animosa—. Me gustaría mucho.

La posibilidad de que la curandera fuese un ser real y no un sueño me mareaba. Delia no me convencía del todo, y sin embargo deseaba creerle a todo costo. Mis pensamientos se desbocaron; de pronto caí en la cuenta de no haberle mencionado a Delia el hecho de que la curandera de mi sueño había manifestado llamarse Esperanza.

Tan absorta estaba en mis pensamientos que no percibí que Delia hablaba.

—Perdón, ¿qué dijiste? —le pregunté.

—La única manera en que puedes hallarle sentido a todo esto es ensoñando de nuevo —

respondió, y con una suave risa agitó su mano, como invitando a alguien a presentarse.

Sus palabras carecían de importancia para mí, mis pensamientos ya fluían por otro carril. Esperanza era un ser real, y me animaba la certeza de que me clarificaría todo. Además no había asistido a la comida ni me había vejado como hicieron las otras mujeres. Abrigaba la vaga confianza de que yo le había caído bien a Esperanza, y este pensamiento en cierta forma restauró mi seguridad. Para ocultar mis sentimientos a Delia manifesté ansiedad por ver a la curandera.

—Quisiera agradecerle y, por supuesto, pagarle por todo cuanto hizo por mí.

—Ya está todo pagado —anunció Delia, y el tinte burlón de sus ojos reveló que tenía acceso a mis pensamientos.

—¿Qué quieres decir con eso de “ya está todo pagado”? —pregunté con voz chillona—. ¿Quién lo pagó?

—Es difícil explicarlo —respondió, y el distante dejo de bondad que denotaba su voz me trajo tranquilidad—. Todo comenzó en la fiesta de tu amiga en Nogales. Llamaste mi atención de inmediato.

—¿No me digas? —pregunté intrigada, ansiosa por escuchar alabanzas referentes al buen gusto de mi cuidadosamente seleccionado guardarropa.

Sobrevino un incómodo silencio. No lograba ver los ojos de Delia, velados tras sus párpados semicerrados, y había algo perturbador en su voz, con todo tranquila, cuando dijo haber observado que cada vez que yo debía hablar con la abuela de mi amiga parecía absorta y como dormida.

—Absorta no es la palabra —respondí—. No tienes idea de lo que tuve que luchar para convencer a la vieja de que yo no era el diablo encarnado.

Delia pareció no escucharme, y prosiguió hablando:

—De inmediato percibí que tenías gran facilidad para ensoñar, de modo que te seguí por la casa para verte en acción. No tenías plena conciencia de lo que hacías o decías, y sin embargo te desempeñabas muy bien, riendo, hablando y mintiendo descaradamente para caer bien.

—¿Me estás llamando mentirosa? —pregunté en broma, y sin embargo dejando en descubierto el hecho de sentirme herida. Sentí la necesidad de enojarme, y para amortiguar el peligroso impulso fijé la vista en el cántaro de agua sobre la mesa.

—No me atrevería a llamarte una mentirosa —explicó Delia un tanto pomposamente—, yo te calificaría como una ensoñadora.

—Su voz estaba cargada de solemnidad pero sus ojos brillaban de gozo y sana malicia cuando dijo: —Los hechiceros que me criaron decían que no importaba lo que puedas llegar a decir siempre y cuando tengas el poder para decirlo —y su voz transmitía tal entusiasmo y aprobación que tuve la certeza de que había alguien tras una de las puertas escuchándonos—. Y la manera de lograr ese poder es ensoñando. Tú no lo sabes porque lo haces de una manera natural, pero cuando te ves enfrentada por alguna dificultad, tu mente se sumerge de inmediato en el ensueño.

—¿Fuiste criada por hechiceros, Delia? —pregunté para cambiar de tema.

—Por supuesto —respondió, cual si fuese lo más natural del mundo.

—¿Tus padres eran hechiceros?

—Oh. no —respondió con una risa ahogada—. Un día los hechiceros me encontraron, y de allí en adelante me criaron.

—¿Qué edad tenías? ¿Eras una criatura?

Delia rió como si con mi pregunta yo hubiese alcanzado la quintaesencia del humor.

—No, no era una criatura. Tal vez tenía tu misma edad cuando me encontraron y se encargaron de mi crianza.

—¿Qué quieres decir con “se encargaron de mi crianza”?

Delia me miró sin que sus ojos me enfocaran, haciéndome pensar que no me había oído o, de

haberlo hecho, no estaba dispuesta a responder. Repetí la pregunta, ante la cual sonrió encogiéndose de hombros.

—Me criaron como quien cría a un niño -dijo finalmente—. No importa la edad que uno tenga. En su mundo uno es un niño.

Asaltada de pronto por el temor de que nuestra conversación pudiese ser escuchada, miré por encima de mi hombro y dije en voz baja:

—¿Quiénes son estos hechiceros, Delia?

—Esa es una pregunta difícil —musitó—, y por el momento ni siquiera puedo intentar una respuesta. Todo lo que puedo decir acerca de ellos es que son quienes me dijeron que nadie debe mentir para ser creído.

—¿Y por qué debería mentir uno entonces? —pregunté.

—Por el mero placer que hay en ello —respondió con prontitud, y se puso de pie para dirigirse hacia la puerta que conducía al patio, pero antes de franquear el umbral se volvió hacia mí, y con una sonrisa preguntó: ¿Conoces el dicho aquél “si no estás mintiendo para ser creído puedes decir lo que quieras, sin importarte lo que piensen de ti”?

—Nunca escuché eso. —Supuse que lo había inventado. Llevaba su marca. —Además —agregué—, no entiendo lo que estás tratando de decir.

—Estoy segura de que sí sabes —afirmó, y me miró de reojo a través de la madeja de su negra cabellera. Con un gesto del mentón me incitó a seguirla. —Vamos ahora mismo a ver a Esperanza. Me incorporé de un salto y la seguí, sólo para detenerme abruptamente en la puerta. Cegada de momento por la luz externa me detuve procurando determinar qué había sucedido. Parecía que el tiempo no hubiese pasado desde el momento en que corrí tras el señor Flores a través del sembrado. El sol, como entonces, estaba aún en el cenit.

Tuve una rápida visión de la falda roja de Delia en el momento en que doblaba una esquina. Corrí tras ella, atravesando un arco de piedra que conducía a un patio encantador.

Inicialmente me encontré cegada, tan intenso era el contraste entre la deslumbrante luz del sol y las profundas sombras del patio.

Me mantuve inmóvil, sin aliento, inhalando el aire húmedo, fragante gracias al olor de azahares, madreSelva y arvejillas. Trepando por líneas que parecían suspendidas del cielo, las arvejillas resaltaban como una cortina brillante entre el follaje de árboles, arbustos y helechos.

Sentada en una mecedora en medio del patio descubrí a la hechicera que vi antes en mi sueño. Era mucho más vieja que Delia y las otras mujeres, aunque cómo lo supe no podría decir. Se mecía con un aire de abandono, y sentí una angustia dolorosa en todo mi ser cuando me asalté la certeza irracional de que cada movimiento de su silla la alejaba de mí. Una oleada de agonía y una sensación de soledad indescriptible me envolvieron. Quería cruzar el patio para retenerla, pero algo en la intrincada trama de las oscuras baldosas impedía el libre movimiento de mis pies. Por fin pude pronunciar su nombre, pero en voz débil, apenas audible para mis oídos.

—Esperanza.

Abrió los ojos y sonrió sin demostrar sorpresa alguna, tal como si me hubiese estado aguardando, y puesta de pie caminó hacia mí. Pude entonces apreciar que no era del tamaño de una criatura, sino de mi misma altura, delgada y de aspecto frágil, pese a lo cual irradiaba una vitalidad ante la cual me sentí empedecida.

—Me hace muy feliz el verte de nuevo—saludó, en un tono que sonó sincero, y con un gesto me invitó a tomar asiento en una de las sillas de junco junto a la mecedora.

En tomo de nosotros, en las inmediaciones, descubrí a las otras mujeres, incluso Delia, sentadas en sillas de junco, semiescondidas entre árboles y arbustos. También ellas me miraban con curiosidad, alguna sonriendo, otras comiendo tamales de los platos que tenían en sus faldas.

En la verde luz difusa del patio, y no obstante su mundana actividad gastronómica, parecían imaginarias, insustanciales, y sin embargo extrañamente vívidas pese a la ausencia de nitidez que las envolvía. Parecían haber absorbido la verde luz del patio que todo lo impregnaba cual niebla transparente. La idea pasajera y nada agradable de estar en una casa poblada por fantasmas se adueñó de mí por un instante.

—¿Quieres comer algo? —preguntó Esperanza—. Delia ha cocinado unos platos que ni te imaginas.

—No, gracias —murmuré, en una voz que no parecía la mía, y al observar su mirada inquisidora agregué sin mucha convicción—: No tengo hambre. —Me sentía tan nerviosa y agitada que aun desfalleciente no hubiese podido tragar bocado.

Esperanza debió intuir mi miedo, pues acercándose palmeó mi brazo como para infundirme confianza.

—¿Qué es lo que quieres saber? —preguntó.

Mi respuesta salió a borbotones:

—Creí verte en un sueño —y al ver la risa en sus ojos agregué—: ¿Estoy soñando ahora?

—Sí —respondió, enunciando sus palabras de manera lenta y precisa—, pero no estás dormida.

—¿Cómo puedo estar soñando y no estar dormida?

—Algunas mujeres pueden hacerlo con gran facilidad. Pueden ensoñar sin dormir. Tú eres una de ellas. Otras deben batallar toda su vida para lograrlo.

Presentí un dejo de admiración en su voz, pero no me sentí halagada en lo más mínimo. Al contrario, estaba más preocupada que nunca.

—¿Pero cómo es posible: soñar sin dormir? —insistí.

—Si te lo explico no lo entenderás —repuso—. Acepta mi palabra; es preferible postergar la explicación por el momento —de nuevo palmeó mi brazo y una dulce sonrisa iluminó su rostro—. Por el momento te basta saber que, para ti, yo soy la que trae los ensueños.

No consideré eso suficiente, pero tampoco me animé a decírselo. En cambio pregunté:

—¿Estaba yo despierta cuando me curó usted de mis pesadillas, y estaba soñando cuando estuve sentada afuera con Delia y las otras?

Esperanza me contempló largo rato antes de hacer un movimiento con la cabeza cual si hubiese decidido revelar una verdad monumental.

—Eres demasiado simplona para comprender el misterio de lo que hacemos —dijo esto de manera tan casual, tan sin intención de emitir un juicio, que no me sentí ofendida ni intenté réplica alguna.

—Pero podría usted hacérmelo entender, ¿verdad? —supliqué anhelante.

Se escucharon risitas de las otras mujeres, no burlonas pero sí un murmullo como de un coro en sordina cuyo eco me envolvió, sonido que no parecía provenir de las mujeres sino de las sombras del patio. Más que risitas eran susurros, una delicada advertencia que a la par de apaciguarme borró mis molestas dudas, mis ansias de saber, y supe entonces, sin la más remota duda, que en ambas oportunidades estuve despierta y a la vez soñando. No podría explicar esta certeza que superaba el poder de la palabra.

Con todo, luego de un breve lapso, sentí la obligación de diseccionar mi apreciación, de colocar todo en un marco lógico.

Esperanza me miraba con evidente placer. Luego dijo:

—Te voy a explicar quiénes somos y qué es lo que hacemos —pero preludió su aclaración con una admonición: me advirtió que todo cuanto debía decirme era de difícil aceptación, y por lo tanto yo debía suspender cualquier juicio y escucharla sin preguntas ni interrupciones.

—¿Puedes hacerlo?

—Por supuesto.

Guardó silencio. Midiéndome con sus ojos. Debe de haber intuido mi incertidumbre y la pregunta a punto de saltar de mis labios.

—No es que no quiera responder a tus preguntas —sostuvo—, es más bien que en este momento te será imposible comprender las respuestas.

Hice un gesto con la cabeza, temerosa de que la más mínima interferencia de mi parte la haría enmudecer.

En un tono de voz que no pasaba de un suave murmullo me dijo algo a la vez increíble y fascinante. Dijo ser la descendiente de hechiceros que vivieron milenios antes de la conquista española en el valle de Oaxaca. Luego cayó en un largo silencio, y sus ojos. Fijos en las arvejillas multicolores, parecían extenderse nostálgicamente hacia el pasado.

—En lo que a mí respecta la parte de las actividades de esos hechiceros que te atañe se denomina “ensoñar” —continuó—. Esos hechiceros fueron hombres y mujeres poseedores de grandes poderes derivados del ensueño, y realizaron actos que desafían la imaginación.

Abrazada a mis rodillas la escuché. Esperanza era una talentosa narradora y un excelente mimo. Su rostro mudaba con cada una de sus explicaciones; por momentos era la cara de una mujer joven, en otros de una vieja, o también de un hombre o de una criatura inocente y traviesa. Sostuvo que miles de años atrás hombres y mujeres poseían la facultad de entrar y salir del mundo normal, y por lo tanto dividieron sus vidas en dos áreas: el día y la noche. Durante el día desarrollaban actividades semejantes al común de los mortales, siendo su conducta la normal y esperada, pero de noche se convertían en ensoñadores, y sistemáticamente ensoñaban ensueños que trascendían los límites de lo que consideramos la realidad.

Hizo una nueva pausa, como para dar tiempo a que sus palabras me penetraran.

—Usando la oscuridad como manto lograron algo inconcebible: fueron capaces de ensoñar estando despiertos —anticipando la pregunta que yo estaba a punto de formular, explicó que eso les significaba el poder sumergirse, estando conscientes y despiertos en un ensueño que les daba la energía necesaria para realizar prodigios que estremecían la mente.

Debido a la modalidad agresiva imperante en mi hogar, nunca desarrollé la habilidad necesaria para poder escuchar durante un largo rato. Si no podía enfrentar preguntas directas, belicosas, ningún intercambio verbal, por interesante que fuese, tenía sentido para mí. Al no poder discutir me impacienté. Me moría por interrumpirla a Esperanza. Hervía de preguntas, pero que me explicasen cosas no era el objetivo de mi necesidad de interrumpir. Lo que yo deseaba era rendirme a la compulsión de discutir a gritos con ella para así recuperar mi normalidad.

Se diría que Esperanza estaba al tanto de mi inquietud, pues luego de mirarme fijamente me ordenó hablar, o por lo menos así lo creí. Abrí la boca para decir, como siempre. Lo primero que me viniese a la mente, estuviese o no relacionado con el tema, pero no pude articular palabra. Luché por hablar y emití sonidos guturales para deleite de las mujeres en las sombras.

Esperanza retomó la palabra, cual si no hubiese notado mis frustrados intentos, y me sorprendió sobremanera comprobar que continuaba comandando toda mi atención. Dijo que el origen de los conocimientos de los hechiceros sólo podía entenderse en términos de leyenda. Un ser superior, apiadándose de la terrible condición del hombre, el ser empujado, como un animal, por el hambre y la reproducción, le confirió el poder de ensoñar y le enseñó cómo usar esos sueños.

—Por supuesto las leyendas dicen la verdad de un modo velado —explicó—. Su éxito en ocultar la verdad reside en la convicción del hombre de que no pasan de simples historias. Leyendas de hombres que se transforman en ángeles o en pájaros son relatos de verdades ocultas que parecen ser fantasía o, simplemente, las alucinaciones de mentes alteradas o primitivas. Durante miles de años la tarea de los hechiceros ha sido la de inventar nuevas leyendas o descubrir la verdad escondida en las antiguas. Aquí es donde figuran los ensoñadores, tarea en la cual sobresalen las

mujeres. Poseen la facultad de abandonarse, de dejarse ir. La mujer que me enseñó a ensoñar podía mantener doscientos ensueños.

Esperanza me observó con atención, como ponderando mi reacción, que era de completo estupor, pues no tenía idea del significado de todo eso. Explicó que mantener un ensueño significaba que uno podía ensoñar algo específico respecto de sí mismo y entrar en ese ensueño a voluntad. Su maestra, dijo, podía entrar voluntariamente en doscientos ensueños que le concernían.

—Como ensoñadoras las mujeres son insuperables —me aseguró Esperanza—. Son extremadamente prácticas, y para mantener un ensueño una debe serlo, pues el ensueño debe tocar aspectos prácticos de sí mismo. El favorito de mi maestra era ensoñarse como un halcón; otro como una lechuza. De modo que, dependiendo del momento del día, podía ensoñarse como cualquiera de los dos y, dado que ensoñaba despierta, era real y absolutamente un halcón o una lechuza.

Había tal sinceridad y convicción en su tono y en sus ojos, que caí por completo bajo su encanto. No dudé de ella ni por un instante, y nada de lo que pudo haber dicho me hubiese parecido descabellado.

Prosiguió con el tema:

—Para llevar a buen término un ensueño de esa naturaleza las mujeres necesitaban poseer una disciplina de hierro —y acercándose a mí, como si no quisiese que las demás escuchasen, explicó—: Por disciplina de hierro no quiero aludir a ningún tipo de rutina ardua, sino más bien a que las mujeres deben acabar con la rutina de lo que se espera de ellas, y deben hacerlo en su juventud, cuando sus fuerzas están intactas. Con frecuencia cuando las mujeres llegan a una edad en que ya no tienen que ser mujeres, deciden que es llegado el momento de preocuparse con pensamientos y actividades no mundanas o extramundanas. No saben ni quieren creer que tales empeños casi nunca tienen éxito —con suavidad golpeó mi estómago, como si estuviese tocando un tambor—. El secreto de la fortaleza de la mujer está en su matriz.

Esperanza movió su cabeza de manera enfática. Se diría que había escuchado la pregunta tonta que invadió mi mente. ¿Su matriz?

—Las mujeres —continuó— deben comenzar por quemar su matriz. No pueden ser el terreno fértil que debe ser fecundado por el hombre, siguiendo el mandato del mismísimo Dios. —Continuó inspeccionándome desde muy cerca, sonrió y preguntó. —Por ventura, ¿eres religiosa?

Negué con la cabeza. No podía hablar, y mi garganta estaba tan constreñida que apenas si lograba respirar. Me encontraba paralizada por el miedo y el asombro, no tanto por lo que me decía como por el cambio operado en ella. Si me lo hubiesen demandado no hubiese podido decir cuándo cambió, pero de pronto su rostro era joven y radiante; parecía que un fuego interno hubiese incendiado su ser.

—¡Eso es bueno! —exclamó—. De este modo no tendrás que luchar contra creencias que son muy difíciles de superar. Yo fui criada como una devota católica, y por poco morí cuando debí examinar mi actitud frente a la religión. —Suspiró, su voz se tomó nostálgica y suave cuando agregó: —Eso no fue nada comparado con la batalla que debí librar antes de convertirme en ensoñadora fiel.

Aguardé expectante, respirando apenas, mientras una sensación bastante placentera, semejante a una corriente eléctrica, se extendía por todo mi cuerpo. Supuse que me narraría algo espeluznante, la crónica de su lucha contra criaturas terroríficas, y mal pude disimular mi desencanto cuando reveló que la tal batalla fue contra sí misma.

—Para convertirme en ensoñadora debí vencer al yo que es nuestro ser, y nada, absolutamente nada, es tan difícil. Nosotras, las mujeres, somos las más desgraciadas prisioneras de nuestro ser. Es nuestra prisión, hecha de órdenes y expectativas con las que nos abruma desde el momento en que nacemos. Tú sabes cómo es: Si el primogénito es varón el hecho se celebra. Si es mujer

hay un encogimiento de hombros y la resignada frase: "Está bien; igual la querré y haré cualquier cosa por ella".

Por respeto no di rienda suelta a mi risa. Jamás en mi vida había escuchado declaraciones de tal naturaleza. Yo me consideraba una mujer independiente, pero era obvio, a la luz de lo dicho por Esperanza, que mi situación era igual a la de cualquier otra mujer, y contrariamente a lo que hubiese sido mi reacción normal ante tal concepto, concordé con ella.

Siempre se me había enseñado que mi precondición de mujer me obligaba a la dependencia, y se me enseñó que una mujer podía considerarse afortunada si era deseable para así lograr la atención de los hombres. Se me dijo que competía a mi condición de mujer el realizar cualquier tarea encomendada, y que el lugar de la mujer es el hogar. Junto a su marido y sus hijos.

—Como tú fui criada por un padre autoritario aunque comprensivo —continuó Esperanza— y, como tú, creí ser libre. Para mí entender la filosofía de los hechiceros (que la libertad no significaba ser el yo que era mi ser) fue casi la muerte. Ser yo misma significaba afirmar mi feminidad, y lograrlo consumía todo mi tiempo. Esfuerzo y energía. Por el contrario los hechiceros entienden la libertad como la capacidad para hacer lo imposible, lo inesperado; ensoñar un ensueño que carece de base y de realidad en la vida cotidiana —su voz se convirtió de nuevo en un susurro al agregar—:

Lo excitante y nuevo es el conocimiento de los hechiceros, e imaginación es lo que la mujer necesita para cambiar su ser y convertirse en una ensoñadora.

Esperanza dijo que de no haber logrado vencer su ser, sólo hubiese conseguido hacer la vida de una mujer normal: la que sus padres le habían trazado, una vida de derrota y humillación, desprovista de todo misterio. Una vida programada por la costumbre y la tradición.

Esperanza me pellizó el brazo y el dolor me hizo gritar. —Es mejor que prestes atención —me sermoneé.

—Lo estoy —murmuré defensivamente, frotándome el brazo. Estaba segura de que nadie notaría mi interés menguante.

—No entrarás en el mundo de los hechiceros por haber sido tentada o engañada —me advirtió—. Debes elegir, consciente de lo que te espera.

Las mudanzas de mi estado de ánimo me asombraban por lo irracionales. Debería haber sentido miedo, sin embargo me encontraba tranquila, como si mi presencia allí fuese lo más natural del mundo.

—El secreto de la fortaleza de una mujer está en su matriz —repitió Esperanza, y una vez más me propinó un golpe en el estómago. Dijo que las mujeres ensoñaban con sus matrices o, más bien, desde sus matrices. El hecho de tener matriz las hace ensoñadoras perfectas.

Antes siquiera de que yo lograra completar el pensamiento "¿por qué es la matriz tan importante?", Esperanza me dio la respuesta.

—La matriz es el centro de nuestra energía creativa, a tal punto que si desapareciesen los machos del mundo las mujeres continuarían reproduciendo y entonces el mundo estaría poblado únicamente por la hembra de la especie humana. —Agregó que reproduciéndose unilateralmente las mujeres sólo lograrían reproducir clones de sí mismas.

Me sentí genuinamente sorprendida por esta específica muestra de erudición, pero no pude contener mi interrupción y decirle a Esperanza que había estudiado lo referente a reproducción asexual y partogenética en clase de biología.

Se encogió de hombros y prosiguió con su explicación.

—La mujer, teniendo entonces la habilidad y los órganos para reproducir la vida, también posee la habilidad para producir ensueños con esos mismos órganos —al observar la duda en mis ojos me advirtió—. No te preocupe el cómo se logra. La explicación es muy simple, y por ser simple es

lo más difícil de entender. A mí todavía me ocasiona dificultades, de modo que, como buena mujer, actúo. Ensueño, y dejo las explicaciones a los hombres.

Esperanza aducía que originalmente los hechiceros de quien me habían hablado transmitían sus conocimientos a sus descendientes biológicos, o a personas de su propia elección, pero los resultados habían sido catastróficos. En lugar de ampliar esta erudición los nuevos hechiceros, elegidos por favoritismo arbitrario, se confabularon para promoverse a sí mismos. Fueron finalmente destruidos, y esa destrucción casi borró el conocimiento. Los pocos sobrevivientes decidieron entonces que en el futuro su sabiduría jamás sería legada a sus descendientes o a personas de su elección, sino a aquellos elegidos por un poder impersonal llamado el espíritu.

—Y ahora todo esto nos trae a ti. Los hechiceros de la antigüedad decidieron que sólo aquellos predeterminados calificarían. Tú nos fuiste señalada, ¡y aquí estás! Eres una ensoñadora nata, y depende de las fuerzas que nos rigen cuál será tu futuro camino. No depende de ti ni, por supuesto, de nosotros. Sólo puedes aceptar o rehusar.

Juzgando por la urgencia de su voz y la luz especial de sus ojos, era obvio que Esperanza me había suministrado esta información con toda la debida seriedad, y fue esto lo que impidió que me riese. Además, me encontraba demasiado exhausta. La concentración mental que necesité para seguida había sido demasiado intensa. Deseaba dormir. Ella insistió en que yo estirase las piernas y me acostase para relajarme. Lo hice al punto de quedarme dormida.

Desperté sin idea de cuánto había dormido. Busqué la reconfortante presencia de Esperanza o las otras mujeres, pero no había nadie en el patio. Sin embargo no me sentí sola; de alguna manera su presencia seguía vigente en tomo de mí, entre el verde follaje. Una brisa movió las hojas. La sentí en mis párpados, tibia y suave. Sopló en tomo de mí, luego me pasó por encima como pasaba sobre el desierto, rápidamente, sin sonido.

Con la vista fija en las baldosas caminé alrededor del patio, procurando entender su complicado diseño, y me alegró comprobar que las líneas conducían de una silla de junco a otra. Intenté recordar quién había ocupado cada una de las sillas, pero mi esfuerzo resultó infructuoso. No podía recordarlo.

Me distrajo un delicioso aroma de comida, realzada por ajo y cebolla, y guiada por el olor llegué a la cocina, una habitación larga y rectangular, tan desierta como el patio. El diseño alegre de las baldosas me recordaba las del patio, pero no me detuve a constatar su similitud, pues descubrí la comida sobrante sobre una maciza mesa de madera en medio de la estancia. Presumiendo que era para mí tomé asiento y comí todo. Se trataba del mismo guiso sazonado que había comido con ellos. Calentado sabía aún mejor.

Al recoger los platos descubrí una esquila y un mapa bajo mi esterilla. En ella Delia me sugería regresar a Los Ángeles vía Tucson, donde se encontraría conmigo en cierta cafetería indicada en el mapa. Sólo allí, informaba, podría decirme más acerca de sí misma y sus amigos.

CAPÍTULO CUATRO

Ansiosa por conocer las revelaciones de Delia regresé a Los Ángeles vía Tucson, y llegué a la cafetería al caer la tarde. Un viejo me orientó hacia un espacio vacío en la playa de estacionamiento, y recién cuando abrió la puerta de mi vehículo logré reconocerlo.

—¡Mariano Aureliano! —exclamé—. Qué sorpresa. Me alegra tanto verlo. ¿Qué hace usted aquí?

—Te esperaba —contestó—. Por eso mi amigo y yo te reservamos este espacio.

Tuve una fugaz visión de un indio corpulento que manejaba una vieja camioneta colorada. Abandonaba la playa en el momento en que yo entraba.

—Lamento que Delia no haya podido venir. Debió viajar inesperadamente a Oaxaca —dijo Mariano Aureliano y me brindó una amplia sonrisa antes de agregar—: Estoy aquí en su reemplazo. Espero poder llenar satisfactoriamente el vacío.

—No tiene usted idea de lo encantada que estoy de verlo —contesté con toda sinceridad, convencida de que él, mejor que Delia, podría brindarme ayuda dándole sentido a todo lo que me había sucedido en los últimos días—. Esperanza me explicó que yo estaba en una especie de trance cuando los conocí a todos ustedes —agregué.

—¿Dijo eso? —preguntó con un tono casi ausente.

Su voz, su actitud y todo su comportamiento diferían tanto del recuerdo que de él conservaba, que me dediqué a observarlo con detención en la esperanza de descubrir qué había cambiado. El rostro, ferozmente esculpido, había perdido su fiereza pero, preocupada por mis propias inquietudes, desvié mis pensamientos.

—Esperanza me dejó sola en la casa—proseguí—. Ella y todas las mujeres se fueron sin siquiera despedirse de mí, pero —me apresuré a añadir— eso no me preocupó pese a que normalmente me siento muy molesta cuando la gente no es cortés.

—¡No me digas! —exclamó, como si yo hubiese dicho algo extremadamente importante.

Temerosa de que se ofendiese por lo que yo había dicho acerca de sus compañeras, de inmediato comencé a explicarle que no había sido mi intención acusar a Esperanza y las otras de no ser amigables.

—Muy por el contrario —le aseguré—, fueron de lo más corteses y cariñosas. —Estuve a punto de revelar lo confiado por Esperanza, pero su mirada enérgica me detuvo. No había en esa mirada enojo ni amenaza, sino una cualidad penetrante que perforó mis defensas, y tuve la sensación de que tenía acceso a la confusión reinante en mi mente.

Desvié la mirada para ocultar mi nerviosismo, y declaré en tono casi de broma no haberme sentido mayormente afectada al quedar sola en la casa.

—Lo que me intrigó fue que conocía cada rincón del lugar —confesé, y me detuve, incierta respecto al impacto que mis palabras podían haberle causado. Siguió mirándome fijo. —Fui al baño, y comprobé que había estado allí antes. El baño no tiene espejos, y recordé ese detalle aun antes de entrar. Luego recordé la ausencia total de espejos en la casa, recorrí cada habitación y lo confirmé.

Al comprobar su ausencia de reacción ante mis palabras, le confesé que al escuchar la radio durante mi viaje a Tucson me había percatado de que andaba atrasada en un día, y terminé diciendo en tono esforzado: —Debo de haber dormido todo un día.

—No dormiste un día entero —señaló Mariano Aureliano con indiferencia—, caminaste por toda la casa y hablaste mucho con nosotros antes de dormirte como un tronco.

Comencé a reír, una risa próxima a la histeria, pero él no pareció notarlo. Rió conmigo, y eso me relajó.

—Nunca duermo como un tronco —me sentí obligada a explicar—. Mi sueño es muy liviano.

Mariano Aureliano calló, y cuando retomó la palabra su voz era seria y exigente.

—¿Recuerdas haber sentido curiosidad acerca de cómo las mujeres se vestían y peinaban sin la ayuda de espejos?

No se me ocurrió respuesta y él prosiguió.

—¿Recuerdas que te pareció extraño la ausencia de cuadros en las paredes y...?

—No recuerdo haber hablado con nadie —interrumpí, para luego observarlo con cautela en la creencia de que. Tal vez, nada más que para confundirme, alegraría que yo alterné con todos en esa casa. Cuando en realidad nada de eso había sucedido.

—No recordarlo no significa que no sucedió —dijo lacónicamente.

Sentí en mi estómago un involuntario revuelo de mariposas. No me había sobresaltado su tono de voz sino el hecho de haber dado respuesta a mis no formuladas preguntas.

En la seguridad de que si seguía hablando algo disiparía mi creciente aprensión, me embarqué en una larga y confusa recitación acerca de mi estado de ánimo. Reconstruí lo sucedido y me encontré con baches en el orden de lo ocurrido entre la sesión curativa y mi viaje a Tucson, plazo en el cual, sabía, perdí toda una jornada.

—Ustedes me están haciendo algo —los acusé, sintiéndome momentáneamente virtuosa—, algo raro y amenazante.

—Ahora te estás portando como una tonta—y por primera vez Mariano Aureliano sonrió—. Si algo es raro y amenazante es sólo porque es nuevo para ti. Eres una mujer fuerte, y tarde o temprano le encontrarás el sentido.

Me molestó lo de *mujer*. Hubiese preferido que dijese *muchacha*, acostumbrada como estaba a que pidiesen mis papeles para probar que tenía más de dieciséis años. De pronto me sentí vieja.

—La juventud debe estar únicamente en los ojos de quien contempla —dijo como si una vez más estuviese leyendo mis pensamientos—. Quienquiera que te mire debe percibir tu juventud, tu vigor, pero está mal que tú te sientas una chiquitina. Debes ser inocente sin ser inmadura.

Por alguna razón inexplicable sus palabras excedieron mi capacidad de tolerancia. Deseaba llorar, no por sentirme herida sino de desaliento. Incapaz de sugerir algo mejor, propuse comer.

—Me muero de hambre —anuncié con falso alborozo.

—Eso no es verdad —retrucó autoritario—. Estás intentando cambiar de tema.

Sorprendida por su tono y sus palabras lo miré aterrada, y mi sorpresa pronto se convirtió en enojo. No sólo tenía hambre, sino que también estaba cansada y tiesa a causa del largo viaje. Deseaba gritar, hacerlo el blanco de mi ira y frustración, pero sus ojos me impedían todo movimiento, esos ojos que no parpadeaban y parecían poseer atributos de reptil. Por un momento pensé que podría llegar a tragarme del mismo modo en que una víbora traga un indefenso e hipnotizado pájaro.

La tensión de temor e ira alcanzó tal intensidad que sentí la sangre invadiendo mi rostro, y supe por una curiosa y casi imperceptible elevación de cejas que Mariano Aureliano había percibido ese cambio de color. Desde mi temprana juventud yo había sufrido terribles ataques de mal genio, y salvo procurar calmarme, nadie había intentado impedir mi entrega a ellos, y yo lo hacía hasta el punto de convertirlos en monumentales rabietas, nunca causadas por serme negado algo que deseaba hacer o poseer, sino por las indignidades, reales o imaginarias infligidas a mi persona.

No obstante las circunstancias de ese momento me hicieron sentir vergüenza de mi hábito. Hice un esfuerzo consciente para controlarme que casi consumió todas mis fuerzas, pero me calmé.

—Estuviste todo un día con nosotros, un día que ahora no puedes recordar —explicó Mariano Aureliano. por lo visto indiferente a mis fluctuantes estados de ánimo—. Durante ese tiempo estuviste muy comunicativa y receptiva, lo cual nos encantó. Cuando ensueñas mejoras, y te conviertes en un ser más atrayente, más ingenioso. Nos permitiste conocerte muy profundamente.

Sus palabras me inquietaron. El haber crecido defendiendo y afirmándome, tal cual hice, me permitió ser muy adepta en detectar significados ocultos tras las palabras. "Conocerme muy profundamente" me preocupó. En especial "profundamente". Sólo podía tener un significado, pensé, pero de inmediato lo descarté por descabellado.

Me absorbí de tal manera en mis propios cálculos que dejé de atender lo que decía. Continuaba con las explicaciones del día perdido por mí. Pero apenas capté trozos aislados, y debo de haber fijado mi vista muy fijamente en él, pues de pronto dejó de hablar.

—No estás prestando atención —me amonestó severamente.

—¿Qué me hicieron cuando estuve en trance? —retruqué, en lo que más que una pregunta era una acusación.

Me sorprendieron mis propias palabras por impensadas, y Mariano Aureliano se sorprendió aún más, y casi lo ahogó el estallido de risa que siguió a su inicial expresión de sobresalto.

—Puedes estar segura de que no nos aprovechamos de niñitas —y no sólo pareció decirlo con sinceridad, sino hasta ofendido por mi acusación—. Esperanza te dijo quiénes somos: gente muy seria.

—Y luego con tono burlón agregó: —Y vamos en serio en este negocio.

—¿Qué tipo de negocio? —exigí belicosamente—. Esperanza no me dijo qué querían de mí.

—Sí que lo dijo —respondió con tal seguridad que por un instante me pregunté si no habría estado oculto, escuchando nuestra conversación en el patio. Lo consideraba muy capaz de ello.

—Esperanza te dijo que nos habías sido señalada —prosiguió—. Y ahora eso nos impulsa, como a ti te impulsa el miedo.

—A mí no me impulsa nada ni nadie —grité, olvidando que todavía no me había revelado qué deseaban de mí.

En apariencia indiferente ante mi enojo, dijo que Esperanza había sido muy clara al explicarme que de allí en adelante ellos estaban comprometidos a criarme.

-¡Criarme! —grité—. Ustedes están locos. ¡Ya he recibido toda la crianza que necesito!

Ignorando mi estallido se dedicó a explicar que el compromiso de ellos era total, y el hecho de que yo lo entendiese o no, no les importaba.

Quedé mirándolo, incapaz de ocultar mi miedo. Jamás había escuchado a alguien expresarse con tanta indiferencia y a la vez interés. En un esfuerzo por ocultar mi alarma procuré inyectar en mi voz un valor que estaba lejos de sentir, y pregunté:

—¿Qué es lo que quieren insinuar cuando hablan de criarme?

—Exactamente lo que oyes —respondió—. Estamos comprometidos a guiarte.

—Pero, ¿por qué? —estaba nerviosa y curiosa al mismo tiempo—. ¿No ve usted que no preciso de dirección, ni quiero que...?

La risa de Mariano Aureliano ahogó mis palabras.

—No hay duda alguna de que necesitas dirección. Esperanza ya te hizo ver que tu vida carece de significado —y anticipando mi inminente pregunta me indicó callar—. Y en lo tocante a por qué tú y no otra persona, ella te explicó que dejamos al espíritu la elección de quienes debemos dirigir, y el espíritu te señaló a ti.

—Un momento, señor Aureliano —protesté—, no quiero ser grosera ni desagradecida. Pero debe usted entender que no busco dirección. Aborrezco la mera idea. ¿Entiende usted? ¿Soy lo suficientemente clara?

—Sí, y comprendo lo que quieres que entienda —y al decir esto dio un paso atrás para alejarse de mi dedo extendido—, pero precisamente por no desear nada te conviertes en el candidato ideal.

—¿Candidato? —grité, harta de su insistencia. Miré en tomo, preguntándome si quienes entraban

y salían de la cafetería podrían haberme escuchado, y seguí gritando: —¿Qué es esto? ¡Usted y sus compañeros son una partida de locos! Déjenme en paz, ¿me oye? No los necesito a ustedes ni a nadie.

Para sorpresa y mórbida alegría de mi parte, Mariano Aureliano terminó por enojarse y se puso a reñirme tal como hacían mis padres y mis hermanos. Con voz controlada que no trascendía el escenario de nuestra discusión, me insultó, tratándome de estúpida y de malcriada. Luego, como si el insultarme le diese ímpetu, dijo algo imperdonable. Gritó que mi única fortuna era el haber nacido rubia y de ojos azules en una tierra donde esos atributos eran reverenciados.

—Jamás tuviste que luchar por nada —aseguró—. La mentalidad colonial de los cholos de tu país hizo que te mirasen como si merecieses tratamiento especial. Un privilegio basado en la posesión de cabellera rubia y ojos azules es el privilegio más tonto que pueda existir.

Yo estaba lívida, pues jamás fui de los que reciben insultos sin reaccionar. Los años de entrenamiento hogareño para esas batallas gritadas que sosteníamos, y las extremadamente descriptivas vulgaridades aprendidas (y nunca olvidadas) en las calles de Caracas cuando niña, esa tarde me fueron de suma utilidad. Le dije cosas a Mariano Aureliano que me avergüenzan hasta el día de hoy.

Tal era mi estado de nervios que no percibí que el indio corpulento conductor de la camioneta se nos había incorporado, y recién lo supe al escuchar su fuerte risa. Él y Mariano Aureliano prácticamente estaban en el piso, agarrándose las panzas y gritando alborozados.

—¿Qué tiene esto de cómico? —le grité al indio corpulento, a quien también insulté.

—¡Qué mujer tan mal hablada! —dijo en perfecto inglés—, de ser tu papá te lavaba la boca con agua y jabón.

—¿Quién te dio vela en este entierro, gordo de mierda? —y cegada por la furia le di una patada en el tobillo.

El dolor le hizo lanzar un grito, y me insultó. y yo estaba a punto de agarrarle el brazo y morderlo cuando Mariano Aureliano me tomó de atrás y me arrojó al aire.

Se detuvo el tiempo. Mi descenso fue tan lento, tan imperceptible, que me pareció estar suspenda en el aire indefinidamente. No caí en tierra con los huesos quebrados como esperaba, sino en los brazos del corpulento indio. No trastabillé al recibirme, sosteniéndome como una almohada de escasísimo peso. Alcancé a espiar un malicioso reflejo en sus ojos y tuve la certeza de que me iba a lanzar hacia arriba, pero debió de haber intuido mi temor pues sonrió y con suavidad me depositó en el suelo. Agotadas mis fuerzas y mi ira, me apoyé contra el auto y lloré.

Mariano Aureliano me rodeó con sus brazos y acarició mi cabeza y mi brazo, tal como hacía mi padre cuando yo era niña. Murmurando palabras tranquilizantes me aseguró no estar en lo más mínimo molesto por las barbaridades que le había gritado.

La culpa y un sentimiento de pena por mí misma aumentaron la intensidad de mi llanto. Ante esto él sacudió la cabeza en gesto de resignación aunque sus ojos brillaban de gozo. Luego, en un esfuerzo evidentemente destinado a hacerme reír, confesó que todavía le costaba creer que yo conociese un lenguaje tan soez, y menos aún usarlo.

—Y bien —musitó—. Supongo que el lenguaje está para ser usado, y el lenguaje soez para cuando las circunstancias lo requieren.

Sus palabras no me causaron gracia, y una vez superado el ataque de autocompasión comencé, como era habitual en mí, a darle vueltas a su afirmación de que lo único que yo poseía eran el cabello rubio y los ojos azules.

Debo de haberle revelado algo a Mariano Aureliano acerca de mis sentimientos pues me aseguró haber dicho eso sólo para mortificarme, y que no había nada de cierto en ello. Sabía que mentía, y por un momento me consideré doblemente insultada y luego espantada al caer en la cuenta de

que mis defensas estaban destruidas. Estaba de acuerdo con él. Había estado en lo cierto en todo lo que había dicho. Con un solo golpe me había desenmascarado, perforado mi coraza. Nadie, ni siquiera mi peor enemigo, pudo haberme aplicado un golpe tan demoledor, y sin embargo, pensara lo que pensase de Mariano Aureliano. Sabía que no era mi enemigo.

Ese descubrimiento me produjo vértigo, como si una fuerza invisible estuviese aplastando algo en mi interior la idea de mi misma. Algo que solía fortificarme ahora me agotaba.

Mariano Aureliano me tomó del brazo y me condujo hacia la cafetería.

—Acordemos una tregua —me sugirió jovialmente—. Necesito que me hagas un favor.

—No necesita usted más que pedirlo —respondí, y procuré imitar su tono.

—Antes de que tú llegases pedí un sándwich en la cafetería y prácticamente rehusaron servirme. Cuando protesté el cocinero me echó. Eso sucede por ser indio —se quejó abatido.

—Denuncie al cocinero ante el gerente—sugerí indignada, mis propios problemas misteriosamente olvidados.

—Eso no me ayudaría en lo más mínimo —confesé Mariano Aureliano, y me aseguró que la sola manera en que yo podía ayudarlo era entrando en la cafetería para sentarme en la barra, pedir un buen almuerzo, y dejar caer en él una mosca muerta.

—Y echarle la culpa al cocinero —concluí por él. Todo me parecía tan absurdo que acabé riendo, pero al percatarme de que hablaba en serio, prometí hacer lo que me pedía.

—Espera aquí —dijo, y luego, junto con el indio corpulento (que aún no me había sido presentado) se encaminaron hacia la camioneta roja, estacionada en la calle, para regresar casi de inmediato.

—A propósito —dijo Mariano Aureliano—, éste es John. Es un indio yuma de Arizona.

Estaba por preguntar si John también era hechicero, pero Mariano Aureliano se me adelantó.

—Es el miembro más joven de nuestro grupo.

Con una risita nerviosa extendí mi mano:

—Encantada de conocerte.

—Igualmente —repuso. Su voz era profunda, resonante, y su apretón de manos, cálido. —Espero que tú y yo nunca nos agarremos a patadas.

Pese a no ser muy alto exhalaba la vitalidad y la fuerza de un gigante. Hasta sus grandes dientes blancos parecían indestructibles. Con ánimo juguetón inspeccionó mis bíceps y opinó:

—Apuesto a que puedes desconchinar a un tipo de un solo puñetazo.

Antes de que pudiese disculparme por mis patadas e insultos, Mariano Aureliano puso una pequeña caja en mis manos.

—La mosca —explicó—. John sugiere que uses esto —y sacó una peluca negra y enrulada de alguna bolsa—. No te preocupes, es nueva flamante —dijo mientras la acomodaba en mi cabeza. Luego, alejándose un poco para inspeccionarme, la pronunció apta. —No está mal. No quiero que te reconozcan —y se ocupó de ocultar mi larga cabellera rubia.

—No hay necesidad de disfrazarme —protesté—. Puedo asegurarles que no conozco a nadie en Tucson. —Me observé en el espejo retrovisor de mi auto. —No puedo entrar así, parezco un perro de lanas.

Mariano Aureliano me observaba con un exasperante aire divertido mientras acomodaba unos rizos rebeldes.

—No te olvides que tienes que sentarte en el mostrador y gritar como una loca cuando descubras la mosca en tu comida.

—¿Por qué?

Me miró como si fuese una retardada.

—Tienes que llamar la atención y humillar al cocinero.

La cafetería estaba repleta por los comensales de primera hora, pero no tardé en ubicarme en el

mostrador. Una cansada pero bien dispuesta camarera tomó mi pedido.

Semioculto tras el enrejado de los pedidos pude ver al cocinero, mejicano o norteamericano de origen mejicano, quien desempeñaba sus tareas con tal buen ánimo que tuve la certeza de que era inofensivo, incapaz de malicia alguna; pero al pensar en el indio viejo que me aguardaba en la playa de estacionamiento, no tuve reparo en vaciar el contenido de la caja de fósforos sobre la hamburguesa perfectamente cocinada que había pedido, y lo hice con tal velocidad y disimulo que ni siquiera los hombres apostados a cada lado notaron mi acción.

Mi grito de asco fue auténtico al ver una enorme cucaracha muerta en mi comida.

—¿Qué pasa, querida? —preguntó la camarera.

—¿Cómo espera el cocinero que yo coma esto? —me quejé. No fue necesario pretextar enojo. Estaba indignada, no con el cocinero sino con Mariano Aureliano. —¿Cómo puede hacerme esto? —pregunté en voz alta.

—No pasa de ser un horrible accidente —explicó la mujer a los dos curiosos parroquianos que me flanqueaban, a la vez que mostraba el plato al cocinero.

—¡Fascinante! —opinó el cocinero en alta voz, y frotándose el mentón inspeccionó el plato. No demostraba preocupación alguna, y tuve la vaga sospecha de que se reía de mí. —Esta cucaracha o cayó del techo o —y miró mi cabeza como fascinado— de su peluca.

Antes de que pudiese demostrarle mi indignación y ponerlo en su lugar, me ofreció la elección de cualquier plato del menú.

—Por cuenta de la casa —prometió.

Pedí un bistec y una papa hervida, lo cual me fue traído casi de inmediato, y cuando estaba en proceso de agregarle aderezo a mi lechuga, la cual siempre dejo para el final, descubrí una araña de respetable tamaño emergiendo de bajo la hoja. Fue tal mi sorpresa ante la evidente provocación que ni siquiera pude gritar, y al levantar los ojos vi al cocinero tras el enrejado, saludándome con la mano y una amplia sonrisa.

Mariano Aureliano me aguardaba. Impaciente.

—¿Qué sucedió? —preguntó.

—¡Usted y su asquerosa cucaracha! —le espeté—. No sucedió nada. El cocinero no se molestó, y se divirtió muchísimo, a expensas mías por supuesto. La única que se incomodó fui yo.

A pedido suyo rendí a Mariano Aureliano un detallado informe de lo acontecido. Cuanto más yo hablaba más parecía divertirse. Desconcertada por su reacción exigí.

—¿Qué se le antoja tan gracioso?

Luchó por mantenerse serio, pero sus labios lo traicionaron, y la inicial sonrisa se convirtió en una explosión de fuerte y sana risa.

—No puedes tomarte tan en serio —me regañó—. Eres una excelente ensoñadora pero no eres actriz.

—No estoy actuando ahora —repuse defensivamente en voz chillona.

—Quiero decir que contaba con tu habilidad para ser convincente —aclaró—. Tenias que hacerle creer al cocinero algo que no era cierto. Pensé que podrías hacerlo.

—¿Cómo se atreve usted a criticarme? —grité—. ¡Hago el papel de tonta para beneficio suyo, y todo lo que se le ocurre decir es que no sé actuar! —Me quité la peluca y se la arrojé. —Seguro que ahora tengo piojos.

Ignorando mi estallido Mariano Aureliano observó que Florinda ya le había anticipado que yo era incapaz de fingir.

—Teníamos que asegurarnos para ponerte en el casillero apropiado —agregó—. Los hechiceros son o ensoñadores o acechadores.

—¿De qué habla usted? ¿Qué es esta tontería de ensoñadores y acechadores?

—Los ensoñadores se ocupan de ensueños —explicó—. Obtienen su poder y su sabiduría de los ensueños. Los acechadores, por su parte, tratan con gente, con el mundo cotidiano, y obtienen su sabiduría y su poder a través del comercio con sus semejantes.

—Evidentemente no me conoce usted —dije de manera despreciativa—. Yo me manejo muy bien con la gente.

—Eso no es verdad —me contradijo—. Tú misma dijiste que no sabías conversar. Eres una buena mentirosa, pero mientes sólo para conseguir lo que deseas. Tus mentiras son demasiado específicas, demasiado personales. ¿Y sabes por qué? —Hizo una pausa, como para darme tiempo a responder, pero antes de que yo pudiese pensar en algo continuó: —Porque para ti las cosas son blancas o negras, sin medios tonos, y no hablo en términos de moral sino en términos de conveniencia; tu conveniencia por supuesto. Una verdadera autoritaria. —Mariano y John intercambiaron miradas, luego ambos enderezaron sus hombros, hicieron sonar sus tacones, e hicieron algo para mí imperdonable. Estiraron los brazos en un saludo fascista y gritaron:

—*Mein Führer!*

Cuanto más rieron más aumentaba mi furia. Sentí la sangre sonando en mis oídos, sofocando mi rostro, y esta vez no hice nada para calmarme fuera de patear mi auto y dar puñetazos en la capota.

En lugar de consolarme, tal cual hubiesen hecho mis padres o mis amigos, los dos hombres se dedicaron a reír como si yo les estuviese proporcionando el espectáculo más divertido imaginable. Su indiferencia, su total falta de preocupación hacia mí era tan chocante que mi ira decrecía lentamente por sí misma. Nunca se me había ignorado a tal punto. Me sentí perdida, sin capacidad de maniobra. Nunca supe hasta ese día que si los testigos de mis rabietas se mostraban indiferentes yo no sabía qué camino tomar.

—Creo que ahora está confundida. No sabe qué hacer. —Mariano Aureliano le dijo a John, y lo rodeó con su brazo y agregó en voz baja pero lo suficientemente alta como para que yo escuchase:

—Ahora va a llorar, y cuando lo haga llorará hasta que la consolemos. No hay nada más cargoso que una putilla malcriada.

Eso fue el colino. Como un toro herido bajé la cabeza y cargué contra Mariano Aureliano.

Tanto le sorprendió mi furioso e inesperado ataque que casi perdió el equilibrio, lo cual me dio tiempo suficiente para hundir los dientes en la parte carnosa de su panza. Su grito fue mezcla de dolor y risa.

John me tomó de la cintura para separarme, pero yo no aflojé la mordida hasta no ceder mi prótesis dental. Había perdido dos de mis dientes superiores frontales a los trece años, en una pelea entre los estudiantes venezolanos y alemanes de la Escuela Alemana de Caracas.

Ambos hombres rieron a gritos, John recostado sobre el baúl de mi Volkswagen. Sosteniéndose la panza y golpeando el auto.

-¡Tiene un agujero entre los dientes como un jugador de fútbol! —logró articular entre alaridos.

Mi vergüenza superó toda descripción. Tal era mi enojo que mis rodillas se aflojaron. Caí al piso como una muñeca de trapo y me desmayé.

Cuando recuperé el sentido estaba sentada dentro de la camioneta. Mariano Aureliano me presionaba la espalda y, sonriendo, acariciaba repetidas veces mi cabeza. Luego me abrazó.

Me sorprendió mi ausencia de emoción; no me sentía enojada ni avergonzada. Estaba relajada. En paz, dueña de una serenidad, de una tranquilidad nunca experimentada anteriormente. Por primera vez en mi vida me di cuenta de que jamás había estado en paz conmigo ni con otros.

—Te queremos muchísimo —dijo Mariano Aureliano—, pero debes curarte de esas rabietas. Si no

lo haces te matarán. Esta vez fue culpa mía y debo pedir perdón por ello. Te provoqué deliberadamente.

Me encontraba demasiado tranquila para responder. Bajé de la camioneta para estirar brazos y piernas. Sentía calambres en las pantorrillas.

Después de un rato les pedí disculpas a ambos, y les dije que mi carácter había empeorado desde que bebía bebidas gaseosas compulsivamente.

—Deja de hacerlo —sugirió Mariano Aureliano. Luego cambió por completo de tema y siguió como si nada hubiese sucedido. Dijo estar muy contento por haberme unido yo a ellos.

—¿De veras? —pregunté sin comprender—. ¿Yo me uní a ustedes?

—Así es. Un día todo tendrá sentido para ti —y me señaló una bandada de cuervos que nos sobrevolaban—. Los cuervos son un buen presagio. Mira qué hermosos lucen. Como una pintura en el cielo. Verlos ahora es una promesa de que nosotros nos veremos de nuevo.

Quedé mirando a los pájaros hasta que desaparecieron. Cuando me volví para mirar a Mariano Aureliano ya no estaba allí. La camioneta se había ido sin siquiera un mido.

CAPÍTULO CINCO

Sin importarme los arañazos me lancé tras el perro que a gran velocidad se internaba por entre los arbustos de artemisia. Pronto perdí de vista su pelaje dorado y seguí la pista de sus ladridos, cada vez más débiles en la distancia.

Intranquila observé la gruesa niebla, avanzando hacia mí para cerrarse en torno al lugar donde me encontraba, y en pocos momentos se borró el cielo. La suavizada bola del sol declinante de la tarde apenas si se veía, y la magnífica vista de la bahía de Santa Mónica, ahora más imaginada que vista desde las montañas de Santa Susana, había desaparecido con increíble rapidez.

No me preocupaba la pérdida del perro, pero no tenía idea cómo regresar al apartado lugar elegido por mis amigos para el picnic, ni dónde se encontraba el camino peatonal que tomé para perseguir al animal.

Encaminé unos pasos inseguros en la misma dirección tomada por el perro cuando algo me detuvo. Descendiendo desde alguna abertura en la niebla vi cómo un pequeño punto luminoso caía hacia mí. Lo siguió otro, luego otro, semejantes a pequeñas llamas atadas a una línea; temblaban y vibraban en el aire para extinguirse justo antes de alcanzarme, como tragadas por la niebla.

Dado que desaparecieron a pocos metros delante de mí, me acerqué deseosa de examinar el extraordinario espectáculo, y perforando la niebla con la vista vi deslizarse unas oscuras figuras humanas, suspendidas en el aire a corta distancia del suelo como si caminasen en puntas de pie sobre nubes. Una tras otra se acuclillaron hasta formar un círculo. Ensayé unos pasos vacilantes para luego detenerme cuando se espesó la niebla y tragó las figuras.

Permanecí inmóvil, sin saber qué hacer, víctima de un extraño miedo, no el conocido, sino un miedo que afectaba el cuerpo, el estómago, el tipo de miedo que han de experimentar los animales. No sé cuánto tiempo permanecí allí. Cuando la niebla levantó lo suficiente descubrí a mi izquierda, a unos veinte y tantos metros, a dos hombres sentados en el suelo con las piernas cruzadas. Cuchicheaban, y el sonido de sus voces parecía venir de todas direcciones. Atrapado en pequeños manchones de niebla semejantes a copos de algodón. No les entendí, pero una que otra palabra llegada a mis oídos me produjo tranquilidad; hablaban español.

—¡Estoy perdida! —grité.

Ambos se volvieron con lentitud, hesitantes e incrédulos, como quien asiste a una aparición. Miré tras de mí por si alguien allí fuese causante de su dramática reacción. No había nadie.

Sonriendo uno de los hombres se incorporó. Estiró sus miembros hasta hacer crujir sus articulaciones, y luego con rápidos pasos zanjó la distancia entre nosotros. Era joven. De baja estatura y fuerte constitución: hombros poderosos y cabeza grande. Sus ojos oscuros irradiaban una divertida curiosidad. Le dije que paseaba con amigos y me había perdido persiguiendo a su perro.

—Ahora no sé cómo reunirme de nuevo con ellos.

—Por aquí no se puede seguir —me advirtió—. Estamos parados sobre un acantilado —y con gran aplomo me tomó del brazo y me condujo al borde mismo del precipicio. Distante no más de unos tres metros de donde yo había estado parada—. Este amigo —y señaló al otro hombre que había permanecido sentado— acababa de contarme que abajo hay un viejo cementerio indio, cuando usted apareció y casi nos mata del susto. ¿Es usted sueca? —preguntó. Estudiando mi rostro y mi larga trenza rubia.

Aún confusa por lo dicho por el joven acerca del cementerio, fijé mi vista en la niebla. Bajo circunstancias normales. Como estudiante de antropología, me hubiese entusiasmado lo del cementerio indio, pero en ese momento poco me importaba lo que había abajo en esa brumosa

oquedad. En lo único en que lograba pensar era que, de no haberme distraído esas luces, yo podría haber terminado enterrada allí.

—¿Es usted sueca? —insistió.

—Sí —mentí, y de inmediato lo lamenté, pero no podía pensar en cómo desdecirme sin perder prestigio.

—Habla castellano a la perfección —comentó—. Los suecos poseen una maravillosa facilidad para los idiomas.

Pese a sentirme muy culpable no pude menos que agregar que, más que un don, era una necesidad para íos escandinavos aprender varios idiomas si deseaban comunicarse con el resto del mundo.

—Además —confesé—, me críe en Sudamérica.

Por alguna extraña razón esta información pareció desorientarlo. Sacudió la cabeza, como para exteriorizar su duda; después permaneció largo rato en silencio, absorto en sus pensamientos. Luego, como si hubiese arribado a una decisión, me tomó de la mano y me llevó junto al otro hombre que permanecía sentado.

No era mi intención entregarme a la sociabilidad. Quería reunirme con mis amigos lo más pronto posible, pero el joven me puso tan a mis anchas, que en lugar de pedirle que me conduzca al camino peatonal, le ofrecí una detallada versión de las luces y las figuras humanas que acababa de ver.

—Qué raro que el espíritu la haya ayudado —murmuró el hombre sentado como para sus adentros, frunciendo el entrecejo, pero era obvio que se dirigía a su compañero, quien respondió con otro ininteligible murmullo, e intercambiaron miradas que intensificaron mi inquietud.

—¿Perdón? —dije. Dirigiéndome al hombre sentado-. No entendí lo que dijo.

Me miró de modo agresivo.

—Fuiste advertida del peligro —anunció en voz grave y resonante—. Los emisarios de la muerte vinieron en tu ayuda.

—¿Quiénes? —me sentí obligada a preguntar, pese a haberle entendido perfectamente bien. Lo miré de cerca, y por un momento tuve la certeza de que lo conocía bien, pero al completar mi estudio arribé a la conclusión de no haberlo visto jamás, pese a no poder descartar la impresión inicial. No era tan joven como el otro, aunque tampoco viejo, y sin duda alguna indio, de tez oscura, pelo renegrado y lacio del grosor de un cepillo. Pero no era su aspecto exterior lo que lo hacía familiar. Era malhumorado como sólo yo podía serlo.

Por lo visto lo incomodó mi examen pues puesto de pie abruptamente anunció que me llevaría junto a mis amigos.

—Sígueme y no se te ocurra caerte. Caerías encima de mí y ambos nos mataríamos —dicho en tono poco amable, y antes de darme la oportunidad de responder que no era una tonta, se adelantó por un pronunciado declive en dirección opuesta al acantilado.

—¿Sabes adónde vas? —le grité, revelando en la voz mi nerviosismo-. No podía orientarme (nunca fui buena para ello), pero no creí estar subiendo un cerro cuando perseguí al perro.

El hombre se volvió, iluminado el rostro por una sonrisa, pese a que sus ojos no sonrieron. Me obsequió una mirada pétrea.

—Te llevaré con tus amigos —fue todo lo que dijo.

No me gustaba el individuo, pero sin embargo creía en él. No era muy alto, tal vez un metro setenta, y de huesos pequeños, pese a lo cual su cuerpo impresionaba como macizo y compacto. Se movía muy confiado en la niebla, pisando con gracia y facilidad en lo que yo creía ser una bajada vertical.

El hombre más joven descendió tras de mí. Ayudándome en cada una de mis dificultades. Tenía

las pulidas maneras de un viejo caballero. Sus manos eran suaves al tacto pero fuertes, hermosas y de tremendo poder. Varias veces, con gran facilidad, me alzó por encima de su cabeza, tal vez no una gran hazaña dado mi escaso peso, pero impresionante visto que estábamos parados sobre cornisas de arcilla y sólo me aventajaba en altura por cuatro o cinco centímetros.

—Debes agradecerle a los emisarios de la muerte —ordenó quien había encabezado nuestro traslado, no bien alcanzamos tierra plana.

—¿Sí? —pregunté, mofándome; la mera idea me parecía ridícula—. ¿Debo arrodillarme? —pregunté entre risas.

Al hombre no se le antojó tan gracioso. Con los brazos en la cintura me miró a los ojos sin sonreír. Había un algo amenazante en su porte. En sus oscuros ojos sesgados que miraban bajo cejas hirsutas que se unían sobre el puente de su cincelada nariz. De improviso me dio la espalda. y se alejó para sentarse sobre una roca cercana.

—No podemos irnos de aquí hasta que usted agradezca a los emisarios de la muerte —repitió. De pronto me preocupé la comprobación de estar sola en un lugar perdido, prisionera de la niebla junto con dos hombres extraños, uno de ellos tal vez peligroso, que no se movería del lugar hasta tanto yo no cumpliera su ridícula exigencia, pero ¡oh sorpresa!, en lugar de temor sentí ganas de reír.

La sonrisa comprensiva del hombre joven revelaba a las claras que sabía cómo yo me sentía, lo cual le causaba gran placer.

—No necesita llegar al extremo de arrodillarse —dijo, luego de lo cual, incapaz de controlar su regocijo, lanzó una risa alegre que sonaba como si pequeños guijarros cayesen en torno. Sus dientes eran inmaculadamente blancos y parejos, como los de un niño, y su rostro a la vez dulce y travieso. —Basta con decir gracias —aconsejó—. Dígalo. ¿Qué puede perder con ello?

—Me siento tonta —confesé, procurando en forma deliberada ganarlo para mi lado—. No lo haré. —Luego, entre risas, repetí:

—Lo siento pero no puedo hacerlo. Soy así. En cuanto alguien me insiste que haga algo que no quiero hacer, me pongo tensa y enojada.

Con la vista fija en el suelo, el mentón descansando sobre sus nudillos movió la cabeza en señal de estar ponderando el asunto.

—Es un hecho que algo impidió que usted se lastimara, tal vez hasta que se matara. Algo inexplicable.

Estuve de acuerdo, y aun admití que todo me resultaba muy extraño. Incluso intenté lucirme hablando de lo fortuito que por coincidencia sucede en el lugar apropiado y a la hora apropiada.

—Todo eso está muy bien pero no explica su caso particular —y me propinó un cariñoso golpe en el mentón—. Usted recibió un regalo, llámele al dador coincidencia, circunstancia, cadena de acontecimientos o lo que sea, pero el hecho es que no fue usted herida ni sufrió dolor alguno.

—Tal vez tenga razón —concedí—. Debería mostrarme más agradecida.

—No más agradecida, más flexible, más fluida —opinó riendo, y viendo el enojo que se gestaba en mí. Abrió grandes los brazos como para abarcar los arbustos de artemisia que nos rodeaban—. Mi amigo cree que lo que usted vio tiene relación con el cementerio indio que por cierto está aquí.

—No veo ningún cementerio —respondí a la defensiva.

—Es difícil de reconocer, y no es la niebla lo que impide verlo. Aun en días de sol lo único que se ven son los arbustos. —Se arrodilló, y me miró con una sonrisa. —No obstante, para el ojo conocedor, se trata de un grupo de arbustos de forma insólita. —Se echó en el suelo, sobre el estómago, la cabeza doblada hacia la izquierda, indicándome hacer lo mismo.

—Ésta es la única forma de verlo con claridad —explicó—. No lo hubiese sabido a no ser por mi

amigo, quien conoce todo tipo de cosas interesantes.

Inicialmente no vi nada; luego, una por una, descubrí las rocas entre la espesa maleza. Oscuras y brillantes, cual si las hubiese lavado la niebla, estaban reunidas en círculo, y más parecían criaturas que piedras, y cuando me percaté de que eran idénticas a las figuras humanas vistas entre la niebla, debí ahogar mi grito.

—Ahora en verdad estoy asustada —murmuré—. Les dije que vi figuras humanas sentadas en círculo —y traté de descubrir en su rostro rechazo o burla antes de agregar—: Es demasiado inaudito, pero casi juraría que esas rocas son la gente que vi.

—Lo sé —dijo en voz tan baja que debí acercarme—. Todo es muy misterioso. Mi amigo, quien como habrá usted notado es indio, dice que ciertos cementerios indígenas tienen un círculo o una fila de piedras. Esas piedras son los emisarios de la muerte. —Me observó con detenimiento, y luego, como para asegurarse de mi total atención. Confesó: —Tome nota. Son los emisarios, no la representación de los emisarios.

Fijé mi vista en el hombre, no sólo porque no sabía bien cómo interpretar sus palabras, sino por el hecho de que esa cara mudaba a medida que él hablaba y sonreía. Pero no eran los rasgos los que cambiaban, era el rostro que un minuto era el de un niño de seis años, luego de un adolescente de diecisiete, y también el de un viejo.

—Son creencias extrañas —continuó, indiferente a mi mirada inquisidora—. Yo no les di mayor crédito hasta el momento en que usted apareció de improviso, cuando mi amigo me hablaba de los emisarios de la muerte y justo viene usted a decirnos que acababa de verlos. Si yo me inclinase por la duda —y su tono se tomó súbitamente amenazador— diría que tú y él están confabulados. —¡No lo conozco! —me defendí. La sola sospecha me indignaba. Luego, en voz baja, para que sólo él pudiese escucharme, agregué: —Para serle franca, su amigo me da miedo.

—Si yo me inclinase por la duda —repitió el joven, ignorando mi interrupción—, creería que ustedes dos están tratando de asustarme. Pero soy confiado, de modo que lo único que puedo hacer es suspender todo juicio y desear saber más acerca de usted.

—Yo no quiero que sepas nada de mi —dije con irritación— y de todos modos no sé de qué mierda hablas. —Lo miré furiosa. No simpatizaba con su dilema pues también él me estaba inspirando miedo.

—Está hablando de agradecer a los emisarios de la muerte —dijo el hombre mayor que había llegado a donde estaba yo y me miraba de manera extraña.

Deseosa de abandonar el lugar y a esos dos locos me puse de pie y grité mi agradecimiento. Mi voz rebotó en la maleza que parecía haberse convertido en roca, y escuché hasta que el eco se extinguió. Luego, como poseída, y haciendo algo que mi buen juicio censuraría, grité mi agradecimiento una y otra vez.

—Estoy seguro de que los emisarios están más que satisfechos—opinó el joven, golpeando mi pantorrilla y dejándose caer al suelo para reír a carcajadas. Yo no dudé por un instante que pese a la liviandad de mi gesto había en efecto agradecido a los emisarios de la muerte y, curiosamente, me sentía protegida por ellos.

—¿Quiénes son ustedes? —pregunté, dirigiéndome al más joven de los dos hombres.

En un ágil salto se puso de pie.

—Yo soy José Luis Cortez, mis amigos me llaman Joe —y me extendió la mano—, y éste, aquí, es mi amigo Gumersindo Evans Pritchard.

Temiendo soltar la risa me mordí el labio y comencé a rascarme la rodilla.

—Ha de ser una pulga —dije, mirando de uno a otro. Ambos devolvieron mi mirada, desafiándome a mofarme del nombre, y tal era la seriedad de sus expresiones que mi risa se desvaneció.

Gumersindo Evans- Pritchard tomó mi mano y la sacudió con vigor.

—Encantado de conocerte —dijo en un perfecto inglés de clase alta británica—. Por un momento creí que eras una de esas mujerzuelas estúpidas y presumidas sin otra gracia que el coño. Al unísono mis ojos y mi boca se ensancharon. Pese a intuir que sus palabras más entrañaban un cumplido que un insulto, mi shock fue tan intenso que quedé como paralizada, a pesar de ser capaz de competir con quien sea en el uso de lenguaje fuerte, pero la palabra *coño* me sonó tan espantosamente ofensiva que quedé privada del habla.

Joe vino al rescate. Disculpé a su amigo con la explicación de que era un iconoclasta social extremado, y antes de permitirme la oportunidad de decir que Gumersindo había hecho añicos mi sentido de la decencia y las buenas maneras, agregó que la compulsión de Gumersindo a ser iconoclasta se debía a ser su apellido Evans-Pritchard.

—No debería soiprender a nadie. Su padre es un inglés que abandonó a su madre, una india de Jalisco, antes de nacer Gumersindo.

—¿Evans-Pritchard? —repetí cautelosamente, y luego pregunté a Gumersindo si era correcto permitir a Joe mostrar a una extraña sus secretos de familia.

—No hay secretos de familia —respondió Joe por su amigo— ¿y sabe por qué? —y fijó en mí sus ojos oscuros y brillantes que no eran negros ni color castaño sino del color de cerezas maduras. Sacudí la cabeza en gesto de desamparo, mi atención presa de su mirada insistente donde un ojo parecía reír de mí, mientras el otro se mantenía serio, ominoso y amenazador.

—Porque lo que usted llama secretos de familia constituyen la fuente de energía de Gurnersindo. ¿Sabía que su padre es ahora un famoso antropólogo inglés? Gumersindo lo odia.

Con un gesto casi imperceptible de cabeza, como orgulloso de su odio, Gumersindo aprobó. No podía creer en mi buena suerte. Se estaban refiriendo a E. E. Evans-Pritchard, uno de los antropólogos sociales más importantes del siglo xx, y era precisamente en ese ciclo en la universidad que yo estaba preparando un trabajo sobre antropología social y sobre los más eminentes investigadores en ese campo.

¡Suerte la mía! ¡Debí reprimir la tentación de gritar y saltar de alegría! Descubrir semejante secreto: un gran antropólogo que seduce y abandona a una mujer india. Poco importaba que Evans-Pritchard no haya trabajado en México (era mayormente conocido por sus investigaciones en África), pues estaba segura de descubrir que durante alguna de sus visitas a los Estados Unidos había estado en México. Tenía la prueba delante de mis ojos.

Con una sonrisa suave en los labios contemplé a Gumersindo, y me hice la secreta promesa de no revelar nada sin su permiso. Bueno, tal vez le dijese algo a alguno de los profesores: después de todo uno no se topaba todos los días con este tipo de información.

Las posibilidades giraban en mi mente. Tal vez una charla íntima con algunos estudiantes seleccionados en casa de uno de mis profesores. Hasta seleccioné al profesor. Alguien que no me caía demasiado bien, y que tenía una manera un tanto infantil de querer impresionar a sus alumnos. Nos encontrábamos de tanto en tanto en su casa, donde cada vez descubría sobre su escritorio, como dejada al acaso, una nota dirigida a él por el famoso antropólogo Claude Lévi-Strauss.

—No nos dijo su nombre —recordó Joe, tirándome suavemente de la manga.

—Carmen Gebauer —contesté sin titubear, dando el nombre de una amiga de mi infancia, y para mitigar mi culpa y molestia por haber mentido, le pregunté a Joe si era de la Argentina, y al observar su expresión confundida me apresuré a agregar que su acento era definitivamente argentino, aun cuando no parecía un argentino, agregué.

—Soy mejicano —dijo-, y juzgando por su acento usted ha sido criada en Cuba o en Venezuela. No quise seguir esa línea de conversación, de modo que cambié de tema con rapidez.

—¿Sabe cómo regresar al camino peatonal? —pregunté, súbitamente consciente de que mis

amigos podían estar preocupados por mi.

—Yo no —confesé Joe con candor infantil—, pero mi amigo Gumersindo Evans-Pritchard sí. Gumersindo nos guió a través del chaparral, por un sendero angosto del otro lado de la montaña, y no tardamos mucho en oír las voces de mis amigos y el ladrido de su perro.

Experimenté intenso alivio, pero al mismo tiempo me desilusioné y desagradé el hecho de que ninguno de los dos mostrase interés en comunicarse de nuevo conmigo.

—Bueno, seguro que volveremos a vernos —se despidió Joe desinteresadamente, y Gumersindo Evans-Pritchard me sorprendió besando galantemente mi mano, y lo hizo de manera tan natural y graciosa que no se me ocurrió reír.

—Está en sus genes —explicó Joe—. Pese a ser sólo mitad inglés, su refinamiento es impecable. ¡Es un perfecto galán!

Sin más trámite ambos desaparecieron en la niebla, y dudé mucho si los vería de nuevo. De pronto me sentí muy culpable por haber mentido acerca de mi nombre, y estuve a punto de correr tras ellos, pero el perro de mis amigos me arrojó al suelo al tratar de saltar para lamerme la cara.

CAPÍTULO SEIS

Confundida, examiné al orador invitado. Enfundado en su traje. Recién afeitado y con su pelo corto y enrolado, Joe Cortez parecía alguien de otra época entre los estudiantes de pelo largo, barbudos. Cargados de abalorios y vestidos con negligencia que llenaban uno de los grandes salones auditorios de la Universidad de California en Los Ángeles.

Me ubiqué en el asiento vacío de la última fila que me había reservado la amiga con quien hice el paseo por las montañas de Santa Susana.

—¿Quién es? -pregunté.

Mi amiga sacudió la cabeza, impaciente e incrédula, y garabateó *Carlos Castaneda* en un trozo de papel.

—¿Y quién diablos es Carlos Castaneda?

—Te di su libro —respondió, y luego agregó que era un muy conocido antropólogo que había llevado a cabo extensas investigaciones en México.

Estaba a punto de confiarle a mi amiga que el orador era la misma persona que conocí en las montañas el día en que me perdí, pero por una muy buena razón no lo hice. Ese hombre era responsable por la casi ruptura de nuestra amistad, la cual yo valoraba sobremanera. Mi amiga insistía obstinadamente en catalogar la historia del hijo de Evans-Pritchard como una patraña. Yo porfiaba que ninguno de los dos hombres ganaría nada con mentir. Sabía que de manera cándida habían dicho la verdad, pero mi amiga, indignada, me tildó de tonta y de crédula.

Ya que ninguna de las dos estaba dispuesta a ceder, la discusión se hizo agitada, y el marido de mi amiga, en un intento para calmarnos, había sugerido que tal vez yo decía la verdad, y mi amiga, irritada ante esa falta de solidaridad, le había ordenado a gritos callarse.

El viaje de regreso lo hicimos en un silencio hostil, la amistad tensa, y necesitamos dos semanas para restablecer la cordialidad. Entretanto yo hice averiguaciones entre varias personas respecto del hijo de Evans-Pritchard, personas más versadas en antropólogos y antropología que mi amiga y yo, y huelga decir que me hicieron quedar como una idiota. Obstinada persistí en mi versión de que sólo yo conocía la verdad. Me habían criado para ser práctica: si uno mentía debía ser para obtener una ventaja inalcanzable de otro modo, y no llegaba a entrever qué ventaja pretendían obtener estos hombres con la suya.

Presté poca atención a la conferencia de Carlos Castaneda. Demasiado absorta en tratar de sondear su razón para mentirme acerca de su nombre. Dada mi tendencia a deducir los motivos ajenos a partir de una simple deducción u observación, me resultaba muy problemático en este caso dar con una pista satisfactoria, pero luego recordé que también yo había dado un nombre falso, y no podía explicarme la razón.

Tras una larga deliberación mental decidí que había mentido porque automáticamente no había confiado en él. Lo hallé demasiado seguro de sí mismo, demasiado sobrador para inspirarme confianza. Mi madre me había enseñado a desconfiar de los hombres latinos, en especial si no se mostraban humildes. Solía decir que los machos latinos eran como los gallos de riña, interesados únicamente en pelear, comer y hacer el amor, en ese orden, y supongo que yo le creí sin prestar atención al asunto.

Por fin lo miré a Carlos Castaneda. Sus palabras no tenían para mí ni pie ni cabeza, pero me fascinaron sus movimientos. Parecía hablar con todo el cuerpo, y sus palabras. Más que salir de su boca, daban la impresión de surgir de sus manos, las cuales movía con la gracia y la habilidad de un mago.

Lo busqué al terminar la conferencia. Rodeado por estudiantes, se mostraba tan solícito y amable con las mujeres que automáticamente lo desprecié.

—Me mentiste acerca de tu nombre, Joe Cortez —le dije en castellano, apuntándole un dedo acusador.

Tomándose el estómago con las manos, como si hubiese recibido un golpe, me miró con la misma expresión vacilante e incrédula que mostró cuando por primera vez nos vimos en la montaña.

—También es mentira que tu amigo Gumersindo es hijo de Evans-Pritchard, ¿verdad? —agregué antes de que lograra reponerse de su sorpresa.

Con un gesto de súplica me pidió no continuar, pero no parecía en absoluto avergonzado. Había en sus ojos tal mirada de sorpresa que mi justa ira se desvaneció. Con suavidad me tomó de una muñeca, como temiendo que lo abandonase.

Cuando hubo terminado con los estudiantes me condujo en silencio hasta un banco apartado. Sombreado por un gigantesco pino.

—Todo esto es tan sorprendente que me he quedado sin habla —dijo en inglés al sentarnos, mirándome como si todavía no pudiese creer que me tenía sentada a su lado-. No pensé que te encontraría de nuevo —dijo en tono meditativo-. Luego que tú te fuiste mi amigo, cuyo nombre a todo esto es Néstor, y yo hablamos largo de ti, y arribamos a la conclusión de que eras una semiaparición. —Cambió de pronto al español y confesó que incluso habían regresado al lugar donde me dejaron en la esperanza de encontrarme.

—¿Por qué querías encontrarme? —pregunté en inglés, confiada en que respondería en ese idioma, que lo había hecho porque gustaba de mi.

En castellano no hay modo de decir que uno simplemente “gusta” de otra persona. La respuesta debe ser más florida y a la vez más precisa. En castellano uno puede ensayar un manso *me caes bien*, o despertar pasión total con *me gustas*.

Mi cándida pregunta lo sumió en un largo silencio. Parecía estar debatiendo si hablar o no. Por fin dijo que el encontrarme en la niebla aquella tarde lo había trastornado, y su rostro lo revelaba al decirlo, como asimismo su voz cuando agregó que encontrarme en la sala de conferencias había representado la culminación.

—¿Por qué? —pregunté, picada mi vanidad, pero de inmediato lamenté haberlo preguntado pues estaba convencida de que confesaría estar perdidamente enamorado de mí, y eso me hubiese perturbado al no saber qué contestar.

—Es una historia muy larga —respondió. Todavía pensativo. Hizo un mohín con la boca. Parecía estar por hablar solo, por ensayar lo próximo a decir. Yo conocía los signos del hombre a punto de lanzarse. —No he leído nada tuyo —dije con miras a desviar el tema—. ¿A qué te dedicas?

—He escrito un par de libros sobre la hechicería.

—¿Qué tipo de hechicería? ¿Vudú, espiritualismo o qué?

—¿Sabes algo acerca de la hechicería? —preguntó, con una nota de expectación en la voz.

—Por supuesto; crecí con ella. Pasé bastante tiempo en la región costera de Venezuela, área famosa por sus hechiceros. La mayor parte de mis veranos los pasaba con una familia de brujos.

—¿Brujos?

—Si —respondí, contenta con su reacción—. Yo tenía una niñera que era bruja, una negra de Puerto Cabello que me cuidó hasta la adolescencia. Mis dos padres trabajaban. y cuando yo era niña me dejaban a cuidado suyo. Ella me manejaba mejor que cualquiera de ellos dos, me dejaba hacerlo que quería. Mis padres, por supuesto, dejaban que ella me llevase donde deseaba, y durante las vacaciones escolares ella me llevaba a visitar su familia, no su familia biológica sino su familia de brujos. No me permitían participar de sus rituales ni sesiones de trance, pero aun así logré ver bastante.

Joe me miró con curiosidad, como si no me creyese. Luego preguntó sonriente:

—¿Qué es lo que hacía de ella una bruja?

—Todo tipo de cosas. Mataba gallinas y las ofrecía a los dioses a cambio de favores. Ella y sus compañeros brujos, hombres y mujeres, bailaban hasta caer en trance, y ella recitaba encantaciones secretas que tenían el poder de curar a sus amigos y de hacerle daño a sus enemigos. Su especialidad eran las pociones de amor. Las preparaba con todo tipo de plantas medicinales y residuos humanos como ser sangre menstrual, restos de uñas y cabello, en especial pelos púbicos. Confeccionaba amuletos de la buena suerte para el juego y para las cosas del amor.

—¿Y tus padres permitían eso?

—En casa nadie sabía de eso, excepto por supuesto mi niñera, sus clientes y yo. Hacía visitas a domicilio como cualquier médico. Pero en casa se limitaba a quemar velas detrás del retrete cuando yo tenía pesadillas. Y dado que parecía surtir efecto y no había peligro de incendio, por las baldosas, mi madre le concedía amplia libertad para hacerlo.

Súbitamente Joe se puso de pie y comenzó a reír.

—¿Qué tiene de gracioso? —pensé que tal vez sospechaba que yo lo había inventado-. Te aseguro que es verdad.

—Tú afirmas algo y en cuanto te concierne, eso se convierte en verdad —y la expresión de su rostro era sena.

—Pero es verdad —insistí. Segura de que se refería a mi niñera.

—Yo veo a través de las personas —aseguró con calma-. Por ejemplo yo veo que estás convencida de que te voy a declarar mi amor. Te has convencido de ello y eso ahora es la verdad. De eso hablo.

Intenté decir algo, pero la indignación me dejó sin aliento. Hubiese querido huir, pero habría resultado muy humillante.

Frunció el entrecejo y tuve la desagradable impresión de que conocía mis sentimientos. Enrojecí, y temblé con reprimida ira. Con todo, al poco tiempo, me sentí extraordinariamente calina, aunque no debido a un esfuerzo consciente de mi parte. Sin embargo tuve la expresa sensación de que algo en mí había cambiado. y la vaga reminiscencia de haber atravesado alguna vez una experiencia similar, aunque mi memoria fallaba tan pronto entraba en acción.

—¿Qué me estás haciendo? —murmuré.

—Se da el caso de que puedo ver a través de la gente. No siempre, y por cierto no con todas, sólo con aquellas con las cuales estoy íntimamente ligado. No entiendo por qué sucede contigo. Su sinceridad era manifiesta. Parecía mucho más confundido que yo. Sentóse de nuevo y se me acercó. Permanecimos un rato en total silencio, y resulté una experiencia placentera el poder abandonar todo esfuerzo por conversar, y no sentir que yo era estúpida. Miré el cielo, limpio de nubes y transparente como vidrio azul. Una suave brisa soplaba entre los pinos y las agujas caían sobre nosotros como lluvia mansa. Luego la brisa se hizo viento y las hojas caídas de un sicomoro cercano se arremolinaron alrededor con sonido suave y rítmico, y en uno de sus golpes el viento las elevó hacia las alturas.

—Esa fue una hermosa demostración del espíritu —murmuré— y fue para ti: las hojas girando en el viento ante nosotros. El hechicero con quien trabajo diría que ése es un presagio. Algo te señaló para que yo te viera en el preciso momento en que pensaba que sería mejor que me fuese. Ahora no puedo hacerlo.

Pensando nada más que en sus últimas palabras me sentí inexplicablemente feliz. No una felicidad triunfalista, del tipo que sentimos cuando nos sonrío el éxito, sino más bien una sensación de profundo bienestar que no duró. Mi ser impulsivo se hizo cargo de improvisado y exigió me deshiciese de esos pensamientos y sentimientos. No tenía yo por qué estar allí. Había faltado a una clase, al almuerzo con mis verdaderos amigos y a mi diaria cuota de natación en el gimnasio femenino.

—Tal vez sea mejor que me vaya —dije. La intención fue de aparentar alivio, pero cuando la enuncié sonó como si sintiese pena de mí misma lo cual, en cierto modo, era verdad. En lugar deirme le pregunté de la manera más casual posible si siempre había podido ver a través de la gente.

—No, no siempre —y su tono cariñoso denuncié con claridad que percibía mi inquietud interna-. El viejo hechicero con quien trabajo me lo enseñó recientemente.

—¿Crees que podría enseñármelo a mí?

—Sí, creo que si. Si siente por ti lo mismo que siento yo lo hará —y pareció asombrado de sus propias palabras.

—¿Conocías algo de hechicería antes? —pregunté con timidez. Emergiendo con lentitud de mi inquietud.

—En América latina todos creen saber, y yo no era la excepción. En ese sentido tú me haces recordar a mi mismo. Como tú. Estaba convencido de que sabía qué era la hechicería, pero luego, cuando en verdad la conocí, no era como yo la había concebido.

—¿Como era?

—Simple, tan simple que asusta —confesó—. Creemos que la hechicería asusta por su malignidad, pero la que yo descubrí no tiene nada de maligno, y por eso es lo más pavoroso que existe.

Lo interrumpí para señalar que sin duda se estaba refiriendo a la magia blanca en contraposición a la magia negra.

—No digas tonterías. ¡Carajo!

El shock de escucharlo hablarme en ese tono me obligó a boquear para respirar. De inmediato renació mi inquietud. Él desvió la mirada para evitar la mía. Se había permitido gritarme, y me enfurecí al punto de creer que me descompondría. Me ardieron las orejas y vi puntos negros ante mis ojos. Le hubiese pegado de no haberse puesto fuera de mi alcance en un rápido movimiento.

—Eres muy indisciplinada —opinó al sentarse de nuevo- y bastante violenta. Tu niñera debe de haberte consentido y tratado como si fueses de vidrio —pero al notar mi rostro enfadado explicó que no me había gritado por sentir impaciencia o enojo-. Personalmente no me importa si prestas atención o no, pero le importa a aquel en cuyo nombre te grité. Alguien que nos está observando. En un comienzo sentí perplejidad, luego inquietud. Miré en torno de nosotros, pensando que quizá su maestro hechicero fuese quien nos observaba.

Me ignoró y prosiguió:

—Mi padre nunca me dijo que tenemos un testigo permanente. Y no lo hizo porque no lo sabía, como tú tampoco lo sabes.

—¿De qué tonterías hablas? —y mi voz irritada reflejaba mis sentimientos del momento. Me había gritado, me había insultado, y me molestaba que estuviese parlotando como si nada hubiese sucedido. Si creía que iba a pasar por alto su conducta le esperaba una sorpresa. —No te saldrás con la tuya —me dije, sonriendo con malicia—. No conmigo, niño.

—Me estoy refiriendo a una fuerza, a una entidad, una presencia que no es fuerza, entidad ni presencia —explicó con sonrisa angelical. Parecía totalmente indiferente a mi estado de ánimo belicoso. —Te parecerá jerigonza pero no lo es. Me refiero a algo que únicamente los hechiceros conocen. Lo llaman el espíritu, nuestro observador personal. Nuestro testigo permanente.

No sé exactamente cómo, o cuál palabra exacta hizo el prodigio, pero de pronto tuvo toda mi atención. Prosiguió hablando de esa fuerza que según él no era Dios ni tenía nada que ver con la religión o la moral, sino una fuerza impersonal, un poder a nuestra disposición para ser utilizado si sólo lográsemos reducirnos a la nada. Incluso me tomó de la mano, lo cual no me desagradó. Más bien me agradó su tacto suave y fuerte. Me sentí mórbidamente fascinada por el extraño poder que ejercía sobre mí, y me horrorizaba comprobar que ansiaba sentarme indefinidamente

con él en ese banco. Mi mano unida a la suya.

Continuó hablando, yo pendiente de cada una de sus palabras. Pero al mismo tiempo perversamente intrigada respecto de cuándo me iba a tocar las piernas. Sabía que la sola mano no le había de satisfacer y que nada podía hacer yo para impedirlo. ¿O era que no *deseaba* hacer nada por impedido?

Explicó que él había sido tan negligente e indisciplinado como el que más, pero que nunca conoció la diferencia por estar aprisionado por la modalidad del momento.

—¿Y qué es la modalidad del momento? —pregunté con tono áspero e inamistoso, destinado a no hacerle saber que gozaba al estar en su compañía.

—En nuestros días, lo que los hechiceros llaman la modalidad del momento es la preocupación de la clase media. Yo soy hombre de clase media, así como tú eres mujer de clase media...

—Encasillamientos de ese tipo no tienen validez —interrumpí con rudeza al tiempo que arrancaba mi mano de la suya—. No son más que generalidades. —Le lancé una mirada enfurruñada y recelosa. Había algo llamativamente familiar en sus palabras, pero no pude precisar dónde las había escuchado o qué importancia yo les estaba concediendo, sin embargo estaba segura de su vital importancia si sólo pudiese recordar lo sabido por mí acerca de ellas.

—No me vengas con esas necedades científico-sociales —dijo jovialmente—. Las conozco tanto como tú.

Cedí a un momento de total frustración, tomé su mano y la mordí.

—En verdad lo siento —murmuré antes de que él lograra reponerse de su sorpresa—. No sé por qué lo hice. No he mordido a nadie desde que era niña —y me corrí hasta el extremo del banco a la espera de su desquite que no llegó.

—Eres completamente primitiva —fue todo lo que dijo. Frotándose la mano con un aire como confundido.

Emití un profundo suspiro de alivio. Se había quebrado el poder que ejercía sobre mí y recordé tener una vieja deuda a cobrar. Me había convertido en el hazmerreír de mis colegas de antropología.

—Regresemos al problema original —dije, procurando apantallar mi enojo—. ¿Por qué me contaste todas esas tonterías acerca del hijo de Evans-Pritchard? Tendrías que haberte dado cuenta de que yo quedaría como una tonta. —Lo observé con cuidado, segura de que al confrontarlo de esta manera, luego del mordisco, terminaría por quebrar su autocontrol, o por lo menos molestarlo. Esperé que gritase. Que perdiese su confianza e insolencia, pero permaneció imperturbable. Suspiró hondo y adoptó una expresión seria.

—Sé que parece un simple caso de alguien que miente por diversión, pero la cosa es más compleja—y rió por lo bajo antes de recordarme que en ese momento desconocía mi condición de estudiante de antropología, y de que terminaría haciendo un papelón. Hizo una pausa, como si estuviese escogiendo las palabras adecuadas, luego ensayó un impotente encogimiento de hombros y agregó: —Verdaderamente no puedo explicarte ahora por qué presenté a mi amigo como hijo de Evans-Pritchard, a menos que te cuente mucho más acerca de mí y mis metas, y eso no resulta práctico.

—¿Por qué?

—Porque cuanto más sepas de mí, más te complicarás —y sus ojos me hablaron de su sinceridad—, y no me refiero a una confusión mental sino a algo personal conmigo.

Este abierto despliegue de caradurismo me devolvió la confianza. Exhumé mi bien probada risa sarcástica, y hablé en tono cortante:

—Eres repugnante y conozco tu tipo. Eres el ejemplo típico del macho latino consentido contra el cual he batallado toda mi vida

—y al ver su expresión sorprendida. Insistí, dando rienda suelta a toda mi soberbia—: ¿Cómo te atreves a pensar que puedo llegar a envolverme contigo?

Su rostro no enrojeció como yo esperaba. En lugar de eso rió estrepitosamente. Golpeándome la rodilla como si lo dicho por mí hubiese sido lo más cómico que escuchó en su vida y. para colmo, comenzó a hacerme cosquillas del mismo modo en que se le hacen a un niño.

Temiendo reírme (me afectaban mucho las cosquillas) grité mi indignación.

—¡Cómo te atreves a tocarme! —y temblando me puse de pie para retirarme, pero enseguida me asombré a mi misma recuperando mi asiento. Viendo que pretendía continuar con las cosquillas cerré los puños y los esgrimí ante sus ojos. —Te romperé la nariz si me tocas de nuevo —le advertí.

Por completo indiferente a mi amenaza reclinó la cabeza contra el respaldo del banco y cerró los ojos. Lo sacudían espasmos de risa.

—Eres la típica muchacha alemana que creció rodeada por negritos.

—¿Cómo sabes que soy alemana si nunca te lo dije? —pregunté con voz insegura, a la cual intenté dar una inflexión levemente amenazante.

—Sabía que eras alemana desde el instante en que te conocí. Lo confirmaste en el momento en que mentiste que eras sueca. Únicamente alemanes nacidos en el Nuevo Mundo después de la Segunda Guerra Mundial mienten así. Eso, por supuesto, si viven en los Estados Unidos.

Pese a que no se lo admitiría, él tenía razón. Con frecuencia había sentido la hostilidad de quienes se enteraban de que mis padres eran alemanes: para ellos eso nos hacía automáticamente nazis, y nada cambiaba si les decía que mis padres eran idealistas. Por supuesto debo admitir que, como buenos alemanes, se creían superiores, pero eran buena gente que toda su vida fue apolítica.

—Yo no fui más allá de coincidir contigo —dije ácidamente—. Tú viste cabello rubio, ojos azules, pómulos altos, y sólo pudiste pensar en un sueco. No tienes mucha imaginación, ¿sabes? —Aproveché mi ventaja para decirle que él no tenía ningún derecho a mentir. —A menos que seas un mentiroso de mierda por naturaleza —y a medida que hablaba mi voz se hacía estridente contra mi voluntad. Terminé dándole unos golpecitos en el pecho con mi dedo índice: —¿Conque Joe Cortez, eh?

—Y tu nombre, ¿es Cristina Gerbauer? —retrucó, imitando mi voz alta y odiosa.

—¡Carmen Gebauer! —grité, ofendida porque no lo había recordado completamente. Luego, arrepentida de mi estallido, ensayé una caótica autodefensa, pero al cabo de unos minutos me detuve consciente de no estar hablando con coherencia. Admití ser alemana y que Carmen Gebauer era el nombre de una amiga de la infancia.

—Me gusta eso —comentó con una sonrisa apenas esbozada, pero no pude establecer si se refería a mis mentiras o a mi confesión. En sus ojos brillaba una luz entre bondadosa y divertida, y con dulzura procedió a contarme la historia de su amiga de la infancia, Fabiola Kunze.

Porque me confundió su reacción desvié la vista hacia el cercano sicomoro y los más distantes pinos. Después, ansiosa por ocultar mi interés en su relato, comencé a jugar con mis uñas, con la cutícula y el esmalte que descascaré en forma metódica.

La historia de Fabiola Kunze se asemejaba tanto a la mía que a los pocos minutos olvidé mi pretendida indiferencia para escucharla con atención. Supuse que era pura invención, no obstante lo cual debí darle crédito por ciertos detalles que únicamente la hija de una familia alemana del Nuevo Mundo podía conocer.

Según la historia Fabiola Kunze vivía en mortal temor de los morenos muchachos latinos, pero igual temía a los alemanes; a los latinos por su irresponsabilidad, a los alemanes por ser tan predecibles. Solté la risa cuando describió escenas ocurridas los domingos de tarde en casa de Fabiola, cuando dos docenas de alemanes se reunían en torno a una mesa exquisitamente puesta,

con la mejor loza, platería y cristalería, y ella debía escuchar dos docenas de monólogos que pretendían ser conversación.

A medida que Joe proporcionaba detalles de estas tardes de domingo comencé a sentirme más y más incómoda: Allí estaba el padre de Fabiola que prohibía los debates políticos en su casa pero compulsivamente intentaba dar pie a ellos, al buscar por medios tortuosos contar chistes obscenos respecto de los sacerdotes católicos, y el mortal temor de la madre: que su loza fina estuviese en manos de esos torpes patanes.

Las palabras de Joe Cortez eran guías a las cuales yo respondía inconscientemente; comencé a ver escenas de mis tardes dominicales proyectadas sobre la pared. Me convertí en un manojo de nervios, sentí deseos de patear y de desmandarme como sólo yo sabía hacerlo. Deseaba odiar a ese hombre pero no podía. Necesitaba ser vindicada, recibir disculpas. Quería dominarlo, que se enamorase de mí para poder rechazarlo.

Avergonzada de mis sentimientos inmaduros procuré mediante un gran esfuerzo reaccionar, y pretextando aburrimiento me le acerqué para preguntar

—¿Por qué mentiste con respecto a tu nombre?

—No mentí —respondió—. Ese es mi nombre, tengo varios. Los hechiceros tienen distintos nombres para distintas ocasiones.

—¡Qué conveniente! —comenté con sarcasmo.

—Muy conveniente—repitió, y me guiñó el ojo, actitud que me enfureció.

Luego hizo algo insólito e inesperado. Me abrazó, sin que ese abrazo encerrase connotaciones sexuales. Fue el espontáneo, dulce y simple gesto de un niño que desea consolar a un amigo, y me tranquilizó al punto de hacerme sollozar de manera incontrolable.

—Soy una mierda —confesé—. Quiero agredirte y mírame: estoy en tus brazos —y estaba a punto de agregar que me agradaba cuando me invadió una corriente de energía, y como si saliese de un sueño lo aparté—. Déjame —grité, y me alejé a grandes trancos.

Escuché que la risa lo ahogaba, lo cual no me preocupó en absoluto por haberse disipado ya mi rabieta. Quedé paralizada, temblando e incapacitada para alejarme. Entonces, como si respondiese a una banda elástica adherida a mi cuerpo, regresé al banco.

—No te sientas mal -dijo con bondad. Parecía saber muy bien lo que me arrastraba de nuevo al banco. Palmeó mi espalda tal como se hace con un bebé luego de haber comido.

-No es lo que tú y yo hacemos —continuó—. Es algo fuera de nosotros que nos está influenciando. Me está influenciando a mi desde hace ya tiempo y me he acostumbrado a ello, pero no entiendo por qué actúa sobre ti. No me preguntes de qué se trata —dijo, anticipándose a mi pregunta—. Aún no te lo puedo explicar.

De todos modos no pretendía preguntarle nada. Mi mente había dejado de funcionar, me sentía como dormida, soñando que hablaba. Momentos después mi adormecimiento cedió, y pese a no haber regresado a lo que era mi normalidad, me sentí bastante más animada.

—¿Qué me está sucediendo? —pregunté.

—Estás siendo enfocada por algo que no emana de ti. Algo te está empujando, usándome a mí como instrumento. Algo está sobreponiendo otro criterio sobre tus convicciones de clase media.

—No empieces con esa tontería de clase media —protesté débilmente. Sentí como si se lo estuviese suplicando. Ensayé una sonrisa desvalida, pensando que había perdido mi usual desenfado.

—Advierto que éstas no son mis propias ideas u opiniones —dijo—. Como tú, soy producto de una ideología de clase media. Imagina mi horror cuando debí enfrentarme con una ideología diferente y más avasalladora. Me hizo trizas.

—¿Qué ideología es ésa? —pregunté humildemente, mi voz tan débil que apenas si se escuchaba.

—Un hombre me la trajo, o más bien el espíritu habló y me influenció a través de él. Ese hombre es un hechicero sobre quien he escrito. Se llama Juan Matus, y es quien me hizo enfrentar mi mentalidad de clase media.

—Juan Matus cierta vez me hizo una pregunta importante. “¿Qué crees que es una universidad?”. Yo, por supuesto, le respondí como un científico social: Un centro de estudios superiores”. Él me corrigió diciendo que una universidad debiera llamarse “un Instituto de Clase Media”, pues es el lugar al cual asistimos para perfeccionar nuestros valores de clase media. Dijo que asistimos a estos institutos para convertirnos en profesionales, la ideología de nuestra clase social nos dice que debemos prepararnos para ocupar posiciones gerenciales, que vamos allí para convertirnos en ingenieros, abogados, médicos, etcétera, y las mujeres para conseguir un marido adecuado, proveedor y padre de sus hijos. *Adecuado* es por supuesto definido por los valores de la “clase media”.

Deseaba contradecirlo, gritarle que conocía gente a la cual no le interesaba una carrera o encontrar marido; que conocía gente interesada en ideas, en el conocimiento en sí. Pero no conocía a tales personas. Sentí una terrible presión en el pecho, y tuve un acceso de tos seca. No fueron la tos ni el malestar físico los que me hicieron retorcer en el asiento e impidieron que discutiese con él. Era la certeza de que se refería a mí: Yo iba a la Universidad para encontrar un hombre adecuado.

De nuevo me puse de pie, dispuesta a partir. Incluso extendí mi mano para despedirme cuando sentí un poderoso tirón en mi espalda, tan fuerte que debí sentarme para no caer. Sabía que él no me había tocado. Lo estuve observando todo el tiempo.

Memorias de personas no del todo recordadas, de sueños no olvidados, inundaron mi mente y formaron una intrincada trama de la cual no podía desembarazarme. Rostros desconocidos, oraciones semiescuchadas, imágenes oscuras y borrosas de lugares y personas me remitieron momentáneamente a una especie de limbo. Estuve próxima a recordar algo de este caleidoscopio de sonidos y visualizaciones, pero el conocimiento se desvaneció, dominándome una sensación de calma y alivio, una tranquilidad tan profunda que eliminó todo deseo de afirmarme.

Estiré las piernas ante mí como si no tuviese una sola preocupación en el mundo (y en ese momento no la tenía) y comencé a hablar. No recuerdo haberlo hecho con tanta franqueza anteriormente, y no podía descubrir por qué de pronto bajé mis defensas ante él. Le conté de Venezuela, de mis padres, mi juventud, mi vida inquieta y sin significado. Le conté cosas que no me admitiría a mí misma.

—He estado estudiando antropología desde el año pasado. y en realidad no entiendo por qué. — Comenzaba a sentirme levemente incómoda ante mis propias revelaciones. Me moví inquieta en el banco pero no pude dejar de agregar: —Las dos materias que más me interesan son la literatura castellana y la alemana, y estar en antropología desafía todo lo que sé acerca de mí misma.

—Eso me intriga sobremanera —opinó—. No puedo pensar en ello ahora, pero me parece que he sido puesto aquí para que tú me encuentres, o viceversa.

—¿Qué significa todo esto? —pregunté, y me sonrojé al percatarme de que estaba centrando e interpretando todo en tomo a mi feminidad.

Él parecía estar completamente al tanto de mi estado mental. Tomó mi mano y la apretujó contra el corazón. “*iMe gustas, nibelunga!*”, exclamó dramáticamente, y luego tradujo la frase al inglés. “Me atraes de manera apasionada, nibelunga”. Hizo la parodia de devorarme con la mirada al estilo amante latino, y luego lanzó la carcajada.

— Estás convencida de que tarde o temprano debo decir esto, de modo que bien puede ser ahora.

En lugar de enojarme por ser blanco de su humor, reí; su humor me agradaba mucho... los únicos

Nibelungos que conocía provenían del libro de mi padre sobre mitología alemana; Sigfrido y sus Nibelungen. Hasta donde podía recordar se trataba de seres subterráneos, mágicos y enanos. —¿Me estás llamando enana? —pregunté en son de broma. —¡Que Dios no lo permita! —protestó—, te estoy comparando con un ser mitológico alemán. Más tarde, como si fuese lo único que podíamos hacer, fuimos en auto hasta las montañas de Santa Susana, al lugar donde nos habíamos conocido. Ninguno de los dos pronunció palabra alguna cuando estuvimos sentados en el acantilado sobre el cementerio indio. Movidos por un puro impulso de compañerismo quedamos en silencio, indiferentes a la tarde que se convertía en noche.

CAPÍTULO SIETE

Joe Cortez estacionó su furgoneta al pie de una bajada, abrió mi puerta, y con un gesto galante me ayudé a descender. Sentí alivio por haber al fin detenido nuestra marcha, aun cuando no sabría decir por qué. Estábamos en el medio de la nada luego de haber viajado desde las primeras horas de la mañana. El calor, el desierto chato, el sol inclemente y el polvo del camino se hicieron vaga memoria cuando respiré el aire frío y pesado de la noche.

Agitado por ese viento el aire se arremolinaba en tomo de nosotros como algo palpable, vivo. No había luna, y las estrellas, increíbles en número y en brillo, parecían intensificar nuestro aislamiento. Bajo el inquieto resplandor los cerros y el desierto se extendían alrededor, casi invisibles, plenos de sombras y sonidos murmurados. Traté de orientarme por las estrellas, pero no supe identificar las constelaciones.

—Estamos de cara al este —susurré a Joe Cortez. Como si yo hubiese hablado en voz alta, y con paciencia intenté instruirme respecto de las constelaciones mayores de ese cielo de verano. Yo sólo recordaba la estrella Vega pues su nombre me traía a la memoria al escritor español del siglo xvii, Lope de Vega.

Sentados allí, en silencio, sobre su furgoneta, pasé revista a los acontecimientos de nuestro viaje. No se habían cumplido aún las veinticuatro horas desde que. Mientras comíamos en un restaurante japonés de Los Ángeles, él me pidiera, sin preámbulo alguno, que lo acompañase a Sonora por unos días.

—Me encantaría —repose impulsivamente—. Mis clases han terminado y estoy libre. ¿Cuándo planeas partir?

—¡Esta noche! —respondió—. De hecho en cuanto terminemos de comer.

Tuve que reír. Estaba segura de que esa invitación no pasaba de una broma.

—No puedo partir con tan poco preaviso. ¿Qué te parece mañana?

—Esta noche —insistió, y extendió su mano para asegurar la mía en un formal apretón. Sólo al ver el destello pícaro y alegre de sus ojos caí en la cuenta de que no se estaba despidiendo sino que sellaba un acuerdo.

“Cuando se toma una decisión se debe actuar de inmediato —anuncié, y las palabras quedaron colgando en el aire delante de mis ojos. Ambos las miramos como si en realidad pudiésemos adivinar su forma y su tamaño. Accedí, apenas consciente de haber tomado una decisión. La oportunidad estaba allí, independiente de mi voluntad, pronta e inevitable. Nada debí hacer para que material. De pronto, con una intensidad demoledora, recordé mi viaje del año anterior a Sonora, y mi cuerpo se endureció, conmovido y temeroso, a medida que imágenes discontinuas en secuencia cobraban vida en mi interior. Los sucesos de aquel raro viaje se habían esfumado de mi conciencia a tal punto que, hasta momentos antes, era como si nunca hubiesen ocurrido, pero ahora adquirirían una claridad idéntica a la que tuvieron en el momento en que acontecieron. Temblé, no de frío sino de miedo indefinible, y enfrenté a Joe Cortez para hablarle de ese viaje. Me miraba con rara intensidad, y los ojos como túneles oscuros y profundos absorbieron mi espanto e hicieron retroceder las imágenes temidas, las cuales, una vez perdido su impulso, dejaron mi mente en blanco. En ese momento creí. fiel a mi manera de pensar, que nada podría contarle pues una verdadera aventura siempre dicta su propio derrotero, y los eventos más emocionantes de mi vida habían sido siempre aquellos con cuyo curso no me había interpuesto.

—¿Cómo quieres que te llame, Joe Cortez o Carlos Castaneda? —le pregunté con nauseabunda jovialidad femenina. Su rostro cobrizo se arrugó en una sonrisa.

—Soy tu compañero de la infancia —respondió—. Dame un nombre. Yo te llamaré *nibelunga*.

Al no acertar con un nombre adecuado le pregunté:

—¿Existe un orden en tus nombres?

—Bueno, Joe Cortez es cocinero, jardinero y factótum, un hombre solícito y pensativo. Carlos Castaneda es hombre del mundo académico, pero no creo que lo hayas conocido aún. —Me miré fijo y sonrió, y esa sonrisa llevaba implícito algo infantil e intensamente sincero.

Decidí llamarlo Joe Cortéz.

Pasamos la noche (en cuartos separados) en un motel de Yuma, Arizona. Después de salir de Los Ángeles. Y a través del largo viaje, me preocupé mucho lo concerniente a dónde y cómo dormiríamos. Por momentos temí que intentaría algo antes de que llegásemos al motel. Al fin y al cabo era hombre joven y fuerte. Agresivo y muy seguro de sí mismo. No me hubiese preocupado tanto de ser él europeo o norteamericano, pero por ser latino sabía cuáles eran sus pretensiones. El aceptar su invitación a pasar juntos unos días significaba que aceptaba compartir su cama.

Su preocupación y buen comportamiento durante el viaje encajaban perfectamente con lo que yo pensaba y esperaba de él. Preparaba el terreno.

Era tarde cuando arribamos al motel. Él se dirigió a la oficina del gerente para reservar habitaciones. Yo permanecí en el auto, imaginando lóbregas escenas.

Tan absorta estuve con mis fantasías que no percibí su regreso, y al escuchar el tintineo de las llaves que hacía bailar ante mis ojos. Me sobresalté, dejando caer la bolsa de papel que contenía mis artículos de tocador, comprados en el camino, que yo inconscientemente, apretaba contra el pecho.

—Te conseguí una habitación en la parte trasera del motel —anunció—. Está alejada de la carretera.

—Señaló una puerta ubicada cerca antes de agregar —Yo dormiré en ésta, cerca de la calle. Estoy acostumbrado a los ruidos. Eran las únicas habitaciones que quedaban.

Desilusionada tomé la llave que me extendía. Todas mis escenas se evaporaron. No tendría ya la oportunidad de rechazarlo, lo cual en realidad no deseaba, pero mi alma clamaba por una victoria, por pequeña que fuese.

—No veo por qué debemos alquilar dos cuartos —opiné con fingida indiferencia, y mis manos temblaron al recoger los artículos caídos que repuse en la bolsa. Lo que acababa de decir era increíble, pero no pude evitarlo. —El tráfico no te permitirá descansar, y lo necesitas tanto como yo. —No podía concebir que alguien pudiese dormir dado el ruido que provenía de la carretera. Sin mirarlo bajé del vehículo y me escuché decir: —Podríamos dormir en el mismo cuarto, en dos camas por supuesto.

Quedé aturdida y espantada. Jamás había hecho algo semejante ni tenido reacción tan esquizoide. Decía cosas sin proponérmelo, ¿o es que las decía deliberadamente sin saber lo que sentía?

Su risa puso fin a mi confusión, y era tan fuerte que se encendieron las luces en una habitación y alguien nos exigió silencio a gritos.

—¿Compartir tu habitación y permitir que te aproveches de mí en medio de la noche, después de haberme duchado? ¡Ni pensarlo!

—dijo entre oleadas de hilaridad.

Me sonrojé al punto que mis orejas ardían. Quise morir de vergüenza. Esta no era una de mis escenas. Regresé al auto y cerré la puerta con violencia.

—Llévame al ómnibus de la Greyhound —le espeté, dominando mi indignación—. ¿Por qué diablos vine contigo? ¡Debería hacerme examinar la cabeza!

Sin dejar de reír abrió la puerta y con suavidad me hizo salir.

—Durmamos no sólo en la misma habitación sino en la misma cama. Déjame hacerte el amor —supliqué, y tuve la impresión de que en verdad lo deseaba.

Horrorizada me deshice de él y grité:

—¡Jamás en tu puta vida!

—Bien —dijo—, ante tan feroz rechazo no me animo a insistir.

—Tomó mi mano y la besó. —Me has rechazado y puesto en mi lugar. Se acabaron los problemas. Estás vindicada.

Me alejé de él, a punto de llorar. Mi disgusto no se debía a su falta de deseo de pasar la noche conmigo; de haberlo él querido con toda franqueza no hubiese sabido cómo reaccionar, sino al hecho de que me conocía mejor de lo que yo me conocía a mí misma. Yo había rehusado dar crédito a lo que creía ser su manera de autohalagarse. Para él yo era transparente, y de pronto eso me asusté.

Joe se acercó para abrazarme, un abrazo dulce y simple. Tal cual sucedió con anterioridad, mi inquietud se esfumó como si nunca hubiese existido. Devolví su abrazo y dije otra cosa increíble: —Esta es la aventura más excitante de mi vida. —De inmediato quise retractarme; las palabras pronunciadas no eran mías. Ni siquiera sabía cuál había sido mi intención al proferirlas. Esta no era la aventura más excitante de mi vida. Había hecho muchos viajes emocionantes: había recorrido el mundo.

Mi irritación llegó al colmo cuando me dio un beso de despedida. Un beso suave y dulce como el que se le da a un niño, y contra mi voluntad me agradó. Había perdido la voluntad. Con un empujón Joe me envió camino a mi cuarto.

Maldiciéndome me senté en la cama y lloré de frustración, rabia y pena de mi misma. Desde los albores de mi vida siempre se habían satisfecho mis caprichos. Estaba acostumbrada a ello. Estar confundida y no saber lo que quería era una experiencia nueva y nada agradable. Tuve una noche de sueño intranquilo. Dormí vestida hasta que él llamó a mi puerta bien temprano de mañana.

Viajamos todo el día por caminos apartados y tortuosos. Tal cual me había informado, Joe Cortez era en verdad atento, y durante todo el largo viaje probé ser el más bondadoso y entretenido de los compañeros. Me mimé con viandas, canciones y cuentos. Era dueño de una profunda pero clara voz de barítono y conocía todas mis canciones favoritas: cursis canciones de amor de todos los países sudamericanos, sus himnos nacionales. Viejas baladas y hasta canciones infantiles.

Sus cuentos me hicieron reír hasta doler los músculos abdominales. Como narrador me mantuvo arrobada con cada incidencia. Era un mimo nato. Su asombrosa imitación de todos los acentos sudamericanos, incluso el singular portugués del Brasil. Superaba la mímica para convertirse en magia.

Estábamos encaramados en el techo de la furgoneta cuando Joe formulé la advertencia:

—Mejor bajamos. Las noches en el desierto se vuelven frías.

—Es un medio ambiente bravo —comenté. Deseaba gozar de nuevo del refugio de la cabina y alejamos de allí. Lo observé mientras recogía algunas bolsas del interior del vehículo. Había comprado toda suerte de regalos para quienes íbamos a visitar. —¿Por qué nos detuvimos en el medio de la nada? —pregunté.

—Nibelunga, haces las preguntas más tontas —repuso—. Nos detuvimos aquí pues es el sitio donde comienza nuestro viaje.

—¿Hemos arribado al misterioso destino sobre el cual no puedes hablar? —pregunté con sarcasmo. Lo único que había entorpecido nuestro agradable viaje había sido su renuencia a informarme con exactitud adónde nos dirigíamos.

En cuestión de unos segundos me enfurecí al extremo de quererle dar un puñetazo en la nariz, pero la noción de que mi repentina irritabilidad obedecía al cansancio de un largo día produjo el necesario alivio.

—Me estoy poniendo desagradable pero no por quererlo —dije en un tono jovial que sonaba a falso, pues la tensión de mi voz revelaba dificultad para controlarme. Me preocupaba la rapidez con que me enfurecía con él.

—En verdad no sabes conversar —acusé con una gran sonrisa—, sólo sabes presionar.

—¡Oh! Veo que Joe Cortez se ha marchado. ¿Vas a comenzar a insultarme de nuevo, Carlos Castaneda?

Mi observación le causó gracia, pese a que mi intención era otra.

—Este lugar no está en medio de la nada, la ciudad de Arizpe está cerca. Y la frontera de los Estados Unidos al norte, Chihuahua al este y Los Ángeles en algún punto al noroeste —recité. Sacudió la cabeza con gesto desdeñoso y tomó la delantera. En silencio caminamos a través del chaparral, más intuitivo que visto, por un sendero angosto y serpenteado que se ensanchaba al llegar a un amplio espacio abierto encerrado por bajos árboles de mesquite. Alcanzamos a discernir las siluetas de dos casas recortadas contra la oscuridad. En el interior de la más grande brillaban luces. Una más pequeña se alzaba a corta distancia. Caminamos hacia la casa grande. Pálidas polillas revoloteaban donde la luz se filtraba por los ventanales.

—Debo advertirte que la gente que vas a conocer es un tanto extraña —susurró—. No digas nada. Déjame hablar a mí.

—Diré lo que se me da la gana —respondí—. No me agrada que me digan cómo debo comportarme. No soy una criatura. Además mis hábitos sociales son impecables, y puedo asegurarte que no te haré quedar mal.

—¡Déjate de majaderías, carajo! —respondió, esforzándose por controlar la voz.

—No me trates como si fuese tu esposa, Carlos Castañeda —grité a pleno pulmón, pronunciando su apellido como yo consideraba que debiera pronunciarse: con ñ, lo cual sabía le desagradaba. Pero no se enojé. Mi salida lo hizo reír, algo frecuente en él cuando yo esperaba que explotase. “Nunca se irrita”, pensé con un suspiro. Su ecuanimidad era extraordinaria. Nada parecía confundirlo ni hacerle perder el control. Incluso cuando gritaba los gritos sonaban a falso.

Cuando Joe estaba por golpear, la puerta se abrió. Y un hombre delgado proyectó su sombra negra en el rectángulo de luz. Con un gesto impaciente nos insté a entrar, e ingresamos en un vestíbulo abarrotado de plantas. Con rapidez, cual si temiese mostrar la cara, nos precedió y sin una palabra de bienvenida abrió otra puerta cuyos vidrios no estaban bien sujetos y sonaban al abrirla.

Lo seguimos por un oscuro corredor y a través de un patio interno, donde un joven sentado en una silla de esterilla cantaba con voz plañidera, acompañándose en la guitarra. Hizo una pausa al vernos, no devolvió mi saludo, y continué tocando cuando doblamos una esquina y encaramos otro corredor oscuro.

—¿Por qué son todos tan poco corteses? —susurré en el oído de Joe Cortez—. ¿Estás seguro de que estamos en la casa correcta?

—Te dije, son excéntricos —murmuré.

—¿Estás seguro de que los conoces?

—¿Qué clase de pregunta es ésta? —repuso en tono tranquilo aunque amenazante—. Por supuesto que los conozco.

—¿Pasaremos la noche aquí? —pregunté, intranquila.

—No tengo la menor idea —y al decirlo me besó en la mejilla—. Y por favor, no hagas más preguntas. Estoy tentando llevar a cabo una maniobra casi imposible.

—¿Qué maniobra es ésta? —pregunté también en voz baja. Una súbita percepción me hizo sentir a la vez ansiosa e incómoda, pero al mismo tiempo estimulada. La palabra *maniobra* había proporcionado la pista.

Al parecer compenetrado de mis sentimientos íntimos, pasó las bolsas que portaba a uno de sus brazos, y con suavidad tomó mi mano para besarla, contacto que envié agradables corrientes de placer a través de mi cuerpo. Cruzamos un umbral para ingresar en una sala grande, tenuemente

iluminada y exiguamente amoblada. No era mi idea de una sala de provincia mejicana. Las paredes y el techo eran de un blanco inmaculado. Por completo desprovistas de cuadros u ornamentos. Contra la pared opuesta a la puerta había un gran sofá, y sentadas sobre él tres señoras mayores vestidas con elegancia. No pude ver bien sus rostros, pero la débil luz permitió comprobar la llamativa semejanza y el aire familiar existente entre ellas, aun sin parecerse. Esto me desorienté al punto de que apenas si reparé en dos personas sentadas en sillones cercanos.

En mi afán por llegar junto a las tres mujeres di un gran salto involuntario por no haber reparado en los desniveles del piso de ladrillos, y al estabilizarme noté la hermosa alfombra oriental y a la mujer sentada en uno de los sillones.

—¡Delia Flores! —exclamé—. ¡Dios santo, no lo puedo creer!

—La toqué para asegurarme que no era una figura producto de mi imaginación. En lugar de saludarla pregunté —¿Qué sucede? —y al mismo tiempo percibí que las mujeres del sofá eran mis viejas conocidas del año anterior en casa de la curandera.

Permanecí con la boca abierta, helada, la mente aturdida por el descubrimiento. Un esbozo de sonrisa rizaba las comisuras de los labios de las mujeres cuando se volvieron hacia el anciano de cabello blanco sentado en el otro sillón.

—Mariano Aureliano. —Mi voz salió débil y quebrada; perdida toda su energía. Me volví hacia Joe Cortez, y en ese mismo débil tono lo acusé de haberme engañado. Deseaba gritarle, insultarlo, agredirlo físicamente, pero ni fuerzas tenía para levantar un brazo. Tampoco para notar que, como yo, había quedado como atornillado al piso, el rostro pálido de asombro y confusión.

Mariano Aureliano, puesto de pie, se acercó, los brazos extendidos en anticipo de abrazo.

—Estoy tan feliz de verte nuevamente. —Su voz era dulce, sus ojos brillaban de felicidad, y con un abrazo de oso me levantó del suelo. Mi cuerpo laxo, desprovisto de fuerzas, no atinaba a devolver su cariño. No pude articular palabra. Me deposité de nuevo en el suelo, y fue hacia Joe Cortez para brindarle una igualmente efusiva bienvenida.

Delia Flores y sus amigas se acercaron, cada una con su abrazo, y murmuraron algo en mi oído. Me reconfortaron sus caricias y suaves voces, pero no entendí una sola palabra. La mente no me acompañaba. Podía sentir y escuchar pero no captar la esencia de mis sensaciones.

Mariano Aureliano se dirigió a mí con voz clara que disipé mi nublado entendimiento.

—No has sido engañada. Te dije desde un principio que te soplaría hacia él.

—De modo que usted es... —No pude terminar la frase pues por fin capté que Mariano Aureliano era el hombre de quien tanto me había hablado Joe Cortez: Juan Matus. El hechicero que cambió el curso de su vida.

Abrí la boca para decir algo y enseguida la cerré. Tenía la sensación de haber sido separada de mi cuerpo. Mi mente no podía acomodar nuevas sorpresas. Luego vi al señor Flores emerger de entre las sombras, y al percatarme de que había sido él quien nos abrió la puerta, me desmayé. Cuando recuperé el conocimiento me encontraba sobre el sofá, sintiéndome extraordinariamente bien, descansada y libre de ansiedad. Para determinar el tiempo que estuve inconsciente me incorporé para alzar el brazo y mirar mi reloj-pulsera.

—Has estado fuera de comisión exactamente dos minutos y veinte segundos —anuncié el señor Flores consultando su muñeca huérfana de reloj. Estaba sentado en una otomana de cuero vecina al sofá. Y en posición de sentado pareció más alto pues sus piernas eran cortas y su torso largo.

—¡Qué terriblemente dramático, eso de desmayarse! —dijo al sentarse a mi lado—. Siento mucho que te hayamos asustado —pero sus ojos color ámbar, plenos de risa, desdeñaban el tono genuinamente preocupado de su voz—. Y discúlpame por no haberlos saludado al abrir la puerta. Con tu cabello oculto bajo el sombrero y esa pesada chaqueta pensé que eras hombre. —Entretanto jugaba arrobado con mi trenza.

Al ponerme de pie debí apoyarme en el sofá. Seguía algo mareada. Insegura recorrí con la vista la habitación. Ni las mujeres ni Joe Cortéz seguían allí. Mariano Aureliano estaba sentado en uno de los sillones con la vista fija al frente. Tal vez estuviese dormido con los ojos abiertos.

—Cuando primero los vi a los dos tomados de la mano pensé que Charlie Spider se había vuelto maricón -dijo el señor Flores en inglés, pronunciando cada palabra de manera impecable y con genuino gusto.

Reí al escuchar ese nombre, y la formal pronunciación inglesa.

—¿Charlie Spider? ¿Quién es?

—¿No lo sabes? —preguntó, abriendo los ojos auténticamente desconcertado.

—No, no sé. ¿Acaso debiera saberlo?

Expresó su sorpresa ante mi negación rascándose la cabeza, y luego preguntó:

—¿Con quién estabas tomada de la mano?

—Carlos sostenía mi mano al entrar en esta habitación.

—Pues eso —aprobé el señor Flores, sonriendo contento como si hubiese solucionado un difícil acertijo. Luego, al ver mi expresión todavía perpleja. Agregó: —Carlos Castaneda es no sólo Joe Cortez sino también Charlie Spider.

—Charlie Spider —repetí—. Es un nombre muy pegadizo.

—De los tres era el que más me agradaba, sin duda debido a mi afición por las arañas, a las cuales jamás temí. Ni siquiera a las grandes arañas tropicales. En los rincones de mi apartamento siempre podían encontrarse sus telas, las que no destruía al hacer la limpieza.

—¿Por qué se hace llamar Charlie Spider? —pregunté.

—Diferentes nombres para diferentes situaciones —y el señor Flores recité la respuesta como si estuviese anunciando un producto—. Quien puede explicarte todo esto es Mariano Aureliano.

—¿Mariano Aureliano es también Juan Matus?

—Ya lo creo que sí —respondió con una ancha y divertida sonrisa—. También él tiene distintos nombres para distintas situaciones.

—Y usted, señor Flores. ¿También tiene diferentes nombres?

—Flores es mi único nombre. Genaro flores —y acercándoseme insinuó en tono conquistador, apenas murmurado—: Puedes llamarme Genarito.

Sin proponérmelo sacudí la cabeza. Algo en él me asustaba más que Mariano Aureliano, pero a nivel racional no alcanzaba a determinar la causa. El señor Flores parecía mucho más abordable que el otro. Era infantil, juguetero y de fácil trato, pese a lo cual no me sentía a gusto en su compañía.

El señor Flores interrumpió mis cavilaciones:

—La razón por la cual tengo un solo nombre es que no soy un nagual.

—¿Y qué es un nagual?

—Ah, eso es muy difícil de explicar—y me brindó una sonrisa cautivadora—. Únicamente Mariano Aureliano o Isidoro Baltazar pueden explicar eso.

—¿Quién es Isidoro Baltazar?

—Isidoro Baltazar es el nuevo nagual.

—Basta. No me diga usted más —y llevándome la mano a la frente me senté en el sofá—. Me está confundiendo, señor Flores, y aún estoy débil —y con mirada suplicante pregunté—: ¿Dónde está Carlos?

—Charlie Spider está tejiendo un sueño aracnoideo —el señor Flores dijo la frase entera en su inglés extravagante, luego de lo cual emitió una breve risa, como si estuviese saboreando un chiste especialmente bueno. Miró con picardía a Mariano Aureliano (que seguía con la vista fija en la pared), después a mí y por último de nuevo a su amigo. Debe de haber presentido mi

creciente miedo pues encogió los hombros y elevó las manos en gesto resignado antes de decir:

—Carlos, también conocido como Isidoro Baltazar, fue a visitar a...

—Qué, ¿se fue? —Mi grito hizo que Mariano Aureliano se volviese para mirarme. Me turbaba más quedar sola con los dos viejos que saber que Carlos Castaneda tenía aún otro nombre y era el nuevo nagual, fuese eso lo que fuese.

Mariano Aureliano se incorporó, hizo una profunda reverencia, y extendiendo su mano para ayudarme a ponerme de pie preguntó:

—¿Qué puede ser más agradable y recompensador para dos viejos que cuidar de ti hasta que te despertaras de tus ensueños?

Su agraciada sonrisa y su cortesía finisecular resultaron irresistibles. Me relajé de inmediato.

—No puedo pensar en nada más agradable —concordé, y permití que me condujese a un comedor bien iluminado, ubicado del otro lado del corredor, a una mesa de caoba ovalada en el fondo de la habitación. Con un gesto galante me ofreció una silla. Aguardó a que me instalase cómodamente, y luego dijo que no era demasiado tarde para cenar, y que él mismo se encargaba de traerme algo delicioso de la cocina. Mi propuesta de ayudar fue rechazada con finura.

El señor Flores, en lugar de caminar hasta la mesa, exhibió su destreza acrobática impulsándose con medialuna, y calculó la distancia con tal precisión que aterrizó a escasos centímetros de la mesa. Con una sonrisa tomó asiento a mi lado. Su rostro no revelaba el esfuerzo realizado, y ni siquiera jadeaba.

—Pese a que niega ser un acróbata creo que usted y sus amigos son parte de un espectáculo mágico —opiné.

El señor Flores saltó de su silla, el rostro iluminado por traviesas intenciones.

—¡Tienes toda la razón del inundo! ¡Somos parte de un espectáculo mágico! —y echó mano a un jarro de cerámica que estaba sobre un largo aparador. Me sirvió una taza de chocolate caliente.

—Esto y un pedazo de queso representan para mí una comida —y me cortó un trozo de queso Manchego. Juntos eran una delicia.

Pese a mis deseos no me ofreció repetir. La media taza que me sirvió no me satisfizo. Siempre gusté del chocolate, que ningún daño me hacía por más que comiese, y tenía la certeza de que si me concentraba en mi deseo de comer más, él se vería en la obligación de brindarme otra taza sin mediar solicitud de mi parte. De niña esto me daba resultado cuando era fuerte mi deseo por algo.

Le observé retirar dos tazas y dos platillos extra de la alacena, y noté que entre la loza, la cristalería y la platería campeaba una rara mezcla de figuras de cerámica prehispánica y unos monstruos prehistóricos de plástico.

—Ésta es la casa de las brujas —informó el señor Flores con aire de conspirador, como si eso explicase la incongruencia del contenido del mueble.

—¿Las esposas de Mariano Aureliano? —pregunté desafiante.

En lugar de responder me invitó con un gesto a mirar tras de mí. Mariano Aureliano estaba a mis espaldas.

—Las mismas —admitió, colocando una sopera de porcelana sobre la mesa—. Las mismas brujas que hicieron esta deliciosa sopa de rabo de buey. —Con un cucharón de plata llenó un plato y me instó a agregarle un trozo de lima y otro de aguacate. Así hice, devorando todo en unos pocos sorbos. Comí varios platos hasta quedar físicamente satisfecha, casi saciada. Permanecimos en tomo de la mesa un largo rato. La sopa de rabo de buey ejerció un maravilloso efecto sedante sobre mí. Me sentía tranquila. Algo usualmente muy desagradable en mí quedó desconectado, y todo mi ser, cuerpo y espíritu, agradecía el no tener que utilizar energía para defenderme.

Asintiendo con la cabeza, como confirmando en silencio cada uno de mis pensamientos, Mariano

Aureliano me observaba con ojos agudos y divertidos.

Estaba a punto de dirigirme a él llamándolo Juan Matus cuando anticipó mi intento y dijo:

—Yo soy Juan Matus para Isidoro Baltazar. Para ti soy el nagual Mariano Aureliano. —Sonriendo se me acercó y susurró confidencialmente: —El hombre que te trajo aquí es el nuevo nagual, el nagual Isidoro Baltazar. Ese nombre debes usar cuando hablas con él o lo mencionas.

“No estás totalmente dormida ni despierta —continuó Mariano Aureliano—, de modo que podrás entender y recordar todo lo que te decimos —y viendo que estaba a punto de interrumpirlo agregó con suavidad—: Y esta noche no vas a hacer preguntas estúpidas.

No fue tanto su tono sino una fuerza, un filo, lo que me heló, paralizando mi lengua. Sin embargo mi cabeza, como independiente de mi voluntad, hizo un gesto de asentimiento.

—Debes ponerla a prueba —recordó el señor Flores a su amigo. Un brillo decididamente perverso apareció en sus ojos. —O mejor aún, deja que lo haga yo.

Mariano Aureliano hizo una pausa, larga y deliberada, plena de ominosas posibilidades, y me miró en forma crítica, como si mis rasgos pudiesen darle un indicio para algún importante secreto. Inmovilizada por sus ojos penetrantes, ni siquiera parpadeé. Después dio su venia y el señor Flores me formuló una pregunta en voz grave y profunda:

—¿Estás enamorada de Isidoro Baltazar?

Y que me condenen si no dije que sí de manera mecánica e inanimada.

El señor Flores se acercó hasta que nuestras cabezas casi se tocaron, y en un murmullo pleno de risa sofocada preguntó:

—En verdad, ¿loca, locamente enamorada?

Repetí que sí, y ambos hombres estallaron en sonoras risotadas. El sonido de su risa, repiqueteando en tomo de la habitación como pelotas de pingpong, puso fin a mi estado de trance. Me aferré al sonido y salí del encantamiento.

—¿Qué carajo es esto? —pregunté a todo pulmón.

Ambos hombres saltaron en sus sillas, asustados por mis gritos. Se miraron, luego sus miradas convergieron en mí, y ambos se abandonaron a una extática risa. Cuanto más elocuentes eran mis insultos mayor eran sus risotadas, y tan contagioso era su regocijo que no pude evitar el adherirme a él.

En cuanto nos calmamos, Mariano Aureliano y el señor Flores me bombardearon con preguntas. Les interesaba en especial cómo y cuándo había conocido a Isidoro Baltazar, y cada pequeño detalle los llenaba de alegría. Cuando hube repetido los acontecimientos por cuarta o quinta vez había ampliado o mejorado la historia, o recordado detalles que no hubiese sospechado que podría recordar.

—Isidoro Baltazar logró ver a través de ti y de todo el asunto —juzgó Mariano Aureliano cuando hube finalizado mi exposición—. Pero aún no ve lo suficientemente bien. Ni siquiera concibió que fui yo quien te envió a él —y me lanzó otra de sus miradas perversas antes de corregirse—. En realidad no fui yo sino el espíritu, quien me eligió para hacer su mandato, y te soplé hacia él cuando estabas en el máximo de tu poder, en medio de tu ensoñar despierta. —Hablaba de manera casual, casi con negligencia, y sólo sus ojos traslucían su sabiduría. —Tal vez tu poder para ensoñar despierta fue la razón por la cual Isidoro Baltazar no percibió quién eras, pese a que estaba viendo, aun cuando el espíritu se lo reveló desde el primer momento en que él te vio. No puede existir mayor indicio que ese despliegue de luces en la niebla. Qué estupidez la de Isidoro Baltazar de no ver lo obvio.

Rió por lo bajo y yo asentí, sin saber a qué estaba asintiendo.

—Eso te demostrará que el ser hechicero no es gran cosa. Isidoro Baltazar es hechicero; ser un hombre de conocimiento es algo diferente. Para ello los hechiceros deben esperar a veces toda

una vida.

—¿Cuál es la diferencia? —pregunté.

—Un hombre de conocimiento es un líder —explicó en voz baja, sutilmente misteriosa—. Los hechiceros precisan de líderes para guiamos hacia y a través de lo desconocido. Un líder se revela por sus acciones; no tienen precio, lo cual significa que no se los puede comprar, sobornar, adular o mistificar.

Se acomodó mejor en su silla, y dijo que todos los de su grupo habían acordado estudiar a los líderes a través de la historia para descubrir si alguno de ellos llegó a justificar su condición de tal.

—¿Ha encontrado usted algunos que lo lograron?

—Algunos —admitió—. Los que encontramos podrían haber sido naguales. Los naguales son, pues, líderes naturales, hombres de tremenda energía que se convierten en hechiceros agregando un hito más a su repertorio: lo desconocido. Si esos hechiceros llegan a convertirse en hombres de conocimiento no existe prácticamente límite a lo que pueden alcanzar.

—¿Pueden las mujeres...? —No me permitió terminar.

—Las mujeres, como descubrirás algún día, pueden hacer cosas infinitamente más complejas aún.

—Isidoro Baltazar —interrumpió el señor Flores—, ¿te hizo recordar a alguien que conociste previamente?

—Bueno —respondí—, me sentí muy bien con él, como si lo conociese de toda la vida. Me hizo recordar a alguien, tal vez alguien de mi infancia, un amigo olvidado.

—¿De modo que no recuerdas haberlo conocido antes? —insistió el señor Flores.

—¿Quiere usted decir en casa de Esperanza? —Tal vez estuvo allí y yo no lo recordaba.

Sacudió su cabeza, desilusionado. Luego, agotado por lo visto su interés en mi respuesta, preguntó si había reparado en alguien que nos saludaba con la mano cuando manejábamos hacia la casa.

—No, nadie.

—Piensa bien —insistió.

Les conté que después de Yuma, en lugar de dirigimos al este, a Nogales en la Ruta 8, el camino más lógico, Isidoro Baltazar había marchado hacia el sur, a México, luego al este a través de "El Gran Desierto", luego de nuevo al norte entrando en los Estados Unidos por Sonoyta a Ajo, Arizona, luego de nuevo a México a Caborca donde gozamos de un delicioso almuerzo de lengua en salsa de chili verde.

—Cuando regresamos al auto con el estómago lleno ya casi ni presté atención a la ruta —admití—. Sé que pasamos por Santa Ana, y luego enderezamos hacia el norte a Cananea, y luego otra vez al sur. Todo muy confuso, en mi opinión.

—¿No recuerdas haber visto a alguien en la ruta —insistió el señor Flores—, alguien que los saludaba con la mano?

Cerré fuerte los ojos procurando visualizar a quien pudiese habernos saludado de tal manera, pero mi recuerdo del viaje era uno de cuentos, canciones y cansancio físico. Y de pronto, cuando estaba a punto de abrir los ojos, surgió la fugaz imagen de un hombre. Les dije que recordaba con vaguedad a un joven en las afueras de uno de esos pueblos de quien pensé que nos pedía que lo lleváramos.

—Puede haber hecho señas con la mano, pero no lo puedo asegurar.

Ambos rieron como niños empeñados en ocultar un secreto.

—Isidoro Baltazar no estaba muy seguro de encontramos —anunció Mariano Aureliano—, por eso siguió esa ruta insólita. Siguió la ruta de los hechiceros, el camino del coyote.

—¿Por qué no estaría seguro de encontrarlos?

—No sabía si nos encontraría hasta ver al joven haciéndole señas —explicó Mariano Aureliano—. Ese joven es un centinela del otro mundo. Su señal era prueba de que se podía seguir adelante. Isidoro Baltazar debió de saber allí mismo quién eras, pero, como tú, es extremadamente cauteloso, y cuando no lo es, es extremadamente temerario. —Hizo una pausa para permitir que sus palabras registrasen y luego agregó significativamente: —El moverse entre esos dos puntos es la manera más segura de errar. La cautela ciega tanto como el atrevimiento.

—No entiendo la lógica de todo esto —murmuré fatigada.

Mariano Aureliano aclaró:

—Cuando Isidoro Baltazar trae a un invitado debe prestar atención a la señal del centinela antes de seguir viaje.

—Cierta vez trajo a una chica de quien estaba enamorado —informó el señor Flores, y cerró los ojos como transportado por su recuerdo de la muchacha—. Era alta, fuerte y de cabello oscuro. Pies grandes y cara bonita. Recorrió toda Baja California y el centinela nunca le autorizó el paso. —¿Quiere decir que trae a sus enamoradas? —pregunté con curiosidad morbosa—. ¿Cuántas ha traído?

—Unas cuantas —repuso el señor Flores con candidez—. Por supuesto lo hizo por cuenta propia. Tu caso es distinto. Tú no eres su enamorada; tú regresabas. Isidoro Baltazar casi explotó cuando descubrió que por tonto no comprendió todas las indicaciones del espíritu. Él simplemente te hizo de chofer. Nosotros te esperábamos.

—¿Qué hubiese sucedido de no haber estado allí el centinela?

—Lo que siempre sucede cuando Isidoro Baltazar viene acompañado —repuso Mariano Aureliano—. No nos hubiese encontrado, porque no le corresponde a él elegir a quién traer al mundo de los hechiceros. —Su voz se hizo halagadoramente dulce al agregar: —Sólo aquellos a quienes el espíritu ha señalado pueden golpear a nuestra puerta. Luego que uno de nosotros los haya admitido.

Estuve a punto de interrumpir, pero recordando la advertencia de no hacer preguntas tontas, tapé mi boca con la mano.

Con una sonrisa Mariano Aureliano agregó que en mi caso Delia había sido quien me trajo al mundo.

—Es una de nuestras dos columnas, por así decirlo, que hacen la puerta de nuestro mundo. La otra es Clara, a quien conocerás pronto.

Había genuina admiración en sus ojos y en su voz cuando dijo:

—Delia cruzó la frontera nada más que para traerte a casa. La frontera es un hecho concreto, pero los hechiceros lo usan de manera simbólica. Tú estabas del otro lado y debías ser traída a este lado. En el otro está el mundo de lo cotidiano, pero en éste se encuentra el mundo de los hechiceros.

“Delia te escoltó con delicadeza, un trabajo verdaderamente profesional; una maniobra impecable que apreciarás más y más a medida que pase el tiempo.

Mariano Aureliano se incorporó en su silla para alcanzar la compotera de porcelana del trinchante, la colocó delante de mí con una invitación:

—Sírvelte, son deliciosos.

Fascinada miré los damascos pulposos y luego probé uno de ellos. Eran tan deliciosos que de inmediato despaché tres más. El señor Flores, luego de guiñarme un ojo, me instó a comerlos todos antes de que retirasen el plato. Con la boca llena me sonrojé e intenté pedir disculpas.

—¡No te disculpes! —recomendó Mariano Aureliano—. Sé tú misma, pero tú misma bajo control. Si quieres terminar los damascos, termínalos y asunto concluido. Lo que jamás debes hacer es terminarlos y luego arrepentirte.

—Entonces los terminaré —dije, y eso les hizo reír.

—¿Sabes que lo conociste el año pasado a Isidoro Baltazar? —dijo el señor Flores, quien se balanceaba tan precariamente en su silla que temí que cayese para atrás y golpease contra la alacena de la loza. Un brillo maligno apareció en sus ojos al tiempo que comenzó a tararear una bien conocida *ranchera*, haciendo un remedo de la letra para contar la historia de Isidoro Baltazar, famoso cocinero de Tucson, quien jamás perdía la calma, ni siquiera cuando se le acusaba de poner cucarachas muertas en la comida.

—¡Oh! —exclamé—, ¡el cocinero! ¡El cocinero de la cafetería era Isidoro Baltazar! Pero eso no puede ser cierto. No creo que él... —interrumpí la frase en la mitad.

Miré fijamente a Mariano Aureliano, en la esperanza de descubrir algo en su rostro, en su nariz aguileña, en sus ojos penetrantes, y sentí un involuntario escalofrío. Había algo de salvaje en sus ojos fríos.

—Sí —me incitó—. No crees que él... —y con un movimiento de cabeza me urgía a completar mi frase.

Estuve por decir que no creía a Isidoro Baltazar capaz de mentirme de esa manera, pero no me animé a formular la frase.

Los ojos de Mariano Aureliano se endurecieron, pero yo me sentía tan mal conmigo misma que no tenía cabida para el miedo.

—O sea que después de todo fui engañada —exploté por fin, mirándolo con furia—. Isidoro Baltazar sabía todo el tiempo quién era yo. Todo no es más que un juego.

—Todo es un juego —concordó Mariano Aureliano—, pero un juego maravilloso. El único que vale la pena jugar. —Hizo una pausa, como para darme la oportunidad de continuar con mis quejas, pero antes de que yo pudiese hacerlo me recordó la peluca que él insistió en ponerme en aquella oportunidad. —Si no lo reconociste a Isidoro Baltazar, que no estaba disfrazado, ¿qué te hace pensar que él te reconoció en tu disfraz de perro lanudo?

Mariano Aureliano me seguía observando. Sus ojos habían perdido su dureza, ahora se veían tristes y cansados.

—No fuiste engañada, ni siquiera traté de hacerlo, no que no lo haría si lo juzgase necesario —agregó—. Te dije cómo eran las cosas desde el comienzo. Has sido testigo de cosas estupendas, pero no has reparado en ellas. Como hace la mayoría de la gente, asocias la hechicería con comportamientos raros, rituales, drogas, encantaciones —y, acercándose, bajó la voz al nivel de un susurro para agregar que la verdadera hechicería era una muy sutil y exquisita manipulación de la percepción.

—La verdadera hechicería —el señor Flores concluyó— no permite la interferencia humana.

—Pero el señor Aureliano pretende haberme soplado hacia Isidoro Baltazar —señalé con inmadura impertinencia—. ¿No es eso una interferencia?

—Soy un nagual —respondió Mariano Aureliano—. Soy el nagual Mariano Aureliano, y el hecho de ser el nagual me permite manipular la percepción.

Lo había escuchado con toda atención pero no tenía la más mínima idea de lo que quería decir con manipulación de la percepción. De puro nerviosa extendí la mano para tomar el último damasco del plato.

—Te vas a enfermar —dijo el señor Flores—, eres tan chiquita, y sin embargo eres un dolor de cabeza.

Mariano Aureliano se paró tras de mí, y oprimió mi espalda de tal manera que me hizo devolver el último damasco que tenía en la boca.

CAPÍTULO OCHO

En este punto la secuencia de los hechos, tal como yo los recuerdo, se hace confusa. No sé qué sucedió después. Tal vez me dormí sin percatarme de ello, o tal vez la presión que ejerció Mariano Aureliano sobre mi espalda fue tan fuerte que me desmayé.

Cuando volví en mí estaba tendida sobre una estera en el piso. Abrí los ojos y de inmediato tomé cuenta de la luminosidad que me rodeaba. El sol parecía brillar dentro de la habitación. Parpadeé repetidas veces pensando tener algún problema con los ojos pues no podía centrarlos.

—Señor Aureliano —llamé—, creo que algo anda mal con mis ojos. —Intenté incorporarme sin lograrlo.

No eran el señor Aureliano o el señor Flores quienes estaban de pie junto a mí. Sino una mujer, estaba inclinada hacia adelante desde la cintura, tapando la luz. Sus negros cabellos colgaban sueltos en tomo a sus hombros y sus flancos; tenía cara redonda y un busto imponente. De nuevo procuré incorporarme. No me tocaba, pese a lo cual supe que de alguna manera era ella quien me retenía.

—No lo llares señor Aureliano, o señor Mariano. Ésa es una falta de respeto de tu parte. Llámalo nagual, y cuando hables de él refiérete al nagual Mariano Aureliano. Le gusta su nombre completo.

—Su voz era melodiosa. Me gustó esa mujer.

Quería averiguar qué era toda esa tontera respecto a la falta de respeto. Había escuchado a Delia y todas las otras mujeres llamarlo por los más ridículos diminutivos, y hacerle fiestas cual si fuese su muñeco favorito, y por cierto que él había disfrutado con cada momento, pero no podía yo recordar dónde lo había presenciado.

—¿Entiendes? —preguntó la mujer.

Quise decir que sí pero me había quedado sin voz. Traté, sin éxito, de abrir la boca, de hablar, pero cuando ella insistió en preguntar si yo había comprendido, todo lo que pude hacer fue afirmar con la cabeza.

Me ofreció su mano para ayudarme a incorporarme, pero antes de que me tocara ya estaba yo de pie, como si mi deseo hubiese hecho inútil el contacto con su mano, y logrado su objetivo antes de su intervención. Asombrada por esta inesperada derivación quise hacerle preguntas, pero apenas si podía mantenerme en pie, y en cuanto a hablar, las palabras rehusaban salir de mi boca.

Acarició repetidas veces mis cabellos, obviamente al tanto de mi problema. Sonrió bondadosamente y dijo:

—Estás ensoñando.

No la escuché decir esto, pero sabía que sus palabras se habían movido sin transición de su mente a la mía. Hizo una señal afirmativa con la cabeza, y me informó que, en efecto, yo podía escuchar sus pensamientos y ella los míos. Me aseguró no ser como una invención de mi imaginación, pese a lo cual podía actuar conmigo o sobre mí.

—¡Presta atención! —ordenó—. No estoy moviendo mis labios y sin embargo te estoy hablando. Haz lo mismo.

Su boca no se movía en absoluto, y a fin de averiguar si sus labios lo hacían al enunciar sus palabras, deseé tocar su boca con mis dedos. Era hermosa pero de aspecto amenazante. Tomó mi mano y la apretó contra sus labios sonrientes. No sentí nada.

—¿Cómo puedo hablar sin mis labios? —pensé.

—Tienes un agujero entre las piernas —me informó, introduciendo las palabras de manera directa en mi mente—. Concentra tu atención en él. La panocha habla.

Esa observación tocó una fibra especial en mí, y reí hasta quedar sin aliento y desmayarme de

nuevo.

La mujer me sacudió hasta hacerme reaccionar. Seguía sobre la estera del piso, pero ahora apoyada en un grueso almohadón a mis espaldas. Parpadeé, un escalofrío me sacudió, suspiré hondo y la miré. Estaba sentada a mi lado sobre el piso.

—No suelo desmayarme —dije, sorprendida de poder hacerlo con palabras. El sonido de mi propia voz era tan reconfortante que reí fuerte y repetí la misma frase varias veces.

—Lo sé, lo sé —dijo para apaciguarme—. No te preocupes, no estás del todo despierta. Yo soy Clara. Ya nos conocimos en casa de Esperanza.

Debí haber protestado, o preguntado qué quería decir con eso. Sin embargo, sin dudarlo por un solo instante, acepté que seguía dormida y que nos habíamos conocido en lo de Esperanza. Recuerdos, pensamientos brumosos, visiones de gente y de lugares comenzaron a surgir lentamente. Un pensamiento muy claro se adueñó de mi mente. Cierta vez había soñado que la conocí; fue un sueño, por lo tanto nunca había pensado en ello como en un suceso real. En ese momento recordé a Clara.

—Por supuesto que nos hemos conocido —declaré triunfalmente—, pero nos conocimos en un sueño, por consiguiente no eres real. Debo de estar soñando en este momento, de ese modo puedo recordarte.

Suspiré, feliz de que todo pudiese ser explicado con tamaña facilidad, y me recliné sobre los almohadones. Otro claro recuerdo de un sueño se filtró. No podía recordar cuándo lo había soñado, pero sí recordaba con la misma fidelidad de un hecho real. En él Delia me presentaba a Clara, a quien había descrito como la más gregaria de las mujeres ensoñadoras.

—Tiene amigos que la adoran —me confesó.

La Clara del sueño era bastante alta, fuerte y rotunda, y me había observado con insistencia como quien observa a un miembro de una especie desconocida, con ojos atentos y sonrisas nerviosas. Y sin embargo, pese a su mirada penetrante, había gustado mucho de ella. Sus ojos eran especulativos, verdes y sonrientes, y lo que más recordaba de su mirada era su similitud con la de un gato: el hecho de no parpadear.

—Yo sé que éste es sólo un sueño, Clara —repetí como si necesitase asegurármelo.

—No, éste no es sólo un sueño, es un sueño especial —me contradijo Clara—. Haces mal en entretener tales pensamientos. Los pensamientos tienen poder, cuídate de ellos.

—No eres real, Clara —insistí, mi voz aguda y tensionada—, eres un sueño. Por eso no puedo recordarte cuando estoy despierta.

Mi empeñada persistencia hizo sonreír a Clara.

—Nunca intentaste recordarme. No había razón ni sentido para ello. Nosotras las mujeres somos extremadamente prácticas. Es nuestro gran defecto y nuestro gran capital.

Estaba a punto de preguntarle cuál era el aspecto práctico de recordarla ahora, cuando se anticipó a mi pregunta.

—Dado que estoy frente a ti necesitas recordarme, y me recuerdas. —Se agachó aún más para fijar en mí su mirada gatuna y dijo:

—Y ya no me olvidarás. Los hechiceros que me criaron me dijeron que las mujeres necesitan dos de cada cosa para que se fije. Dos vistas de algo, dos lecturas, dos sustos, etcétera. Tú y yo ya nos hemos encontrado un par de veces. Ahora soy sólida y real —y para probar cuán real era, se arremangó la blusa y flexionó sus bíceps—. Tócalos —invitó.

Riendo lo hice. En verdad tenía músculos duros, poderosos y bien definidos. También me hizo probar los de sus muslos y pantorrillas.

—Si éste es un sueño especial, ¿qué hago yo en él? —pregunté cautelosamente.

—Lo que se te dé la gana. Hasta ahora vas bien. No te puedo guiar pues no soy tu maestra de

ensueños, sino simplemente una bruja gorda que cuida de otras brujas. Fue mi socia, Delia, quien te trajo al mundo de los hechiceros, como una partera. Pero no fue quien primero te encontró. Esa fue Florinda.

—¿Y quién es Florinda, y cuándo me encontró?

—Florinda es otra bruja. Tú la conociste; es la que te incorporó a su ensueño en casa de Esperanza. ¿Recuerdas la comida de campo?

—Ah —suspiré comprendiendo—. ¿Te refieres a la mujer alta de la voz profunda? —Me sentí feliz. Siempre admiré a las mujeres altas.

Clara confirmó mi presunción:

—La mujer alta de la voz profunda. Ella te encontró en una fiesta a la cual asististe hace un par de años con tu amigo. Una cena elegantísima en casa de un petrolero, en Houston, Texas.

—¿Y qué hacía una bruja en una fiesta en casa de un petrolero? —pregunté. Enseguida me golpeó el pleno impacto de su declaración. Quedé muda. Pese a no recordar haber visto a Florinda recordaba muy bien la fiesta. Yo había asistido con un amigo que había volado ex profeso en su jet particular desde Los Ángeles, y regresado al día siguiente. Yo fui su traductora. Asistieron varios hombres de negocios mejicanos que no hablaban inglés.

—¡Dios mío! —exclamé por lo bajo—. ¡Qué insólito! —y describí la fiesta con lujo de detalles a Clara. Fue aquélla mi primera visita a Texas, y como una deslumbrada admiradora de estrellas de cine me habían embobado los hombres, no por guapos sino porque me parecía tan llamativa su indumentaria: sus sombreros Stetson, sus trajes color pastel y sus botas de cowboy. El petrolero había contratado artistas y montado un espectáculo digno de Las Vegas, en una gruta que hacía las veces de night-club, plena de luces y música estridente, y a la comida la recordaba como de primerísima calidad.

—¿Pero por qué iría Florinda a una fiesta de ese tipo?

—El mundo de los hechiceros es de lo más extraño que existe —respondió Clara, que con un acrobático salto se incorporó sin utilizar los brazos, para recorrer el cuarto en un ir y venir frente a la estera y ostentar su aspecto llamativo: amplia falda oscura, chaqueta de algodón con espalda bordada en alegres colores, y sólidas botas de vaquero. Un sombrero australiano cuya ancha ala ocultaba su rostro del sol del mediodía daba el toque final a tan insólita vestimenta.

—¿Te gusta mi conjunto? —preguntó radiante, deteniéndose frente a mí.

—¡Es fabuloso! —aplaudí. No había duda de que Clara poseía el desparpajo y la confianza necesarios para usar tales ropas. —Te sienta muy bien —agregué.

Arrodillándose junto a mí me hizo una confidencia:

—Delia está verde de envidia. Siempre competimos para ver quién se anima a usar la ropa más loca. Debe de ser loca sin ser estúpida. —Guardó silencio durante los segundos en que me contempló: —Si deseas competir eres bienvenida —ofreció—. ¿Quieres participar de nuestro juego?

Acepté de muy buen grado. y ella me puso al tanto de las reglas.

—Originalidad, practicidad, bajo precio y nada de darse aires —enumeró. Luego se puso nuevamente de pie para recorrer el cuarto y, riendo, desparramarse a mi lado. —Florinda cree que debo entusiasmarte para que participes. Me dijo que en aquella fiesta descubrió que tú muestras una tendencia hacia conjuntos sumamente prácticos. —Apenas si pudo terminar la frase pues la asaltó un ataque de risa.

—¿Florinda habló conmigo allí? —pregunté, mirándola de hurtadillas, intrigada por saber si ella suministraría los detalles de aquella fiesta que yo no había dado ni estaba dispuesta a proporcionar.

Clara negó con un movimiento de cabeza, y luego sonrió de manera distraída. Destinada a evitar

nuevas referencias a la fiesta.

—¿Cómo fue que Delia asistió al bautismo en Nogales, Arizona? —pregunté, orientando la conversación hacia el tema de la otra fiesta.

—Florinda la envió —admitió Clara, recogiendo sus cabellos sueltos bajo el sombrero australiano—. Se coló diciendo a todos que venía contigo.

—¡Un momento! —interrumpí—. Esto no es un sueño. ¿Qué estás intentando hacer conmigo?

—Estoy procurando instruirte —insistió Clara sin modificar su aire indiferente, utilizando un tono casi casual. No parecía interesarle el efecto que sus palabras pudiesen tener en mí, pese a lo cual me observó de manera cuidadosa al agregar —Este es un ensueño, y ciertamente estamos hablando en tu ensueño porque yo también estoy ensoñando tu ensueño.

Que sus insólitas declaraciones bastaron para apaciguarme fue prueba de que yo ensoñaba. Mi mente se tomó calma, soñolienta y capaz de aceptar la situación. Escuché mi voz separada de mi voluntad.

—No había modo de que Florinda supiese de mi viaje a Nogales —dije—. La invitación de mi amiga fue hecha a último momento.

—Sabía que esto te resultaría incomprensible —suspiró Clara, y mirando a lo profundo de mis ojos y pesando sus palabras cuidadosamente, declaró—: Florinda es tu madre, más que cualquier otra madre que jamás hayas tenido.

Esas palabras me parecieron absurdas, pero no podía decir nada al respecto.

—Florinda te presiente —continuó Clara con un dejo diabólico en los ojos—. Utiliza un aparato rastreador. Sabe dónde te encuentras.

—¿Qué aparato rastreador? —pregunté, sintiendo que de pronto mi mente estaba bajo control. El sólo pensar que alguien pudiese saber mi paradero en todo momento me llenó de miedo.

—Sus sentimientos por ti son un aparato rastreador—respondió Clara con exquisita simplicidad, y en un tono tan dulce y armonioso que mis temores desaparecieron.

—¿Qué sentimientos, Clara?

—¿Quién sabe, hija? —y encogió las piernas, las rodeó con los brazos y descansó el mentón sobre las rodillas—. Nunca tuve una hija así.

Mi estado de ánimo cambió de manera abrupta; regresó el temor, y con ese mi estilo racional y ponderado comencé a preocuparme por las sutiles implicaciones de lo dicho por Clara. Y fueron precisamente esas deliberaciones racionales las que hicieron retomar mis dudas. No era posible que esto fuese un sueño. Yo estaba despierta sólo así podía explicarse mi intenso grado de concentración.

Deslizándome por el almohadón en el cual apoyaba mi espalda semicerré los ojos. Mantuve la vista fija en Clara a través de los párpados, y me pregunté si desaparecería lentamente como desaparecen las personas y las escenas en los sueños. No lo hizo, y momentáneamente me tranquilizó la idea de que ambas estábamos despiertas.

—No, no estamos despiertas —contradijo Clara, de nuevo entrometiéndose en mis pensamientos.

—Puedo hablar —dije, para justificar mi estado de total conciencia.

—¡Gran hazaña! —se burló—. Ahora haré algo que te despertará para que puedas continuar esta conversación estando verdaderamente despierta —y enunció la última palabra con extremo cuidado, prolongándola exageradamente.

—Espera, Clara, espera —rogué—. Dame tiempo para adaptarme a todo esto. —Prefería mi inseguridad a lo que pudiese hacerme.

Indiferente a mi súplica, Clara se puso de pie y estiró la mano hacia un cántaro de agua colocado sobre una mesa cercana. Riendo revoloteó sobre mí manteniendo el cántaro sobre mi cabeza. Intenté hacerme a un lado sin conseguirlo; mi cuerpo rehusaba obedecer, parecía cementado a

la estera. Antes de que ella llegase a arrojar el agua sobre mí, sentí una suave y fría llovizna sobre mi cara, y el frío más que la mojadura produjeron una muy particular sensación. Primero semiocultó el rostro de Clara como las ondas que distorsionan la superficie del agua: luego el frío se centró en mi estómago, haciéndome replegar sobre mí misma como una manga invertida, y mi último pensamiento fue que me ahogaría en un cántaro de agua. Burbujas y más burbujas oscuras bailaron en mi alrededor hasta que todo se hizo negro.

Cuando recobré la conciencia ya no estaba sobre la estera sino sobre un diván en la sala. Dos mujeres se encontraban a los pies, mirándome con grandes ojos fijos. Florinda. La mujer alta de voz ronca, estaba sentada a mi lado, canturreando una canción de cuna, o así me pareció a mí, y acariciaba mi cabello, mi rostro y mis brazos con gran ternura.

El contacto y el sonido de su voz me serenaron. Permanecí echada, mis ojos fijos en los suyos, segura de estar experimentando uno de mis sueños vívidos que siempre comenzaban como sueños y acababan como pesadillas. Florinda me hablaba, me ordenaba mirarla a los ojos, y sus palabras se movían sin sonido, como alas de mariposa, pero lo que vi en sus ojos me llenó de una sensación familiar, el terror abyecto e irracional que experimentaba en mis pesadillas. Me incorporé de un salto y corrí hacia la puerta, respondiendo a la automática y animal reacción que siempre las acompañaba.

—No tengas miedo, mi amor —me consoló Florinda, que me había seguido—. Relájate, estamos todos aquí para ayudarte. No debes angustiarte pues lastimarás tu cuerpecito si lo sometes al temor innecesario.

Yo me había detenido junto a la puerta, no en reacción a sus palabras sino por no poderla abrir. Mi temblor aumentó, sacudiéndome al punto de hacer doler el cuerpo y latir el corazón de manera tan fuerte e irregular que presentí que terminaría por estallar.

—¡Nagual! —gritó Florinda por encima de su hombro—, tendrás que hacer algo o morirá de susto. Yo no lograba ver a quién se dirigía, pero en mi alocada búsqueda de un lugar por donde huir divisé una segunda puerta en el otro extremo de la habitación. Estaba segura de contar con suficiente energía como para alcanzarla pero mis piernas cedieron. Y como si la vida hubiese abandonado mi cuerpo caí al piso ya sin resuello. Los largos brazos de la mujer descendieron sobre mí como las alas de un águila enorme, me recogieron, y poniendo su boca sobre la mía insufló aire en mis pulmones.

Lentamente se relajó mi cuerpo, se hizo normal mi ritmo cardíaco, y me invadió una extraña paz que pronto se transformó en viva excitación. No era el miedo la causa sino el aire recibido de la mujer, aire fuerte que abrasó mi garganta, mis pulmones. Mi estómago y la ingle para llegar a mis manos y mis pies. En un instante percibí que ella era igual a mí sólo que más alta, tan alta como yo hubiese querido ser, y sentí tal amor por ella que hice algo increíble; la besé apasionadamente.

Sentí que su boca se hacía sonrisa, y luego echó atrás la cabeza y rió.

—Esta ratita me besó —anunció, dirigiéndose a los otros.

—¡Estoy soñando! —exclamé, y todos rieron con infantil abandono.

Inicialmente no pude evitar reír con ellos, pero casi enseguida me transformé en mi verdadero yo: avergonzada tras un acto impulsivo e irritada por haber sido desenmascarada.

La mujer alta me abrazó.

—Soy Florinda —dijo, y alzándome me acunó en sus brazos como si fuese un niño—. Tú y yo somos iguales. Tú eres tan pequeña como me hubiese gustado serlo. Ser alta es una gran desventaja. Nadie puede acunarte. Yo mido un metro setenta y siete.

—Yo un metro cincuenta y siete —confesé, y ambas reímos pues nos entendíamos a la perfección. Yo me quedaba corta en el último centímetro pero siempre lo redondeaba, y estaba segura de

que con Florinda sucedía a la inversa. Besé sus mejillas y sus ojos, amándola con un amor que me resultaba incomprensible, sin dudas, miedo o expectativas. Era el amor que se siente en los sueños.

Por lo visto acordó conmigo. Florinda dejó escapar una suave risa. La luz fugaz de sus ojos y el blanco fantasmal de su pelo representaban algo así como un recuerdo olvidado. Tenía la impresión de conocerla desde el día que nació, y se me ocurrió que los niños que admiran a sus madres tienen que ser niños perdidos. El amor filial, unido a la admiración física por la madre, debe producir un amor total como el que yo sentía por esta mujer alta y misteriosa.

Me depositó en el suelo, y volviéndome hacia una mujer hermosa de cabello y ojos oscuros, dijo: —Esta es Carmela. —Los rasgos de Carmela eran delicados y su piel impecable; piel suave y de la palidez cremosa de quien está siempre dentro de la casa.

—Sólo tomo baños de luna —susurró en mi oído al abrazar-me—. Deberías hacer lo mismo. Eres demasiado blanca para estar al sol; te estás arruinando la piel.

Más que nada fue su voz la que reconocí. Era la misma que me había hecho todas esas preguntas directas y personales en la comida de campo. La recordaba sentada, y entonces me pareció frágil; ahora, para mi sorpresa, comprobé que me sobrepasaba en ocho o nueve centímetros, y su cuerpo poderoso y muscular me hizo sentir insignificante en comparación.

Con su brazo en tomo a mi hombro Florinda me guió hasta la otra mujer que estaba parada junto al diván cuando desperté. Era alta y musculosa, aun cuando no tan alta como Florinda. La suya no era una belleza convencional (sus rasgos eran demasiado fuertes para eso), pese a lo cual había en ella algo llamativo que atraía, incluso la tenue sombra que poblaba su labio superior, y que obviamente no había creído necesario teñir. Presentí en ella una tremenda fuerza, una agitación subyacente pero totalmente controlada.

—Esta es Zoila —dijo Florinda.

Zoila no insinuó abrazarme o estrechar mi mano, y fue Carmela quien, riendo, habló por ella:

—Estoy muy contenta de verte de nuevo. —La boca de Zoila se curvó en la más deliciosa de las sonrisas, mostrando dientes blancos, grandes y parejos, y cuando su larga y fina mano enjovada rozó mi mejilla caí en la cuenta de que era aquella cuyo rostro estuvo oculto bajo una masa de cabellos desprolijos. Era quien había cosido el encaje belga en los bordes de la lona sobre la cual nos sentamos en esa ocasión de la comida.

Las tres mujeres me rodearon, obligándome a sentar en el diván.

—Cuando te conocimos estabas ensoñando —informó Florinda—, de modo que no hubo oportunidad para relacionarnos. Ahora estás despierta, así que cuéntanos de ti.

Estuve a punto de interrumpirla para decirle que éste era un sueño, y que durante el picnic, dormida o despierta, ya les había contado todo lo que merecía saberse de mi vida.

—No, no. Te equivocas —respondió Florida como si en efecto hubiese exteriorizado ese pensamiento—. Ahora estás totalmente despierta, y lo que deseamos saber es qué has hecho desde nuestro último encuentro. En especial cuéntanos de Isidoro Baltazar.

—¿Quieres decir que éste no es un sueño? —pregunté con timidez.

—No, no es un sueño —me aseguró—. Hace unos minutos ensoñabas, pero esto es diferente.

—No veo la diferencia.

—Eso se debe a que eres una buena ensoñadora —explicó—. Tus pesadillas son reales; tú misma lo dijiste.

Todo mi cuerpo se tensionó y, luego, como sabiendo que no resistiría otro ataque de miedo, se aflojó, abandonándose al momento. Les repetí lo ya narrado y vuelto a narrar a Mariano Aureliano y al señor Flores. Sin embargo en esta oportunidad recordé detalles pasados por alto anteriormente, tales como los dos lados del rostro de Isidoro Baltazar, y los dos simultáneos

estados de ánimo que revelaban sus ojos: el izquierdo siniestro, amenazador, el derecho abierto y amistoso.

Sostuve que era un hombre peligroso.

—Posee el raro poder de mover los hechos hacia donde le place, mientras él permanece fuera de ellos y observa cómo uno se retuerce.

A las mujeres les fascinó lo que yo revelaba, y Florinda me indicó con una seña que prosiguiese.

—Lo que toma a la gente tan vulnerable a sus encantos es su generosidad —continué—, y la generosidad es tal vez la virtud que no podemos resistir por estar desposeídos de ella, sea cual fuere nuestro trasfondo. —Al percatarme del alcance de esas palabras me detuve abruptamente y las observé espantada, midiendo su reacción.

—No sé qué me ha sucedido —dije intentando disculparme—. En verdad no sé por qué dije eso, cuando yo misma no he pensado en Isidoro Baltazar en esos términos. No soy yo quien habla pues ni siquiera soy capaz de hacer ese tipo de juicio.

—No importa de dónde te vienen esos pensamientos, niña —consoló Florinda—. Obviamente los estás sacando de la fuente misma. Todos hacemos eso: sacarlos de la fuente misma, pero se precisa ser hechicero para percatarse de ello.

No entendí lo que intentaba decirme. Repetí que no había sido mi intención dejar que mi lengua me domine.

Florinda rió y durante unos momentos me contempló pensativa.

—Actúa como si estuvieses ensoñando. Sé audaz y no te disculpes.

Me sentí tonta, incapaz de analizar lo que sentía. Florinda ordenó a sus compañeras:

—Cuéntenle de nosotras.

Carmela aclaró su garganta, y sin mirarme dijo:

—Nosotras tres y Delia formamos una unidad. Nos ocupamos del mundo cotidiano.

Yo estaba pendiente de cada una de sus palabras, pero no logré entenderla.

—Somos la unidad de hechiceras que trata con la gente. Hay otra unidad de cuatro mujeres que nada tienen que ver con la gente.

Carmela tomó mi mano en la suya y examinó la palma, como si estuviese por leer mi buena fortuna, para luego formar un puño con ella y agregar —A grandes rasgos eres como nosotras, y en particular como Florinda. Puedes tratar con la gente. Hizo una nueva pausa, y con mirada soñolienta repitió lo que Clara ya me había anticipado: —Fue Florinda quien te encontró. Por lo tanto, mientras permanezcas en el mundo de los hechiceros, le perteneces. Ella te ha de guiar y cuidar. —Era tal la certeza de su tono que me sumió en honda preocupación.

—No pertenezco a nadie y no necesito quién cuide de mí—dije, y mi voz sonaba tensa, insegura y nada natural.

Las tres mujeres me observaron en silencio, sonrientes.

—¿Creen que necesito ser guiada? —pregunté desafiante, paseando mi mirada de una a otra. Sus ojos estaban semicerrados, sus labios partidos en sonrisas contemplativas, y los imperceptibles movimientos de sus mentones decían que aguardaban que yo terminase con lo que tenía que decir. —Creo que me las arreglo bastante bien en la vida —terminé alegando con escasa convicción.

—¿Recuerdas lo que hiciste en la fiesta aquella donde te encontré? —preguntó Florinda.

Al notar que reaccionaba asombrada, Carmela cuchicheó en mi oído:

—No te inquietes. Siempre encontrarás el modo de explicarlo todo —y por el gesto de desdén que trazó con su mano evidenció no estar en lo más mínimo preocupada. A mí me dominó el pánico de sólo pensar que pudiesen saber que en aquella fiesta yo me había paseado desnuda frente a docenas de personas.

Hasta ese momento, si no orgullosa, yo aceptaba ese desinhibido acto como manifestación de mi personalidad espontánea. En primer lugar había hecho un largo paseo a caballo con el dueño de casa, vistiendo mi traje de noche y sin montura, luego que él me desafiase a hacerlo y apostase que no lo haría. Fue para demostrar que yo era tan buena montando como cualquier cowboy. Tuve un tío en Venezuela dueño de un haras, y montaba desde muy temprana edad. Luego de ganar la apuesta, mareada por el esfuerzo y el alcohol, rematé mi hazaña zambulléndome desnuda en la piscina.

—Fue allí, en la piscina, donde te exhibiste desnuda —dijo Florinda, obviamente dueña de mis pensamientos—. Me rozaste con tus nalgas desnudas, y escandalizaste a todos, incluso a mí. Me gustó tu osadía, sobre todo la actitud de caminar desnuda de un lado de la pileta al otro nada más que para restregarte contra mí. Lo tomé como una indicación de que el espíritu te estaba señalando para beneficio mío.

—No puede ser cierto —murmuré—, si hubieses estado en esa fiesta yo te recordaría. Eres demasiado alta y llamativa para pasar inadvertida. —No dije eso en son de cumplido. Quería convencerme de que estaba siendo engañada, manipulada.

—Me gustó eso de que te estabas matando para exhibirte —continuó Florinda—. Eras un payaso ansioso por llamar la atención por cualquier medio, en especial cuando saltaste sobre una mesa y bailaste sacudiendo tus nalgas desvergonzadamente mientras el anfitrión gritaba como loco.

En lugar de avergonzarme sus comentarios me produjeron una sensación increíble de tranquilidad y agrado. Se había hecho público mi secreto, el que jamás me había animado a admitir: yo era una exhibicionista capaz de cualquier acto que centrara la atención en mí. Me dominó un nuevo estado de ánimo, definitivamente más humilde, menos defensivo, pero temí que este estado sería de corta duración. Sabía que las percepciones y las realizaciones a las cuales arribé en sueños jamás fueron duraderas. Pero tal vez Florinda estuviese en lo cierto y no era éste un sueño, y por consiguiente mi flamante estado perduraría.

Evidentemente conocedoras de mis pensamientos, las tres mujeres accedieron de manera enfática, lo cual, en lugar de estimularme, sólo revivió mi incertidumbre. Tal como temía mi estado perceptivo resultó efímero. A los pocos minutos hervía de dudas y necesitaba una tregua.

—¿Dónde está Delia? —pregunté.

—En Oaxaca —informó Florinda. y luego agregó sutilmente—: Estuvo aquí nada más que para saludarte.

Pensé que si mudaba de tema lograría un respiro y la oportunidad de recuperar mis fuerzas, pero ahora enfrentaba algo contra lo cual me encontraba desprovista de recursos. No podía acusar a Florinda de mentir deliberadamente para manipularme, lo cual normalmente hubiera hecho con cualquiera. No podía argumentar que sospechaba que me hubiesen drogado y llevado de cuarto en cuarto mientras estaba inconsciente.

—Lo que tú dices, Florinda, es absurdo —la regañé—. Sin duda no esperarás que te tome en serio. Sé que Delia está escondida en uno de los cuartos.

Los ojos de Florinda parecían decirme que entendía mi dilema.

—No tienes otra alternativa que la de tomarme en serio —y pese a que el tono era moderado, la intención era terminante.

Me volví hacia las otras dos mujeres con la esperanza de obtener algún tipo de respuesta, cualquier cosa capaz de apaciguar mi creciente temor.

—Si te guía otra persona es muy fácil ensoñar —confió Carmela—. La única desventaja es que esa persona debe ser un nagual.

—Hace rato que vengo escuchando esa palabra. ¿Qué es un nagual?

—Un nagual es un hechicero de gran poder que puede conducir a otros hechiceros a través de la

oscuridad y llevarlos a la luz -explicó Carmela—, pero el nagual ya te lo dijo, ¿no recuerdas? Florinda intercedió al comprobar el esfuerzo que yo hacía para recordar.

—Los sucesos de nuestra vida cotidiana son fáciles de recordar. Tenemos mucha práctica en ello, pero los que vivimos en ensueños son harina de otro costal. Debemos luchar mucho para recuperarlos, simplemente porque el cuerpo los almacena en diferentes lugares. Con mujeres que no poseen tu cerebro de sonámbula -continuó— las instrucciones para ensoñar comienzan por hacer que dibujen un mapa de sus cuerpos, un trabajo cuidadoso que revela dónde las visiones de los ensueños son almacenadas.

—¿Cómo se dibuja ese mapa, Florinda? Pregunté, auténticamente intrigada.

—Recorriendo e investigando cada pulgada del cuerpo, pero no puedo decir más. Soy tu madre, no tu maestra de ensueño. Tu maestra recomienda un martillito de madera para golpear el cuerpo y tantear sólo las piernas y las caderas, pues muy rara vez el cuerpo almacena estas memorias en el pecho o el vientre. Lo que se guarda en el pecho, espalda y vientre son los recuerdos de la vida diaria, pero ése es otro asunto.

Lo único que te concierne a ti ahora es que recordar ensueños tiene que ver con la presión física sobre el punto específico donde está almacenada esa visión. Por ejemplo —terminó diciendo con amable simpleza— si empujas tu vagina presionando el clítoris, recordarás lo que te dijo Mariano Aureliano.

La miré espantada, y luego caí en un acceso de risitas nerviosas. No pensaba empujar nada. Florinda también rió, al parecer disfrutando de mi desconcierto.

—Si no lo haces —amenazó—, entonces tendré que hacer que Carmela lo haga por ti.

Me volví hacia Carmela, quien con una sonrisa a punto de volverse risa me aseguró que lo haría. ¡No hace falta! —grité—. ¡Recuerdo todo! —y en verdad lo recordaba, y no sólo lo dicho por Mariano Aureliano.

—El señor Aureliano...

Carmela no me permitió continuar

—Clara te dijo que lo llames el nagual Mariano Aureliano.

—Los ensueños son puertas que conducen a lo desconocido —dijo Florinda, acariciando mi cabeza—. Los naguales guían por medio de ensueños, y el acto de ensoñar con un propósito es el arte de los hechiceros. El nagual Mariano Aureliano te ha ayudado a llegar a los ensueños que todos nosotros ensoñamos.

Parpadeé repetidas veces, sacudí la cabeza, y luego me dejé caer sobre los almohadones del diván, espantada por lo absurdo de cuanto estaba recordando.

Recordé haber soñado con ellos un año atrás en Sonora, un sueño que pareció durar eternamente. En ese sueño conocí a Clara, Nélica y Hermelinda, el equipo de ensoñadoras. Me dijeron que quien dirigía ese equipo era Zuleica, pero que aún no podía soñar con ella.

A medida que la memoria de ese sueño se aclaraba, también se hizo claro que entre esas mujeres ninguna era más o menos que la otra. Que una de cada grupo fuese líder de ninguna manera implicaba poder, prestigio o realización, sino una simple cuestión de eficiencia. No sé por qué, pero yo estaba convencida de que lo único que a ellas importaba era el profundo afecto existente entre ellas.

En aquel sueño todos me habían dicho que Zuleica era mi maestra de ensueños; era todo lo que podía recordar. Tal como me había dicho Clara necesitaba verlas o soñar con ellas una vez más para cimentar mi conocimiento de sus personalidades. Por el momento no pasaban de recuerdos incorpóreos.

Vagamente escuché a Florinda decir que luego de otras pocas tentativas mejoraría en moverme de mi recuerdo de un ensueño al ensueño que estaba ensoñando, y luego al estado normal de

conciencia.

Escuché reír a Florinda, pero yo ya no estaba en la habitación sino afuera, caminando a través del chaparral, lentamente, por un sendero invisible, y un tanto intranquila debido a la falta de luz, luna o estrellas.

Atraída por una fuerza invisible entré en una habitación grande, oscura salvo por unas líneas de luz que cruzaban de pared a pared sobre las cabezas de quienes estaban sentados en dos círculos, uno externo y otro interno, líneas que aumentaban y disminuían de intensidad como si alguien en el círculo manipulase un interruptor que encendía y apagaba la corriente.

Reconocí a Mariano Aureliano y a Isidoro Baltazar, sentados espalda contra espalda en medio del círculo interior. No fueron tanto sus rostros que reconocí como su energía, la cual no era más brillante o intensa que la de los otros, sino más masiva, más cuantiosa; un espléndido y enorme montón de brillo inacabable.

El cuarto emitía un brillo níveo y todo, cada ángulo, cada esquina, lucía una fuerza casi irreal. Tal era la claridad que todo se destacaba por separado, en especial aquellas líneas de luz adheridas a las personas sentadas en círculo, o que emanaban de ellas. Todas ellas estaban conectadas por rayas luminosas que parecían los puntos de suspensión de una gigantesca telaraña, y se comunicaban sin palabras a través de la luz. Me vi atraída hacia esa tensión eléctrica y silenciosa hasta convertirme yo también en un punto de esa red de luminosidad.

—¿Qué va a suceder? —pregunté a Florinda. Me encontraba estirada en el diván con la cabeza en su regazo.

No contestó; tampoco Carmela ni Zoila, quienes estaban sentadas a su lado con los ojos cerrados. Repetí la pregunta varias veces, pero sólo obtuve como respuesta la suave respiración de las tres mujeres. Tenía la certeza de que dormían, y sin embargo sentía sobre mí la presencia de sus ojos. El silencio y la oscuridad rondaban la casa como algo vivo, trayendo con ellos un viento helado y el perfume del desierto.

CAPÍTULO NUEVE

Temblando de frío estreché la cobija en torno de mi cuerpo y me incorporé. Me encontré en una cama extraña, en un cuarto extraño amoblado sólo con una cama y una mesa de noche, pese a lo cual todo el entorno exudaba familiaridad. Sin embargo no lograba decir por qué todo me era tan bien conocido. Tal vez aún esté dormida, pensé. ¿Cómo sé que no es un sueño? Me dejé caer nuevamente sobre las almohadas y permanecí allí con mis brazos tras la cabeza, dejando que los raros acontecimientos presenciados y vividos, mitad sueño, mitad recuerdo, recorriesen mi mente. Por supuesto todo había comenzado el año anterior cuando acompañé a Delia Flores a casa de la curandera. Ella sostenía que la comida que compartí con todos había sido un ensueño, y yo rechacé sus pretensiones como absurdas.

No obstante, ella tenía razón. Ahora yo sabía que la comida de campo había sido un ensueño, no mío, sino un ensueño ensoñado por otros al cual yo fui invitada: Yo fui una invitada participante. Mi error todo este tiempo había sido el de negarlo empecinadamente, en descartado como falso sin saber qué significaba falso para mi. Lo único que logré con ello fue desterrar el hecho tan completamente de mi mente que perdí conciencia de él.

Yo necesitaba aceptar el hecho de que poseemos una senda por donde sólo transitan los ensueños. De haberme decidido a recordar el ensueño que tuve en Sonora sólo como tal, hubiese logrado retener todo lo admirable que sucedió mientras el ensueño era ensoñado. Cuanto más especulaba acerca de ello, y de todo lo que me estaba sucediendo, mayor era mi malestar, pero lo más sorprendente era que toda esa gente no me asustaba, pues pese a que me apoyaban no dejaban de ser un grupo intimidante. Y de pronto se me aclaró el motivo por el cual no les temía: los conocía muy bien, y la prueba era que ellos mismos habían expresado la extraña y sin embargo reconfortante sensación que yo sentí: la de estar regresando a casa.

Descarté todos estos pensamientos no bien los hube formulado, y con toda honestidad me pregunté si no sería yo una desequilibrada mental, y ellos, conscientes de esto, se estaban aprovechando de mí. De manera seria y sistemática pasé revista a mi historia familiar en un intento de recordar todo lo que pudiese haber escuchado acerca de enfermedades mentales en la familia.

Existió, por ejemplo, aquel tío abuelo materno que, Biblia en mano, predicaba en las esquinas de las calles. Luego tanto mi bisabuelo como mi abuelo, a comienzos de la Primera y la Segunda Guerra Mundial, se habían suicidado al comprobar que todo estaba perdido para ellos, y una de mis abuelas se voló los sesos cuando cayó en la cuenta de que había perdido su belleza y atracción sexual. Me gustaba creer que había heredado mi sentido de autonomía por ser la auténtica nieta de todos esos locos. Siempre creí que mi sentido de autonomía era el que alimentaba mi audacia. Estos mórbidos pensamientos me causaron tal ansiedad que con movimientos nerviosos descarté mis cobijas y salté de la cama. Para mi enorme sorpresa y desconcierto me encontré vistiendo un grueso camisón de franela, medias largas de lana, mitones y un cárdnian. “Debo de estar enferma”, me dije, -¿por qué, si no, iba a sentir frío con todas estas ropas?”. Normalmente yo dormía desnuda, indiferente a las condiciones atmosféricas.

Recién entonces noté la luz del sol en el cuarto, filtrándose a través del grueso y semiopaco ventanal. Tenía la certeza de que esa luz en mis ojos era la responsable de mi despertar, además tenía necesidad de encontrar el baño. Temiendo que la casa no tuviera instalación sanitaria interna me dirigí hacia la puerta corrediza en el otro extremo de la habitación, y allí encontré un ropero grande con su bacinilla con tapa encima.

—¡Carajo! —grité—, ¡no puedo ir al baño en un ropero!

La puerta se abrió para admitir a Florinda.

—Está bien —dijo, abrazándome—. Hay una letrina fuera de la casa. la bacinilla es una reliquia del pasado.

—Qué suerte que ya es de día —dije riendo—. Nadie sabrá que soy demasiado cobarde para ir a la letrina en la oscuridad.

Florinda me miró de manera extraña, y luego desvió sus ojos antes de preguntarme en un susurro.

—¿Qué te hace pensar que ya es de mañana?

—El sol me despertó hace un ratito —respondí, moviéndome hacia la ventana. Era increíble para mí que aún fuera de noche.

El rostro de Florinda se iluminó, y la risa sacudió sus hombros cuando me señaló el foco de luz de la lámpara ubicada junto a mi cama que yo había confundido con la luz del sol.

—¿Qué te hace tan segura de que estás despierta? —preguntó.

—Mi incontenible necesidad de ir al baño —respondí.

Tomándome del brazo me ofreció su ayuda.

—Deja que te lleve a la letrina antes de que te desgracies.

—No voy a ninguna parte hasta tanto no me digas si estoy despierta o dormida —grité.

—¡Qué mal genio! —comentó Florida, bajando su cabeza hasta hacer que su frente tocara la mía—. Estás ensoñando despierta —informó, enunciando cada palabra con suma deliberación. Pese a mi creciente aprensión comencé a reír, y el sonido de esa risa, reverberando por toda la habitación como un eco distante, disipó mi ansiedad, y ya no me preocupó el estar despierta o dormida soñando. Toda mi atención se concentró en llegar al baño.

—¿Dónde queda la letrina? —pregunté de mal modo.

—Tú sabes dónde está —respondió Florinda plegando los brazos sobre el pecho—. Y nunca llegarás a tiempo a menos que te obligues a ello. Pero no traigas la letrina a tu cama. A eso le llaman “el ensoñar del haragán”, y es la mejor manera para ensuciar tu cama. ¡Anda a la letrina en un abrir y cerrar de ojos!

Comprobé espantada al intentarlo que no podía alcanzar la puerta. Mis pies habían perdido confianza y, lentos e inciertos, como indecisos, se arrastraban uno en pos del otro. Resistiéndome a aceptar que ya no me obedecían, intenté acelerar mis movimientos ayudándolos con mis manos, levantando uno y luego el otro pie.

A Florinda parecía no importarle lo que me sucedía. Lágrimas de frustración y pena de mi misma comenzaron a formarse en mis ojos mientras yo seguía como atornillada al suelo. Mis labios contornearon la palabra *ayúdame*, pero ningún sonido escapó de mi boca.

—¿Qué sucede? —preguntó, tomando uno de mis brazos para hacer que con suavidad me sentara en el piso. Luego me quitó las gruesas medias de lana y examinó mis pies, y allí se mostró auténticamente preocupada. Quería explicarle que mi incapacidad para moverme obedecía a que me hallaba emocionalmente exhausta, pero por más que lo intentase no podía transformar mis pensamientos en palabras, y en tanto luchaba por emitir sonidos descubrí problemas con mi vista: mis ojos no lograban enfocar su objetivo, y el rostro de Florinda permanecía borroso pese a mis intentos, independiente de si situaba mi cara cerca o lejos de la suya.

—Yo sé lo que te sucede —susurró Florinda en mi oído—. Tienes que ir a la letrina. ¡Hazlo! ¡Intenta llegar allá!

Con un enfático movimiento de cabeza evidencé mi asentimiento. Sabía que yo estaba ensoñando despierta, o más bien que vivía en otra realidad que aún no me pertenecía por entero, pero a la cual tenía acceso por intermedio de esta gente. Y me sentí inexplicablemente tranquila, y de pronto estaba en la letrina, una auténtica letrina, no producto de los sueños. Tardé bastante tiempo en inspeccionar lo que me rodeaba, en asegurarme de su realidad, y a la larga lo logré. Luego, no sé cómo, me encontré de nuevo en el cuarto. Florinda ponderó mi capacidad para

ensoñar, a lo cual presté escasa atención pues me distrajo la pila de frazadas acomodadas contra la pared. No las había notado al despertar, pero tenía la certeza de haberlas visto antes. Mi sensación de bienestar desapareció rápidamente cuando procuré recordar dónde había visto esas frazadas. Creció mi ansiedad. Ya no supe si seguía en la misma casa a la cual arribara con Isidoro Baltazar, o en algún otro lugar.

—¿De quién es esta habitación? —pregunté— ¿y quién me envolvió en toda esta ropa? —Escuchar mi propia voz me aterrorizaba.

Florinda me acarició los cabellos, y con voz suave reveló que por el momento la habitación era mía. También que había sido ella quien me abrigó para evitar un enfriamiento, explicando que el desierto era muy engañoso, en especial de noche.

Me miraba con expresión enigmática, como si aludiese a algo, lo cual me preocupó pues sus palabras no proporcionaron indicio alguno acerca de lo presuntamente insinuado. Mis pensamientos giraron sin rumbo, la palabra clave, decidí, era desierto. Yo no sabía que la casa de las brujas se alzaba en el desierto pues habíamos arribado a ella luego de tantos rodeos que no podría localizarla con exactitud.

—¿De quién es esta casa, Florinda? —pregunté.

Ella parecía estar luchando con algún problema importante, pues su expresión cambió varias veces de pensativa a preocupada. “Estás en tu casa”, dijo por fin, su voz profunda teñida de emoción, y antes de que yo pudiese recordarle que no había respondido a mi pregunta, apuntó hacia la puerta y me indicó por señas guardar silencio.

Algo susurró en la oscuridad externa. Pudo haber sido el viento y las hojas, pero yo sabía que no era ni lo uno ni lo otro. Era un sonido familiar, tranquilizante, que recreaba la memoria de la comida de campo, en especial las palabras de Mariano Aureliano:

“Te soplaré, como soplé a las otras, a la persona que ahora tiene el mito en sus manos”.

Las palabras sonaron en mis oídos, y me volví por si Mariano Aureliano hubiese entrado en la habitación, y en ese preciso momento las estuviese pronunciando en voz alta.

Florinda asintió con un movimiento de cabeza. Había leído mis pensamientos, y sus ojos, fijos en los míos, me estaban obligando a aceptar mi comprensión de la frase del nagual. Durante la comida no había asignado demasiada importancia a la frase, simplemente me pareció absurda. Ahora era tal mi curiosidad por averiguar quiénes eran “las otras” que no podía permitir que el tema se desvaneciese.

—Isidoro Baltazar habló acerca de cierta gente que trabaja con él —insinué con cautela—. Dijo que le había sido encomendada, y que era su deber sagrado ayudarlos. ¿Son ellos los que... fueron soplados hacia él? —pregunté vacilante.

Florinda repitió su característico movimiento afirmativo de cabeza. Una leve sonrisa rizaba sus labios, como si mi renuencia a utilizar la palabra *soplar* le causase gracia. —Esas son las que el viejo nagual sopló al nuevo nagual. Son mujeres y se parecen a ti.

—¿Se parecen a mí? —pregunté insegura, y pensé que hubiese sido preferible si en lugar de estar tan absorta con mis cambiantes estados de ánimo y sentimientos hacia Isidoro Baltazar durante el viaje, hubiese prestado mayor atención a todo lo que me reveló acerca de su mundo.

—¿En qué manera esas mujeres se parecen a mí? —pregunté, para luego agregar con fingida indiferencia—: ¿Las conoces?

—Las he visto —dijo sin comprometerse.

—¿Cuántas mujeres han sido sopladas a Isidoro Baltazar? —pregunté sin conseguir ocultar que me afectaba, pese a que el mero pensar en ellas era a la vez excitante y alarmante.

A Florinda le encantó mi reacción.

—Unas cuantas. No se te parecen físicamente, sin embargo son como tú. Lo que quiero decir es

que se parecen entre sí como yo con mis hermanas hechiceras. ¿No te sorprendiste tú misma de nuestro gran parecido cuando recién nos conociste?

Le di la razón, luego de lo cual Florinda explicó que lo que hacía tan parecidas a sus compañeras con ella, pese a las obvias diferencias físicas, era su absoluta devoción al mundo de los hechiceros.

—Nos une un afecto hasta ahora incomprensible para ti.

—No me cabe duda alguna —comenté con el tono más cínico posible. Luego mi curiosidad con respecto a las mujeres que habían sido sopladadas a Isidoro Baltazar me dominó: —¿Cuándo las conoceré?

—Cuando las encuentres —respondió Florinda.

—¿Y cómo podré encontrarlas si no las conozco? Será algo imposible.

—No para una bruja. Como ya dije, no te les parecen físicamente, pero tu resplandor interno es tan intenso como el de ellas. Por ese resplandor las reconocerás, es el resplandor de los hechiceros.

—Sus ojos se fijaron intensamente en mí, como si en efecto pudiese ver mi resplandor interno, su voz bajó de tono y su rostro adquirió un matiz grave.

Hubiese querido decir una irreverencia, pero algo en su porte me alarmó.

—¿Yo puedo ver ese resplandor? —pregunté.

—Para eso necesitamos al nagual —respondió Florinda, señalando a Mariano Aureliano de pie en el rincón en sombras de la habitación. No había notado su presencia, pero su repentina aparición no me alarmó.

Florinda lo puso al tanto de mi deseo, y él me hizo señas para seguirlo hasta el medio de la estancia.

—Te mostraré ese resplandor- dijo poniéndose en cuclillas, y elevando ambas manos me instruyó por señas a que me subiese a sus espaldas.

—Qué, ¿vamos a dar un paseo en caballito? -pregunté sin ocultar mi desilusión—. ¿No me iba usted a mostrar el resplandor de los hechiceros? —Pese a recordar muy bien su advertencia de que la verdadera hechicería no implicaba comportamiento extraño, rituales, drogas o encantamientos, ahora esperaba alguna demostración de su poder, tal como el mezclar hechizos y hierbas sobre el fuego, pero ignorando mi desencanto me instó a rodear su cuello con mis brazos, recomendando hacerlo con la debida precaución a fin de no sofocarlo.

—¿No cree usted que soy un poco crecida para que me lleven así?

Surgió la risa en la garganta de Mariano Aureliano y explotó con gusto. En un salto estuvo de pie, y acomodando sus brazos tras mis rodillas me colocó en posición cómoda, y salió al hall sin que mi cabeza golpease el dintel de la puerta.

Caminó tan sin esfuerzo y con tal rapidez que experimenté la muy concreta sensación de estar flotando por el largo y oscuro corredor. Curiosa observé todo lo que me rodeaba, pero nuestra velocidad impedía captar detalles de la casa. Un suave aunque persistente perfume invadía todo: una fragancia de azahares y fresca de aire frío.

Una mortaja de niebla cubría el patio exterior, reduciendo mi visión a una masa uniforme de siluetas oscuras, revelando y luego borrando las extrañas formas de árboles y piedras. Sin embargo de algo tenía yo certeza: no estábamos en la casa de las brujas.

Un único sonido llegaba a mis oídos, un rítmico jadeo (no sabía si mío o de Mariano Aureliano), que invadía todo el patio, hacía temblar las hojas e invadía mi cuerpo para producir un mareo que me obligaba a aferrarme a los hombros del nagual a fin de no perder el conocimiento; pero antes de que pudiese decirle lo que estaba experimentando la niebla me envolvió y sentí que me disolvía en una nada.

—Descansa tu mentón sobre mi cabeza —ordenó Mariano Aureliano en una voz que parecía venir

desde muy lejos y me produjo un sacudón pues había olvidado que cabalgaba sobre sus espaldas—. Hagas lo que hicieres —continuó—. No te sueltes —acomodándome de manera que mi cabeza sobresaliese sobre la suya.

—¿Qué podría suceder si me zafo? —pregunté, revelando mi temor—, sólo caería al suelo, ¿verdad?

Mariano Aureliano rió sin contestar. Pausadamente, casi con pasos de danza, recorrió varias veces el extenso patio, luego de lo cual, por un instante, tuve la muy aguda sensación de que nos elevábamos, perdíamos peso y surcábamos el espacio. Después, a través del cuerpo de Mariano Aureliano, me sentí de nuevo en tierra firme. No supe si la niebla se había disipado o si habíamos mudado de escenario, pero algo había cambiado. Tal vez fuese sólo el aire que se hizo más denso, más difícil de respirar. No había luna y las estrellas apenas si se veían, pero el cielo brillaba como iluminado desde algún lugar lejano. Lentamente, como si alguien estuviese reforzando sus contornos, los árboles adquirieron nitidez.

Mariano Aureliano hizo un alto frente a un elevado y coposo árbol de zapote, a cuyos pies se había congregado un grupo de unas doce o catorce personas. Las hojas, pesadas de niebla, oscurecían sus rostros resaltados por una extraña luz verde emanada del árbol, a cuyo reflejo relampagueaba cada rasgo, ojos, narices y labios, pese a lo cual yo no lograba identificar a ninguno, ni siquiera determinar si eran hombres o mujeres.

—¿Qué hacen? ¿Quiénes son? —susurré en el oído de Mariano Aureliano.

—Mantén tu mentón sobre mi cabeza.

Obedecí su orden, temerosa de ejercer demasiada presión y hundir mi cara en su cráneo.

En la esperanza de reconocer a alguno por la voz les di mis buenas noches, pero apenas si recogí muy fugaces sonrisas pues me volvieron los rostros. Un raro sonido partió del grupo, un sonido cargado de energía pues, al igual que el árbol, cada uno de ellos comenzó a resplandecer, no con luz verde sino con un brillo dorado que a poco se convirtió en una enorme bola de oro que quedó suspendida bajo el árbol. Luego la bola se disolvió para formar trozos de luminosidad que como gigantescas luciérnagas aparecían y desaparecían entre los árboles, sembrando luces y sombras a su paso.

—Recuerda ese fulgor —murmuró Mariano Aureliano, y su voz repercutió dentro de mi cabeza—. Es el fulgor de los...

Un repentino golpe de viento desparramó sus palabras, un viento vivo que brillaba contra la oscuridad del cielo, soplando con gran violencia y un extraño y desgarrante sonido. Y ese viento se volvió contra mí, y tuve la certeza de que pretendía aniquilarme. Grité de dolor cuando una fuerte bocanada chamuscó mis pulmones, y un intenso frío dominó y endureció mi cuerpo.

No pude determinar si fue Mariano Aureliano o el viento quien habló. El viento rugió en mis oídos, luego penetró mis pulmones agitándose como un ser vivo deseoso de devorar cada célula de mi cuerpo. Sentí que me desplomaba y supe que me moría, pero el rugido cesó y se hizo un silencio tan repentino que llegué a oírlo. Reí con todas mis fuerzas, agradecida por el hecho de seguir con vida.

CAPÍTULO DIEZ

La cama era grande, blanda y confortable. Una irradiación aurífera llenaba la habitación, y en la esperanza de prolongar ese momento de bienestar cerré los ojos y me hundí en una felicidad soñolienta, entre fragantes sábanas de lino y fundas de almohadas perfumadas con lavanda.

Sentía tensos cada músculo y cada hueso de mi cuerpo al recordar los sucesos de la noche, fragmentos desunidos de un sueño horrible. No existía continuidad ni secuencia lineal en todo lo que experimenté durante esas horas interminables. Dos veces desperté aquella noche en camas distintas, en cuartos distintos, incluso en casas distintas.

Se diría que esas imágenes separadas poseían vida propia, pues de pronto se apilaron y expandieron para formar un laberinto que de alguna manera logré comprender. Mejor dicho percibí cada evento simultáneamente, la sensación de esas imágenes, naciendo de mi cabeza para formar un enorme y caprichoso tocado, eran tan fuertes que salté de la cama para llegar hasta la cómoda de acero y vidrio cuyo espejo de tres paneles hallé cubierto con papel arroz. Intenté arrancar un trozo de ese papel pero estaba adherido como una piel.

Ver el juego de cepillo y peine montados sobre plata, las botellas de perfume y los potes de cosméticos sobre la cómoda, tuvo sobre mí un efecto tranquilizante, pues también yo los hubiese dispuesto por tamaño como herramientas. De algún modo supe que me encontraba en el cuarto de Florinda, en la casa de las brujas, y esto restableció mi sentido del equilibrio.

La habitación de Florinda era enorme, y la cama y la cómoda sus únicos muebles. Estaban ubicadas en rincones opuestos, en ángulo, y separadas de las paredes, dejando tras ellas un espacio triangular. Esta disposición no dejó de intrigarme, pues no sabía si era en respuesta a alguna trama esotérica cuyo significado me eludía, o si simplemente respondía al capricho estético de su dueña.

Sentí curiosidad por las tres puertas de la habitación. Y mi deseo de saber dónde conducían me llevó a probarlas. La primera estaba cerrada desde afuera, la segunda abría a un pequeño patio, rectangular y amurallado. Intrigada estudié el cielo hasta que por fin caí en la cuenta de que no era la mañana, tal cual supuse al despertar, sino el fin de la tarde. No me preocupaba el haber dormido todo el día: al contrario, me sentí feliz, pues convencida de ser una insomne crónica, siempre me extasía el excederme en el dormir.

La tercera puerta abría a un corredor, y ansiosa por encontrar a Isidom Baltazar me dirigí a la sala que encontré vacía. Había algo imponente en la manera prolija y sencilla en que estaba dispuesto el mobiliario. Nada inducía a creer que el diván y los sillones hubiesen sido ocupados la noche anterior. Hasta los cojines se veían tiesos como soldados en posición de firme.

También el comedor, corredor por medio, aparecía abandonado. Ni una silla fuera de lugar, ni una miga ni una mancha sobre la lustrada superficie de la mesa de caoba, nada delataba el hecho de que la noche anterior yo había cenado allí con el nagual Mariano Aureliano y el señor Rores.

En la cocina, separada del comedor por un pórtico y un estrecho vestíbulo, encontré un jarro con restos de champurrada y un plato tapado, de tamales dulces. El hambre me hizo obviar la molestia de calentados. Me serví una taza del espeso chocolate y comí los tres tamales directamente de sus envoltorios. Rellenos de trozos de piña, pasas de uva y almendras los hallé deliciosos.

Me resultaba inconcebible que me hubiesen dejado sola en la casa, pero no podía ignorar el silencio que me rodeaba. No era la paz reconfortante que se percibe cuando los moradores deliberadamente se abstienen de hacer ruido, sino más bien el rotundo silencio del lugar desierto, y la posibilidad de haber sido abandonada me hizo atragantar con un unzo de tamal.

De regreso a la habitación de Florinda me detuve ante cada puerta para golpear repetidas veces y preguntar "¿Hay alguien en casa?"; nadie respondió.

Estaba a punto de salir al patio cuando of con nitidez una voz que preguntaba:

—¿Quién llama? —voz profunda y áspera cuyo sexo no pude determinar, así como tampoco la dirección de donde provenía.

Retrocedí y repetí la pregunta a pleno pulmón. Al llegar al extremo del corredor me detuve un instante frente a una puerta cerrada, luego accioné el picaporte y entré. Con los ojos cerrados, apoyada contra la pared, esperé a que se normalizasen los latidos de mi corazón, y pensé con anticipada culpa en las consecuencias que podía acarrearle el ser sorprendida allí. Pero venció mi curiosidad, superé la sensación de estar cometiendo un acto delictivo, y aspiré el aire de encanto y de misterio que impregnaba la habitación.

Pesadas cortinas oscuras impedían toda claridad y la iluminación provenía de una lámpara cuya enorme pantalla adornada con borlas vertía un círculo de luz amarilla sobre el sofá próximo a la ventana. En el centro mismo una cama de cuatro columnas, con dosel y cortinado, dominaba todo cual si fuese un trono, y las figuras orientales de bronce y madera, talladas a mano y dispuestas sobre las cuatro mesitas ubicadas en cada rincón, parecían ser los centinelas celestiales que guardaban el aposento.

Libros, papeles y periódicos estaban apilados sobre el escritorio y sobre un armario; la cómoda carecía de espejo. y en lugar de peine y cepillo o botellas de perfume y cosméticos, la superficie de vidrio estaba cubierta por una colección de pequeñas copas. Collares de perlas, cadenas de orn, anillos y broches rebosaban de las copas de borde dorado como tesoros abandonados, y reconocí dos de los anillos por haberlos visto en las manos de Zoila.

Reservé para el final la inspección de la cama. Casi con reverencia, cual si se tratase en verdad de un trono, corrí el cortinado y emití una exclamación de gozo: las almohadas brillantes sobre la colcha verde me recordaron flores silvestres en un prado.

Sin embargo no pude impedir que un escalofrío sacudiese mi cuerpo, pues sólo podía atribuir a una ilusión esa calidez y misterio que el cuarto exhalaba.

La sensación de haberme introducido en algún tipo de espejismo se hizo más pronunciada en la tercera habitación, que en un principio también me pareció cálida y amistosa. El aire mismo era suave y afectuoso, ecos de risas parecían rebotar de sus paredes, pero esta atmósfera resultó tan tenue y fugaz como la luz del atardecer filtrándose a través del cortinado de gasa de una ventana. Como en la otra habitación, la cama, también con dosel, y decorada con almohadas multicolores distribuidas al acaso, dominaba el espacio.

Una máquina de coser descansaba contra una pared: viejo artefacto de pie pintado a mano. Junto a ella había una biblioteca cuyos estantes se veían colmados con rollos de las más finas sedas, algodones y gabardinas de lana, prolijamente apilados por color y por textura.

Seis pelucas de diferentes colores, extendidas sobre calabazas, estaban en exhibición sobre una mesa baja junto a la ventana, entre ellas la peluca rubia que usó Delia flores, y la oscura y rizada que Mariano Aureliano me encasqueté el día del incidente de la cafetería de Tucson.

La cuarta habitación estaba un tanto alejada de las otras y del otro lado del vestíbulo. Comparada con las demás daba la impresión de estar vacía, los últimos rayos del sol de la tarde, filtrando a través de una pared enrejada, yacían en el piso como alfombra de luces y sombras, trama ondulante y rectangular.

Las pocas piezas de moblaje estaban tan ingeniosamente distribuidas que hacían que pareciese más grande de lo que en realidad era. Estanterías para libros bajas y con puertas de vidrio se alineaban junto a las paredes, y en un extremo de la habitación había una cama estrecha cuya manta a cuadros grises y blancos colgaba hasta el piso y hacía juego con las sombras en el piso. El delicado *secrétaire* de palo de rosa con su silla de igual madera con bronce, antes aumentaba que mermaba la sensación espartana del ambiente. Sabía que era el cuarto de Carmela.

Hubiese querido examinar los títulos de los libros pero mi ansiedad era muy grande. y como perseguida por alguien salí precipitadamente al corredor y de allí al patio. Me senté en una silla de junco: temblaba y transpiraba, pese a lo cual sentía las manos heladas. No era a causa de la culpa que temblaba (no me hubiera importado que me sorprendieran curioseando) sino la extraña, no mundana, cualidad que distinguía esos cuartos tan hermosamente amoblados. la quietud adherida a las paredes era una quietud singular que nada tenía que ver con la ausencia de sus moradores, sino con la ausencia de los sentimientos y emociones que normalmente distinguen los lugares habitados.

Yo había reído para mis adentros cada vez que alguien se refería a las mujeres como brujas y hechiceras. Ni se parecían ni comportaban como se espera lo hagan las brujas: extravagantemente dramáticas y siniestras, pero ahora no me cabía duda alguna de que eran distintas a otros seres humanos. Me asustaba que fuesen distintas de manera para mí incomprensible e inconcebible.

Un sonido suave y raspante puso fin a mis inquietantes pensamientos y en busca de su origen me deslicé en puntas de pie por el corredor, alejándome de los dormitorios en procura de los fondos de la casa. El ruido emanaba de un cuarto detrás de la cocina, pero cuando llegué a él y apliqué mi oído a la puerta, cesó para reanudarse en cuanto me alejé. Intrigada acerqué de nuevo mi oreja y otra vez cesé, y así varias veces como si el sonido y el consecuente silencio dependiesen de mis movimientos.

Decidida a descubrir quién se ocultaba o, peor aún, quién deliberadamente trataba de asustarme, busqué el picaporte de la puerta, pero al no poder abrir luché varios minutos antes de percatarme de que estaba cerrada y la llave en la cerradura.

Recién al encontrarme adentro pensé que alguien peligroso bien podía, por muy buenas razones, estar encerrado en esa habitación. Una penumbra opresiva se adhería a las pesadas cortinas cerradas, como algo vivo que atraía a las sombras de toda la casa hacia ese recinto enorme. la luz se hizo débil, las sombras se engrosaron en torno a lo que parecían ser muebles descartados, y raras figuras, enormes y pequeñas, hechas de madera y de metal.

El mismo sonido raspante que me trajo a este cuarto quebró el silencio. Las sombras se deslizaban por el cuarto como felinos en busca de una presa, mientras helada de terror yo observaba cómo la cortina latía y respiraba cual uno de los monstruos de mis pesadillas.

De improviso cesaron el sonido y el movimiento, haciendo aún más temible la resultante quietud y silencio, y ya me disponía a abandonar el lugar cuando el mudo recommenzó. Entonces, armándome de valor, crucé la habitación y descorrí el cortinado, y solté la risa al comprobar que a través del vidrio roto de la ventana el viento había estado chupando y soplando la cortina.

La luz declinante de la tarde, al penetrar por las cortinas semiabiertas, reagrupaba las sombras y revelaba un espejo ovalado casi escondido por una de las extrañas figuras de metal. Logré escurrirme entre la escultura y la pared para contemplar embelesada el viejo espejo veneciano, manchado y gastado por los años, que al distorsionar grotescamente mi imagen me obligó a huir del lugar.

Salí afuera por la puerta trasera y encontré desierto el amplio claro detrás de la casa. El cielo seguía brillante pero los altos árboles frutales ya habían adquirido el tinte del crepúsculo. Pasé volando una bandada de cuervos, sus negras alas oscurecieron la luz, y se hizo noche sobre el lugar.

Dominada por la tristeza y la desesperación me senté en el suelo y lloré, y cuanto más fuerte era mi llanto mayor placer me ocasionaba el lamentarme a viva voz.

El ruido de un rastrillo me sacó de mi lamento, y al levantar la vista vi a una persona menuda arrastrando hojas hacia un fuego que ardía en el fondo del patio.

—¡Esperanza. —grité, corriendo hacia ella, pero me detuvo el comprobar que no era ella sino un hombre quien manipulaba el rastrillo—. Le lamento —murmuré—, lo confundí con otra persona —y le tendí mi mano para presentarme. Procuré no mirarlo muy fijamente, pero no pude evitarlo, pues no estaba del todo segura de que no se tratase de Esperanza disfrazada de hombre. Estrechó mi mano suavemente y a guisa de presentación anunció que era el cuidador. No dijo su nombre.

Cuando tuve su mano en la mía me pareció tan frágil como el ala de un pájaro; también su rostro tenía algo de pájaro, aguileño y de ojos vivos, pelo blanco remedo de plumas y copete. En suma, un hombre flaco y antiguo. Pero no eran sólo su apariencia de pajarraco y su delgadez las que me recordaban a Esperanza, sino también el rostro arrugado y carente de expresión, los ojos límpidos y brillantes como los de un niño, y los dientes pequeños, cuadrados y muy blancos.

¿Sabe dónde está Florinda? —pregunté, y ante su respuesta negativa agregué—: ¿Y los otros? Guardó dilatado silencio, y luego, cual si no hubiese hecho pregunta alguna repitió que era el cuidador.

—Yo cuido todo lo que está aquí —dijo.

—¿No me diga? —pregunté, observándolo con desconfianza. Tal era su fragilidad que era difícil concebirlo cuidando de algo, incluso de sí mismo.

—Cuido todo —repitió con una dulce sonrisa destinada tal vez a eliminar mis dudas, y parecía estar a punto de agregar algo cuando mudó de intención, mordió pensativo su labio inferior, para luego dar media vuelta y continuar reuniendo las hojas en una pequeña pila mediante hábiles movimientos de su herramienta

—¿Dónde están todos? —pregunté.

Con el mentón descansando sobre la mano que asía el rastrillo me dirigió una mirada ausente. Luego, con una sonrisa vacía miró en tomo como si en cualquier momento alguien pudiese aparecer tras uno de los árboles frutales.

Con un fuerte y audible suspiro me apresté a retirarme. Él aclaró su garganta y con voz ronca y cascada por los años, dijo:

—El viejo nagual lo llevó a Isidoro Baltazar a las montañas. —No me miró; sus ojos enfocaban algo en la distancia. —Regresarán en un par de días.

—¡Días! —grité indignada—. ¿Está seguro de haber escuchado bien? —y abatida al haberse concretado mi mayor temor, sólo pude murmurar—: ¿Cómo pueden haberme dejado sola de esta manera?

—Partieron anoche —informó el viejo, al tiempo que recobraba una hoja que el viento le había hurtado.

—Eso es imposible, recién llegamos anoche —retruqué—. Bien tarde.

Indiferente a mi presencia y mi tono agresivo, el viejo aplicó fuego a la pila de hojas.

—¿Dejó Isidoro Baltazar algún mensaje para mí? —pregunté, poniéndome en cuclillas junto a él—. ¿No dejó nada dicho para mí o algo por el estilo? —Sentí deseos de gritar, pero algo me lo impedía. Cierta aspecto mistificador del viejo me desconcertaba, y la idea de que pudiese ser Esperanza disfrazada no me había abandonado del todo.

—Esperanza, ¿fue con ellos a las montañas? —pregunté, y mi voz tembló, atacada por un súbito y desesperado deseo de reír. A no ser que bajase sus pantalones y me mostrase sus genitales, nada que él hiciese podía convencerme de que era hombre.

—Esperanza está en la casa —murmuró, su atención fija en la pila de hojas humeantes—. Está en la casa con los demás.

—No sea ridículo, no está en la casa —lo contradije de mal modo—. No hay nadie en la casa, los he estado buscando toda la tarde, y he registrado todos los cuartos.

—Está en la casa pequeña —repitió el viejo con obstinación, transfiriendo su mirada intensa de las hojas ami rostro. El destello pícaro de sus ojos hizo que desease pateado.

—¿Qué pequeña...? —No completé la pregunta pues recordé la otra casa que había visto cuando llegamos, y el recuerdo llegó a causarme dolor físico.

“Debiera de haberme dicho desde un principio que Esperanza estaba en la casa pequeña —lo amonesté, mientras subrepticamente buscaba el lugar, oculto de mi vista por los grandes árboles y por una pared—. Iré a ver si es verdad que Esperanza está allí como dices —y me puse de pie. El viejo también se incorporó, y del árbol más cercano tomó una lámpara y una bolsa de arpillera que colgaban de una rama baja. —Lo siento mucho pero no puedo dejarte ir allí sola —anuncié.

—¿No veo por qué no? —contesté molesta—. Tal vez no lo sepa, pero soy huésped de Florinda. Me llevaron a la casita anoche.

—Hice una pausa antes de agregar: —Estuve allí, no lo dude. Escuchó con atención pero la duda se reflejaba en su cara.

—Es complicado llegar allí —advertió—, debo prepararte el camino. Debo... -pareció detenerse en medio de un pensamiento que no deseaba expresar. Se encogió de hombros y repitió lo referente a la preparación del camino.

—¿Qué es lo que hay que preparar? ¿Tiene que abrirse paso por el chaparral con un machete? —pregunté sin ocultar mi irritación.

—Soy el cuidador. Yo preparo el camino —repitió con obstinación y se sentó en el suelo para encender la lámpara de aceite. Antes de encenderse satisfactoriamente, la lámpara amagó problemas. Luego, a su luz, los rasgos del viejo parecieron descamados, sin amigas, como si esa luz hubiese borrado los estragos del tiempo. -En cuanto termine de quemar estas hojas te llevaré allí.

—Le ayudaré —contesté. Era obvio que estaba senil y necesitaba que lo complaciera. Colaboré con él juntando las hojas en pequeños montículos que él de inmediato quemaba para meterías en la bolsa de arpillera en cuanto se enfriaban. El interior de la bolsa estaba recubierto de plástico. Y fue este detalle, el forro plástico, el que resucitó un semiolvidado recuerdo de mi infancia.

Mientras juntábamos las hojas en la bolsa le conté que de niña, viviendo en un pueblo vecino a Caracas, con frecuencia me despertaba el ruido de un rastrillo. Entonces me escabullía de la cama, y con paso de gato dejaba atrás los dormitorios de mis padres y hermanos, y llegada a la habitación que enfrentaba a la plaza, con sumo cuidado a causa de los goznes traicioneros, abría las celosías de madera y me escurría por entre los barrotes de hierro. El viejo a cuyo cargo estaba el aseo de la plaza me daba la bienvenida con una desdentada sonrisa, y juntos solíamos recoger las hojas caídas durante la noche en pequeños montículos, relegando los demás desechos a los tachos de basura. Quemábamos las hojas y, al enfriarse, las metíamos en un saco de arpillera forrado de seda. Según el viejo las hadas acuáticas que moraban en un riacho sagrado en las montañas cercanas convertían las cenizas en polvo de oro.

—¿También conoce a las hadas que transforman las cenizas en polvo de oro? —pregunté al percibir lo feliz que estaba el viejo con el cuento. No contestó, pero rió con tal placer y abandono que no pude menos que asociarme a su felicidad. De pronto llegamos al último montículo de cenizas junto al portón en arco implantado en la pared: el portón de madera estaba abierto de par en par.

Del otro lado del chaparral, casi oculto en sombras, se aliaba la otra casa. Ninguna luz brillaba en sus ventanas, y me dio la impresión de que se alejaba de mí. Me pregunté si todo no sería más que fruto de mi imaginación, un lugar recordado en un sueño, y parpadeé repetidas veces y froté mis ojos. Decidí que algo andaba mal al recordar mi llegada a la casa de las brujas la noche anterior con Isidoro Baltazar, la casa más pequeña se alzaba a la derecha de la grande. ¿Cómo,

entonces, la veía ahora desde el patio trasero de las brujas? En mi tentativa por orientarme me moví de un lado a otro, choqué con el viejo, acuclillado junto a una pila de cenizas, y caí al suelo. Con increíble agilidad se puso de pie y me ayudé a incorporarme.

—Estás llena de cenizas —dijo, limpiándome el rostro con el puño recogido de su camisa de trabajo.

—¡Allí está! —grité. Recortada nítidamente contra el cielo la casa esquiva parecía estar a pocos pasos. —Allí está —repetí y comencé a saltar como si con esos brincos lograría retener la casa en su lugar y en el tiempo—. Esa es la verdadera casa de las brujas

—Agregué, mientras permitía que el viejo continuase con la limpieza de mi rostro—, la casa grande es sólo un frente.

—La casa de las brujas —repetió él, lentamente, saboreando cada palabra, para luego cacarear, al parecer muy divertido. Metió las últimas cenizas en su bolsa, y con una señal me invitó a seguirlo.

Dos naranjos crecían al otro lado del portón, alejados de la pared. Una brisa fresca soplaba a través de sus ramas en flor, pero las flores en sí no se movían, no caían al suelo. Contra el oscuro follaje parecían talladas en cuarzo lechoso. Cual centinelas los dos árboles custodiaban el estrecho camino, blanco y muy recto, como trazado con una regla.

El viejo me confió la lámpara; luego extrajo un puñado de cenizas de la bolsa, las cuales pasó varias veces de una mano a la otra, como si las pesara, antes de esparcidas por el suelo.

—No hagas preguntas y sigue mis instrucciones —dijo en una voz ya no ronca, sino dotada de una cualidad aérea, energética y convincente. Levemente encorvado y caminando hacia atrás dejó que el resto de las cenizas cayesen de la bolsa al angosto sendero.

—Mantén tus pies en la línea de las cenizas —advirtió—. Si no lo haces nunca llegarás a la casa. Tosí para ocultar mi risa nerviosa, y extendiendo los brazos encaré la angosta línea de cenizas como si caminase por una cuerda tirante: y cada vez que nos deteníamos para permitir al viejo recuperar el resuello, me volvía para mirar la casa recién abandonada, la cual parecía alejarse pese a que la otra no daba la impresión de acercarse. Intenté convencerme de que se trataba de una ilusión óptica, pero me pesó la vaga certeza de que jamás alcanzaría una u otra casa si lo intentaba por mi cuenta.

Se diría que el viejo percibió mis temores pues palmeó mi brazo para infundirme ánimo. —Por eso estoy preparando el camino —explicó, y mirando dentro de su bolsa agregó-: No tardaremos en llegar. Recuerda mantener tus pies sobre la línea de cenizas. Si lo haces podrás transitar sin problema en uno u otro sentido en cualquier momento.

Mi mente me decía que el hombre era un loco, pero mi cuerpo sabía que sin él y sus cenizas estaba perdida. y tan absorta estuve en mantener mis pies sobre la línea que me sorprendió cuando finalmente nos encontramos frente a la puerta.

El viejo recuperó la lámpara, aclaró su garganta y luego golpeó suavemente con los nudillos sobre el panel tallado. No esperó respuesta, empujó y entramos.

—¡No vaya tan rápido! —grité, temerosa de ser dejada atrás. Lo seguí a un estrecho vestíbulo donde dejó la lámpara sobre una mesa baja, y a renglón seguido, sin una palabra, y sin siquiera mirar atrás, abrió una puerta y desapareció tragado por la oscuridad.

Guiada por un vago recuerdo entré en el cuarto adyacente, apenas iluminado, y de inmediato me dirigí a la estera que cubría el piso. No me cabía la más mínima duda de haber estado allí y dormido sobre esa estera la noche anterior, pero no tan segura respecto a la manera en que llegué. Que Mariano Aureliano me había cargado en sus espaldas a través del chaparral estaba claro en mi mente, como también el haber despertado en esa habitación con Qara a mi lado, antes de ser llevada por el viejo nagual.

Confiada en que todo me sería explicado a la brevedad me senté sobre la estera. la luz de la lámpara vaciló y luego se apagó, y presentí más que vi cosas y personas moviéndose alrededor. Escuché el murmullo de voces y sonidos intangibles surgiendo de cada rincón y de todos ellos reconocí un familiar frufú de faldas y una suave risita.

—¿Esperanza? —susurré—. ¡Dios mío, cuánto me alegra el verte! —y pese a ser ella quien me esperaba, me sobrecogí cuando la tuve a mi lado. Tímidamente toqué su brazo.

—Soy yo—me aseguré.

Recién al escuchar su voz me convencí de que en verdad era Esperanza, y no el cuidador que había cambiado su ropa de trabajo caqui por enaguas susurrantes y un vestido blanco. Cuando senil el toque tranquilizante de su mano sobre mi cara desapareció toda preocupación por el cuidador.

—¿Cómo llegué aquí? —pregunté.

—Te trajo el cuidador —respondió riendo—. ¿No recuerdas? —y volviéndose hacia la mesa encendió de nuevo la lámpara.

—Hablo de anoche —aclaré—. Sé que estuve aquí, desperté sobre esta estera. Clara estaba conmigo, y Florinda, y las otras mujeres... —y mi voz acalló al recordar que después había despertado en la sala de la otra casa, y luego sobre una cama. Sacudí la cabeza, como para poner orden a mis recuerdos. Sintiéndome desamparada miré a Esperanza confiada en que ella llenada los baches, y le hablé de las dificultades que estaba experimentando para recordar en su orden secuencial los acontecimientos de la noche.

—No deberías tener problemas —respondió— Métete en el carril de los ensueños. Ahora estás ensoñando despierta.

—¿Quieres decir que en este preciso instante estoy durmiendo? —pregunté burlándome—. ¿Tú también duermes?

—No estamos durmiendo —respondió, articulando sus palabras con cuidado—. Tú y yo estamos ensoñando despiertas —y alzando sus manos en gesto desvalido agregó—: Eso te lo dije el año pasado. ¿Recuerdas?

Tuve de pronto un pensamiento salvador que llegó como dicho por alguien en mi oído: en la duda uno debe separar los dos carriles, el de los asuntos ordinarios y el de los ensueños, ya que cada uno tiene un diferente estado de consciencia. Eso me levantó el ánimo pues sabía que el primero en ser examinado era el de los ensueños; si la situación no corresponde a este carril uno no está ensoñando.

Mi regocijo desapareció cuando intenté examinar el carril de los ensueños. No tenía noción de cuál era ni de cómo se hace para proceder a su revisión y, para peor, no recordaba quién me había recomendado este procedimiento

—Fui yo —reveló Esperanza—. Tú has avanzado mucho en el reino de los ensueños. Casi recordaste lo que te dije el año pasado, el día después de la comida. Te dije entonces que cuando dudes sobre si estás o no ensoñando, debes examinar el carril por el cual marchan los ensueños, significando con esto que debes examinar el grado de conciencia que tenemos en los ensueños, *sintiendo* aquello con lo cual estás en ese momento en contacto. Si estás ensoñando ese sentir regresa a ti como un eco; si no regresa es señal de que no estás ensoñando.

Sonriendo pellizcó mi muslo y dijo:

—Prueba con esta estera sobre la cual estás recostada. Pruébalo con tus nalgas. Si obtienes respuesta, entonces estás ensoñando...

Mis entumecidas nalgas no recibieron respuesta. De hecho yo estaba tan entumecida que ni siquiera sentía la estera. Tenía la sensación de estar echada sobre las toscas baldosas del suelo. Experimenté un fuerte deseo de informarte que debería imperar lo opuesto: si se recibe respuesta

entonces se está despierto, pero me detuve a tiempo pues sabía, más allá de toda duda, que para ella el significado de el sentir que regresa como un eco nada tenía que ver con nuestro conocido y aceptado entendimiento de lo que es una sensación o un eco, la diferencia entre estar despierta y ensoñar despierta me eludía, pese a mi certeza de que esa diferencia no coincidía en absoluto con nuestra manera convencional de entender la conciencia.

Sin embargo en ese momento las palabras abandonaban mi boca sin control de mi parte. Dije: —Sé que estoy ensoñando despierta y san se acabé. —Presentí a estar acercándome a un nuevo y más profundo nivel de comprensión que, con todo, no lograba asimilar. —Lo que quisiera saber es, ¿cuándo me dormí? —pregunté.

—Ya te dije, no estás dormida. Estás ensoñando despierta.

Involuntariamente comencé a reír de manera tranquila pero visiblemente nerviosa. Ella ni pareció notarlo ni importarle. —¿Cuándo tuvo lugar la transición? —pregunté.

—Cuando el cuidador te estaba haciendo cruzar el chaparral, y tenias que concentrarte en mantener tus pies sobre las cenizas.

—¡Debe de haberme hipnotizado! —dije de no muy buen grado. Comencé a hablar en forma incoherente, enredándome en palabras sin lograr que ellas tuviesen sentido, para terminar llorando y denunciando a todos.

Esperanza me observó en silencio, cejas levantadas y ojos abiertos en actitud de sorpresa.

De inmediato lamenté mi estallido, pese a que me satisfizo el haber hablado pues sentí un momentáneo alivio del tipo que se experimenta después de una confrontación.

—Tu confusión se origina en tu facilidad para pasar de un tipo de conciencia a otra. Si hubieses tenido que luchar para lograr eso, como lo hace todo el mundo, entonces sabrías que el ensoñar despierto no es sólo hipnosis. —Esperanza hizo una pausa antes de continuar. —El ensoñar despierto es el estado más sofisticado que pueden lograr los seres humanos.

Miré hacia las sombras de la habitación, como si de allí alguien le pudiese suministrar una explicación más clara. Luego, volviéndose hacia mí, preguntó:

—¿Comiste tu comidita?

El cambio de tema me sorprendió y comencé a tartamudear. Al recobrarle le dije que, en efecto, había comido los tamales dulces, que había tenido tanta hambre que ni me molesté en calentados y que estaban deliciosos.

Mientras jugaba con su chal Esperanza me pidió una detallada versión de todo lo que había hecho desde mi despertar en el cuarto de Florinda. Como si me hubiesen administrado una poción reveladora de la verdad, solté más de lo que era mi intención divulgar. A Esperanza no pareció importarle mi recorrida por los cuartos de las mujeres, ni le impresionó el hecho de que yo supiese cuál cuarto correspondía a cada una. Lo que si le interesó, no obstante, fue mi encuentro con el cuidador, y con una sonrisa de inocultable felicidad escuchó el relato de mi confusión, el haberlo tomado a él por ella. Mi admisión de que en determinado momento estuve a punto de solicitarle la exhibición de sus genitales como prueba, hizo que se revolcase de risa sobre la estera.

Apoyándose en mí cuchicheé en mi oído:

—Te tranquilizaré —y con un destello perverso en los ojos añadió—, mira los míos.

—No es necesario, Esperanza —repuse, intentando disuadirla—. No dudo de que seas mujer.

—Una nunca puede estar segura —repuso, ignorando mis palabras, e indiferente ami desconcierto (ocasionado no tanto por la inminente desnudez sino por el tener que contemplar un cuerpo viejo y arrugado) se recostó en la estera y con gran sutileza levantó lentamente sus faldas.

Mi curiosidad triunfó sobre mi desconcierto y la miré boquiabierta. No usaba calzones y carecía por completo de pelos púbicos. Su cuerpo era increíblemente joven, las carnes fuertes y firmes, y los músculos delicadamente delineados. Era de un solo color, un parejo rosado cobrizo; su piel

no exhibía una sola mancha ni una várice, y nada estropeaba la pareja suavidad de sus piernas y su abdomen.

Me estiré para tocarla, como necesitada del tacto para asegurarme de que esa piel sedosa era real, y ella abrió los labios de su vagina con los dedos. Aparté mi rostro, no tanto por sentirme molesta sino a causa de mis conflictuadas emociones. No era una cuestión de desnudez: había nacido en un hogar sin prejuicios donde nadie se hacía problemas al respecto, y durante mis días escolares en Inglaterra fui invitada un verano a pasar dos semanas en Suecia en casa de una amiga que residía junto al mar. Toda su familia pertenecía a una colonia nudista que adoraba el sol con cada trozo de su piel desnuda.

Ver a Esperanza sin ropas ante mí fue diferente, y me excitó de manera muy especial. Nunca había reparado antes en los órganos sexuales de una mujer. Por supuesto me había examinado a mí misma en el espejo, desde todo ángulo posible, y también había asistido a la exhibición de películas pornográficas que no sólo me disgustaron sino ofendieron, pero verla así a Esperanza resultó una experiencia demoledora pues siempre consideré normales mis reacciones en el terreno sexual. Pensé que como mujer únicamente me excitaría un hombre, y me sorprendió tremendamente un incontenible deseo de montarla, contrarrestado sólo por mi falta de pene.

Cuando Esperanza se puso de pie y quitó la blusa aspiré el aire en sonoro gesto de sorpresa, y luego mantuve la vista fija en el piso hasta que amainó la sensación febril en mi cuello y en mi rostro.

—¡Mírame! —exigió impaciente. Estaba totalmente desnuda, brillantes los ojos y sonrojadas las mejillas. Su cuerpo era menudo, pero más grande y más fuerte de lo que aparentaba vestida, y sus pechos llenos y firmes.

—¡Tócalos! —ordenó en un tono suave e invitante.

Sus palabras rebotaron en torno al cuarto como un ritmo hechizante, un sonido más sentido que escuchado, que poco a poco creció en intensidad hasta tomarse tan fuerte como el de mi propio corazón. Luego no escuché ni sentí otro sonido que la risa de Esperanza.

—¿El cuidador no estará escondido aquí, verdad? —pregunté cuando pude hablar, repentinamente recelosa y sintiéndome culpable por mi osadía.

—¡Espero que no! —repuso con tal aire de espanto que no pude evitar la risa.

—¿Dónde está? —insistí.

Esperanza abrió grandes los ojos y sonrió, como si se preparara a reír, pero de inmediato adoptó una expresión seria, y en tono formal explicó que el hombre cuidaba de las dos casas y no era su costumbre espiar a la gente.

—¿Pero es verdaderamente el cuidador? —pregunté tratando de aparecer escéptica—. No quiero menospreciarlo, pero no me parece capaz de cuidar de nada.

Según Esperanza la fragilidad del cuidador era sólo aparente.

—Es muy capaz —me aseguró—, y debes cuidarte de él pues le gustan las chicas jóvenes, en especial las rubias —y se acercó para cuchichear en mi oído—. ¿Ha intentado algo contigo?

Acudí en su defensa.

—¡Cielos, no! Fue muy conecto y de gran utilidad. Es sólo que... —y mi voz se arrastró hasta hacerse susurro, y mi atención se desvió hacia el moblaje de la habitación que no podía distinguir a causa de la mala luz de la lámpara de aceite.

Cuando por fin pude enfocar de nuevo mi atención en Esperanza dejó de preocuparme el cuidador. Sólo podía pensar, con tenaz insistencia, en por qué Isidoro Baltazar había partido sin avisarme, sin siquiera dejarme una nota.

—¿Por qué me dejó de esta manera? —pregunté a Esperanza— A alguien debe de haberle avisado cuándo regresará —y, al notar su burlona sonrisa, agregué con tono beligerante—: Estoy segura

de que tú sabes algo sobre todo esto.

—No sé nada —insistió, incapaz de entender mi problema—. Esas cosas no me preocupan, y tampoco deberían preocuparte a ti. Isidoro Baltazar se fue y asunto terminado. Regresará en un par de días, en un par de semanas, ¿quién sabe? Todo depende de lo que suceda en las montañas. Hallé abominable su falta de comprensión y simpatía.

—¿Todo depende? —grité—. ¿Y yo? Yo no puedo quedarme semanas aquí.

—¿Por qué no? —preguntó Esperanza con aire inocente.

La miré como quien mira a un demente, y luego me lancé a decir que no tenía qué ponerme, que no había nada que yo pudiese hacer allí. Mi lista de quejas era interminable y recién cesé cuando me agoté.

—Simplemente tengo que irme a casa, regresar a mi medio normal —concluí, luchando contra mis inevitables lágrimas, a las cuales opuse valiente batalla.

—¿Normal? —y Esperanza repitió la palabra con lentitud, como paladeándola—. Puedes irte cuando quieras; nadie te retiene. Podemos arreglar para hacerte llegar sin problemas a la frontera, desde donde puedes tomar un ómnibus de la Greyhound que te dejará en Los Ángeles.

No me animé a hablar, de modo que asentí con un gesto. Tampoco deseaba partir no sabía qué era lo que deseaba, pero la mera idea de ausentarme me resultaba intolerable. De algún modo sabía que si me iba jamás encontraría de nuevo a esa gente, ni siquiera a Isidoro Baltazar en Los Ángeles. Comencé a llorar incontrolablemente. No podía haber puesto mis emociones en palabras, pero la aridez de una vida, de un futuro sin esa gente me era inconcebible.

No percibí la partida y el regreso de Esperanza del cuarto, pero nada hubiese percibido de no ser por el aroma delicioso de chocolate que sentí bajo mis narices.

—Te sentirás mejor luego que hayas comido —dijo, colocando una bandeja en mi falda, y sonriendo cariñosamente tomó asiento a mi lado, y confesó que el chocolate era el mejor remedio para la tristeza.

Coincidió en un todo con ella, bebí unos pocos sorbos y comí unas cuantas tortillas arrolladas y untadas con mantequilla. y confesé que pese a no conocerla bien a ella ni a sus amigas, no podía concebir el alejarme y no vedas más. Admití que con ellas sentía una libertad y una soltura jamás experimentada antes. Una sensación extraña, expliqué, en parte física y en parte psicológica que desafiaba todo análisis, que sólo podía describirse como una sensación de bienestar, o como la certeza de haber encontrado por fin un lugar al cual pertenecía.

Esperanza sabía con exactitud lo que yo intentaba expresar. Dijo que el pertenecer al mundo de los hechiceros, aun por un corto tiempo, provocaba adicción. No era la extensión de tiempo, subrayó, sino la intensidad de los encuentros lo que importaba —Tus encuentros fueron muy intensos —afirmó.

—¿Lo fueron? —pregunté.

Esperanza alzó las cejas en auténtico gesto de sorpresa, y luego frotó su mentón de manera exagerada, como si estuviese ponderando un problema sin solución. Después de un largo silencio emitió su juicio:

—Caminarás más aliviada cuando te des cabal cuenta de que no puedes regresar a tu antigua vida. —Su voz, pese a ser apenas audible, contenía una fuerza extraordinaria; sus ojos prendieron un instante los míos, y allí conocí el significado de sus palabras.

—Para mí nada volverá a ser igual —dije. Esperanza coincidió.

—Regresarás al mundo, pero no a tu mundo, a tu antigua vida —dictaminó, alzándose de la estera con esa abrupta majestad propia de la gente pequeña. Corrió hacia la puerta, se detuvo bruscamente y, volviéndose hacia mí, pronunció otra de sus sentencias: —Es muy excitante hacer algo sin saber por qué, aun lo es más si te decides a hacer algo sin saber cuál será el resultado.

Estuve en completo desacuerdo con ella, y se lo dije:

—Necesito saber lo que hago. Necesito saber en qué me estoy metiendo.

Esperanza suspiró y alzó las manos en cómica actitud de súplica.

—La libertad causa mucho temor —dijo ásperamente, y antes de que yo tuviese oportunidad de responder cambió de tono, y agregó con dulzura—: la libertad requiere actos espontáneos. No tienes idea de lo que significa el abandonarse espontáneamente...

—Todo lo que yo hago es espontáneo —interrumpí—. ¿Por qué crees que estoy aquí? ¿Crees que pensé mucho acerca de si debiera venir o no?

Regresó a la estera y estuvo contemplándome un largo rato antes de decir

—Por supuesto que no lo pensaste mucho, pero tus actos de espontaneidad se deben más a tu falta de evaluación que a un acto de abandono —y golpeando el suelo con el pie para impedir una nueva interrupción de mi parte, agregó—: Un acto verdaderamente espontáneo es uno en el cual te abandonas por completo, pero sólo después de una profunda deliberación, un acto donde todos los pro y los contra han sido debidamente tomados en cuenta y descartados, pues ni esperas nada ni lamentas nada. Con actos de esa naturaleza los brujos convocan la libertad.

—No soy una bruja —murmuré en voz baja, y procuré retenerla asiendo el medo de su vestido, pero ella dejó bien en claro que no tenía interés alguno en continuar con nuestra conversación, la seguí al camino que conducía a la otra casa.

Tal cual hiciera el cuidador, también ella me recomendó mantener los pies sobre la línea de cenizas.

—Si no lo haces —dijo—, te caerás al abismo.

—¿Abismo? —repetí, mirando en tomo, a la masa de oscuro chaparral que nos rodeaba.

Se alzó una leve brisa, y desde las sombras llegaron voces y susurros. Instintivamente me aferré a su falda.

—¿Puedes oídos? —preguntó

—¿Qué es lo que debo oír?

Ella se acercó como si temiese que alguien nos escuchase para decirme al oído:

—Surems de otro tiempo. Usan el viento para vagar por el desierto, siempre despiertos.

—¿Fantasmas?

—No existen los fantasmas —manifestó de manera terminante, y reanudó su caminata.

Me cuidé muy bien de mantener los pies sobre la línea de cenizas, y no solté la falda de Esperanza hasta que ella se detuvo bruscamente en medio del patio de la casa grande. Allí vaciló un instante, como si no pudiese decidir a qué parte de la casa había de llevarme. Recorrió corredores y dobló en varias esquinas hasta que por fin ingresamos en una enorme habitación que había eludido mi anterior exploración. Las paredes estaban cubiertas del piso al techo con libros; en un extremo había una mesa larga y fuerte, y en otro colgaba una hamaca tejida, de color blanco.

—¡Qué magnífico cuarto! —exclamé—. ¿A quién le pertenece?

—Es tuyo —ofreció Esperanza con un gracioso gesto, y luego, de un armario cercano a la puerta. extrajo tres gruesas cobijas de lana.

—Toma, las noches son frías —dijo.

—¿Quieres decir que puedo dormir aquí? —pregunté, y todo mi cuerpo tembló de placer cuando rellené la hamaca con las cobijas y me instalé en ella... De niña fueron muchas las veces en que dormí en una hamaca, de modo que recreando esos momentos suspiré feliz y me dedicué a mecarme. Luego metí las piernas y me extendí voluptuosamente.

—Saber dormir en hamaca es como saber andar en bicicleta. Nunca se olvida —dije, pero nadie me escuchó. Esperanza había partido sin que yo lo notase.

CAPÍTULO ONCE

Apagué la luz y permanecí muy quieta en la hamaca, acunada por los ruidos de la casa; crujidos extraños y el gotear de agua de un filtro de barro ubicado junto a la puerta de mi habitación.

El inconfundible sonido de pasos en el corredor me hizo incorporar bruscamente. —¿Quién puede ser a esta hora? —me pregunté. Abandoné la hamaca, y en puntas de pie me acerqué a la puerta para arrimar mi oído contra ella. Los ruidos eran fuertes, y mi corazón latió con fuerza al constatar que se acercaban y detenían ante mi cuarto. Hubo un llamado cargado de urgencia que pese a que lo esperaba me sobresaltó. Di un salto atrás y derribé una silla.

—¿Tuviste una pesadilla? —preguntó Florinda al entrar. Dejó la puerta semiabierta y la luz del corredor invadió la estancia. —Pensé que te alegraría escuchar el sonido de mis pasos —dijo en tono burlón—. No quería acercarme a hurtadillas —agregó mientras colgaba una camisa y un pantalón color caqui sobre el respaldo de una silla—. Saludos del cuidador. Dice que puedes quedarte con ellos.

—¿Quedarme con ellos? —repetí, ojeando las prendas con desconfianza. Daban la impresión de estar limpias y recién planchadas. —¿Qué tienen de malo mis jeans?

—Te sentirás más cómoda con esos pantalones durante el largo viaje a Los Ángeles —explicó Florinda.

—¡Pero yo no deseo irme! Me quedo aquí hasta que regrese Isidoro Baltazar.

Al observar que yo estaba a punto de entregarme al llanto, Florinda rió.

—Isidoro Baltazar regresó, y tú puedes quedarte un tiempo más si así lo deseas.

—Oh, no, nada de eso —respondí, olvidada ya toda la ansiedad acumulada en esos dos días, así como también todas las preguntas que deseaba hacerle a Florinda. Sólo podía pensar en el hecho de que Isidoro Baltazar estaba de regreso. —¿Puedo verlo ya?

—Temo que no—y Florinda impidió que abandonase la habitación.

Por unos minutos no comprendí el sentido de sus palabras, la miré fijo sin entender hasta que ella repitió que aquella noche no sería posible ver al nuevo nagual.

—¿Por qué no? —pregunté confundida—. Estoy segura de que él desearía verme.

—Sin duda alguna —repuso—, pero está profundamente dormido y no puede ser despertado. —Ante tan terminante rechazo no pude más que contemplarla en silencio.

Florinda estuvo largo rato con la mirada fija en el piso, y cuando por fin me enfrentó su mirada era triste. Por un momento creí que modificaría su decisión y me llevaría junto a Isidoro Baltazar. Pero concluyó repitiendo que no podría verlo esa noche, dicho lo cual, como temerosa de arrepentirse, me abrazó y besó, abandonó la habitación, apagó la luz del corredor, y desde las sombras me ordenó dormirme.

Incapaz de conciliar el sueño pasé largas horas revolviéndome en la hamaca. Ya estaba por amanecer cuando decidí levantarme y vestir las prendas traídas por Florinda. Salvo los pantalones, que a falta de cinturón debí asegurar con una cuerda, el conjunto me iba bien. Con los zapatos en la mano repasé el corredor, dejé atrás el cuarto del cuidador, y me dirigí a la entrada trasera. Cuidando de no hacer ruido abrí parcialmente la puerta. Afuera estaba oscuro, pero ya el suave azul de la madrugada coloreaba el cielo. Corrí hasta el pórtico empotrado en la pared, deteniéndome apenas junto a los dos árboles centinelas del camino. Un fuerte aroma de azahares perfumaba el aire, y toda duda respecto a cruzar el chaparral murió cuando comprobé que cenizas frescas cubrían el suelo. Sin pensarlo dos veces corrí hacia la otra casa.

La puerta estaba entreabierta pero dilaté el ingreso. Agazapada bajo una ventana esperé ser guiada por algún sonido que me llegó al poco tiempo en la forma de sonoros ronquidos. Dejé pasar unos minutos, entré, y guiada por los ronquidos me encaminé directamente al cuarto del

fondo de la casa. En la oscuridad apenas distinguí una forma dormida sobre una estera, pero no tuve dudas de que se trataba de Isidoro Baltazar. Temerosa de que un despertar repentino lo alterase, regresé a la habitación del frente y me senté en el diván. Tal era mi excitación que no podía estarme quieta, feliz con la idea de que en cualquier momento despertaría. Dos veces regresé en puntas de pie para mirarlo. Había cambiado de posición durante el sueño y ya no roncaba.

Debo de haberme adormecido en el diván pues a través de mi inquieto sueño tuve la sensación de que alguien había entrado en el cuarto. Me incorporé a medias para murmurar estoy esperando a que Isidoro Baltazar despierte”, pero sabía que ningún sonido había salido de mi boca. Con un esfuerzo consciente me senté, y todo bailó ante mis ojos hasta que pude enfocar al hombre de pie ante mí. Era Mariano Aureliano.

—Isidoro Baltazar, ¿duerme todavía? —pregunté.

El viejo nagual me contempló largo rato, y no sabiendo si soñaba, intenté tomar su mano. Debí soltarla precipitadamente pues ardía como una brasa.

Arqueó las cejas, al parecer sorprendido por mi comportamiento.

—No podrás ver a Isidoro Baltazar hasta la mañana —dijo, y pronunció estas palabras con lentitud, como si el hacerlo le ocasionase un gran esfuerzo.

Antes de que tuviese oportunidad de decir que ya casi era la mañana, y que aguardaría a Isidoro Baltazar donde estaba, sentí la mano hirviente de Mariano Aureliano sobre mi espalda, expulsándome del cuarto.

—Regresa a tu hamaca.

Hubo un repentino golpe de viento, y cuando me volví para protestar Mariano Aureliano ya no estaba allí. El viento retumbó en mi cabeza como un grave tambor, para hacerse cada vez más suave y morir en una simple vibración. Abrí la boca para prolongar los últimos débiles ecos.

Desperté a media mañana en la hamaca, vistiendo las ropas que me dejara Florinda. Automáticamente, casi sin pensarlo, me encaminé hacia la casa pequeña cuya puerta encontré cerrada con llave. Pese a los golpes que di en ella y a mis gritos no recibí respuesta. Intenté forzar las ventanas que también hallé cerradas. Aturdida y al borde de las lágrimas corrí colina abajo hasta el claro junto al camino, único lugar donde podía estacionarse un auto, para descubrir que la camioneta de Isidoro Baltazar no estaba allí. Luego recorrí infructuosamente un buen trecho del camino en busca de huellas frescas de ruedas de coche. No había ninguna.

Muy confundida regresé a la casa, y sabiendo que sería inútil buscar a las mujeres en sus cuartos, me paré en medio del patio interno y llamé a gritos a Florinda, la única réplica fue el eco de mi VOZ.

Repasé incontables veces las palabras de Florinda sin arribar a una satisfactoria conclusión, la sola certeza que me asistía era la deque Florinda había venido a mi cuarto en medio de la noche para traerme las ropas que ahora vestía. Esa visita, y su anuncio de que Isidoro Baltazar había regresado, sin duda alguna produjeron tan vivido sueño en mi.

Para ahorrarme toda especulación acerca del porqué estaba sola en la casa, pues ni siquiera el cuidador había dado señales de vida, me dediqué a lavar los pisos. Este tipo de trabajo siempre ejerció un efecto tranquilizante sobre mí, y había terminado con todas las habitaciones, inclusive la cocina, cuando escuché el inconfundible sonido de un motor Volkswagen. Corrí colina abajo y me tiré en brazos de Isidoro Baltazar aun antes de que él abandonase el vehículo, casi arrojándolo al suelo.

—No lo puedo creer—dijo riendo mientras me abrazaba. —Tú eres la chica de quien tanto me habló el nagual. ¿Sabes que casi me desmayé cuando te dieron la bienvenida?

No esperó mi respuesta. Me abrazó de nuevo y, riendo, me alzó en brazos. Luego, como si se hubiese derribado alguna valía en él, comenzó a hablar sin pausa. Dijo que hacía un año que sabía de mi existencia pues el nagual le había informado que le encomendaban una muchacha extraña a la cual describió como las doce de la mañana de un día claro, no ventoso ni calmo, ni frío ni caliente, pero que alterna entre todo eso, volviéndote loco”.

Isidoro Baltazar confesó que siendo el tonto pomposo que era, había sabido instantáneamente que el nagual se estaba refiriendo a su enamorada.

—¿Quién es tu enamorada? —lo interrumpí.

Hizo un movimiento brusco con la mano, evidentemente molesto por mis palabras.

—Esta no es una historia de hechos —dijo irritado—, es una historia de ideas, de modo que verás lo idiota que soy. —De pronto su enojo cedió su lugar a una brillante sonrisa. —Hasta llegué a creer que podría averiguar por mi mismo quién era esa muchacha —e hizo una pausa antes de agregar—: Inclusive he llegado a involucrar a una mujer casada, con hijos, en mi búsqueda. Suspiró hondo, sonrió y dijo:

—La moral de esta historia es que en el mundo de los hechiceros uno debe eliminar el ego o sufrir las consecuencias, pues no hay forma en que personas como nosotros puedan predecir algo.

Al notar que yo lloraba me apartó un poco y preguntó ansioso:

—¿Qué sucede, nibelunga?

—En realidad nada —repuse, riendo en medio de mis sollozos—. No poseo una mentalidad abstracta capaz de preocuparse del mundo de las historias abstractas —y agregué con todo el cinismo y la dureza que pude reunir—: Me preocupo del aquí y el ahora. No tienes idea de las que pasé en esta casa.

—Por supuesto que sí; tengo una muy buena idea —repuse con deliberada rudeza— pues llevo años en estas lides. —Me miró con ojos de inquisidor al formular su siguiente pregunta. —Lo que deseo saber es ¿por qué no me dijiste que ya habías estado con ellos?

—Estaba a punto de hacerlo pero no me pareció importante —respondí confusa, pero enseguida mi voz se hizo firme a medida que las palabras surgían ajenas a mi voluntad—. A la larga resulta que lo único importante que he hecho en la vida es haberme relacionado con ellos.

Para ocultar la sorpresa que me produjo esta admisión comencé a quejarme de haber sido abandonada, de haber quedado sola en esa casa.

—No tuve oportunidad de avisarte que me iba a las montañas con el nagual —dijo.

—Eso ya lo he olvidado —le aseguré—. Estoy hablando del día de hoy. Esta mañana, al despertar, esperaba verte aquí. Estaba segura de que habías pasado la noche en la casita, durmiendo sobre una estera, y al no encontrarte entré en pánico.

Al notarlo intrigado le conté de la visita nocturna de Florinda, y de mi sueño de encontrarme sola en la casa al despertar. Sabía que mi discurso era incoherente, mis pensamientos y palabras confusas, pero no pude detenerme. Concluí mi diatriba diciendo:

—Hay tanto que no puedo aceptar y tampoco refutar.

Isidoro Baltazar no respondió, y su mirada, sus cejas arqueadas y la expresión burlona de su rostro delgado y cansado, color de humo, parecían indicar que aguardaba a que yo continuase hablando. Su piel exudaba una extraña frescura, y un vago olor a tierra como si hubiese pasado días en una caverna subterránea.

Todo vestigio de inquietud desapareció cuando enfrenté su siniestro ojo izquierdo y su terrible, inclemente mirada. En ese momento dejó de importarme cuál era la verdad auténtica, la ilusión, el ensueño dentro del ensueño. Reí feliz, liviana cual el viento, libre del inaguantable peso que cargaba mi espalda. Reconocí el ojo del brujo, igual al que tenían Florinda, Mariano Aureliano, Esperanza y el cuidador. Destinado desde los albores del tiempo a carecer de sentimiento y

emoción, ese ojo reflejaba el vacío, y como si ya hubiese revelado demasiado, un párpado interno, como el del ojo de un lagarto, se cerró sobre la pupila izquierda.

Antes de que yo tuviese oportunidad de comentar acerca de su ojo Isidoro Baltazar cerró ambos, Cuando luego de un instante los abrió se veían idénticos, oscuros, brillantes y sonrientes. El ojo del brujo quedó en ilusión. Con un brazo rodeando mis hombros remontamos la cuesta.

Antes de llegar a la casa Isidoro Baltazar me ordenó recoger mis cosas.

—Te espero en el auto —dijo.

Me pareció extraño el que no entrase conmigo, pero en ese momento no se me ocurrió investigar su razón, y sólo cuando estaba recogiendo mis pocas pertenencias, se me antojó que tal vez temiese a las mujeres, lo cual me movió a risa, pues si a algo Isidoro Baltazar no temía era a las mujeres. De eso estaba totalmente segura.

Al llegar junto al coche seguía con mi risa, y abrí la boca para explicarle a Isidoro Baltazar el motivo de mi regocijo, cuando me invadió una fuerte y extraña emoción. No era pasión sexual lo que sentía, tampoco afecto platónico, y menos aún aquel cariño hacia mis padres y hermanos. Simplemente lo amaba a él con un amor huérfano de expectativas, dudas y temores, y como si todo esto lo hubiese dicho en voz alta, Isidoro Baltazar me abrazó con tal fuerza que apenas si me permitió respirar.

Partimos muy lentamente, y saqué la cabeza por la ventanilla, confiando poder ver al cuidador entre los árboles. “Me siento rara, partiendo de esta manera”, pensé. “En cierto modo Florinda se despidió de mí anoche, pero me hubiese gustado agradecer a Esperanza y al cuidador.”

El camino de tierra serpenteaba en tomo del cerro, y al llegar a una curva cerrada vimos de nuevo la casa. Isidoro Baltazar detuvo el coche, apagó el motor, y con el dedo señaló al viejo, sentado sobre un cajón frente a la casa. Quise abandonar el vehículo y correr hacia él, pero Isidoro Baltazar me detuvo.

—Dile adiós con la mano.

El cuidador se incorporó; el viento jugaba con su camisa suelta y sus pantalones, haciendo que pareciesen alas batiendo contra sus miembros. Lanzó una carcajada, se encorvó, y al parecer aprovechando la fuerza del viento, dio dos saltos mortales hacia atrás. Por un momento pareció estar suspendido en el aire, pero nunca aterrizó. Simplemente se esfumó cual si el mismo viento lo hubiese succionado.

—¿Qué pasó? ¿Dónde fue? —pregunté asombrada.

—Al otro lado —respondió Isidoro Baltazar, riendo con la felicidad de un niño divertido—. Ésa fue su manera de despedirse.

Puso el coche en movimiento, y mientras viajábamos, como si me estuviese tentando, me echó ocasionales miradas burlonas.

—¿Qué es lo que te preocupa, nibelunga? —preguntó.

—Tú sabes quién es, ¿verdad? —lo acusé—. ¿No es el cuidador, no?

Isidoro Baltazar frunció el entrecejo, y después de un largo silencio me recordó que, para mí, el nagual Juan Natus era Mariano Aureliano, asegurándome de que debería existir una muy buena razón para que lo conociese por ese nombre, y agregó:

—Estoy seguro de que debe de existir una igualmente valedera justificación para que el cuidador no te revele su nombre.

Yo argumenté que ya que sabía quién era Mariano Aureliano, la pretensión del cuidador no tenía sentido y —agregué con suficiencia— yo sé quién es el cuidador. Al decirlo miré de reojo a Isidoro Baltazar cuyo rostro nada reveló.

Cuando habló fue para decir que como todos los seres del mundo de los hechiceros, el cuidador también era un hechicero, pero yo no sabía quién era. Me lanzó una breve mirada y enseguida

transfirió su atención al camino.

—Después de todos estos años yo mismo no sé quiénes son ellos realmente, e incluyo al nagonal Juan Matus. Mientras estoy con él creo saber quién es, pero en cuanto me vuelve las espaldas estoy perdido.

Con acento casi soñador Isidoro Baltazar agregó que en el mundo cotidiano nuestros estados subjetivos eran compartidos por todos nuestros semejantes. Por tal razón sabemos en todo momento qué harían estos semejantes bajo ciertas condiciones.

—Estás equivocado —grité—. Totalmente equivocado. No saber qué harán nuestros semejantes bajo ciertas circunstancias es lo que hace excitante la vida. Es una de las pocas cosas excitantes que nos quedan. No me digas que lo quieres eliminar.

—No sabemos con exactitud qué harían nuestros semejantes explicó pacientemente—. Pero podríamos redactar una lista de posibilidades que tendría sentido. Una lista muy larga, te advierto, sin embargo una lista limitada. Para escribirla no necesitamos averiguar las preferencias de nuestros semejantes. Sólo debemos colocarnos en su lugar y escribir las posibilidades que nos atañen. Serán aceptables a todos pues las compartimos. Nuestros estados subjetivos son compartidos por todos nosotros.

Dijo luego que nuestro conocimiento subjetivo del mundo nos es conocido como sentido común. Puede diferir de grupo en grupo, de cultura en cultura, pero pese a todas esas diferencias, el sentido común es lo suficientemente homogéneo como para garantizar la declaración de que el mundo cotidiano es un mundo intersubjetivo.

—Sin embargo con los hechiceros el sentido común al cual estamos acostumbrados no tiene vigencia. Poseen otro tipo de sentido común pues tienen otro tipo de estados subjetivos.

—¿Quieres decir que son como seres de otro planeta? —pregunté.

—Sí—respondió Isidoro Baltazar, riendo—, son como seres de otro planeta.

—¿Es por eso que son tan reservados?

—No creo que el término reservado sea el correcto —observó pensativo—. Tratan de manera distinta con el mundo cotidiano, y su comportamiento nos parece reservado a nosotros pues no compartimos el significado, y ya que carecemos de patrones para medirlo que para ellos es sentido común, optamos por creer que su comportamiento es reservado.

—Hacen lo que hacemos nosotros; duermen, cocinan sus comidas, leen —observé—, sin embargo nunca pude sorprenderlos en el acto de hacerlo. Te aseguro que son reservados. Sonriendo, sacudió la cabeza.

—Viste lo que ellos quisieron que vieses, pese a lo cual no te ocultaban nada. Simplemente tú no lograbas ver.

Estaba a punto de contradecirlo, pero me abstuve pues no quería que me tomase antipatía. No era tanto el hecho de que tuviese la razón, pues al fin y al cabo yo no entendía de qué hablaba. Más bien sentía que todas mis averiguaciones y curioseos no me habían dado pista alguna respecto de quiénes eran esas personas y qué hacían. Con un suspiro cerré los ojos y recliné mi cabeza contra el respaldo del asiento.

En el trayecto le hablé de mi sueño, de lo real que me resultó el verlo dormido y roncando sobre la estera. Le hablé de mi conversación con Mariano Aureliano, del calor de su mano, y cuanto más hablaba más me convencía de que todo eso no había sido un sueño, y me agité de tal forma que terminé llorando.

—No sé qué me hicieron —dije—. En este momento no estoy muy segura si sueño o me encuentro despierta. Florinda siempre insiste en que ensueño despierta.

—El nagonal Juan Matus se refiere a ello como "conciencia acrecentada" —aclaró Isidoro Baltazar.

—Conciencia acrecentada —repetí.

Las palabras me eran familiares, aun cuando parecían exactamente lo opuesto a ensoñar despierto. Recordé vagamente haberlas escuchado antes. Florinda o Esperanza las habían utilizado pero no recordaba en qué contexto, y ya estaban a punto de adquirir sentido (vago tal vez) pero mi mente se encontraba demasiado embotada por mis infructuosos intentos de recontar mis diarias actividades en casa de las hechiceras.

Pese a lo mucho que me esforcé no lograba recordar ciertos episodios. Luchaba por dar con palabras que palidecían y se desvanecían ante mis propios ojos, igual a visiones semivistas y medio recordadas. No era que hubiese olvidado sino que las imágenes me llegaban fragmentadas, como trozos de un rompecabezas que se rehúsan a ensamblar. Todo esto adquiriría estatura de sensación física, y podía resumirse como una niebla descendida sobre ciertas partes de mi cerebro. —¿De modo que conciencia acrecentada y ensoñar despierto son lo mismo? —Más que una pregunta era ésa una declaración cuyo significado me eludía. Cambié de posición en el asiento, y recogiendo las piernas me senté enfrentando a Isidoro Baltazar. El sol hacia resaltar su perfil, sus cabellos negros y enrulados cayendo sobre su frente, los pómulos cincelados, su fuerte mentón y nariz y los labios finos le daban un aspecto romano.

—Debo de estar aún en estado de conciencia acrecentada —dije—, no me había fijado antes en ti.

Eché la cabeza hacia atrás y rió, y esa acción hizo que el coche cimbrase.

—No hay duda de que estás ensoñando despierta. ¿A poco te has olvidado de que soy enano, negro y de aspecto insignificante?

Tuve que reír, no porque estuviese de acuerdo con esa descripción de sí mismo, sino porque era lo único que recordaba que él hubiese dicho en aquella conferencia en que lo conocí formalmente. Mi regocijo pronto cedió lugar a una extraña ansiedad. Tuve la sensación de que habían pasado meses y no apenas dos días desde nuestro arribo a la casa de las hechiceras.

—El paso del tiempo es diferente en el mundo de los hechiceros —dijo Isidoro Baltazar, interpretando mis pensamientos—, y también lo vivimos de manera diferente.

Luego agregó que uno de los aspectos más difíciles de su aprendizaje fue el tener que lidiar con secuencias de acontecimientos en términos de tiempo. Con frecuencia se mezclaban en su mente esas confusas imágenes que penetraban más hondamente cuando más intentaba enfocaría. —Sólo ahora, con la ayuda del nagual, logro recordar hechos y aspectos de sus enseñanzas que tuvieron lugar hace muchos años —dijo.

—¿Cómo te ayuda? —pregunté—. ¿Te hipnotiza?

—Me hace mudar los niveles de conciencia y, al hacerlo, no sólo recuerdo sucesos pasados sino también los revivo.

—¿Y cómo hace eso? Me refiero a hacerte mudar tus niveles de conciencia.

—Hasta hace muy poco creía que se lograba con una fuerte palmada en la espalda, entre los hombros, pero ahora estoy seguro que lo logra con su mera presencia.

—Entonces, ¿no te hipnotiza?

Sacudió la cabeza.

—Los hechiceros son expertos en mudar sus propios niveles de conciencia. Algunos lo son tanto que logran mudar los niveles de otros.

Yo hervía con preguntas, pero con un gesto él me reclamó paciencia.

—Los hechiceros nos hacen ver que la total naturaleza de la realidad es diferente a nuestro concepto de ella, o sea lo que nos han enseñado a creer que es la realidad. Intelectualmente estamos dispuestos a jugar con la idea de que la cultura predetermina nuestra existencia, nuestra conducta, lo que estamos preparados a aprender y lo que podamos sentir. Pero no estamos dispuestos a corporizar esta idea, aceptarla como una propuesta práctica y concreta, y la razón

es que no queremos aceptar que la cultura también predetermina lo que somos capaces de percibir.

“La hechicería —continuó— nos hace darnos cuenta de diferentes realidades, diferentes posibilidades, no sólo acerca del mundo sino acerca de nosotros mismos, al extremo de hacemos entrar en un estado en el que ya no estamos en condiciones de creer siquiera en las más sólidas convicciones respecto de nosotros y nuestro entorno.

Me sorprendió poder absorber sus palabras con tanta facilidad visto que en realidad no las comprendía.

—Un hechicero no sólo tiene conciencia de distintas realidades —continuó— sino que usa ese conocimiento con un sentido práctico. Los hechiceros saben, no sólo intelectual sino prácticamente, que la realidad, o el mundo tal como lo conocemos, consiste apenas de un acuerdo extraído a cada uno de nosotros. Se podría hacer que ese acuerdo se derrumbe dado que es apenas un fenómeno social, y cuando se derrumba todo el mundo se derrumba con él.

Al ver que yo no podía seguir sus argumentos trató de presentarlos desde otro ángulo. Dijo que el mundo social nos define la percepción en proporción a su utilidad en guiamos a través de la complejidad de la experiencia en la vida diaria. El mundo social fija límites a lo que percibimos y a lo que somos capaces de percibir. Para un hechicero la percepción puede exceder esos parámetros acordados. Estos parámetros están hechos y respaldados por palabras, por el idioma, por pensamientos, o sea por acuerdos.

—¿Y los hechiceros no tienen acuerdos? —pregunté, haciendo un esfuerzo para comprender su premisa.

—Sí, los tienen —respondió—, pero sus acuerdos son diferentes. Los hechiceros quiebran el acuerdo normal, no sólo intelectual sino física o prácticamente. Los hechiceros derriban los parámetros de la percepción socialmente determinada, y para comprender lo que quieren decir los hechiceros con eso, uno debe convertirse en un practicante, uno debe comprometerse, uno debe prestar la mente tanto como el cuerpo. Debe ser una rendición consciente y sin miedo.

—¿El cuerpo? —pregunté, de inmediato suspicaz respecto del tipo de ritual que eso podría exigir—. ¿Qué es lo que quieren con mi cuerpo?

—Nada, nibelunga —aclaró riendo. Luego, en tono sereno aunque bondadoso, agregó que ni mi cuerpo ni mi mente se encontraban aún en condiciones de seguir el arduo camino del hechicero, y al percibir mi intención de protestar, se apresuró a asegurarme que ni mi cuerpo ni mi mente adolecían de falla alguna.

—¡Un momento! —interrumpí.

Isidoro Baltazar ignoró mi interrupción y prosiguió su discurso para decir que el mundo de los hechiceros era un mundo sofisticado, y que no era suficiente comprender sus principios de manera intuitiva. También era necesario asimilarlos intelectualmente.

—Contrariamente a lo que cree la gente —explicó—, los hechiceros no son practicantes de oscuros y esotéricos ritos sino que se han adelantado a nuestro tiempo. Y la modalidad de nuestro tiempo es la razón. En general somos hombres razonables. No obstante los hechiceros son *hombres de razón*, lo cual es totalmente distinto: tienen un romance con las ideas, han cultivado la razón hasta sus límites, pues creen que únicamente comprendiendo plenamente el intelecto pueden corporificar los principios de la hechicería sin perder su propia integridad y sobriedad. Allí reside la drástica diferencia entre los hechiceros y nosotros. Nosotros poseemos poca sobriedad y aún menos integridad.

Me lanzó una mirada furtiva y sonrió. Yo sentía la desagradable impresión de que él sabía con exactitud lo que yo estaba pensando en ese momento, o más bien que me encontraba incapacitada para pensar. Había entendido sus palabras, pero no su significado. No sabía qué

decir ni siquiera qué preguntar, y por primera vez en mi vida me sentí una estúpida total. Sin embargo no me incomodé pues no podía negar que él tenía razón. Mi interés en asuntos intelectuales fue siempre muy superficial, y pensar en tener un romance con ideas me resultaba totalmente insólito.

Llegamos a la frontera en pocas horas, pero el viaje resultó sumamente cansador. Yo quería hablar pero no sabía qué decir, o más bien no encontraba las palabras para expresarme. Me sentía intimidada, i una sensación nueva para mí!

Isidoro Baltazar advirtió mi inseguridad y mi malestar, y se adueñó de la palabra. Con candidez admitió que hasta ese mismo momento lo desorientaba el mundo de los hechiceros, pese a los muchos años de estudiar y actuar con ellos.

—Y cuando digo estudiar hablo muy en serio —aclaró—. Esta misma mañana ese mundo me avasalló de una manera imposible de describir.

Hablaba en un tono que era mitad afirmación y mitad queja, pese a lo cual su voz estaba cargada de tal alegría y potencia interior que me sentí exaltada. Me transmitió una sensación de omnipotencia y de capacidad para tolerar todo sin dejar que nada importase, y percibí voluntad y habilidad para sobreponerse a todos los obstáculos.

—Imagínate: pensé que mi viaje con el nagual había sido de sólo dos días —y volviéndose hacia mí, y riendo, me sacudió con su mano libre.

Yo estaba tan absorta por la vitalidad de su voz que no comprendí el significado de sus palabras. Le pedí repetir lo dicho: lo hizo, y seguí sin comprender.

—No entiendo qué es lo que te excita tanto —dije repentinamente irritada por mi incapacidad para entender lo que intentaba decirme—. Estuviste ausente un par de días, ¿y qué?

—¿Cómo? —gritó, y su grito hizo que yo saltase en mi asiento y golpease con la cabeza en el techo del vehículo.

Su mirada penetró hasta el fondo de mis ojos pero no pronunció una sola palabra. Sabía que no me acusaba de nada, pero sí que se burlaba de mi aspereza, mis humores cambiantes y mi falta de atención. Detuvo el vehículo a la vera del camino, apagó el motor, y se acomodó para enfrentarme.

—Ahora quiero que me cuentes todas tus experiencias. —Su voz transmitía excitación nerviosa, inquietud y vitalidad, al asegurarme que el orden de los acontecimientos no importaba en absoluto, y su sonrisa me tranquilizó al extremo de hacerme contar en detalle todo lo que recordaba. Escuchó con atención, riendo de tanto en tanto y alentándome con un gesto de su mentón cada vez que yo vacilaba.

—De modo que ¿todo esto te sucedió en... dos días?

—Sí—repuse con firmeza.

Cruzó los brazos sobre su pecho.

—Tengo una noticia para ti —y la luz divertida de sus ojos traicionó la seriedad de su voz y la firmeza de su boca cuando agregó—: Yo estuve ausente doce días pero creí que fueron sólo dos. Pensé que ibas a apreciar la ironía de mi error al haber mantenido un mejor control del tiempo, pero no fue así. Eres igual a mí: hemos perdido diez días.

—Diez días —murmuré perpleja, y mi mirada se perdió en el paisaje allende la ventanilla. No pronuncié una sola palabra durante el resto del viaje. No era que no le creyese, ni que no quisiese hablar. Simplemente nada tenía para decir, ni siquiera después de haber comprado el *Los Angeles Times* y corroborado la verdad de la pérdida de los diez días. Pero, ¿estaban en verdad perdidos? Me hice esa pregunta sin desear obtener una respuesta.

CAPÍTULO DOCE

La oficina-estudio de Isidoro Baltazar consistía en un cuarto rectangular, que daba sobre una playa de estacionamiento, una pequeña cocina y un baño de baldosas rosadas. Me llevó allí la noche que regresarnos de Sonora. Yo, demasiado exhausta para notar algo, lo seguí dos pisos arriba por un corredor alfombrado de color oscuro hasta el apartamento 8. En cuanto mi cabeza entró en contacto con la almohada quedé dormida, y soñé que seguíamos en la ruta. Habíamos viajado sin parar desde Sonora, alternando en el manejo, deteniéndonos sólo para comer y cargar combustible.

El apartamento estaba amoblado apenas con lo imprescindible. Junto a la cama doble una larga mesa plegadiza que servía de escritorio, una silla, también plegadiza, y dos archivos de metal para sus notas. Varios trajes y media docena de camisas colgaban en dos roperos junto al baño. El resto del espacio lo ocupaban libros, pilas de libros. No había estantes, y los libros daban la impresión de nunca haber sido abiertos, menos aún leídos. También los armarios de la cocina estaban repletos de libros, salvo uno reservado para un plato, un jarro, un juego de cuchillo y tenedor y una cuchara. Sobre la cocina de gas había una tetera para hervir agua y una cacerola. A las tres semanas encontré un apartamento nuevo para mí, a más o menos una milla de la universidad y a la vuelta de la esquina de la oficina-estudio de Isidoro Baltazar, pese a lo cual continuaba pasando la mayor parte de mi tiempo en su vivienda. El instaló una segunda cama para mí, una mesa de aquellas que se utilizan para jugar a las cartas, y una silla plegadiza idéntica a la suya, en el otro extremo de la habitación.

En los seis meses siguientes Sonora se convirtió para mí en un lugar mitológico. No deseando ya bloquear mis experiencias junté los recuerdos de las dos oportunidades en que estuve allí, pero por más que lo intentase no logré recordar absolutamente nada de los once días perdidos: uno en la primera y diez en la segunda oportunidad.

Isidoro Baltazar rechazó de plano toda mención a la pérdida de esos días. Por momentos yo coincidía plenamente con él: el absurdo de considerar perdidos esos días simplemente porque no podía recordarlos se me hizo tan evidente que mucho le agradecí no concederle importancia al asunto. Estaba claro que me protegía. No obstante, en otras oportunidades, y sin que mediara razón para ello, me dominaba un fuerte resentimiento. Era su deber ayudarme, aclararme el misterio, me repetía a mí misma, hasta convencerme de que deliberadamente me ocultaba cosas. —Te volverás loca sin continuas con eso —me dijo un día—, y toda tu preocupación será vana porque nada resolverá. —Titubeé un momento, como no animándose a poner en palabras lo que deseaba decir, luego se encogió de hombros y agregó en tono desafiante: —¿Por qué no usas esa misma energía de modo más práctico, como ser el enumerar y examinar tus malos hábitos? Yo, en lugar de admitir la sabiduría de la sugerencia, de inmediato contraataqué con la otra queja que anidaba en mí, que aún no había conocido a las otras mujeres jóvenes encomendadas a él por el viejo nagual.

Me había hablado tanto de ellas que sentía que ya las conocía, pues cada vez que hice preguntas él me respondió en detalle. Hablaba de ellas arrobado, con profunda y por lo visto sincera admiración, diciendo que alguien de afuera las describiría como atractivas, inteligentes y exitosas. Todas poseían títulos universitarios y eran seguras de sí mismas y ferozmente independientes. Pero para él eran mucho más que eso; eran seres mágicos que compartían su destino, unidas a él por lazos de afecto y compromiso que nada tenía que ver con el orden social. Compartían la común búsqueda por la libertad.

Cierta vez hasta le di un ultimátum:

—Tienes que llevarme a conocerlas o de lo contrario...

Esto provocó la risa de Isidoro Baltazar.

—Todo lo que puedo decirte es que no es lo que tú te imaginas, y no hay forma de determinar cuándo las conocerás. Simplemente tendrás que esperar.

—¡Ya he esperado bastante! —grité, y al no recibir reacción de su parte, agregué—: Estás loco si crees que podré encontrar a un grupo de mujeres en Los Ángeles. Ni siquiera sé dónde comenzar a buscar.

—Las encontrarás como me encontraste a mí, y como encontraste al nagual Mariano Aureliano. Lo miré con desconfianza. No podía menos que sospechar que albergaba una cierta y secreta malicia.

—No te andaba buscando —respondí con impertinencia— ni tampoco a Mariano Aureliano. Créeme que en ambos casos nuestros encuentros fueron fortuitos.

—No existen los encuentros fortuitos en el mundo de los hechiceros —dijo, y ya estaba a punto de decirle que no necesitaba de este tipo de consejo, cuando él agregó seriamente—: Las conocerás cuando llegue el momento adecuado. No tienes que andar en su búsqueda.

De cara a la pared conté hasta diez, luego lo enfrenté para decir con suavidad.

—El problema contigo es que eres un típico latino. Mañana siempre es perfecto para ti. No tienes concepto de apresurar o hacer las cosas —alcé la voz para impedir que me interrumpiese y terminé diciendo—: Mi insistencia en conocer a tus amigas es un ejemplo de apresurar las cosas.

—¿De apresurar las cosas? —repitió sin comprender—. ¿Cuál es el apuro?

—Me has estado diciendo, casi a diario, que queda muy poco tiempo —le recordé—. Tú mismo siempre hablas de lo importante que es para mí el conocerlas, y sin embargo actúas como si tuvieses la eternidad por delante.

Se tomó impaciente.

—Te digo esto constantemente porque deseo que te apresures a limpiar tu ser interno, no porque quiero que se lleven a cabo con rapidez actos sin importancia como pretendes tú. No es mi deber el presentártelas; si así fuese no estaría sentado aquí, escuchando tus necesidades. —Cerró los ojos y suspiró de modo exagerado en gesto de fingida resignación, pero enseguida agregó con una dulce sonrisa: —Eres demasiado tonta para darte cuenta de lo que sucede.

—No sucede nada —retruqué, dolida por el insulto—. No soy tan estúpida como crees. He notado el aire de ambivalencia que envuelve tus reacciones hacia mí. A veces tengo la muy clara impresión de que no sabes qué hacer conmigo.

—Sé exactamente lo que debo hacer —aseguró.

—De ser así, ¿por qué reaccionas siempre de manera tan indecisa cuando propongo algo?

Isidoro Baltazar me lanzó una mirada severa, y por un instante pensé que me atacaría empleando esas palabras ásperas que solía usar para demolerme con alguna crítica aguda, pero cuando habló para conceder razón a mi juicio lo hizo con suavidad.

—Siempre espero hasta que los acontecimientos decidan por mí —afirmó—. Luego me muevo con velocidad y con vigor. Si no te cuidas te dejaré atrás.

—Ya estoy muy atrás —dije lamentándome—. Dado que no me ayudarás a encontrar a esas mujeres estoy condenada a quedar rezagada.

—Pero no es ése el verdadero problema. Lo malo es que aún no te has decidido —y alzó las cejas como si estuviese a la espera de un estallido de mi parte.

—No sé qué quieres decir con eso. ¿Qué es lo que debo decidir?

—No te has decidido a aunarte al mundo de los hechiceros. Estás parada en el umbral, observando, a la espera de lo que esté por acontecer. Estás a la espera de algo práctico que te pueda resultar beneficioso.

Palabras de protesta se formaron en mi garganta, pero antes de que pudiese manifestar mi

profunda indignación, él agregó que yo tenía la errónea idea de que el haberme mudado a un nuevo apartamento y dejado atrás mi vieja forma de vida significaban un cambio.

—¿Y qué es entonces un cambio? —pregunté con sarcasmo.

—No has dejado nada atrás excepto tus pertenencias —respondió, ignorando mi tono— Para ciertas personas eso significa un paso gigantesco, pero para ti eso no es nada. No te interesa poseer cosas.

Estuve de acuerdo.

—No, no me interesa —dije, pero luego insistí que, no obstante su juicio, yo me había decidido a aunarme al mundo de los hechiceros de mucho tiempo atrás—. ¿Por qué crees que estoy aquí si aún no me he decidido?

—Sin duda lo has hecho corporalmente, pero no en espíritu. Ahora estás esperando que te den un mapa, algún plano reconfortante, antes de tomar tu decisión final. Entretanto seguirás dándoles cuerda. Tu principal problema es que necesitas estar convencida de que el mundo de los hechiceros tiene algo para ofrecerte.

—¿Es que no lo tiene?

Isidoro Baltazar me enfrentó con el rostro arrugado por una sonrisa.

—Sí, tiene algo muy especial para ofrecer. Se llama la libertad, pero no hay garantía alguna de que la obtengas, o que alguno de nosotros tenga éxito en la empresa.

Digerí sus palabras, y luego le pregunté qué debía hacer para convencerlo de que ya me había unido a su mundo.

—No es a mí a quien debes convencer sino al espíritu. Debes cerrar la puerta tras de ti.

—¿Qué puerta?

—La que mantienes abierta; la que te permitirá escapar si las cosas no son de tu agrado, o no encajan en tus expectativas.

—¿Estás diciendo que desertaré?

Me miró con una expresión enigmática, luego se encogió de hombros. —Eso queda entre el espíritu y tú.

—Pero si tú mismo crees que...

—Yo no creo nada —interrumpió—. Entraste en este mundo de la misma manera que todos los otros. Nadie tuvo que ver con ello, y tampoco lo será si tú o cualquier otro decide retirarse. Lo miré confundida.

—Pero supongo que intentarás convencer... si yo... —tartamudeé.

Sacudió la cabeza antes de que yo terminase de hablar.

—No te convenceré a ti ni a nadie. Tu decisión carecerá de poder si necesitas ser apuntalada cada vez que flaqueas o dudas.

—¿Quién me ayudará entonces? —pregunté alarmada.

—Yo; yo soy tu servidor —respondió con una sonrisa dulce y tímida, por completo desprovista de cinismo—. Pero antes sirvo al espíritu. Un guerrero no es un esclavo sino un servidor del espíritu. Los esclavos no toman decisiones, los servidores sí. Su decisión es servir impecablemente. En mi ayuda no entra el cálculo —continuó—. No puedo invertir en ti y, por supuesto, tampoco puedes tú invertir en mí o en el mundo de los hechiceros. Esta es la premisa básica de ese mundo: nada se hace que pueda ser catalogado como útil. Sólo se permiten actos estratégicos. Así me enseñó el nágual Juan Matus, y así es como vivo. El hechicero practica lo que predica. Y sin embargo nada se hace por razones prácticas. Cuando llegues a comprender y practicar esto habrás cerrado la puerta tras de ti.

Sobrevino un largo silencio; yo cambié de posición sobre la cama en que me hallaba sentada. Mi mente se llenó de pensamientos. Tal vez ninguno de los hechiceros podría llegar a creerme, pero

sin duda alguna yo había cambiado, imperceptiblemente al comienzo. Yo lo notaba porque tenía que ver con uno de los problemas más difíciles que pueden enfrentar a la mujer: los celos y la necesidad de saber.

Mis ataques de celos eran un pretexto, no necesariamente un pretexto consciente, pero con todo había en ellos algo de pose. Algo en mí exigía que tuviese celos de todas las otras mujeres que formaban parte de la vida de Isidoro Baltazar, pero de igual manera algo me hacía percibir que la vida del nuevo nagual no era la de un hombre común, ni siquiera de quien pudiese tener muchas esposas.

Nuestra relación, si así se la podía llamar, no encajaba en ninguno de los moldes habituales y conocidos, pese a mis esfuerzos por lograr insertarla. Para que los celos y el sentido de la posesión tengan asidero es necesario un espejo, no sólo uno propio, sino también uno del compañero, e Isidoro Baltazar ya no reflejaba los impulsos, los sentimientos, las necesidades y las emociones de un hombre.

Mi necesidad de conocer la vida de Isidoro Baltazar era abrumadora, y me amargaba el hecho de que no me daba acceso a su mundo privado. Sin embargo yo no luchaba contra eso. Hubiese sido fácil seguirlo o revisar sus papeles para descubrir de una vez por todas quién era él en realidad, pero no pude hacerlo. Algo me decía que con él no podía yo proceder como acostumbraba; y lo que me inhibía, más que un sentido de decencia, era la confianza que había depositado en mí. Isidoro Baltazar me había brindado acceso a sus posesiones, y eso para mí lo tornaba inviolable. Reí fuerte. Entendía cuál era el acto estratégico del guerrero. Isidoro Baltazar estaba equivocado; confundía mi inveterado mal humor y mi afectación alemana con falta de decisión. No importaba. Yo sabía que por lo menos había comenzado a comprender y practicar la estrategia del guerrero, al menos cuando él se encontraba presente. No obstante, en ausencia suya, con frecuencia yo flaqueaba, y cuando eso sucedía acostumbraba dormir en su estudio.

Cierta noche, cuando insertaba la llave en la cerradura, apareció un brazo y sin más ni más me jaló al interior del estudio. Grité aterrorizada, y comencé a balbucear "qué...", cuando la mano que oprimía mi brazo me soltó. Para recuperar mi equilibrio y acallar el corazón que galopaba me recosté contra la pared, y allí surgió una figura conocida.

—¡Florinda! —grité, todavía confusa. Ella vestía una bata larga, recogida en la cintura, y sus cabellos colgaban por sus espaldas y por ambos lados de su cara. Dudando si era en realidad ella o una aparición resaltada por una suave luz tras sus espaldas, me acerqué para tocar su manga.

—¿Eres tú, Florinda, o estoy soñando?

—Yo en persona, querida. El producto auténtico.

—¿Cómo llegaste aquí? ¿Estás sola? —pregunté tontamente, y enseguida, procurando sonreír, agregué—: De haber sabido que venias hubiese iniciado la limpieza más temprano. Me encanta limpiar el estudio de Isidoro Baltazar de noche. Siempre lo hago de noche.

En lugar de responder Florinda se situó de manera que la luz iluminaba su rostro, y una sonrisa perversa brilló en sus ojos.

—Te advertí que nunca deberías seguir a ninguno de nosotros, o presentarte sin ser invitada. Tienes suerte de que no fue otra persona quien te jaló adentro esta noche.

—¿Y qué otra persona pudo haber sido? —pregunté con un tono desafiante que estaba lejos de sentir.

Florinda me contempló un rato, luego se volvió y me largó su respuesta por encima del hombro.

—Alguien a quien no le hubiese importado que te mueras del susto. —Agitó una mano en el aire como para alejar sus palabras mientras atravesaba el cuarto en procura de la pequeña cocina. Parecía no caminar sino deslizarse en una suerte de danza no premeditada que mecía sus largos cabellos blancos, remedando una cortina plateada tocada por una luz indefinida.

La seguí, parodiando su gracioso andar.

—Sabrás que tengo llave —le informé—. He estado viniendo aquí todos los días, a cualquier hora, desde que regresamos de Sonora. En realidad prácticamente vivo aquí.

—¿No te dijo Isidoro Baltazar que no vengas aquí mientras él está en México? —El tono de Florinda era suave, casi casual. No me acusaba, pero yo sentí que si lo hacía.

—Tal vez haya dicho algo —contesté con estudiada indiferencia y viendo que fruncía el entrecejo me sentí obligada a defenderme. Le confesé que muchas veces yo estaba sola en el apartamento, y creía que no importaba mucho si Isidoro Baltazar estaba a cinco o quinientas millas de distancia, y alentada por su aparente aprobación a mis palabras admití que, amén de hacer allí mis tareas escolares, pasaba horas poniendo en orden sus libros, clasificándolos por tema y por autor. — Algunos de ellos son tan nuevos que las páginas ni siquiera han sido cortadas —expliqué—. Yo los he estado abriendo. Eso es lo que vine a hacer esta noche.

—¿A las tres de la mañana?

No pude evitar el sonrojarme al responder:

—Y, si. Hay mucho por hacer. Si una es cuidadosa y no desea dañar las páginas, éste es un trabajo de nunca acabar. Pero es tranquilizante, y a mi me ayuda a dormir bien.

El comentario de Florinda se redujo a una palabra, apenas modulada:

—Extraordinario.

Animada por su aparente aprobación seguí hablando.

—Estoy segura de que tú entiendes lo que estar aquí significa para mí. En este apartamento me siento libre de mi antigua vida, de todos y de todo salvo Isidoro Baltazar y su mundo mágico. El mismísimo aire me llena de un sentido de entrega total. Suspiré profundamente. —Aquí nunca me siento sola, pese a que la mayor parte del tiempo lo estoy. Hay algo en la atmósfera que me recuerda la casa de las hechiceras. Esa misma frialdad y ausencia de sentimientos banales que en un principio tanto me molestaban se adhieren a estas paredes, y es precisamente esa lejanía, esa falta de calidez, la que busco día y noche. La encuentro curiosamente reconfortante, me da fuerzas.

Mientras se dirigía a la piletta de la cocina con la tetera en la mano, Florinda meneó la cabeza como dudando, murmuró “increíble” y luego algo que no alcancé a oír, ahogadas las palabras por el ruido del agua.

—Me hace muy feliz el saber que te sientes a gusto aquí —suspiró dramáticamente y agregó—: Debes sentirte muy segura en este nidito sabiendo que tienes compañero —y terminó en tono jocoso aconsejándome hacer todo lo posible por hacer feliz a Isidoro Baltazar, mencionando prácticas sexuales que describió con horrenda crudeza.

La contemplé boquiabierta, espantada por lo que acababa de oír, mientras ella, con la seguridad y la eficiencia de alguien conocedora de la disposición de la cocina, echaba mano a dos jarras, mi tetera favorita y la bolsa de galletitas de chocolate que yo mantenía escondidas detrás de los diccionarios de idioma alemán y francés.

Con una sonrisa Florinda se volvió hacia mí y preguntó:

—¿A quién esperabas encontrar aquí esta noche?

—No a ti —contesté abruptamente, percatándome demasiado tarde de que mi respuesta me delataba, y me lancé a una extensa y elaborada explicación de por qué esperaba encontrar allí, si no a todas, por lo menos a una de las otras mujeres jóvenes.

—Cruzarán tu senda cuando llegue el tiempo adecuado —respondió Florinda—. No es tu obligación forzar un encuentro con ellas.

De pronto, sin poder controlar mis palabras, me encontré culpándola a ella, a Mariano Aureliano y a Isidoro Baltazar por mi actitud furtiva. Le dije que era impracticable, por no decir imposible,

pretender que yo esperase a que unas mujeres desconocidas cruzasen mi senda, y creer que yo las reconocería por algo tan inconcebible como su radiación interna, y como de costumbre cuanto más me quejé mejor me sentí.

Florinda me ignoró, y con exagerado acento británico canturreó —una, dos cucharadas y una para la tetera— a medida que cargaba el té. Luego, de manera casual, observó que lo único caprichoso e impracticable era que yo pensase en Isidoro Baltazar como hombre y lo tratase como tal.

—No sé qué me quieres decir con eso —repuse a la defensiva.

Me miró con tal intensidad que me sonrojé.

—Sabes perfectamente lo que quiero decir —repuso mientras servía el té en las jarras, y con rápido gesto de su mentón indicaba cuál de las dos era la mía. Con la bolsa de galletitas en la mano se sentó en la cama de Isidoro Baltazar, y sorbió su té, en tanto yo, sentada a su lado, hacía lo mismo.

De improviso me lanzó una acusación:

—No has cambiado nada.

—Eso es exactamente lo que me dijo Isidoro Baltazar hace unos días —repuse—, pero yo sé que he cambiado mucho.

Le dije que mi mundo había cambiado totalmente desde el regreso de Sonora, y expliqué en detalle lo referente al cambio de apartamento, mi mudanza, dejando atrás todas mis posesiones. Me escuchó con glacial indiferencia, dura como una piedra.

—En verdad no puedo atribuirme mucho crédito por romper rutinas y hacerme inaccesible —admití, sintiéndome incómoda ante su silencio—. Cualquiera que esté en estrecho contacto con Isidoro Baltazar debe olvidar que hay límites entre el día y la noche, entre jornadas de trabajo y feriados. El tiempo fluye y...

—No pude terminar mi frase pues me asaltó un extraño pensamiento. Que yo recordase, nadie me había hablado de romper rutinas y hacerme inaccesible. Miré fijo a Florinda y mi mirada flaqueó. ¿Sería cosa de ella? ¿De dónde me venían esas ideas?, y lo más desconcertante era que yo sabía con exactitud qué era lo que esas ideas significaban.

—Eso tendría que servir para advertirte que algo está por acontecer en ti —sentenció Florinda como si hubiese seguido el tren de mis pensamientos, y agregó que todo lo hecho por mí en ensueños, hasta ese momento, aún no había imbuido mis horas de vigilia con la dureza y la autodisciplina necesarias para actuar en el mundo de los hechiceros.

—Nunca hice algo así en mi vida —protesté—. Denme una oportunidad. Soy nueva en esto.

Estuvo de acuerdo en eso.

—Por supuesto —dijo, y recliné su cabeza en la almohada y cerró los ojos. Fue tan largo su silencio que la creí dormida, y por consiguiente me asusté cuando habló. —Un cambio verdadero no involucra cambio de ánimo, actitud o punto de vista, sino una transformación total del ser —y al ver que yo estaba a punto de interrumpirla, tapé mis labios con sus dedos y agregó—: El tipo de cambio al cual aludo no se logra en tres meses, un año o diez. Toma toda la vida —y terminó diciendo que era sumamente difícil convertirse en algo diferente a lo que una había sido destinada a ser—. El mundo de los hechiceros es un ensueño, un mito, y sin embargo tan real como el mundo de todos los días —prosiguió.

“Para percibir y funcionar en ese mundo debemos despojarnos de la máscara cotidiana que llevamos adherida a nuestros rostros desde el día en que nacemos, y colocamos la segunda, la que nos permite vernos a nosotros mismos y a nuestro entorno como realmente son: sucesos extraordinarios que florecen sólo una vez, adquieren existencia transitoria y nunca se repiten. Esa máscara tendrás que confeccionarla tú misma.”

—¿Cómo la hago?

—Ensoñando tu otro ser —murmuró—. Ciertamente no adquiriendo nuevas ropas, nuevos libros y una nueva dirección y —agregó burlonamente— por cierto no creyendo que tienes un hombre nuevo.

Antes de que yo pudiese desmentir su brutal acusación dijo que externamente yo era una persona fluida, capaz de moverme a gran velocidad, pero por dentro era rígida y dura. Como ya lo había señalado Isidoro Baltazar, ella también sostenía que era falaz creer que adquirir un apartamento nuevo y regalar todo lo que poseía era un cambio.

Doblegué la cabeza en señal de que aceptaba su crítica. Siempre sentí una inclinación a despojarme de cosas y, tal como lo señaló ella, eso representaba básicamente una compulsión. Para fastidio de mis padres, y desde mi temprana juventud, yo periódicamente disponía de mis ropas y mis juguetes, y la felicidad de ver mi cuarto y mis armarios ordenados y casi vacíos sobrepasaba la de adquirir posesiones.

A veces mi compulsión se hacía tan intensa que también diezmaba los armarios de mis padres y mis hermanos, hecho que solía pasar inadvertido pues me cuidaba de disponer de ropa que había caído en desuso. Sin embargo, de tarde en tarde, la casa explotaba cuando mi padre recorría las habitaciones abriendo roperos y vociferando, en busca de una determinada camisa o pantalón.

A Florinda esto le causó gracia, y, de pie junto a la ventana que daba a un callejón, fijó su vista en la gruesa cortina negra para oscuridad total como si pudiese ver a través de ella, y opinó que era mucho más fácil para una mujer que para un hombre cortar amarras con la familia y el pasado. —Las mujeres —sostuvo— no son responsables, y esta falta de responsabilidad les da una gran medida de fluidez que, lamentablemente, rara vez aprovechan —y mientras hablaba recorrió la habitación acariciando el mobiliario—. Lo más difícil de comprender del mundo de los hechiceros es que ofrece la libertad, pero —y al decir esto se volvió para enfrentarme— la libertad no se obtiene gratuitamente.

—¿Qué cuesta esa libertad? —pregunté.

—La libertad te costará la máscara que llevas puesta: esa tan cómoda y difícil de descartar, no por cómoda sino porque la has estado usando tanto tiempo. —Con esto dejó de recorrer la habitación y vino a instalarse frente a la mesa.

- ¿Sabes lo que es la libertad? Es la total ausencia de preocupación acerca de ti misma —dijo, sentándose junto a mi sobre la cama— y la mejor manera de dejar de preocuparte de tu persona es preocupándote por otros.

—Yo me preocupo —le aseguré—. Pienso constantemente en Isidoro Baltazar y sus mujeres.

—No me cabe duda —acordó, sacudiendo la cabeza y bostezando—. Ya es hora de que comiences a moldear tu máscara, la que no tiene la marca de nadie más que la tuya. Debe ser esculpida en soledad, de no ser así no coincidirá, y habrá momentos en que la sentirás muy ajustada, muy suelta, muy caliente, muy fría... —y prosiguió enumerando una serie de insólitas incomodidades. Caímos en un largo silencio, luego del cual, con la misma voz soñolienta, Florinda prosiguió su discurso:

—Elegir el mundo de los hechiceros no es cuestión de declarar que ya lo has hecho; debes actuar en ese mundo. En tu caso debes ensoñar. ¿Has ensoñado despierta desde tu regreso?

Debí admitir que no lo había hecho.

—Entonces todavía no te has decidido —observó con severidad—. No estás tallando tu máscara. No estás ensoñando tu otro ser. Los hechiceros están comprometidos con su mundo sólo a través de su impecabilidad —y los ojos de Florinda brillaron al agregar—: Los hechiceros no tienen interés en convertir a otros a sus ideas. Entre ellos no hay gurúes ni sabios, sólo naguales. Ellos son los líderes, no por saber más, o ser mejores hechiceros que los otros, sino simplemente por poseer más energía. y no me refiero necesariamente a fuerza Física, sino a cierta configuración de su ser

que les permite ayudar a otros a quebrar los parámetros de la percepción.

—Si a los hechiceros no les interesa convertir al prójimo, ¿por qué Isidoro Baltazar es aprendiz del nagual viejo?

—Isidoro Baltazar apareció en el mundo de los hechiceros del mismo inodo en que apareciste tú. No importa qué lo trajo, lo cierto es que no pudo ser ignorado por Mariano Aureliano, y enseñarle todo lo referente al mundo hechicero se convirtió en obligación para él. —Luego explicó que nadie nos anduvo buscando a Isidoro Baltazar y a mí. Nuestro ingreso en ese mundo no fue obra ni deseo de nadie. —Ninguno de nosotros haría nada por mantenerlos en este mundo mágico contra su voluntad —agregó sonriendo— pero si haríamos lo posible y lo imposible para ayudarlos a permanecer en él.

Florinda se volvió como si deseara esconder su rostro de mí, y un instante después me miró por encima de su hombro. Había en su mirada algo frío y remoto, y el cambio de expresión era tal que me inspiró temor. Instintivamente me aparté de ella.

—Lo único que ni yo ni Isidoro Baltazar haríamos ni quisiéramos hacer es ayudarte a que continúes con tu existencia deforme, voraz y complaciente. Eso sería un fraude —y como para suavizar el insulto me abrazó—. Te diré lo que necesitas... —y estuvo callada tan largo rato que pensé que había olvidado lo que estaba por decirme. Finalmente murmuró: —Lo que tú necesitas es una noche de bien dormir.

—No estoy nada cansada —respondí, respuesta automática como todas las mías, siempre contrarias a lo que se estaba diciendo. Para mi tener la razón era una cuestión de principios.

Florinda rió y me abrazó de nuevo.

—No seas tan alemana, y no esperes a que todo sea deletreado con precisión para beneficio tuyo.

—Agregó que nada en el mundo de ellos era tan claro y preciso. Las cosas se desenvolvían de manera vaga y lenta. —Isidoro Baltazar te ayudará —me aseguró— pero es necesario que recuerdes que no te ayudará del modo que tú esperas que lo haga.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunté, librándome de su abrazo para poder mirarla.

—No te diré las cosas que deseas oír, ni te diré cómo debes comportarte pues, como sabes, en nuestro mundo no existen reglas ni reglamentos. —Por lo visto mi creciente frustración le causaba gracia pues rió de buena gana. —Recuerda siempre que sólo existen improvisaciones —y con eso y un gran bostezo, se tendió en la cama, luego de echar mano a una de las frazadas apiladas en el piso. Pero antes de cubrirse se irguió sobre uno de sus codos para dirigirme una mirada penetrante, y en una voz soñolienta y levemente hipnótica, me aconsejó tener siempre presente que la mía era la misma senda guerrera que la de Isidoro Baltazar.

Con los ojos cerrados, y en un tono apenas audible, agregó:

—Nunca lo pierdas de vista. Sus acciones te guiarán de manera tan sutil que ni siquiera te percatarás de ello. Isidoro Baltazar un guerrero impecable e incomparable.

Sacudí su brazo, temiendo que se durmiera antes de terminar con lo que tenía que decirme, y sin abrir los ojos continuó su plática.

—Si lo observas cuidadosamente verás que él no busca amor ni aprobación. Verás que permanece impávido bajo cualquier situación. No pide nada, pero está dispuesto a dar todo de sí mismo. Aguarda permanentemente una señal del espíritu en forma de una palabra amable o un gesto apropiado, y cuando lo recibe expresa su agradecimiento redoblando sus esfuerzos.

Continuó diciendo que Isidoro Baltazar no juzgaba.

—Se reduce él mismo a la nada para escuchar y observar, para así poder conquistar y ser humillado en la conquista, o ser derrotado y enaltecido en la derrota. Si observas con cuidado verás que Isidoro Baltazar no se rinde. Pueden vencerlo pero no se rendirá y, por encima de todo, Isidoro Baltazar es libre.

Yo me moría por interrumpirla, por decirle que todo eso ya me lo había contado, pero antes de que pudiese hablar Florinda se había dormido, y temiendo no dar con ella a la mañana si regresaba a mi apartamento, me senté sobre la otra cama.

Extraños pensamientos me invadieron. Me relajé y me dejé ir al comprender que estaban desconectados del resto de mis pensamientos normales, vistos como rayos de luz y relámpagos de intuición.

Siguiendo uno de estos relámpagos intuitivos decidí sentir la cama con mis posaderas, y para mi gran sorpresa fue como si mis nalgas se hubiesen hundido en la propia cama. Por unos momentos yo era la cama que se esforzaba por tocar mis nalgas. Durante un buen rato gocé esta situación. Sabía que ensoñaba, y comprendí con absoluta claridad que acababa de experimentar lo que Esperanza había descrito como "mi sensación siendo devuelta como un eco". Luego todo mi ser se derritió o, mejor dicho, explotó.

Hubiese querido reír de felicidad pero no deseé despertar a Florinda. ¡Lo recordaba todo!, y no tuve dificultad alguna en recordar lo que había hecho en casa de las hechiceras durante aquellos diez días perdidos. ¡Había ensoñado! Bajo la mirada vigilante de Esperanza yo ensoñé sin detenerme, despertando en la casa de las brujas, en la de Esperanza, o en otros lugares irreconocibles en el momento.

Clara había insistido que antes de que un hecho particular pudiese fijarse en la memoria de modo permanente, era necesario haberlo visto un par de veces, y sentada allí en la cama, observando a Florinda dormida, recordé a las otras mujeres del grupo de los hechiceros con quienes había convivido en ensueños durante esos días olvidados. Las vi con claridad, como si se hubiesen materializado delante de mí, o más bien como si yo hubiese sido físicamente transportada de regreso a esas circunstancias.

Para mí la más llamativa era Nélide, quien se parecía tanto a Florinda que en un principio las creí mellizas. No sólo era alta y delgada como Florinda, sino que tenía el mismo color de ojos, cabello y cutis. Hasta sus expresiones eran idénticas. También se parecían temperamentalmente, pese a que podría decirse de Nélide que era más suave, menos dominante. Daba la impresión de no poseer la sabiduría y la fuerza energética de Florinda, aunque sí una energía paciente y silenciosa, muy reconfortante.

En cuanto a Hermelinda, con mucha facilidad podía haber pasado por hermana menor de Carmela. Su cuerpo pequeño y delgado, de apenas un metro y cincuenta y siete centímetros, era delicadamente redondeado y sus modales exquisitos. Daba la impresión de poseer menos confianza en sí misma que Carmela. Su habla era dulce, y se movía con meneos rápidos y bruscos, no exentos de gracia. Sus compañeras me confiaron que su timidez y sosiego hacían que quienes la trataban tendiesen a mostrarse bajo sus mejores luces, y también que no podía manejar un grupo, ni siquiera a dos personas a la vez.

Clara y Delia constituían un estupendo par de traviesas. En un comienzo parecían ser de gran tamaño, pero era su robustez, vigor y energía lo que hacía pensar en ellas como en mujeres gigantescas e indestructibles. Se dedicaban a juegos deliciosamente competitivos, y con el menor pretexto exhibían vestimentas estrafalarias. Ambas tocaban muy bien la guitarra y poseían hermosas voces, y rivalizaban cantando no sólo en español sino en inglés, alemán, francés e italiano. Su repertorio incluía baladas, canciones folklóricas y todo tipo de canción popular, incluso los más recientes éxitos pop. No era necesario más que tararear la primera línea de una canción, y ya Clara y Delia la completaban. También organizaban competencias poéticas, escribiendo versos para las ocasiones que se presentaban.

A mí me habían dedicado poemas que luego tiraban bajo mi puerta sin firmar, debiendo yo adivinar quién lo había escrito, y ambas sostenían que si la amaba como ella a mí, la intuición se

encargaría de revelarme el nombre de la autora. Lo atrayente de estas competencias era la ausencia de segundas intenciones. Su objetivo era entretener, no el de vencer a la contrincante, y huelga decir que Clara y Delia se divertían a la par de su audiencia.

Si alguien les caía en gracia, como parecía haberles caído yo, su afecto y lealtad no tenían límite. Ambas me defendieron con asombrosa perseverancia, aun estando yo en el error, pues para ellas yo era perfecta e incapaz de errar.

Ellas me enseñaron que mantener esa confianza significaba para mi una doble responsabilidad, y no fue tanto mi temor a defraudarlas sino que me resultaba normal el creerme perfecta, lo que hizo que me comportase con ellas de manera impecable.

La más extraña de las mujeres hechiceras era mi supuesta maestra en el arte de ensoñar, Zuleica, quien nunca me enseñó nada. Jamás me dirigió la palabra, y tal vez ni siquiera llegó a reparar en mi existencia.

Zuleica, al igual que Florinda, era muy hermosa, tal vez no tan llamativa sino bella en un sentido más etéreo. Era pequeña, y sus ojos oscuros con sus cejas aladas, y su boca y nariz perfectas estaban enmarcadas por una cabellera oscura y ondeada a punto de encanecer que acentuaba su aura de ser de otro mundo.

No era la suya una belleza normal sino sublime, atemperada por su implacable autocontrol. Poseía plena conciencia de lo cómico que resultaba ser hermosa y atrayente a los ojos de terceros. Había aprendido a admitirlo, y lo usaba como si fuese un premio que había ganado, todo lo cual la hacía indiferente a todos y a todo.

Zuleica había aprendido el arte del ventriloquismo, llevándolo a niveles excelsos, y sostenía que las palabras enunciadas por el movimiento de los labios se convertían en más confusas de lo que en realidad eran.

A mi me encantaba el modo en que Zuleica como ventrílocua le hablaba a las paredes, las mesas, los platos o cualquier objeto que tuviese delante, y me había tomado la costumbre de seguirla por la casa. Más que caminar Zuleica parecía flotar sin tocar el suelo y sin mover el aire, y cuando pregunté a las otras hechiceras si esto representaba una ilusión, me respondieron que era porque Zuleica detestaba dejar sus huellas en el piso.

Después de conocer y tratar a todas las mujeres me explicaron la diferencia entre ensoñadoras y acechadoras. Llamaban a esta diferencia "los dos planetas". Florinda, Carmela, Zoila y Delia eran acechadoras: seres fuertes dotados de gran energía física; agresivas, trabajadoras incansables y especialistas en ese extravagante estado de consciencia que llamaban ensoñar despierto.

El otro planeta, las ensoñadoras, estaba compuesto por las otras cuatro mujeres: Zuleica, Nélica, Hermelinda y Clara. Su cualidad era más etérea, no por ser menos fuerte o enérgica, sino simplemente porque su energía era menos aparente. Proyectaban una imagen no de este mundo aun cuando dedicadas a faenas mundanas, y eran especialistas en otro especial estado de consciencia que llamaban "ensoñar en mundos otros que este mundo". Me informaron que éste era el estado de consciencia más complejo que podía alcanzar una mujer.

Cuando trabajaban todas ellas juntas las acechadoras representaban una corteza exterior, dura y protectora, que ocultaba un núcleo profundo: las ensoñadoras. Ellas eran la matriz blanda que acolchaba la dura corteza exterior.

Durante esos días en casa de las hechiceras me cuidaron cual si fuese algo precioso. Fui halagada y mimada, cocinaron para mí sus platos favoritos, y me hicieron la ropa más elegante que jamás poseí. Me abrumaron con regalos, cosas tontas y joyas preciosas que guardaron, según dijeron, para el día de mi despertar.

Había otras dos mujeres en el mundo de los hechiceros, ambas acechadoras, ambas gordas, y de nombre Marta y Teresa. Las dos eran hermosas y poseían fabulosos apetitos. En la alacena tenían

escondido un surtido de galletitas, chocolates y dulces, muy convencidas de que sólo ellas conocían su ubicación, y me halagó y alegró sobremanera que desde la primera hora me hicieran partícipe de este tesoro, habilitándome para hacer uso de él a mi antojo, lo cual, por supuesto, no dejé de hacer.

De las dos Marta era la mayor, una exótica mezcla de india y alemana de veintitantos años. Su tez, si bien no del todo blanca, era pálida, su magnífico pelo negro era suave y ondulado y hacía marco a un rostro ancho de pómulos altos. Los ojos almendrados eran de un verde azulado y sus pequeñas y delicadas orejas parecían, por ser de un rosado casi transparente, las de un gato.

Marta era muy dada a emitir largos y tristes suspiros, según ella debido a su origen alemán, y a melancólicos silencios, herencia de su alma indígena. En reciente data había comenzado a tomar lecciones de violín, y practicaba a cualquier hora del día, pero lejos de criticarla o enojarse con ella, la reacción unánime era que Marta tenía un fabuloso oído musical.

Teresa media apenas un metro cincuenta, pero su grosor la hacía parecer más alta. Más que mejicana parecía una india de la India. Su piel perfecta era de un cremoso color cobre claro, sus ojos rasgados, oscuros y líquidos tenían por complemento pestañas enruladas de tal peso que mantenían bajos los párpados, dándole una expresión distante y soñadora. Su carácter dulce y gentil invitaba a protegerla.

También en Teresa anidaba un temperamento artístico. Pintaba acuarelas al caer la tarde. Delante de su caballete, con todos sus elementos prontos, se sentaba durante horas en el patio a la espera de que la luz y las sombras alcanzasen su punto ideal, y entonces, con un control y una fluidez que parecían dictados por la filosofía zen, hacía entrar en acción sus pinceles y daba vida a sus lienzos.

El grueso de mis memorias ocultas había alcanzado la superficie. Estaba exhausta. El ritmo de los leves ronquidos de Florinda, creciendo y disminuyendo como un eco lejano, tenía un poder hipnotizante.

Cuando abrí los ojos mi primer acto fue pronunciar su nombre.

No recibí respuesta. La cama estaba vacía. Las sábanas cuidadosamente ordenadas no mostraban signos de que alguien se hubiese sentado sobre ellas, y mucho menos dormido. Las dos almohadas se encontraban en su posición original, contra la pared, y la frazada que ella usó, doblada junto con las otras, apiladas sobre el piso.

Ansiosa registré el departamento en busca de algún indicio de su presencia. No encontré nada, ni siquiera un cabello gris en el baño.

CAPÍTULO TRECE

En los momentos en que me encontraba totalmente despierta, no recordaba muy bien esos días perdidos pese a saber sin lugar a dudas que no eran días perdidos. Algo me había sucedido en ese tiempo, algo con un significado interior que me eludía. No realicé un esfuerzo consciente para recapturar todas esas memorias vagas: sabía que estaban allí, semiocultas, como esas personas a quienes uno conoce apenas y cuyos nombres no puede recordar.

Nunca fui de buen dormir, pero de esa noche en adelante, desde la aparición de Florinda en el estudio de Isidoro Baltazar, me dormía a toda hora con el exclusivo propósito de ensoñar. Me dormía con entera naturalidad cada vez que me acostaba, y por largos períodos. Inclusive engordé, por desgracia no en los lugares apropiados. Sin embargo jamás ensoñé con los hechiceros.

Una tarde un fuerte ruido a lata me despertó. Isidoro Baltazar había dejado caer la tetera en la pileta de la cocina. Me dolía la cabeza, sudaba copiosamente y tenía la vista nublada. Me quedó el recuerdo de un sueño terrible que muy pronto se desvaneció.

—Es culpa tuya —le grité—. Si sólo me ayudases no desperdiciaría mi vida durmiendo. —Deseaba ceder a mi frustración y a mi impaciencia mediante una protesta rimbombante, pero de pronto caí en la cuenta de que eso era imposible pues ya no gozaba protestando como antaño.

El rostro de Isidoro Baltazar exteriorizaba su satisfacción, cual si yo hubiese expresado mis pensamientos en viva voz. Tomó una silla y, cabalgándola, dijo:

—Sabes que no puedo ayudarte. Las mujeres poseen una ruta distinta para sus ensueños. Ni siquiera puedo concebir lo que hacen las mujeres para ensoñar.

—Debieras saberlo —retruqué de mal modo—, con tantas mujeres en tu vida...

Mi réplica provocó su risa. Nada parecía enturbiar su buen ánimo.

—No puedo concebir qué hacen las mujeres para ensoñar —repetió—. Los hombres deben luchar incesantemente para enfocar su atención en los sueños. Las mujeres no luchan, pero deben adquirir disciplina interna. Hay algo que puede ayudarte —agregó sonriendo—, no trates de ensoñar con tu acostumbrada actitud compulsiva. Deja que el ensueño venga a ti.

Abrí y cerré la boca, y rápidamente mi asombro se trocó en furia. Olvidada mi reciente lucidez calcé mis zapatos y abandoné la casa, golpeando la puerta al salir. Su risa me siguió hasta donde se encontraba estacionado mi auto.

Deprimida, sintiendo que no me amaban, sola y, por encima de todo, con pena de mí misma, me dirigí a la playa. Estaba desierta y llovía mansamente. La ausencia de viento era total. El sonido de las olas lamiendo la playa y el de la lluvia golpeando las aguas, obraron sobre mí como un calmante. Me quité los zapatos, arremangué mis pantalones, y caminé hasta quedar limpia de mis caprichosos arranques.

Reconocí estar limpia pues el susurro de las olas me trajo las palabras de Florinda: "Es una lucha solitaria". No me sentí amenazada, simplemente acepté mi soledad, y fue esta aceptación la que me brindó la convicción de lo que debía hacer; y puesto que no soy dada a las postergaciones actué de inmediato.

Dejé una nota bajo la puerta de Isidoro Baltazar (no quería que él me disuadiese) y puse rumbo a la casa de las hechiceras. Manejé toda la noche. En Tucson me registré en un motel, dormí la mayor parte del día, y reanudé mi viaje al caer la tarde, siguiendo la misma ruta que tomó Isidoro Baltazar en nuestro viaje de regreso.

Mi sentido de la dirección es pobre, pero tenía bien grabada esa ruta. Con seguridad asombrosa supe cuáles caminos tomar, dónde doblar, y en escaso tiempo llegué a destino. No me molesté en consultar mi reloj, pues no quería perder la sensación de que el tiempo no se había movido

entre mi partida de Tucson y mi arribo a la casa de las hechiceras.

No me molestó no encontrar a nadie en la casa pues tenía bien presente que no se me había extendido ninguna invitación formal, pero recordaba muy bien que Nérida, al esconder en una gaveta una pequeña canasta conteniendo los regalos que me hicieron, me dijo que debía regresar todas las veces que quisiese. Sus palabras sonaban en mis oídos: “De día o de noche esta canasta te ayudará a que llegues bien”.

Con una seguridad a la cual normalmente se llega con la práctica fui directamente al cuarto que Esperanza me asignara, donde la hamaca blanca con flecos parecía estar esperándome. Finalmente me invadió una vaga inquietud pero no el miedo que debería haber sentido. Algo inquieta me instalé en la hamaca, dejando una pierna afuera con la cual columpiarme.

—Al diablo con mis temores —grité, y acto seguido recogí la pierna, y totalmente instalada en la hamaca me estiré con la voluptuosidad de un gato, haciendo crujir todas mis articulaciones.

Una voz me saludó desde el corredor:

—Veo que has llegado sana y salva.

No necesité verla para reconocer la voz. Sabía que era Nérida, y esperé en vano a que entrase en la habitación.

La oí decir “tu comida está en la cocina”, y luego sus pasos se alejaron por el corredor.

Abandoné la hamaca y corrí tras ella, pero no había nadie en el corredor ni en los cuartos que pasé camino a la cocina. En verdad no había nadie en toda la casa. Sin embargo tenía la certeza de que se encontraban allí. Escuché sus voces, sus risas y el ruido de platos y ollas.

Mis días siguientes transcurrieron en permanente estado de anticipación, en esperar a que algo importante ocurriese. No imaginaba qué, pero tenía la certeza de que ese algo estaba ligado a las mujeres.

Por alguna razón insondable las mujeres no deseaban ser vistas, y ese insólito comportamiento furtivo me mantuvo en los corredores a toda hora, acechando silenciosa como una sombra, pero pese a mis ingeniosas estrategias me fue imposible sorprenderlas u obtener siquiera una fugaz visión de sus cuerpos. Se deslizaban invisibles por toda la casa, entraban y salían de sus cuartos como si fuese entre distintos mundos, dejando la estela de sus voces y sus risas.

Hubo momentos en que dudé de su presencia en la casa, y hasta llegué a sospechar que los ruidos de pasos, murmullos y risas no pasaban de ser producto de mi imaginación; y cuando me encontraba a punto de aceptar como valedera esta sospecha, escuchaba a alguna de ellas haciendo algo en el patio, y entonces, plena de expectación y de fervor renovado, corría hacia la parte posterior de la casa para toparme con la realidad de haber sido engañada una vez más. En esos momentos me convencía de que ellas, siendo como eran verdaderas brujas, poseían algún tipo de sistema de eco interno, parecido al de los murciélagos, que las alertaba respecto de mi proximidad.

Mi desencanto al no poder sorprenderlas junto al fogón siempre desaparecía ante las exóticas comidas que me dejaban, y cuyo delicioso sabor compensaba la mezquindad de las porciones. Con enorme placer comía su magnífica comida, pese a lo cual siempre sentía hambre.

Cierto día, justo antes del crepúsculo, escuché la voz de un hombre pronunciando mi nombre con suavidad desde el fondo de la casa. Salté de la hamaca y corrí hacia allí, y me produjo tal felicidad encontrar al cuidador que salté sobre él como salta un perro. Incapaz de contener mi alegría lo besé en ambas mejillas.

—Cuidado, nibelunga —dijo con la misma voz y modo de Isidoro Baltazar. Mi sorpresa me hizo dar un salto y abrir los ojos sorprendida. Con una guiñada me formuló una pícaro advertencia:

—Contrólate, pues si no me cuidas eres capaz de aprovecharte de mí.

Por un momento no supe cómo interpretar sus palabras, pero al ver que reía y sentir que me

palmeaba la espalda para darme ánimo, me relajé por completo.

—Me alegra mucho verte —dijo con suavidad.

—Y yo —respondí alegremente— ¡me alegro muchísimo de verte a ti! —Luego le pregunté dónde estaban los demás.

—Oh, andan por allí —contestó de manera ambigua—. En este momento misteriosamente inaccesibles, pero siempre presentes— y percibiendo mi desilusión agregó—: Ten paciencia.

—Sé que andan por allí pues me dejan comida —confesé—, pero siempre tengo hambre pues las porciones son muy pequeñas.

Según su opinión ésa era la condición natural de las viandas que conferían poder: uno nunca recibía lo suficiente. Dijo que se cocinaba su propia comida, arroz y frijoles con trozos de cerdo, vacuno o poíío una vez al día, pero nunca a la misma hora.

Luego me llevó a su aposento. Vivía en un cuarto grande y desordenado detrás de la cocina, entre las extrañas esculturas de hierro y de madera, donde el aire impregnado de jazmín y eucalipto colgaba inmóvil en tomo a las cortinas cerradas. Dormía sobre un catre que mantenía plegado en un armario cuando no estaba en uso, y comía sobre una pequeña mesa chippendale de patas delgadas.

Me confesó que al igual que las misteriosas mujeres detestaba la rutina. Para él tanto daba el día como la noche, la mañana como la tarde. Mantenía limpios los patios y se ocupaba de barrer cuando sentía deseos de hacerlo, indiferente a si lo que yacía en el suelo eran hojas o flores.

En los días subsiguientes tuve grandes problemas para ajustarme a este tipo de vida desarticulada. Más por compulsión que por deseo de ser útil ayudé al cuidador en sus tareas y también acepté sus invitaciones a compartir sus comidas, que resultaron ser tan deliciosas como su compañía.

Convencida de que él era algo más que un cuidador intenté con preguntas mañosas sorprenderlo desprevenido; técnica inútil que no produjo respuestas satisfactorias.

—¿De dónde eres? —le pregunté a quemarropa cierto día mientras comíamos.

Levantó la vista del plato y apuntó con el dedo hacia las montañas que la ventana abierta enmarcaba cual si fuesen un cuadro.

—¿El Bacatete? —pregunté, revelando en el tono de voz mi incredulidad—. Pero tú no eres indio —murmuré desconcertada—. De acuerdo con como yo veo tas cosas sólo el nagual Mariano Aureliano, Delia y Genaro Flores son indios —y envalentonada por la expresión de sorpresa y expectación reflejada en su rostro agregué que, siempre en mi opinión, Esperanza trascendía las categorías raciales. Acercándome, y bajando la voz a nivel de conspirador le confesé lo que ya había confiado a Florinda. —Esperanza no nació como ser humano. Fue establecida por un acto de brujería. Es el diablo en persona.

Echando su silla hacia atrás el cuidador dio rienda suelta a su alborozo.

—¿Y qué me dices de Florinda? ¿Sabías que es francesa? O más bien que sus padres eran franceses, de las familias que vinieron a México con Maximiliano y Carlota.

—Es muy hermosa —murmuré, tratando de recordar en qué momento exacto del siglo pasado Napoleón había enviado al príncipe austríaco a México.

—No la has visto cuando se emperifolla —agregó el cuidador—. Es otra persona, para quien la edad no cuenta.

—Carmela me dijo que yo soy como Florinda —aventuré en un ataque de vanidad y anhelo ilusorio. Impulsado por la risa que bullía en su interior el cuidador saltó de su silla.

—Ya quisieras tú... —comentó sin mayor énfasis, como si no le interesase la repercusión que tendrían en mi sus palabras.

Irritada por su comentario y su falta de sensibilidad lo miré con mal disimulado enfado. Luego,

ansiosa por cambiar de tema, le hice una pregunta relacionada con el nagual Mariano Aureliano: —Y él, ¿exactamente de dónde proviene?

—Quién sabe de dónde provienen los naguales —contestó, y acercándose a la ventana fijó durante largo rato su vista en las lejanas montañas. Después agregó: —Hay quienes dicen que los naguales vienen del mismísimo infierno. Yo lo creo. Algunos dicen que ni siquiera son humanos. —Hubo una nueva pausa que me hizo preguntarme si el largo silencio sería repetido, al cabo del cual, como si hubiese intuido mi impaciencia, se sentó a mi lado y continuó: —Si me preguntas a mí yo diría que los naguales son superhumanos. Por esa razón conocen todo acerca de la naturaleza humana. No puedes mentirle a un nagual. Ven a través de ti. Hasta ven a través del espacio los otros mundos de este mundo, y otros fuera de este mundo.

Me sentí incómoda, y esa incomodidad me puso inquieta. Deseaba que dejase de hablar, y lamenté haberlo llevado a esa conversación. Tenía la certeza de que el hombre estaba loco.

—No, no estoy loco —me aseguró, y al escuchar esas palabras lancé un grito—. Simplemente estoy hablando de cosas que nunca escuchaste antes.

Colocada a la defensiva mis ojos parpadearon repetidas veces, pero esa inquietud me proporcionó el coraje necesario para preguntarle sin preámbulo alguno:

—¿Por qué se esconden de mí?

—Es obvio —respondió. Luego, al ver que para mí no era tan obvio, agregó: —Deberías saberlo. Tú y los que son como tú constituyen la tripulación, no yo. No soy uno de ellos, soy apenas el cuidador, el que aceita la máquina.

—Me estás confundiendo cada vez más —contesté irritada. Luego tuve un momento de intuición. —¿Quiénes son la tripulación a la cual te referiste?

—Todas las mujeres que conociste la última vez que estuviste aquí. Las acechadoras y las ensoñadoras. Me han dicho que tú perteneces a las acechadoras.

Luego de servirse un vaso de agua se dirigió a la ventana, llevando consigo el vaso. Bebió unos sorbos antes de informarme que el nagual Mariano Aureliano había puesto a prueba mis condiciones de acechadora en Tucson cuando me hizo entrar en la cafetería para poner una cucaracha en la comida. Después, enfrentándome, anunció: —Fallaste.

Lo atajé pues no deseaba escuchar el resto de esa historia.

—No quiero escuchar esa tontería.

Arrugó el rostro, preludio en él de alguna picardía.

—Pero después del fracaso te rehabilitaste, gritándole y pateando al nagual Mariano Aureliano sin vergüenza ni consideración alguna —y subrayó que las acechadoras son personas que poseen la habilidad de tratar con otras personas.

Abrí la boca, a punto de decirle que no entendía una sola palabra, pero la cerré de nuevo.

—Lo desconcertante es que también eres una gran ensoñadora. De no ser por eso serías como Florinda, por supuesto sin su estatura y su belleza.

Sonriendo venenosamente maldije en silencio al viejo crápula.

De pronto me disparó una pregunta.

—¿Recuerdas cuántas mujeres había en el picnic?

Cerré los ojos para visualizar mejor el acontecimiento. Vi con claridad a seis mujeres sentadas en torno de la lona tendida bajo los eucaliptos. Esperanza no estaba presente, pero sí Carmela, Zoila, Delia y Florinda.

—¿Quiénes eran las otras dos? —pregunté, más confundida que nunca.

—Ah —murmuró, apreciando mi pregunta a juzgar por la brillante sonrisa que arrugó su rostro—. Esas eran dos ensoñadoras de otro mundo. Las viste claramente pero luego desaparecieron, y tu mente no lo registró pues te pareció completamente inconcebible.

Acepté su explicación sin prestarle demasiada atención, incapaz de concebir cómo había visto sólo cuatro mujeres cuando sabía que eran seis.

Mi duda debe de haberse filtrado a él pues explicó que era muy natural que yo me hubiese concentrado sólo en cuatro.

—Las otras dos son tu fuente de energía. Son incorpóreas y no pertenecen a este mundo. Perdida y desconcertada no pude atinar sino a mirarlo fijo. Se me habían agotado las preguntas.

—Dado que tú no estás en el planeta de las ensoñadoras, tus sueños son pesadillas, y tus transiciones entre ensueños y realidad te resultan muy inestables y peligrosas, a ti y a las demás ensoñadoras. Por consiguiente Florinda ha asumido la tarea de apoyarte y protegerte.

Me puse de pie con tal ímpetu que mi silla se fue al suelo.

—¡No quiero saber más! —grité, y justo a tiempo me abstuve de agregar que estaba mejor así, sin conocer sus locas costumbres y explicaciones.

El cuidador me tomó de la mano y me condujo afuera, a través del patio y del chaparral, hacia la parte trasera de la casa pequeña.

—Necesito tu ayuda con el generador —pidió—. Hay que repararlo.

Su pedido me causó gracia. Respondí que ignoraba todo respecto a generadores, y recién cuando abrió la portezuela de una pequeña casilla de cemento caí en la cuenta de que la corriente eléctrica para las luces de la casa se generaba allí. Hasta entonces presumí que las luces y artefactos eléctricos del México rural eran los mismos que en la ciudad.

Desde ese día en adelante procuré no hacerle demasiadas preguntas pues no me sentía preparada para sus respuestas. Entonces nuestra relación adquirió contornos de ritual, donde yo me esmeraba por igualar el exquisito dominio que del idioma español poseía el viejo. Dedicué horas a la consulta de varios diccionarios, buscando palabras nuevas y a menudo arcaicas con las cuales impresionarlo.

Cierta tarde en que esperaba que el cuidador trajese la comida (era la primera vez desde que conocí su cuarto que me encontraba sola en él) recordé el viejo y extraño espejo, y me dediqué a examinar su superficie brumosa y manchada.

—Cuidado. Ese espejo te atraparé si te contemplas mucho en él —aconsejó una voz a mis espaldas.

Mis esperanzas de ver al cuidador se frustraron pues, al volverme, la habitación estaba desierta de presencia humana, y en mi precipitado afán por alcanzar la puerta embestí una de las esculturas. Automáticamente estiré la mano para estabilizarla, pero antes siquiera de que pudiese acercarme, la figura pareció alejarse con un extraño movimiento rotativo, para luego retomar su posición original tras emitir un suspiro casi humano.

—¿Qué sucede? —preguntó el cuidador, entrando en la habitación. Colocó una gran bandeja sobre la mesita endeble y, reparando en mi rostro que debía de estar verde, insistió en su demanda. Respondí señalando la escultura.

—Hay momentos en que siento que esas monstruosidades tienen vida propia y me espían—dije, y al observar la expresión seria y molesta de su rostro me apresuré a asegurarle que por “monstruosidad” no me refería a la fealdad sino al tamaño de las piezas. Luego de respirar profundamente repetí mi impresión de que gozaban de vida, lo cual, luego de mirar furtivamente en torno de él, y con apenas un hilo de voz, confirmó el cuidador con su “Tienen vida”.

Me sentí tan incómoda que comencé a parlotear acerca de la tarde en que descubrí su habitación, de cómo me sentí atraída a ella por un inquietante murmullo que en definitiva resultó ser obra del viento empujando la cortina a través de una ventana rota.

—Sin embargo en ese momento creí que se trataba de un monstruo —confesé entre risitas nerviosas—, una presencia extraña alimentada por las sombras del crepúsculo.

Fui objeto de la mirada penetrante del cuidador, que mordió su labio inferior y después dejó que esa mirada vagase en torno (le la habitación antes de arribar a una decisión).

—Es mejor que nos sentemos a la mesa antes de que la comida se enfríe. —Me ofreció una silla y en cuanto estuve sentada agregó en tono vibrante: —Tienes mucha razón en llamarlas presencias pues no son esculturas, son *invenciones*. Fueron concebidas según modelos vistos en otro mundo por un gran nagual.

—¿Por Mariano Aureliano?

—No, por un nagual mucho más viejo llamado Elías.

—¿Y por qué están estas invenciones en tu cuarto? ¿Las hizo ese gran nagual para ti?

—No —respondió—, yo sólo las cuido —y poniéndose de pie extrajo un pañuelo blanco de un bolsillo y procedió a limpiar con él la invención más cercana—. Dado que soy el cuidador me corresponde cuidarlas. Algún día, con la ayuda de los hechiceros que has conocido, entregaré estas invenciones dónde corresponde.

—¿Y dónde es eso?

—El infinito, el cosmos, el vacío.

—¿Y cómo propones llevarlas hasta allí?

—Mediante el mismo poder que las trajo: el poder de ensoñar despierto.

—Si ensueñas como ensueñan estos hechiceros —dije con cautela, procurando evitar que mi voz adquiriese un tono triunfalista—, entonces tú también has de ser un hechicero.

—Lo soy, pero no soy como ellos.

Su cándida admisión me confundió.

—¿Cuál es la diferencia?

—¡Ah! —exclamó con aire sabihondo—. Existe una enorme diferencia que no te puedo explicar ahora. Si lo hiciese te afectaría mucho, y te pondrías más triste que nunca. Sin embargo llegará el día en que sola lo sabrás, sin necesidad de que alguien te lo revele. Sentí en mi mente girar las ruedas del esfuerzo mientras buscaba algo nuevo para decir, alguna otra pregunta para hacer.

—¿Puedes decirme cómo llegaron esas invenciones a poder del nagual Elías?

—Las vio en sus ensueños y las capturó. Algunas son copias hechas por él, copias de invenciones que no pudo transportar. Otras son el producto verdadero; invenciones que el nagual trajo hasta aquí.

No le creí una sola palabra, sin embargo no pude evitar otra pregunta.

—¿Por qué las trajo el nagual Elías?

—Porque se lo pidieron las mismas invenciones.

—¿Y por qué?

El cuidador me silenció con un gesto de su mano, y me instó a comer, y esa renuencia a satisfacer mi curiosidad obró como acicate para mi interés. No podía imaginar los motivos que le impedían hablar de los artefactos cuando era tan ducho en materia de respuestas evasivas. Pudo haberme contestado lo primero que se le ocurría.

No bien terminamos nuestra comida me pidió que sacara su catre del armario, y conociendo sus preferencias se lo armé frente a la puerta francesa que lucía un cortinado. Con un suspiro que demostraba su bienestar se tendió en él, descansando la cabeza sobre una pequeña almohada adosada a uno de los extremos. La almohada había sido rellena con frijoles secos y granos de maíz y, según él, le aseguraba felices sueños.

—Estoy listo ya para mi siesta —anunció mientras aflojaba su cinturón. Era su manera discreta de pedirme que me alejara. Molesta por su negativa a hablar de las invenciones apilé los platos sobre la bandeja y abandoné la habitación escoltada por sus ronquidos que me siguieron hasta la propia

cocina.

Esa noche me despertó el rasgido de una guitarra. Automáticamente busqué la linterna que guardaba junto a mi hamaca y consulté mi reloj: Apenas pasada la medianoche. Me enfundé en una frazada y en puntas de pie salí al corredor que conducía al patio interior.

Allí, sentado sobre una silla de junco, un hombre tocaba la guitarra. Pese a no poder ver su rostro sabía que era el mismo que Isidoro Baltazar y yo habíamos visto y escuchado en ocasión de mi primera visita. Como en aquella oportunidad, dejó de tocar en cuanto me vio, se puso de pie y entró en la casa.

En cuanto estuve de regreso en mi habitación se reanudó la música, y estaba a punto de dormirme cuando lo escuché cantar con voz clara y firme. La melodía era una invocación al viento, una invitación a cruzar miles de millas de silencio y de vacío, y cual si fuese en respuesta a esa convocación, el viento ganó fuerza, silbó a través del chaparral, arrancó las hojas marchitas de los árboles y las depositó en montones contra las paredes de la casa.

En un impulso abrí la puerta que daba al patio y el viento se introdujo y llenó el cuarto de honda tristeza; no la tristeza de las lágrimas sino la de la melancólica soledad del desierto, el polvo y las sombras viejas. El viento recorrió el cuarto cual si fuese humo. Lo aspiré con cada inhalación y lo sentí pesado en los pulmones, pese a lo cual cada profunda aspiración me hizo sentir más liviana. Salí afuera, y escurriéndome entre los altos arbustos, llegué a la parte de atrás de la casa cuyas enjalbegadas paredes recogían el brillo de la luna para reflejarlo sobre el descampado, barrido por el viento. Temiendo ser vista corrí de árbol en árbol, aprovechando las sombras para ocultarme, hasta llegar a los dos naranjos guardianes del camino que llevaba a la casa pequeña. El viento me trajo el rumor de risitas y vagas murmuraciones, y en su procura, en actitud decidida, me lancé por el sendero sólo para acobardarme al llegar a la puerta de la casita oscura. Temblando me acerqué poco a poco a la ventana abierta. Reconocí las voces de Delia y Florinda, pero la altura de la ventana me impidió ver qué hacían.

Escuché, a la espera de algo profundo, de ser transportada a alguna revelación trascendente capaz de ayudarme a resolver el porqué de mi presencia allí, mi inhabilidad para ensoñar, pero únicamente escuché chismes, y me prendí de tal manera a sus maliciosas insinuaciones que reí fuerte varias veces, olvidando mi situación.

Inicialmente creí que hablaban de terceros, pero luego comprendí que hablaban de las ensoñadoras, y que sus comentarios más insidiosos iban dirigidos a Nélide. Dijeron que hasta el momento, pese a los años transcurridos, no había logrado desprenderse de la atracción del mundo. No sólo era vanidosa, pues según ellas pasaba el día entero frente al espejo, sino también impúdica ya que hacía todo lo posible para ser sexualmente atractiva a fin de atrapar al nagual Mariano Aureliano, y una hasta llegó a contar que era la única capaz de acomodar su enorme e intoxicante órgano.

Luego le tocó el turno a Clara. La tildaron de elefante pomposo que se creía encargada de impartir bendiciones a todos. El receptor de su atención era en ese momento el nagual Isidoro Baltazar, y el premio su cuerpo desnudo, premio que el nagual podía contemplar pero no poseer. Una vez de mañana y de nuevo a la noche, le regalaba el espectáculo de su desnudez, convencida de que al hacerlo se aseguraba la potencia sexual del nuevo nagual.

La tercera mujer de quien hablaron fue Zuleica. Dijeron que tenía veleidades de santa, de ser la Virgen María, y que su así llamada espiritualidad no pasaba de ser locura. Periódicamente perdía el rumbo, y en sus ataques de insania le daba por limpiar la casa de punta a punta, las rocas del patio e incluso las de los terrenos aledaños.

Luego Hermelinda, a quien describieron como muy sensata y decorosa, un perfecto modelo de los valores de clase media. Así cómo Nélide, era incapaz de cesar de ambicionar ser la mujer perfecta, la perfecta ama de casa. Pese a no saber cocinar, coser, bordar o tocar el piano para entretener a los huéspedes, Hermelinda deseaba ser conocida—y esto lo dijeron entre accesos de pícaras risitas— como dechado de la casta feminidad, así como Nélide aspiraba a ser el dechado de la feminidad licenciada.

Escuché una voz lamentarse de que ambas no combinaran sus talentos, pues de hacerlo llegarían a constituir la mujer perfecta capaz de agradar al amo: perfecta en la cocina y en la sala, ya sea vistiendo delantal o traje de noche, y perfecta en la cama, abierta de piernas cuando así lo deseara el amo.

Cuando callaron regresé a la casa, a mi habitación y a mi hamaca, donde pese a mis esfuerzos no pude recuperar el sueño. Sentía que algún tipo de cápsula protectora había reventado, destruyendo el encanto y la felicidad de hallarme en la casa de las hechiceras. Sólo podía pensar en que, esta vez por propia elección, me hallaba anclada en Sonora con una colección de viejas locas cuyo único entretenimiento era el chisme, en lugar de estar divirtiéndome en Los Ángeles. Vine en busca de consejo, y en lugar de hallarlo fui ignorada y reducida a la compañía de un vicio senil dc quien sospechaba que fuese mujer, y cuando llegó la mañana y el momento de sentarme a comer con el viejo cuidador yo había llevado mi sentido dc legítima indignación a tal punto que no pude tragar bocado.

—¿Qué sucede? —preguntó el viejo, mirándome a los ojos cuando normalmente evitaba este tipo de contacto directo—. ¿No tienes apetito?

Le devolví una mirada venenosa, y abandonando todo intento de controlarme descargué mi acumulada rabia y frustración. Mientras lo hacía primó un momento mi sentido de la moderación: me dije que era injusto culpar al viejo, quien me había tratado con todo cariño. Debía estarle agradecida, pero ya no pude contenerme. Mis pequeñas quejas habían adquirido vida propia, y mi voz se hizo cada vez más aguda a medida que magnificaba y distorsionaba los hechos de los últimos días. Con maliciosa satisfacción confesé haber escuchado la conversación de las mujeres. —No tienen ninguna intención de ayudarme —aseguré—. No hacen otra cosa que hablar mal de las ensoñadoras de quienes dijeron cosas horribles.

—¿Qué les escuchaste decir?

Con gusto le relaté todo, sorprendiéndome a mí misma por la fidelidad con que recordé cada uno dc los maliciosos comentarios.

—Obviamente hablaban de ti —declaró no bien hube finalizado mi exposición—, por supuesto que en sentido figurado. —Esperó a que sus palabras hicieran carne en mí, y antes dc que yo pudiese protestar, preguntó inocentemente: —¿No eres tú muchísima-mente así?

—¡Cómo te atreves! —exploté—, y no me vengas con esa mierda psicológica. No la acepto de un hombre educado, menos aún de ti, peón de mierda.

Mi exabrupto lo tomó por sorpresa. Abrió grandes los ojos y sus frágiles hombros se encogieron. No sentí ninguna pena por él, sólo lástima de mí misma. Comunicarle lo que oí había sido una pérdida de tiempo.

Me encontraba a punto de decirle que haber hecho ese largo y arduo viaje había sido un error de mi parte, cuando me miró con tal desprecio que sentí vergüenza de mi estallido.

—Si controlas tu genio te darás cuenta de que nada de lo que hacen estos hechiceros es para entretenerse o para impresionar a alguien o dar rienda suelta a sus compulsiones. Todo lo que hacen o dicen tiene una razón, un propósito —y me miró con tal fijeza que sentí deseos de alejarme—. No vayas a creer que estás aquí de vacaciones —insistió—. Para estos hechiceros no existen las vacaciones.

—¿Por qué me dices esto? —pregunté enojada—. No andes con vueltas. Dilo.

—No veo cómo pueda decirlo más claramente —respondió. Su voz era engañosamente suave, cargada de una intención cuyo alcance yo no lograba descifrar. —Las brujas ya te dijeron anoche lo que eres. Usaron las cuatro mujeres del planeta de las ensoñado-ras como falso frente para describirte, para hacerle saber a la que está oculta detrás de la ventana lo que es: una puta con delirios de grandeza.

Fue tal el impacto que quedé momentáneamente aturdida. Después la furia, caliente como lava, se posesionó de mi cuerpo.

—Miserable, insignificante pedazo de mierda —le grité, pateándolo en la ingle. No había llegado mi patada a destino y ya acariciaba la imagen del pequeño bastardo retorciéndose en el suelo de dolor, pero el destino de mi patada resultó ser el aire. Con la velocidad de un boxeador la había eludido.

Sonrió con la boca, pero no con los ojos, que fríos e inexpresivos contemplaron mis ladeos y quejidos.

—Estás haciendo al nagueal Isidoro Baltazar víctima de todo lo que dijeron las brujas. Te entrenaron para eso. Piénsalo, y no te limites a enojarte.

Abrí la boca para decir algo pero no emití sonido. No eran tanto sus palabras las que me quitaron el habla sino su tono indiferente, helado y demoledor. Hubiese preferido que me gritase, pues allí sabría cómo reaccionar: hubiese gritado más fuerte.

No tenía sentido enfrentarlo, me dije. No tenía razón. Era simplemente un viejito senil con una lengua de víbora. No, decidí, no me enojada con él, pero tampoco lo tomaría en serio.

—Espero que no te pongas a llorar —me advirtió, aun antes de que me recobrase.

Decidí no exteriorizar mi enojo pero no pude evitar que enrojeciese el rostro cuando le espeté que ni pensaba hacerlo, y que dada su condición de pobre sirviente merecía ser azotado por su impertinencia; pero su mirada dura me aplacó, y finalmente, persistiendo en su trato cortés pero inexpresivo, logró convencerme de que debía disculparme.

—Lo siento —y en verdad lo sentía—, mi mal genio y malos modales siempre terminan por vencerme.

—Lo sé, todos me advirtieron con respecto a ti —repuso muy serio, pero enseguida apareció su sonrisa cuando me instó a comer.

Me sentí incómoda durante la comida. Masticando con lentitud lo observé subrepticamente, y constaté que si bien no se esforzaba por mostrarse amable su enojo había desaparecido. Intenté sin éxito consolarme con ese pensamiento, y percibí que su falta de interés en mí no era deliberado ni estudiado. No me castigaba pues nada de lo dicho o hecho por mí podía afectarlo.

Terminé mi comida, y dije lo primero que se me ocurrió con un aplomo que no dejó de asombrarme.

—Tú no eres el cuidador.

Reapareció su sonrisa cuando preguntó:

—¿Y quién crees que soy?

Esa sonrisa me hizo abandonar toda precaución, y con tremendo descaro y, naturalmente con intención de insulto, le dije que era una mujer: Esperanza. El haberme descargado de esa sospecha me trajo alivio. Suspiré y agregué:

—Por eso sólo tú tienes espejo. Ya sea como mujer o como hombre debes lucir convincente.

—El aire de Sonora debe de haberte afectado. Es bien sabido que el aire enrarecido del desierto afecta a las personas de manera peculiar —y aferró mi muñeca cuando agregó—: O tal vez sea normal en ti ser mezquina y cargosa, y decir lo que te place con aire de absoluta autoridad.

Enseguida cambió de actitud, y riendo me propuso compartir su siesta.

—Nos hará mucho bien. Ambos somos cargosos.

—De modo que así son las cosas —acusé, no muy segura de si debía ofenderme o reír—. Quieres dormir conmigo, ¿eh? Esperanza ya me había advertido de esto.

—¿Y por qué razón te opones a sestear conmigo si crees que soy Esperanza? —preguntó, acariciando mi nuca con una mano tibia y apaciguante.

Mi defensa fue débil.

—No me opongo. Sucede que odio las siestas. Nunca duermo la siesta, y me dicen que hasta cuando era criatura las odiaba. —Me defendí hablando con rapidez, trastabillando, repitiendo palabras. Deseaba abandonar la habitación, pero la leve presión de su mano sobre mi nuca me lo impedía. —Sé que eres Esperanza —repetí—. Reconozco ese tacto. Posee el mismo efecto sedante que el tuyo.

—Sentí que mi cabeza se bamboleaba y mis ojos se cerraban contra mi voluntad.

—Así es —acordó—. Te hará bien recostarte aunque más no sea por unos minutos —e interpretando mi silencio como señal de aceptación, extrajo del armario su catre y un par de mantas, una de las cuales me cedió.

Continuaron las sorpresas. Sin saber por qué, y sin protestar, me acosté, y a través de los párpados entreabiertos lo observé estirarse hasta hacer crujir cada una de sus articulaciones, quitarse las botas, desajustar el cinturón y acostarse a mi lado. Ya cubierto por la manta se deshizo de sus pantalones, que depositó en el piso junto a sus botas, luego de lo cual levantó la manta y se mostró. Roja de vergüenza comprobé que su cuerpo desnudo, igual al de Esperanza, era la antítesis de lo imaginado. Era un cuerpo flexible, lampiño y terso; delgado como un junco pero a la vez musculoso y, idefinitivamente masculino y joven!

No me detuve a pensar. Aguantando la respiración levanté cautelosamente mi propia manta.

Una risita femenina me hizo cerrar los ojos y hacer de cuenta que dormía, pero me aquietó el saber que quien se reía no entraría en el cuarto. Apoyé la cabeza en mis brazos, y me absorbió la sensación de que el cuidador y las risitas habían restablecido un equilibrio, y recreado en tomo de mí la mágica burbuja. No sabía con exactitud qué significado le daba a esto, pero sí que cuanto más mi cuerpo se relajaba más me acercaba a una respuesta.

CAPÍTULO CATORCE

A mi regreso de la casa de las hechiceras ya no necesité ser persuadida o alentada. Las mujeres habían logrado infundirme una extraña coherencia, una cierta estabilidad emocional como nunca antes poseí. No me convertí de la noche a la mañana en otra persona, pero mi existencia adquirió un propósito definitivo, mi destino quedó trazado: debía luchar para librar mi energía. Así de simple.

Sin embargo no podía recordar, ya sea clara o aun vagamente, todo lo sucedido en los tres meses transcurridos en esa casa. Tal tarea me demandó años de esfuerzo y determinación.

Con todo, el nagual Isidoro Baltazar me advirtió acerca de la falacia de las metas definidas y de los logros emocionalmente cargados. Dijo que carecían de valor pues el verdadero escenario de un hechicero es la vida cotidiana, y allí las motivaciones conscientes superficiales no aguantan presiones.

Las hechiceras habían expresado más o menos lo mismo pero de un modo más armonioso. Explicaron que dado que las mujeres están habituadas a ser manipuladas, ellas accedían con facilidad, y que sus conformidades eran simplemente huecas adaptaciones a la presión. Pero de ser en verdad factible convencer a la mujer de la necesidad de cambiar sus hábitos, entonces la mitad de la batalla estaba ganada; aun sin su conformidad su éxito es infinitamente más durable que el de los hombres.

Podía optar entre las dos opiniones, ambas a mi juicio acertadas. De tanto en tanto todas las razones fundamentales de la hechicería que había yo aprendido sucumbían bajo la presión del mundo diario, pero mi entrega al mundo de los hechiceros nunca fue puesta en el tapete de la duda.

Poco a poco comencé a adquirir la energía necesaria para ensoñar, lo cual significaba que por fin había comprendido lo que me dijeron las mujeres: Isidoro Baltazar era el nuevo nagual, y había dejado de ser un hombre. Comprender esto me dio suficiente energía para regresar periódicamente a la casa de las hechiceras. Esa casa era propiedad de todos los pertenecientes al grupo de Mariano Aureliano, grande y masiva vista desde afuera, pero indistinguible de otras; apenas visible pese a la exuberante buganvilla en flor que colgaba sobre el muro que circundaba la propiedad. La razón por la cual la gente pasaba sin verla, decían los hechiceros, residía en la tenue niebla que la cubría, delgada como un velo, visible al Ojo pero imposible de percibir para la mente.

No obstante, una vez dentro de la casa, uno recibía la aguda sensación de haber ingresado en otro mundo. Los tres palios, sombreados por árboles frutales, conferían una luz de ensueño a los oscuros corredores y a las muchas habitaciones que se abrían sobre ellos, e impresionaban los pisos de ladrillo y baldosa con sus intrincados diseños.

No era un lugar cálido pero sí acogedor, y de ninguna manera un hogar dada su omnipresente personalidad y su implacable austeridad. Era el lugar donde el viejo nagual Mariano Aureliano y sus hechiceros concebían sus ensueños y realizaban sus propósitos, y dado que sus inquietudes nada tenían que ver con el mundo cotidiano, su casa era reflejo de sus preocupaciones no humanas, y reflejaba la auténtica medida de su individualidad, no como personas sino como hechiceros.

En esa casa me relacioné y traté a todas las hechiceras del grupo del nagual Mariano Aureliano, quienes no me enseñaron hechicería, ni siquiera a ensoñar. Según ellas no había nada para enseñar. Dijeron que mi tarea era recordar todo lo acontecido entre ellas y yo durante esos momentos iniciales de nuestra convivencia, en especial todo lo que Zuleica y Florinda me hicieron o dijeron, pero Zuleica nunca me había dirigido la palabra.

Cuando intentaba pedirles ayuda rehusaban hacerlo. Su argumento era que sin la necesaria energía de mi parte sólo les quedaba repetirse, y no disponían de tiempo para ello. En un comienzo su negativa me pareció injusta y nada generosa, pero después de un tiempo abandoné toda tentativa de indagarías, y me dediqué a disfrutar de su presencia y de su compañía. Llegué así a aceptar su razón para no querer jugar nuestro juego intelectual predilecto, ese de pretextar interés en las así llamadas preguntas profundas, que usualmente nada significan para nosotros por la sencilla razón de que no poseemos la energía para utilizar con provecho la respuesta que podamos recibir, excepto para estar o no de acuerdo con ella. No obstante, gracias a esa diaria interrelación, llegué a comprender muchas cosas acerca de su mundo. Las ensoñadoras y las acechadoras representaban dos formas de comportamiento entre mujeres, muy distintas entre sí. Inicialmente me pregunté si el grupo que me había sido descrito como ensoñadoras: Nélide, Hermelinda y Clara, eran en realidad las acechadoras pues, hasta donde yo podía determinar, mi relación con ellas era sobre una base estrictamente mundana y superficial. Sólo más tarde pude darme cuenta de que su mera presencia provocaba en mí una nueva manera de comportamiento. Con ellas no necesitaba reafirmarme. De mi parte no existían dudas ni preguntas. Poseían la singular habilidad de hacerme ver, sin necesidad de verbalizarlo, lo absurdo de mi existencia, pese a lo cual no hallaba necesario defenderme. Tal vez fuese esta ausencia de esfuerzo lo que me llevó a aceptarlas sin resistencia, y tardé poco en percatarme de que las ensoñadoras, al tratarme a nivel mundano, me estaban proporcionando el modelo necesario para recanalizar mis energías. Deseaban que yo cambiase mi manera de enfocar asuntos cotidianos tales como cocinar, limpiar, estudiar o ganarme la vida. Me dijeron que esas tareas debían hacerse con distintos auspicios, no como tareas mundanas sino como esfuerzos artísticos, todos de pareja importancia. Sobre todo fue su mutua interrelación, y su relación con las acechadoras, la que me dio la pauta de cuán especiales eran. En su trato habitual carecían de fallas humanas. Su sentido del deber coexistía fácilmente con sus características individuales, fuesen éstas el mal genio, la irritabilidad, grosería, locura o dulzura hartante. En la presencia y compañía de cualquiera de estas hechiceras yo experimentaba la rara sensación de estar en una permanente vacación, sólo que eso era un espejismo, pues ellas vivían en permanente estado de guerra, siendo el enemigo la idea del yo. En casa de ellas conocí a Vicente y Silvio Manuel, los otros dos hechiceros del grupo de Mariano Aureliano. Vicente era obviamente de origen español, y supe que sus padres eran oriundos de Cataluña. Era magro, de aspecto aristocrático, con manos y pies que daban una errónea impresión de fragilidad. Andaba siempre en alpargatas y prefería chaquetas de pijamas (colgaban abiertas sobre sus pantalones caqui) a camisas. Sus mejillas eran rosadas pese a su palidez. Lucía una barbita que cuidaba con esmero, la cual le confería un toque de distinción a su porte abstraído. No sólo parecía sino que era un erudito; los libros en la habitación que yo ocupaba eran suyos, o más bien era él quien los coleccionaba, leía y cuidaba. Lo atrayente de su erudición (sabía de todo) era que se conducía como si fuese un perpetuo aprendiz. Yo tenía la certeza de que no era así, pues era obvio que sabía más que los otros, y su espíritu generoso lo llevaba a compartir sus conocimientos con magnífica naturalidad y humildad, ya que jamás avergonzaba a terceros por saber menos que él. Silvio Manuel era de mediana estatura, corpulento, lampiño y moreno. Un indio siniestro y misterioso, perfecto ejemplo de la imagen que yo me había formado de lo que debía ser un brujo. Su aparente taciturnidad me asustaba, y sus lacónicas respuestas re-velaban lo que yo sospechaba era una naturaleza violenta.

Sólo al conocerlo mejor comprendí lo mucho que gozaba cultivando esa imagen. Resultó ser el más abierto y, para mí, el más encantador de todos los hechiceros. El chisme y los secretos eran su pasión, fuesen o no auténticos, y era la manera en que los contaba lo que, para mí y para todos, no tenía precio. Además poseía un inextinguible repertorio de chistes, la mayoría de ellos de tono muy subido. Era el único que gozaba viendo la TV, y por lo tanto siempre estaba al día con las noticias del mundo, las cuales transmitía a los otros, groseramente exageradas y salpimentadas con una gran dosis de malicia.

Silvio Manuel era un excelente bailarín, y era legendaria su habilidad y sus conocimientos de las varias danzas sagradas indígenas. Se movía con extático abandono, y con frecuencia me pedía que bailase con él. Fuese la danza un joropo venezolano, una cumbia, un samba, un tango, el twist, rock and roll o un bolero de los que se baila mejilla a mejilla, las conocía todas.

También lo traté a John, el indio que me presentó el nagual Mariano Aureliano en Tucson, Arizona. Su aspecto rotundo, inalterable y jovial no era otra cosa que una fachada, pues era el menos abordable de los hechiceros. Conduciendo su camioneta se encargaba de los recados de todos, y también componía lo que -taba ser compuesto dentro y alrededor de la casa.

Si me mantenía en silencio, no molestándolo con preguntas y comentarios, John me permitía acompañarlo en sus viajes, y me enseñaba a reparar cosas: inodoros, canillas y lavarropas, y también cómo arreglar una plancha, conmutadores eléctricos, y aceitar y cambiar las bujías de mi automóvil. Aleccionada por él, el uso de martillos, destornilladores y sierras se convirtió en fácil tarea para mí.

Lo único en que no me ayudaron fue en responder a mis preguntas y averiguaciones acerca de su mundo, y cuando intentaba comprometerlos me referían al nagual Isidoro Baltazar. Su usual rechazo era: "El es el nuevo nagual, y es misión suya el tratar contigo. Nosotros somos meramente tus tíos y tías".

Inicialmente el nagual Isidoro Baltazar representaba para mí algo más que un misterio. No tenía bien en claro dónde residía, pues indiferente a horarios y rutinas aparecía y desaparecía del estudio a todas horas. El día y la noche le eran indiferentes. Dormía cuando estaba cansado, casi nunca, y comía cuando tenía hambre, casi siempre. Entre medio de sus frenéticas idas y venidas trabajaba con una concentración en verdad asombrosa, siendo su capacidad para estirar o comprimir el tiempo incomprensible para mí. Tenía la certeza de haber pasado horas, y hasta días enteros con él, cuando en realidad podían haber sido sólo momentos, hurtados aquí y allá, ya sea durante el día o la noche, a otras de sus desconocidas actividades.

Siempre me consideré persona activa, plena de energía, pero descubrí que me era imposible mantenerme a la par de su ritmo. Vivía en permanente movimiento —o así parecía—, ágil y activo, siempre listo para encarar algún proyecto. Su vigor era lisa y llanamente increíble.

Mucho después llegué a comprender que la fuente de inagotable energía de Isidoro Baltazar residía en su falta de preocupación por sí mismo, y fue su permanente apoyo, sus imperceptibles y a la vez hábiles maquinaciones, las que me mantuvieron en la senda correcta. Anidaba en él una alegría, un gozo en su sutil y sin embargo poderosa influencia, que me llevó a cambiar sin que yo notase que estaba siendo conducida por un nuevo sendero, un sendero en que ya no valían los juegos, los pretextos o el uso de mis argucias femeninas para lograr mis propósitos.

Lo que tomó tan apremiante su guía y consejos era el hecho de que no lo obligaban motivos ulteriores. No era posesivo, y su directiva no se vio adulterada por promesas o actos de sentimentalismo. No me empujó en ninguna dirección precisa, o sea, no me aconsejó respecto al rumbo a tomar o a los libros que debía leer. En eso tuve vía libre.

Sólo impuso una condición: yo debía trabajar exclusivamente en favor del edificante y agradable proceso del pensamiento. ¡Una propuesta estremecedora! Yo nunca había entrevisto el pensar en

esos u otros términos, y pese a que no me disgustaba estudiar, jamás había considerado las tareas escolares como algo placentero, sino como algo que yo estaba obligada a hacer, por lo general a las corridas y empleando en ello un mínimo de esfuerzo.

No pude evitar el estar de acuerdo con lo que Florinda y su séquito, tan sin delicadeza, me habían dicho en ocasión de nuestro primer encuentro: que yo había ido al colegio no para aprender sino para divertirme, y el hecho de haberme distinguido obedecía más a una cuestión de suerte y locuacidad que al haber estudiado. Yo poseía una memoria bastante buena, sabía hablar, y sabía convencer a terceros.

Una vez superada la vergüenza inicial de verme forzada a aceptar y admitir mis limitaciones intelectuales, y que sólo sabía pensar de manera superficial, me sentí aliviada, lista para colocarme bajo el tutelaje de los hechiceros y seguir el plan de estudios de Isidoro Baltazar. Me desilusionó descubrir que tal plan no existía, y que su única insistencia era que yo dejase de estudiar y leer al aire libre, como era mi costumbre. Isidoro Baltazar sostenía que el proceso de pensar era un rito privado, casi secreto, que no podía realizarse en público. Comparó ese proceso a la levadura que sólo fermenta dentro de un recinto cerrado.

“El mejor lugar para comprender algo es por supuesto la cama”, me dijo cierta vez. Se estiró en la suya, reclinó la cabeza contra varias almohadas, y cruzó su pierna derecha sobre la izquierda, descansando el tobillo sobre la rodilla elevada de su pierna izquierda.

No me impresionó esa absurda posición para la lectura, pero la practiqué siempre que estaba sola. Me hacía caer en un profundo sueño, y dada mi sensibilidad hacia mis tendencias al insomnio, gozaba más con el sueño que con el conocimiento.

A veces, sin embargo, sentía como si unas manos se enroscaran alrededor de mi cabeza, presionando suavemente mis sienas. Entonces automáticamente ojeaba la página abierta aun antes de tener conciencia de lo que estaba haciendo, y levantaba párrafos enteros del papel, cuyas palabras bailaban ante mis ojos hasta hacer que racimos de conocimiento explotasen dentro de mi cerebro a modo de revelaciones.

Ansiosa por desenterrar esta nueva posibilidad que se abría ante mí, insistí en ella como si me impulsase un maestro despiadado, y hubo momentos en que este esfuerzo me agotó tanto física como mentalmente. En esos momentos le preguntaba a Isidoro Baltazar acerca del conocimiento intuitivo, ese destello de percepción interior y de comprensión que se supone cultivan los hechiceros con preferencia a todo lo demás.

En esos momentos solía decirme que conocer algo sólo de manera intuitiva no tiene valor alguno. Esos destellos de percepción interna, que comparaba con visiones de fenómenos inexplicables, necesitan ser transformados en pensamientos coherentes. Tanto uno como otro se marchitan tan rápido como surgen, y si no son reforzados de continuo sobrevienen la duda y el olvido, pues la mente ha sido condicionada para ser práctica y aceptar únicamente lo verificable y factible.

Explicó que los hechiceros son hombres de conocimiento antes que hombres de razón, y como tal están adelantados respecto de los intelectuales de Occidente que asumen que la realidad (a menudo equiparada con la verdad) se conoce a través de la razón. Un hechicero sostiene que lo único que puede conocerse mediante la razón son nuestros procesos del pensamiento, pero que es sólo mediante el acto de comprender nuestro ser total, en su nivel más sofisticado e intrincado, que podremos borrar los límites con los cuales la razón define la realidad.

Isidoro Baltazar me explicó que los hechiceros cultivan la totalidad de su ser, o sea que no necesariamente hacen una distinción entre los aspectos racionales e intuitivos del hombre. Utilizan ambos para llegar al reino de la conciencia que llaman el conocimiento silencioso, el cual existe más allá del lenguaje y más allá del pensamiento.

Una y otra vez Isidoro Baltazar subrayó que para que uno pueda silenciar su lado racional, primero debe comprender los procesos del pensamiento en su nivel más sofisticado e intrincado. Creía que la filosofía, comenzando con el pensamiento clásico griego, suministraba la mejor manera de iluminar este proceso. Nunca se cansaba de repetir que ya sea como eruditos o como legos somos miembros y herederos de la tradición cultural de Occidente, lo cual significa que, independiente de nuestro nivel de educación y sofisticación, somos prisioneros de esa tradición y su manera de interpretar la realidad.

Isidoro Baltazar sostenía que sólo de manera superficial estamos dispuestos a aceptar que aquello que llamamos realidad es algo culturalmente determinado, y lo que necesitamos es aceptar, al nivel más profundo posible, que la cultura es el producto de un proceso largo, cooperativo, altamente selectivo y desarrollado, y por último, pero no por ello menos importante, altamente coercitivo, que culmina en un acuerdo que nos desvía y aleja de otras posibilidades.

Los hechiceros procuran en forma activa desenmascarar el hecho de que la realidad es dictada y sostenida por nuestra razón: que las ideas y los pensamientos surgidos de la razón se convierten en regímenes de conocimiento que ordenan el cómo vemos y actuamos en el mundo; y que todos estamos sujetos a increíble presión para asegurar que ciertas ideologías nos resulten aceptables. Remarcó que los hechiceros están interesados en percibir el mundo de manera diferente a lo culturalmente definido, y lo culturalmente definido es que nuestra experiencia personal, más un acuerdo social compartido acerca de lo que nuestros sentidos son capaces de percibir, determinan lo que percibimos. Cualquier cosa fuera de este reino perceptual, sensorialmente convenido, es automáticamente encapsulado y hecho a un lado por la mente racional, y de esta manera nunca se daña el débil manto de las presunciones humanas.

Los hechiceros enseñan que la percepción ocurre en un lugar fuera del reino sensorial; saben que existe algo más vasto que lo que nuestros sentidos pueden captar. Dicen que la percepción tiene lugar en un punto fuera de nuestro cuerpo, fuera de los sentidos, pero no es suficiente creer meramente en esta premisa. No es apenas cuestión de leer acerca de ello, o escucharlo de boca de terceros. Para transformarlo en algo corpóreo uno debe haberlo experimentado.

Isidoro Baltazar dijo que los hechiceros luchan activamente durante todas sus vidas para quebrar ese débil manto de las presunciones humanas. Sin embargo no se internan ciegamente en la oscuridad. Están preparados; saben que cuando se arrojan a lo desconocido necesitan disponer de un bagaje racional bien desarrollado. Sólo entonces podrán explicar y darle sentido a lo que traigan de vuelta de sus viajes a lo ignoto.

Agregó que yo no debía entender la hechicería a través de la lectura de los filósofos, sino comprender que tanto la filosofía como la hechicería son formas altamente sofisticadas del conocimiento abstracto. Tanto para el hechicero como para el filósofo la verdad de nuestro ser-en-el-mundo no permanece impensada. No obstante el hechicero va un paso más allá; actúa a base de sus hallazgos que ya están, por definición, fuera de nuestras posibilidades culturalmente aceptadas.

Isidoro Baltazar creía que los filósofos son hechiceros intelectuales. Pese a ello sus búsquedas y ensayos quedan siempre en empeños mentales. Los filósofos sólo pueden actuar en el mundo que tan bien entienden y explican de la manera cultural ya convenida. Se suman a un ya existente cuerpo de conocimiento. Interpretan y reinterpretan textos filosóficos. Nuevos pensamientos e ideas resultantes de este intenso estudio no los cambian excepto, tal vez, en un sentido psicológico. Pueden llegar a convertirse en personas más buenas y comprensivas, o tal vez en lo opuesto. Sin embargo nada de lo que hagan filosóficamente cambiará su percepción sensorial del mundo pues los filósofos trabajan desde dentro del orden social, al cual apoyan aun cuando intelectualmente pueden no estar de acuerdo con él. Los filósofos son hechiceros frustrados.

Los hechiceros también construyen sobre un ya existente conjunto de conocimiento. Sin embargo no lo hacen aceptando lo ya probado y establecido por otros hechiceros. Deben probarse de nuevo a si mismos que aquello que ya se da por aceptado en verdad existe, y se somete a la percepción. Para llevar a buen término esta tarea monumental necesitan una extraordinaria capacidad de energía, la cual obtienen apartándose del orden social sin retirarse del mundo. Los hechiceros rompen el convenio que ha definido la realidad sin destruirse en el proceso de hacerlo.

CAPÍTULO QUINCE

La incertidumbre se apoderó de mi a poco de cruzar la frontera en Mexicali. Mi justificación para ir a México con Isidoro Baltazar, que en un principio se me antojaba brillante, ahora sólo parecía una pálida excusa para forzarlo a llevarme. Ya abrigaba dudas acerca de si podría leer teorías sociológicas en casa de las hechiceras, tal como dije que haría. Sabía que allí me dedicaría a hacer exactamente lo mismo que en todas las ocasiones anteriores: dormir mucho, ensoñar ensueños extraños, e intentar desesperadamente descifrar lo que la gente de ese mundo pretendía que yo hiciese.

—¿Algún remordimiento? —preguntó Isidoro Baltazar, sorprendiéndome y haciéndome saltar. Me miraba de soslayo, y probablemente me había estado observando por un largo rato.

—Por supuesto que no —respondí de manera apresurada, dudando de si se refería a mi estado general o a mi silencio. Murmuré algunas tonterías acerca del calor, para luego dedicarme a mirar por la ventanilla.

No volví a abrir la boca, mayormente porque sentía miedo y me encontraba triste, y porque la ansiedad me erizaba la piel cual si un enjambre de hormigas me estuviese caminando. Isidoro Baltazar, por su parte, se encontraba de muy buen talante; cantó y contó chistes tontos, recitó poemas en inglés, castellano y portugués, pero ni eso ni sus jugosos comentarios acerca de personas que ambos conocíamos en la universidad lograron disipar mi melancolía. El hecho de no constituir yo un público apreciativo no influyó en él, y ni siquiera mis gritos exigiendo que me dejase en paz lograron aplacar su euforia.

—Si alguien nos estuviese observando creería que llevamos años de casados —comentó en medio de sus carcajadas, mientras yo pensaba que si fuesen hechiceros quienes nos observaban dirían que algo no andaba bien. Sabrían que Isidoro Baltazar y yo no estábamos en plan de igualdad. Yo soy precisa y terminante respecto de mis actos y decisiones, mientras que para él actos y decisiones son cosas fluidas, sea cual fuere su resultado, y su finalidad está medida por la plena responsabilidad que asume por ellos, ya sean triviales o de significación.

Viajamos con rumbo sur y no nos distrajimos en inútiles meandros como solíamos hacer para llegar a la casa de las hechiceras. Cuando dejamos atrás Guaymas —nunca habíamos estado tan al sur— le pregunté adónde me llevaba.

Respondió como al acaso.

—Estamos siguiendo el camino largo. No te preocupes. —La misma respuesta me dio cuando repetí mi pregunta mientras cenábamos en Navojoa.

Dejamos atrás Navojoa y seguimos hacia el sur rumbo a Mazatlán. Mi preocupación iba en aumento. Cerca de medianoche Isidoro Baltazar abandonó la carretera internacional para internarse en un estrecho camino de tierra, cuyos hoyos y piedras hicieron que la camioneta se bambolease y rechinara su carrocería. A nuestras espaldas la carretera principal, visible unos instantes gracias al débil reflejo de las luces traseras, desapareció tragada por los arbustos que la flanqueaban. Luego de un larguísimo e incómodo viaje hicimos un repentino alto e Isidoro Baltazar apagó los faros.

—¿Dónde estamos? —pregunté, mirando en torno sin distinguir nada. Luego mis ojos se habituaron a la oscuridad y vi pequeños puntos blancos frente a nosotros y a corta distancia. Parecían pequeñas estrellas caídas del cielo. La exuberante fragancia de las matas de jazmín que trepaban al techo y caían sobre la ramada se había borrado a tal punto de mi mente, que cuando la reconocí sentí como si hubiese inhalado ese aire perfumado sólo en un sueño anterior. Comencé a reír pues todo me brindaba una casi infantil alegría. Estábamos en casa de Esperanza.

Es aquí donde vine por primera vez con Delia Flores, me dije a mí misma, y de inmediato busqué la mano de Isidoro Baltazar a quien pregunté, dominada por la ansiedad:

—Pero, ¿cómo puede ser posible...?

Su respuesta revelaba un estado de confusión y agitación, y su mano, siempre cálida, estaba fría.

—¿Qué?

—Esta casa estaba en las afueras de Ciudad Obregón, más de cien millas al norte —grité—. Yo misma conduje mi auto hasta aquí, y nunca abandoné el camino asfaltado. —Miré en tomo y recordé que también había viajado desde allí hasta Tucson, y jamás había estado cerca de Navojoa en mi vida.

Isidoro Baltazar guardó silencio durante unos minutos: parecía estar buscando una respuesta. Yo sabía que ninguna me resultaba satisfactoria. Encogiéndose de hombros se volvió hacia mí, y con una energía semejante a la del nagual Mariano Aureliano opinó que sin duda alguna yo ensoñaba despierta cuando, junto con Delia, dejamos Hermosillo rumbo a la casa de la curandera.

—Sugiero que lo dejes así —fue su consejo—. Sé por experiencia personal cómo puede llegar a confundirse la mente cuando busca explicar lo inexplicable.

Yo estaba a punto de protestar cuando él me atajó señalando una luz que se aproximaba, y sonrió como si supiese de antemano a quién pertenecía la enorme sombra que se acercaba bamboleándose.

—Es el cuidador —murmuré sorprendida, y cuando lo tuve ante mí le rodeé el cuello con los brazos y lo besé en ambas mejillas—. No esperaba encontrarte aquí.

Sonrió avergonzado, sin responder. Abrazó a Isidoro Baltazar, palmeándole repetidas veces las espaldas como hacen los hombres latinos al saludarse, murmurando algo que pese a mis esfuerzos no logré entender. Luego nos condujo hacia la casa.

Encontramos la imponente puerta principal cerrada, como asimismo las ventanas enrejadas. Ninguna luz, ningún sonido escapaba de las gruesas paredes. Rodeamos la casa hasta alcanzar el patio trasero, cercado por una alta verja, y la puerta que conducía a un cuarto rectangular, el mismo al cual me había llevado Delia Flores, tan espartanamente amoblado como entonces: cama estrecha, mesa y varias sillas. Me tranquilizó reconocer sus cuatro puertas.

El cuidador colocó la lámpara sobre la mesa y me invitó a tomar asiento: volviéndose hacia Isidoro Baltazar le rodeó los hombros con su brazo y condujo al oscuro corredor. La repentina partida me aturdió, pero antes de que lograra reponerme de la sorpresa el cuidador reapareció, trayendo una manta, una almohada, una linterna y una bacinilla.

—Prefiero usar el retrete —anuncié.

Se encogió de hombros y empujó la bacinilla bajo la cama.

—Por si la necesitas durante la noche —y con esa pícara mirada que yo bien conocía agregé que afuera montaba guardia el perrazo negro de Esperanza—. No le gusta que gente desconocida ande por allí de noche —y como por encargo se oyó un fuerte ladrido.

—No soy una desconocida, conozco al perro —retruqué, a lo que el cuidador a su vez respondió con otra pregunta.

—El perro. ¿te conoce a ti?

Le obsequié con una de mis peores miradas, y el cuidador, emitiendo un suspiro, recogió la lámpara y se dirigió hacia la puerta.

—No te lles la luz —ordené, bloqueando su paso. Intenté una sonrisa pero los labios se quedaron pegados a mis dientes. Finalmente pude preguntar. —¿Dónde están todos? ¿Dónde están Esperanza y Florinda?

—En este momento soy el único que se encuentra aquí.

—¿Dónde está Isidoro Baltazar? —insistí alarmadísima—. Prometió llevarme a casa de las hechiceras. Tengo que trabajar en un ensayo —y confundida en cuanto a mis pensamientos y mis palabras, y al borde de las lágrimas, le revelé mis razones para acompañar a Isidoro Baltazar en su viaje a México, y lo importante que era para mí terminar mi trabajo.

El cuidador palmeó mi espalda e hizo ruidos semejantes a los empleados para calmar a un niño. —Isidoro Baltazar está durmiendo. Tú sabes cómo es: en cuanto su cabeza toca la almohada él está roncando —y agregó—, dejaré mi puerta abierta por si me necesitas, por si tienes pesadillas o algo parecido. Llámame y vendré de inmediato. —Y antes de que yo pudiese decirle que desde mi llegada a Sonora las pesadillas eran cosas del pasado, lo tragó la oscuridad del corredor.

La lámpara de aceite sobre la mesa comenzó a chisporrotear y luego se apagó, dejando la habitación a oscuras. Me acosté total-mente vestida y cerré los ojos. Todo quedó en silencio salvo un respirar suave y entrecortado que venía de muy lejos, Y debido a ese ruido y a la dureza de mi cama pronto abandoné todo intento de dormir.

Linterna en mano me arrastré en silencio por el corredor, esperando encontrar al cuidador o a Isidoro Baltazar. Con toques suaves llamé a cada una de las puertas. Nadie respondió. Silencio absoluto en cada una de las habitaciones.

Esa misma quietud, casi opresiva, dominaba el resto de la casa, y hasta cesaron los susurros y gorjeos del exterior. Tal como sospechaba había quedado otra vez sola, pero en lugar de preocuparme por ello decidí inspeccionar los diferentes cuartos. Eran ocho los dormitorios, del mismo tamaño y disposición: rectangulares y tirando a pequeños, y amoblados sólo con una cama y una mesa de noche. Las paredes y las dos ventanas de las cuales disponía cada cuarto estaban pintadas de blanco, y las baldosas del piso ostentaban un intrincado diseño. Abrí las puertas corredizas de los placards empujando con suavidad su parte inferior izquierda con el pie, sabiendo, vaya a saber cómo, que un toque o una suave patada en ese lugar liberaba un mecanismo que abría las puertas.

Moví unas cobijas apiladas sobre el piso de uno de ellos, y descubrí una pequeña puerta secreta. Liberé el cerrojo que simulaba ser un conmutador de luz y, ya más allá de toda posibilidad de sorpresa, acepté la existencia de la puerta secreta, conocimiento por supuesto inadmisibile a mi conciencia.

Abrí la pequeña puerta, me deslicé a través de la estrecha abertura, y me encontré en el placard de la habitación contigua y, sin maravillarme por ello, descubrí que escurriéndome por esos pasadizos secretos podía ir de una a otra de las ocho habitaciones.

Maldije cuando se apagó la linterna, y en la esperanza de reavivar las baterías, las extraje y luego las repuse. Inútil trabajo: estaban agotadas. La oscuridad de esos cuartos era tan intensa que no alcanzaba a ver mis propias manos, y entonces a tientas traté de volver sobre mis pasos en procura del corredor.

El esfuerzo fue tal que acabé temblando y boqueando. Recostada contra una pared permanecí largo rato, tratando de decidir la dirección en que quedaba mi cuarto.

Desde lejos llegaban fragmentos de voces, y al no poder precisar si provenían del interior de la casa o del exterior, seguí el sonido hasta llegar al patio que recordaba vivamente como algo verde y casi tropical, pleno de helechos y tupido follaje, y perfumado por la fragancia de jazmines y madreselvas.

Apenas había ensayado unos pasos cuando vi la enorme silueta de un perro recortada contra la pared. Luego vinieron un gruñido y la luz quemante de sus ojos para hacer que un escalofrío recorriese mi columna vertebral.

En lugar de sucumbir al temor, o tal vez a causa de él, sentí que acontecía algo muy extraño. Era como si siempre hubiese estado plegada como un abanico japonés o un figurín de cartulina y de pronto me abriese. La sensación física resultó casi dolorosa.

El perro me observó, confuso. Comenzó a llorar como un cachorro, movió las orejas y se acurrucó en el piso. Yo, tesa en mi lugar. No sentía miedo; simplemente no podía moverme. Luego, como si fuese lo más natural del mundo, me volví a plegar, le di la espalda al perro y me retiré. Esta vez no tuve dificultad en hallar mi habitación.

Desperté con un dolor de cabeza y la sensación de no haber dormido en absoluto, sensación que como insomne conocía muy bien. Sentía los músculos de mi cuerpo como desconectados: lancé un gemido, y sentí abrirse la puerta de la habitación y mi rostro inundado por la luz. Intenté invertir mi posición sin caerme de la cama.

—¡Buenos días! —exclamó Esperanza, ingresando con frufú de faldas y enaguas— o mejor dicho buenas tardes —se corrigió, señalando el sol visible a través de la puerta abierta. Desbordaba de alegría, y una fuerza deliciosa dominaba su voz al decirme que fue ella quien rescató mis libros y papeles de la camioneta antes de que Isidoro Baltazar partiese con el viejo nagual.

Me incorporé abruptamente, despierta del todo.

—¿Por qué no vino a saludarme el nagual Mariano Aureliano, y por qué Isidoro Baltazar no me avisó de su partida? —y agregué que ahora no podría terminar mi trabajo e ingresar en un curso superior.

Esperanza me observó con una expresión de curiosidad, y comentó que si escribir mi ensayo era un acto tan mercenario nunca llegaría a completarlo, y antes de que yo pudiese decirle que personalmente no me interesaba si nunca completaba mis estudios, agregé:

—Tú no escribes ese trabajo para ingresar en ese curso superior sino porque te encanta hacerlo, porque no hay nada que en este momento preferirías hacer.

—Hay muchas cosas que preferiría hacer.

—¿Como qué? —me desafió.

Lo pensé pero no pude esgrimir nada específico. Debí admitir, si bien sólo a mí misma, que nunca un trabajo de este tipo me había brindado tanto placer. Por una vez en la vida había comenzado con las lecturas y las investigaciones a comienzos del año lectivo, en lugar de esperar, como solía hacer, a que faltasen apenas unos días para la entrega del trabajo. Pero fue saber que representaba mi pasaje al curso de posgrado y se arruinó el placer.

Esperanza, como siempre confidente de mis pensamientos, opinó que yo debería olvidarme del curso de posgrado y sólo pensar en hacer un buen trabajo.

—Una vez que formes parte del mundo de los brujos y comiences a entender la naturaleza de los ensueños, ya estarás camino de entender lo que es la hechicería. Además, ese entendimiento te liberará.

La miré, intrigada. No lograba entender lo que quería decirme.

—Te libera de desear algo —y Esperanza enunció la frase con mucho cuidado, como si yo fuese sorda. Luego agregó: —Codicia es tu segundo nombre, pese a que tú no necesitas ni deseas nada... —y su voz se esfumó al dedicarse a poner orden en mis libros, papeles y pilas de tarjetas sobre la mesa. Lucía radiante cuando se volvió para mostrarme varios lápices. —Los afilé con una hoja de afeitar —dijo—, y lo haré cada vez que se gasten las puntas. —Colocó los lápices junto a uno de mis anotadores, y luego abrió grandes los brazos como para abarcar la totalidad del cuarto y dijo: —Éste es un lugar maravilloso para trabajar. Aquí nadie te molestará.

—Estoy segura de ello —concordé, y al observar que estaba a punto de retirarse le pregunté dónde había dormido Isidoro Baltazar la noche anterior.

—En su petate. ¿En dónde más? —repuso, y entre risas recogió sus faldas y enaguas y salió al patio. La seguí con la mirada hasta verla desaparecer tras el arco de piedra. Quedé con los ojos doloridos a causa de la intensa luz.

Momentos después hubo un fuerte llamado sobre una de las puertas que se abrían al corredor.

—¿Estás decente? —preguntó el cuidador, empujando la puerta antes de que yo tuviese oportunidad de decir que sí estaba—. Alimento para tu cerebro —anunció, colocando una bandeja de bambú sobre la mesa. Me sirvió un tazón de caldo, y luego recomendó comer la niachaca sonoreense, hecha por él. Esa mezcla de huevos revueltos, carne picada, cebolla y chilis calientes resultó deliciosa.

—Cuando termines te llevaré al cine.

—¿Cuando termine de comer? —pregunté excitada, metiendo una tortilla entera en mi boca.

—Cuando termines con tu trabajo —aclaró.

Al terminar la comida el cuidador opinó que yo debería hacerme amiga del perro.

—Si no lo haces no podrás salir de la casa. Ni siquiera para ir al retrete.

Estaba a punto de confesarle que ya me había encontrado con el perro, y que había visitado el retrete la noche anterior, cuando un ligero gesto de su mentón me invitó a acompañarlo al patio. El enorme perro yacía a la sombra de un alto cerco de cañas. Hacia él fue el cuidador para arrodillarse a su lado y rascarlo tras las orejas y susurrarle algo.

Abruptamente el cuidador se puso de pie. Sorprendida yo di un paso y caí sobre mis posaderas. El perro lanzó un quejido, y el cuidador con un salto increíble pasó al otro lado del cerco. Yo me incorporé, dispuesta a correr, pero el perro estiró sus patas delanteras y las colocó sobre mis pies, haciéndome sentir la presión de sus garras. Me miró y abrió la boca en un monumental bostezo, revelando sus negras encías y lengua de igual color.

—Eso es señal de un muy buen pedigree.

Me sorprendió esa voz a mis espaldas y me volví hacia ella. Al hacerlo perdí de nuevo el equilibrio y caí sobre el animal. Permanecí quieta, sin animarme a intentar un movimiento, y luego aparté mi cabeza. Los ojos color de ámbar del perro estaban fijos en mí, y mostró sus dientes, pero no para gruñir, sino para brindarme una amistosa sonrisa canina.

—Ahora son amigos —dijo el cuidador, ayudándome a incorporarme—, y es hora de que comiences a trabajar.

Los tres días siguientes fueron enteramente dominados por el deseo de terminar con mi tarea. Trabajé largas horas sin notar el paso del tiempo, pero no debido a la concentración en mi trabajo sino al hecho de que el tiempo parecía haberse transformado en una cuestión de espacio. Comencé a considerar el tiempo como interludios entre mis visiones de Esperanza.

Todos los días, alrededor de mediodía, mientras yo desayunaba lo que ella me había dejado en la cocina, Esperanza hacía su aparición. Sin ruido parecía emerger del permanente humo azulado que impregnaba la cocina, e invariablemente peinaba mis cabellos con un tosco peine de madera sin pronunciar una palabra. Yo tampoco.

La veía de nuevo en horas de la tarde. Tan silenciosa como cuando aparecía en la cocina, se materializaba en el patio para sentarse en su mecedora bajo un arco de piedra. Durante horas su vista se perdía en el espacio cual si sus ojos trascendiesen los límites de la visión humana, pero fuera de un movimiento de cabeza o una sonrisa nada pasaba entre nosotros. Sin embargo me sentía protegida por su silencio.

Se diría que el perro obedecía órdenes del cuidador pues jamás se separaba de mí. Me seguía de día y de noche, incluso hasta el retrete. Yo aguardaba impaciente nuestros paseos, hechos al caer la tarde, cuando ambos atravesábamos a la carrera los campos en procura de una fila de árboles que dividía los lotes de terreno. Allí buscábamos la sombra y permanecíamos horas mirando el

vacío, tal cual hacía Esperanza. A veces daba la impresión de que con sólo estirar la mano se podían tocar las montañas distantes. Escuchaba el rumor de la brisa entre las hojas, aguardando el momento en que la luz amarilla del sol poniente convertía esas hojas en oro, hojas que luego se tomaban azules y finalmente negras. Llegado este momento el perro y yo comamos de regreso a la casa para eludir la débil voz del viento que decía de la soledad de estas tierras áridas.

Al cuarto día desperté sobresaltada. Alguien gritaba:

—Es hora de levantarse, perezosa. —Era la voz del cuidador.

—¿Por qué no entras? —pregunté—. ¿Dónde has estado todo este tiempo?

No recibí respuesta.

Permanecí sentada en la cama, envuelta en una cobija, demasiado tensa y adormecida como para salir al patio y averiguar por qué se escondía el cuidador. Después, cuando me decidí a dejar la cama, encontré el patio vacío, y en un esfuerzo por desterrar mi somnolencia me arrojé balde tras balde de agua fría en la cabeza.

En la mañana varió mi desayuno. Esperanza no apareció, y recién al sentarme a trabajar noté la desaparición del perro. Con escaso ánimo encaré mi tarea. Tenía poca energía y aun menos deseos de trabajar, y el resultado fue que permanecí horas sentada, contemplando las lejanas montañas a través de la puerta abierta.

El silencio transparente de la tarde era quebrado de tanto en tanto por el cloqueo de las gallinas que escarbaban la tierra en busca de semillas, y por el grito penetrante de las cigarras vibrando en la clara luz azul cual si aún fuese mediodía.

Estaba a punto de dormirme cuando escuché ruido. De inmediato presté atención y vi al cuidador y al perro tendidos sobre una estera a la sombra del cerco. Me llamó la atención su total quietud, daban la impresión de estar muertos.

Preocupada y curiosa me acerqué en puntas de pie. El cuidador se percató de mi presencia antes que el perro. Abrió grandes los ojos en gesto exagerado y con un rápido movimiento se incorporó para sentarse con las piernas cruzadas y preguntar:

—¿Me echaste de menos?

Me pareció una pregunta extraña, y reí nerviosa luego de admitir que sí.

—¿Por qué no entraste en mi cuarto esta mañana? —agregué, y al observar la falta de expresión en su rostro insistí—. ¿Dónde has estado estos últimos tres días?

En lugar de responder me hizo una nueva pregunta, esta vez en tono áspero:

—¿Cómo andan tus estudios?

Fue tal mi sorpresa que no supe qué responder. No sabía si decirle que la marcha de mis estudios no era asunto de su incumbencia, o confesar que me encontraba atascada.

—No te molestes en tratar de pensar una respuesta —dijo—. Dime la verdad. Admite que necesitas mi experta opinión sobre tu trabajo.

Temiendo no poder dominar mis ganas de reír, me arrodillé junto al perro para rascar su cabeza.

—Y bien —exigió—. ¿No vas a admitir que sin mí estás perdida?

Indecisa en cuanto a su salud mental decidí que era mejor halagarlo que contradecirlo, y admití no haber escrito una sola línea en todo el día. Le dije que lo había estado esperando pues sólo él podía rescatarme, y le aseguré que a él, y no a mis profesores, competía decidir mi suerte como aspirante a graduarse.

Visiblemente complacido pidió mi trabajo para “echarle una mirada”.

—Está en inglés —le advertí con toda malicia—. No podrás entenderlo —y tragué mi deseo de agregar que aun estando en castellano superaría su capacidad.

Insistió en su solicitud y cumplí. Desparramó las hojas en torno de él, algunas sobre la estera, otras sobre el piso polvoriento, y extrajo del bolsillo de su camisa unos anteojos de armazón de metal que procedió a colocarse.

—Es importante parecer educado —dijo en voz baja, dirigiéndose al perro que paró una oreja y gruñó como para manifestar su acuerdo. Enseguida el perro cambió de lugar y el cuidador me invitó con un gesto a sentarme entre él y el animal.

Parecía una lechuza, austera y doctoral, ojeando las hojas esparcidas. Emitió sonidos desaprobatorios, cloqueando con la lengua, se rascó la cabeza y barajó repetidas veces las hojas, al parecer en procura de cierto orden que parecía eludirlo.

Al cabo de un buen rato de estar sentada en esa postura comenzaron a dolerme los músculos de mi cuello y de mis hombros. Suspiré, impaciente, y me recliné contra el cerco, cerré los ojos, y pese a mi creciente irritación debo de haberme dormido, pues me sobresaltó un suave pero insistente zumbido. Abrí los ojos, y sentada ante mí descubrí una mujer alta y hermosa, espléndidamente vestida, que me dijo algo que no entendí. Aumentó el zumbido en mis oídos.

La mujer se me acercó, y en voz alta y clara preguntó:

—¿No me vas a saludar?

—¡Nélida! —grité—. ¿Cuándo llegaste? Estoy tratando de deshacerme del zumbido en mis oídos. Recogió sus largas y bien torneadas piernas bajo la falda y me abrazó.

—Qué bueno verte.

Entretanto el cuidador frunció el entrecejo, y murmuró sus comentarios:

—Tus garabatos no sólo son difíciles de entender sino que, además, no tienen mucho sentido.

Los ojos de Nélida parecían incitarme a contradecirlo. Yo, ansiosa por escapar a la intensidad de su mirada, me movía, molesta, hasta que ella asió mi brazo con firmeza.

El cuidador comenzó a leer el contenido de las páginas con una lentitud exasperante, y si bien lo que decía sonaba familiar, yo no captaba si en realidad seguía el texto pues me era imposible concentrarme. Me irritaba su manera caprichosa de mutilar las frases, y a veces hasta las palabras.

—En suma —sentenció al terminar la última página—, se trata de un mal trabajo. —Ordenó los papeles, formando con ellos una pila, y se recostó contra el cerco, adoptando la misma posición que me enseñó Isidoro Baltazar: la pierna derecha cruzada sobre la otra, con el tobillo apoyado sobre el muslo izquierdo y los ojos cerrados. Guardó silencio tan largo tiempo que lo creí dormido, y por lo tanto me sobresaltó cuando con voz lenta y mesurada comenzó a hablar de antropología, historia y filosofía. Sus pensamientos parecían formarse a medida que hablaba, y las palabras fluían de manera clara y precisa con una simplicidad fácil de seguir y comprender.

Lo escuché con atención, pero al mismo tiempo no dejaba de intrigarme el hecho de que supiese tanto acerca de las tendencias intelectuales de Occidente. ¿Qué grado de educación poseía? ¿Quién era él en realidad?

—¿Podrías repetir todo de nuevo? —pregunté no bien hubo terminado—. Quisiera tomar algunas notas.

—Todo lo que dije está en tus papeles —me aseguró—. Enterrado bajo demasiadas citas, anotaciones al pie de la página e ideas mal desarrolladas. —Se acercó hasta que nuestras cabezas casi se tocaron. —No basta citar obras ajenas para dar a tu trabajo la veracidad que le falta.

—¿Me ayudarías a rehacerlo? —pregunté desorientada.

—No, no puedo hacer eso. Debes hacerlo tú misma.

—Pero es que no puedo —objeté—. Tú mismo acabas de señalar lo malo que es mi trabajo que, créeme, es lo mejor que he podido hacer.

—¡No es verdad! —me contradijo de manera vehemente, para luego mirarme con una expresión mezcla de sorpresa y calidez—. No dudo de que tus profesores aceptarían tu trabajo una vez que

lo hayas pasado en limpio, pero yo no lo haría. Carece de originalidad. Lo único que haces es parafrasear lo que has leído, y yo exijo que dependas más de tus propias opiniones, aun si contradicen lo que se espera de ti.

—Se trata sólo de un trabajo de composición —dije para defenderme—. Sé que puede ser mejorado, pero también necesito halagar a mis profesores, independiente de si estoy o no de acuerdo con lo expresado. Necesito ser aceptada en el curso de posgrado, y eso, en cierto modo, requiere satisfacer a mis profesores.

En contestación recibí una andanada de críticas, advertencias y sugerencias de parte del cuidador. —Si deseas recibir fuerzas del mundo de los hechiceros ya no puedes trabajar con esas premisas. En nuestro mundo mágico los motivos ulteriores no son aceptables. Si quieres graduarte debes comportarte como un guerrero, no como una mujer entrenada para agradar, pues tú, aun cuando te pones bestialmente desagradable, procuras agradar. Ahora en lo que se refiere a escribir, ya que no has sido entrenada para ello, cuando lo hagas deberás adoptar una nueva modalidad: la modalidad del guerrero.

—¿Qué quieres decir con eso de la modalidad del guerrero? ¿Debo luchar con mis profesores?

—No con tus profesores sino contigo misma; cada centímetro del camino, y debes hacerlo con tal arte e inteligencia que nadie notará tu lucha.

No estaba muy segura de lo que quería decir con todo eso, y tampoco me interesaba, de modo que antes de que pudiese agregar algo le pregunté cómo era que sabía tanto acerca de antropología, historia y filosofía.

Sonrió y sacudió la cabeza.

—¿No te diste cuenta de cómo lo hice? —y luego procedió a responder a su propia pregunta—. Atrapé los pensamientos en el aire. Extendí mis fibras energéticas y pesqué esos pensamientos tal como uno pesca un pez con una caña en un inmenso océano de pensamientos e ideas que hay allí —y trazó un amplio gesto con los brazos como para atrapar el aire que lo rodeaba.

—Para atrapar pensamientos Isidoro Baltazar me dijo que uno debe saber cuáles de ellos pueden resultar útiles —argumenté—, de modo que debes de haber estudiado historia, filosofía y antropología.

—Tal vez lo hice alguna vez —respondió, no muy decidido, rascándose la cabeza perplejo—. Sí, debo de haberlo hecho.

—¡Tienes que haberlo hecho! —insistí, como si hubiese hecho un gran descubrimiento.

Suspirando de manera audible el cuidador se recostó contra el cerco y cerró los ojos.

—¿Por qué insistes en tener siempre la razón? —preguntó Nélida.

Sorprendida, miré boquiabierta cómo las comisuras de sus labios se curvaban en pícara y misteriosa sonrisa. Enseguida, con un gesto, me ordenó cerrar la boca. Yo había estado tan pendiente de los comentarios del cuidador respecto de mi trabajo que la había olvidado, pese a tenerla frente a mí. O tal vez no fuese así. Quizá no estuvo allí, y la idea de que pudo haberse ausentado y regresado sin que yo lo percibiese me provocó ansiedad.

—No dejes que eso te preocupe —me consoló Nélida como si yo hubiese exteriorizado mi pensamiento—. Nosotros estamos habituados a ir y venir sin que la gente lo note.

El tono de su voz tuvo el efecto de suavizar la contundencia de la revelación, y mirando a uno y luego al otro me pregunté si en efecto serían capaces de desaparecer de ante mis ojos sin que ese acto fuese notado. Traté de asegurarlos para que eso no sucediese. Me tendí sobre la estera, y estirándome en actitud gatuna, avancé mi pie hacia el ruedo del vestido de Nélida, que rozaba el suelo, y moví la mano en procura de la chaqueta del cuidador, quien debe de haber sentido el tirón en la manga pues se incorporó abruptamente y me miró. Yo cerré los ojos pero continué

observándolos a través de párpados entreabiertos. No se movieron. Sus posturas hieráticas no revelaban fatiga, en tanto yo debí luchar para mantener los ojos abiertos.

Una brisa fresca, con fragancia de eucaliptos, comenzó a soplar; jirones de nubes coloreadas surcaron el cielo, y el profundo y transparente azul se hizo más difuso, disolviéndose de manera tan lánguida que se hizo imposible distinguir entre cielo y nube, entre día y noche.

Me dormí con el pie en el ruedo del vestido de Nélide y aferrada a la chaqueta del cuidador como si mi vida dependiese de ello, y cuando alguien tocó mi cara tuve la impresión de que apenas habían transcurrido unos momentos.

—¿Florinda? —pregunté, sabiendo instintivamente que la mujer sentada a mi lado era otra. Murmuraba algo, y tuve la sensación de que llevaba un buen rato haciéndolo, y yo recién había despertado para escucharla.

Quise sentarme, pero con una suave presión sobre mi hombro la mujer lo impidió. En algún lugar, en la oscuridad, una pequeña llama aleteaba insegura, iluminando la palidez de su rostro, confiriéndole un aspecto fantasmal. A medida que ella se me acercaba parecía agigantarse, y también sus ojos se agrandaron cuando se fijaron en los míos. El arco de sus cejas, como un arco trazado por un marcador negro, se veía concentrado en gesto de preocupación.

Suspiré aliviada cuando pronuncié su nombre.

—¡Nélide!

Ella aceptó mi reconocimiento con una leve sonrisa y un gesto de la cabeza. Quería hacerle preguntas acerca del cuidador y mi escrito, pero ella me silenció colocando un dedo sobre mis labios, y continuó con sus murmuraciones que se fueron haciendo más y más distantes hasta cesar por completo. Luego se puso de pie y me indicó hacer lo mismo. Obedecí, y noté que ya no estábamos en el patio sino en uno de los dormitorios vacíos sobre el corredor.

—¿Dónde está mi trabajo? —pregunté, alarmada ante la posibilidad de que el viento pudiese haber desparramado las páginas. Me aterraba la idea de tener que recomenzarlo de cero.

Con un gesto imperioso de su mentón Nélide indicó que debía seguirla. Era mucho más alta que yo, idéntica a Florinda, y de no ser por su especial delicadeza no hubiese podido diferenciarlas. En ese momento parecía una versión inconclusa de Florinda, una Florinda joven. Había en ella algo tan delicado, etéreo y a la vez atrayente, que yo solía bromear con Isidoro Baltazar diciendo que si yo fuese hombre me volvería loco por ella, a lo cual respondía que quizá fuese ésa la razón por la cual ella rara vez me dirigía la palabra.

Nos dirigimos a mi habitación. Escuchaba pasos, pasos que venían de todas direcciones, que no podían ser obra de Nélide pues ella caminaba con tal delicadeza que no parecía tocar el suelo. La absurda noción de que escuchaba mis propios pasos me hizo caminar con la suavidad de un gato, pese a lo cual el ruido no cesó. Los pasos de alguien se movían al unísono con los míos, el mismo ritmo repiqueteaba sobre el piso embaldosado. Varias veces miré hacia atrás pero, por supuesto, sin hallar a nadie. Finalmente, en la esperanza de poder ahuyentar mi temor, reí fuerte.

La manera abrupta en que Nélide se volvió me hizo temer una reprimenda, pero en lugar de ello, abrazándome, soltó la risa, y no di importancia al hecho de que su caricia no fuese cálida ni suave. Me gustaba Nélide, y el toque de sus manos me reconfortaba. Riendo, y acompañadas por el ruido de los pasos, entramos en mi habitación.

Un extraño brillo se adhería a las paredes, semejante a una niebla que se hubiese introducido a través de las cuatro puertas ahora invisibles. Además había modificado el formato de la habitación, confiriéndole un aspecto casi cuadrado. Pese a mis repetidos parpadeos no podía ver otro objeto que la mesa sobre la cual había trabajado los últimos tres días. Me acerqué, y me alivió ver mis papeles ordenados y, junto a ellos, mis lápices, todos afilados.

—¡Nélida! —exclamé excitada, pero ya no estaba allí. La niebla se había hecho más espesa, se acercaba con cada inhalación de mis pulmones y se filtró dentro de mí, llenándome de una sensación agradable de lucidez y liviandad. Guiada por alguna fuerza invisible me senté a la mesa, desparramé los papeles, y bajo mis ojos vigilantes surgió la estructura total de mi trabajo, superponiéndose al original como la doble exposición de una película.

Me perdí admirando el hábil desarrollo de los temas, y cual si hubiesen sido manipulados por alguna mano invisible, pensante y escritora, los párrafos se reubicaron imponiendo un nuevo orden. Todo era tan maravillosamente claro y simple que reí de puro gozo.

—Escríbelo.

Las palabras repercutieron suavemente en la habitación. Miré en torno sin ver a nadie, y sabiendo que eso que ahora vivía era definitivamente más que un sueño, eché mano a mi anotador y a un lápiz y comencé a escribir a toda velocidad. Las ideas me llegaban con increíble claridad y facilidad, e inundaban mi cabeza y mi cuerpo como ondas de sonido. Simultáneamente veía y escuchaba las palabras, pero no eran mis ojos y mis oídos los que las percibían sino más bien filamentos internos que se extendían y, como una silenciosa aspiradora, chupaban las palabras que brillaban ante mí como partículas de polvo.

Después de un tiempo el orden superimpuesto comenzó a opacarse. Una a una las líneas palidecieron. Con desesperación procuré aferrarme a esta espléndida estructura, aun sabiendo que todo desaparecería sin dejar rastro. Sólo quedó la memoria de esa magnífica lucidez, y luego también eso se extinguió como un candil que alguien hubiese apagado. Un resto de niebla, delgado como una hebra, permaneció flotando en la habitación para luego desaparecer en pequeñas ondas y dejar tinieblas opresivas que se cerraron sobre mí. Me sentí tan extenuada que supe que me desmayaría.

—¡Recuéstate!

No me molesté en mirar. Sabía que no vería a nadie. Con un gran esfuerzo abandoné la silla y me arrastré hasta mi cama.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Por un momento permanecí en la cama, recordando vagamente mi asombroso ensueño, tan distinto de cualquier otro. Por primera vez tenía pleno conocimiento de todo lo que había hecho. —¿Nélida? —pregunté al escuchar un suave murmullo que llegaba del otro extremo del cuarto. Intenté incorporarme pero caí de nuevo sobre la cama. El cuarto giraba. Minutos después lo intenté de nuevo. Me puse de pie, ensayé unos pasos vacilantes que terminaron cuando caí al suelo y di con la cabeza contra la pared.

—¡Mierda! —grité—. Me estoy desmayando.

—No seas tan dramática. —Fue Florinda quien lo dijo, y rió al verme tan desconcertada. Tocó primero mi frente, luego mi cuello, y al comprobar que no tenía liebre pronunció su sentencia. — No te estás desmayando. Lo que necesitas es reponer tu energía.

Pregunté por Nélida, y mientras me ayudaba a regresar a la cama, Florinda quiso saber si la había extrañado a ella.

—Estás débil porque tienes hambre —dijo.

—No tengo hambre —la contradije, más por hábito que por convicción, sin dudar de que mi mareo se debía a no haber comido nada en todo el día, salvo el desayuno.

—Nos preguntamos por qué no comiste —confesó Florinda, respondiendo a mis inexpresados pensamientos—. Te habíamos preparado un guiso tan delicioso.

—¿Cuándo llegaste? —quise saber—. Te he estado llamando en silencio durante días.

Florinda entrecerró los ojos, y emitiendo un sonido susurrante, en apariencia destinado a ayudarla a recordar, respondió que creía que llevaba varios días en la casa.

—¿Crees? —pregunté impaciente, al borde de una exteriorización de mal genio que logré controlar—. ¿Por qué no me hiciste saber que estabas aquí? —Más que ofendida me intrigaba no haber notado su presencia. —¿Cómo pude no darme cuenta? —murmuré, más para mis adentros que para sus oídos.

La curiosa expresión de sus ojos denotaba que a Florinda le sorprendía mi desconcierto, y su sagaz respuesta fue que si me hubiesen revelado su presencia yo no hubiese podido concentrarme en mi tarea.

—Como bien sabes, en lugar de ocuparte de tu ensayo estarías pendiente de nuestras idas y venidas. Toda tu energía estaría concentrada en averiguar qué hacíamos nosotros, ¿no es así? Deliberadamente decidimos que deberías trabajar sin distracciones —explicó, para luego agregar que el cuidador me había ayudado sólo después de haber comprobado que lo hecho por mí hasta ese momento era satisfactorio, y que en ensueños él había hallado el orden inherente de mis anotaciones.

—Yo también los hallé en ensueño —confesé.

—Por supuesto —concordó Florinda—. Nosotros te hicimos ensoñar para que pudieses trabajar.

—¿Ustedes me hicieron ensoñar? —repetí. Sin duda su declaración era llamativamente normal, pero no dejaba de causarme aprensión. Me dominó la misteriosa sensación de estar al fin a punto de comprender lo que significaba el ensoñar despierto, aunque sin lograr atraparlo del todo, y esforzándome por ser clara le revelé a Florinda todo lo acontecido desde el momento en que vi al cuidador y al perro en el patio.

No me fue fácil ser coherente pues yo misma no lograba decidir cuándo estuve despierta y cuándo dormida, y aumentaba mi confusión el poder recordar el exacto contorno de mi trabajo tal como lo vi, superpuesto al texto original.

—Mi concentración era demasiado intensa para pensar que pudiese estar ensoñando —resumí.

—De eso, precisamente, se trata al ensoñar despierto. Por eso lo recuerdas tan bien —y el modo en que Florinda dijo esto me recordó a una maestra impaciente explicando algo simple a un niño retardado—. Ya te dije que el ensoñar despierto no tiene nada que ver con dormirse y soñar.

—Tomé notas —agregué, como si eso pudiese invalidar lo que ella acababa de decir, y al ver que accedía con un movimiento de cabeza le pregunté si encontraría algo sobre la materia escrito de mi puño y letra entre mis notas.

—Si —me aseguré—, pero antes tendrás que comer. —Puesta de pie me tendió la mano y ayudó a incorporarme. Para asearme un poco acomodó la camisa dentro de mis jeans y quitó los trozos de paja adheridos a mi suéter. Luego me alejó un poco para inspeccionar su obra. No satisfecha encaró el aspecto de mi pelo, acomodando el pelo lacio y rebelde.

—Te ves horrible con el pelo desgreñado.

—Estoy acostumbrada a una ducha caliente al levantarme —y salí tras ella al corredor. Al ver que se dirigía a la cocina le informé que antes debía ir al retrete.

—Te acompaño —ofreció, y al notar mi gesto de rechazo explicó que sólo deseaba asegurarse de que yo no me desmayaría y caería por el hueco.

Acepté complacida el apoyo de su brazo, y casi caí de bruces al salir al patio, no tanto por causa de mi debilidad sino por la sorpresa que me causó comprobar lo tarde que era.

—¿Qué sucede? —preguntó Florinda—. ¿Te sientes débil?

Señalé el cielo. Apenas quedaba un resto de luz.

—No es posible que haya perdido un día —dije con voz apagada. Luché por asimilar la idea de que habían transcurrido toda una noche y todo un día, pero mi mente no lo aceptó. El no poder calcular el tiempo de acuerdo con los cánones normales me des-orientaba.

—Los hechiceros quiebran el fluir del tiempo —explicó Florinda, interpretando mis pensamientos—. El tiempo, tal como nosotros lo medimos, no existe cuando uno ensueña como lo hacen los hechiceros. Ellos lo extienden o condensan a voluntad, y no lo consideran en términos de horas o minutos. Al ensoñar despiertos aumentan nuestras facultades perceptuales —prosiguió en tono paciente y medido—. Sin embargo con el tiempo sucede algo por entero distinto. La percepción del tiempo no aumenta sino que queda totalmente cancelada. —Agregó que el tiempo es siempre un factor de conciencia, o sea que su percepción es un estado psicológico, automáticamente transformado por nosotros en medidas físicas. Es algo que llevamos tan grabado que, aun cuando no lo percibamos, un reloj suena en nuestro interior marcando subliminalmente el tiempo.

—En el ensoñar despierto —enfaticó— esa capacidad esta ausente. Una estructura por completo nueva y nada familiar se hace cargo; una estructura que de alguna manera no es para ser interpretada o entendida como normalmente hacemos con el tiempo.

—O sea que todo lo que sabré conscientemente acerca del ensoñar despierto es que al tiempo lo han extendido o comprimido —dije, procurando entender la aclaración.

—Comprenderás mucho más que eso —me aseguró con énfasis—. Cuando te hagas experta en adentrarte en la conciencia acrecentada, como la llama Mariano Aureliano, tendrás conciencia de todo lo que deseas, pues los hechiceros no están involucrados con medir el tiempo sino en usarlo, en extender o comprimirlo a voluntad.

—Dijiste hace un rato que todos me ayudaron a ensoñar —afirmé—. En tal caso alguien debe saber cuánto duró mi ensueño.

Florinda respondió que ella y sus compañeros vivían permanentemente en un estado de ensoñar despierto, y que era precisamente su esfuerzo conjunto el que me hizo ensoñar, pero que jamás llevaban cuenta de su duración.

—¿Quieres inferir que puedo estar ensoñando despierta ahora?

—pregunté, sabiendo de antemano lo que respondería—. De ser así ¿qué hice para alcanzar este estado? ¿Qué pasos tomé?

—Los más simples imaginables —respondió Florinda—. No te permitiste ser tu ser usual. Esa es la llave que abre puertas. Muchas veces, y de diferentes maneras, te hemos dicho que la hechicería no es lo que piensas que es. Decir que no permitirte ser tu ser usual es el secreto más complejo de la hechicería; suena tonto pero no lo es. Es la llave al poder, y por lo tanto lo más difícil que hace un hechicero; y sin embargo no es algo complejo, imposible de entender. No confunde la mente, y por tal razón nadie puede siquiera sospechar su importancia o tomarlo en serio. A juzgar por el resultado de tu última sesión de ensoñar despierta puedo decir que has acumulado suficiente energía mediante el acto de impedirte ser tu ser usual.

Me palmeó el hombro y susurró.

—Te veré en la cocina.

La puerta de la cocina estaba entreabierta, pero ningún sonido provenía del interior.

—¿Florinda? —pregunté en voz baja.

Me respondió una risa suave, pero no vi a nadie. Cuando mis ojos se acostumbraron a la penumbra divisé a Florinda y a Nérida sentadas a una mesa, sus rostros extrañamente vívidos en esa tenue luz, al igual que sus ojos, cabellos, nariz y bocas. Se diría que las iluminaba una luz interior, y me impresionó comprobar lo exactas que eran entre sí.

—Ustedes dos son tan hermosas que asusta —dije, acercándome.

Se miraron una a otra y soltaron la risa, francamente perturbadora. Sentí que un escalofrío recorría mi columna, y antes de que yo pudiese ensayar comentario alguno, ambas callaron y Nérida me invitó a ocupar la silla vacía junto a ella.

Respiré hondo. “Necesitas conservar la calma”, me dije al ocupar el asiento. Había en Nérida una sequedad y una tirantez que me enervaba. De la sopera en medio de la mesa me sirvió un plato de espesa sopa.

—Quiero que comas todo —dijo, acercándome una cesta con tortillas calientes y la mantequilla. Yo me encontraba muerta de hambre, y atacé lo que me dieron como si no hubiese probado bocado en muchos días. Agoté el contenido de la sopera, y acompañé las tortillas con tres tazones de chocolate caliente.

Saciada, me acomodé en mi silla. La puerta conducente al patio estaba abierta de par en par, y una brisa fresca reacomodó las sombras que invadían la cocina. El crepúsculo parecía eterno, y en el cielo languidecían gruesas capas de color: bermellón, azul oscuro, oro y violeta, en tanto el aire dotado de una cualidad transparente parecía acercar las montañas distantes. Como impulsada por una fuerza interior la noche daba la impresión de surgir del suelo, y el ensombrecido movimiento de los árboles frutales, impulsado por el viento rítmico y pleno de gracia, arrebatava la oscuridad y la elevaba hacia el cielo.

Esperanza irrumpió en la habitación portando una lámpara de aceite que colocó sobre la mesa, mirándome sin parpadear cual si tuviese problemas para enfocar la vista. Daba la impresión de continuar preocupada por algún misterio del otro mundo, pero de a poco sus ojos se deshilaron, y sonrió como sabiendo que había regresado de algún lugar muy distante.

—¡Mi ensayo! —grité al ver las hojas sueltas y el anotador bajo su brazo. Con una gran sonrisa me las entregó.

Sin disimular mi impaciencia examiné las hojas, riendo feliz al poder constatar las páginas del anotador cubiertas de precisas y detalladas instrucciones, la mitad en español y la otra mitad en inglés, sobre cómo proceder con mi trabajo, siendo la caligrafía indiscutiblemente mía.

—¡Está todo aquí! —exclamé muy excitada—. Así lo vi en mi ensueño —y de pensar que podría sortear el curso de posgrado sin tener que esforzarme demasiado olvidé toda mi anterior ansiedad.

—No se escriben buenos ensayos recurriendo a atajos —advirtió Esperanza—. Ni siquiera con la ayuda de la hechicería. Deberías saber que sin las lecturas previas y la toma de notas, el escribir y el revisar lo escrito, nunca hubieses logrado reconocer la estructura y el orden de tu trabajo en tus ensueños.

Asentí sin hablar. Ella había dicho eso con autoridad incontestable, dejándome sin palabras.

—¿Y qué hay del cuidador? ¿Fue profesor en su juventud?

Nélida y Florinda se volvieron hacia Esperanza, como si a ella compitiese responder.

—Eso no lo sabría decir —contestó de manera evasiva—. ¿No te dijo que era un hechicero enamorado de las ideas?

Guardó silencio un momento para luego agregar:

—Cuando no cuida de nuestro mundo mágico, como cuadra a un cuidador, él lee.

—Además de libros —amplió Nélida— lee una extraordinaria cantidad de revistas culturales. Habla varios idiomas, de modo que está al tanto con lo último en todo. Delia y Clara son sus ayudantes. Él les enseñó a hablar inglés y alemán.

Pregunté si la biblioteca de la casa le pertenecía.

—Es de todos —respondió Nélida—. Sin embargo estoy segura de que aparte de Vicente, él es el único que ha leído todos los libros que contienen los estantes —y al observar mi expresión incrédula me advirtió que el aspecto de las personas de ese mundo no debería engañarme—. Para alcanzar un cierto nivel de conocimientos los hechiceros trabajan el doble de lo que lo hacen otros. Los hechiceros deben hallarle sentido tanto al mundo cotidiano como al mágico. Para lograrlo deben ser muy preparados y sofisticados, tanto mental como físicamente.

“Durante tres días trabajaste en tu ensayo. Trabajaste duro, ¿verdad? —Aguardé a que yo me manifestase de acuerdo, y luego agregó que, mientras ensoñaba despierta, le dediqué aún mayor esfuerzo que estando despierta.

—No estoy de acuerdo —contradije—. Todo fue muy simple y carente de esfuerzo —y expliqué que lo único que hice fue ver una nueva versión de mi trabajo superimpuesta a la antigua, la cual copié.

—Hacer eso demandó toda la fuerza que poseías —sostuvo Nélida—. Mientras ensoñabas despierta canalizaste toda tu energía en un solo propósito. Toda tu preocupación y esfuerzo se destinaron a terminar tu trabajo. Nada más importaba. Ningún otro pensamiento interfirió con tu meta.

—¿El cuidador ensoñaba despierto cuando leyó mi ensayo? ¿Vio lo que yo vi?

Nélida se puso de pie y caminó lentamente hasta la puerta. Durante un largo rato miró hacia afuera, hacia la oscuridad. Luego regresó a la mesa, secreteó algo con Esperanza. y tomó a sentarse.

Esperanza rió cuando me dijo que lo que el cuidador vio en mi trabajo era distinto a lo visto y escrito por mi.

—Y es natural que así fuese pues su conocimiento es mucho más vasto que el tuyo. Tú, guiada por sus sugerencias, y de acuerdo con tu capacidad, captaste cómo debía lucir tu trabajo, y eso fue lo que escribiste.

A su vez Nélida explicó que mientras ensoñamos despiertos tenemos acceso a recursos ocultos que de ordinario no empleamos. Dijo que no bien yo vi mi trabajo recordé las claves que me había suministrado el cuidador.

Al notar que persistía mi expresión incrédula recordó lo dicho por el cuidador acerca de mi ensayo. “Demasiadas notas al pie de la página, demasiadas citas e ideas desarrolladas al descuido.” Sus ojos irradiaban simpatía y un aire divertido al agregar que, dado que yo ensoñaba y no era tan

estúpida como pretextaba ser, de inmediato percibí toda suerte de enlaces y conexiones no notados antes. Después se acercó sonriente a la espera de mi reacción.

—Es hora de que sepas qué te hizo ver una mejor versión de tu trabajo original. —Esperanza me guiñó un ojo como para enfatizar que estaba por revelarme un secreto de campanillas. —Cuando ensoñamos despiertas tenemos acceso al conocimiento directo.

Me observó un largo rato y había desencanto en sus ojos.

—¡No seas tan densa! —Nélida me espetó impaciente—. Ensoñar despierta debería haberte demostrado que posees, como todas las mujeres, una capacidad sin igual para recibir conocimientos directos.

Con un gesto Esperanza me indicó guardar silencio y dijo: —¿Sabías que una de las diferencias básicas entre hombres y mujeres es la manera en que encarar el conocimiento?

Yo no tenía idea de lo que quería decir. De manera lenta y deliberada arrancó una hoja virgen de mi anotador y dibujó dos figuras humanas, una de las cuales coronó con un cono y dijo que era un hombre. Sobre la otra cabeza dibujó el mismo cono, invertido, y lo proclamó mujer.

—Los hombres construyen su conocimiento paso a paso —explicó con el lápiz apuntando a la cabeza coronada por el cono—. Tienden hacia arriba, trepan hacia el conocimiento. Los hechiceros dicen que los hombres se estiran como un cono hacia el espíritu, hacia el conocimiento, y este procedimiento limita hasta donde pueden llegar. —Repasó con el lápiz las líneas del cono de la primera figura. —Como podrás ver, los hombres sólo pueden alcanzar una cierta altura, y su camino termina en el ápice del cono.

“Presta atención—advirtió, apuntando con el lápiz a la segunda figura—. Como podrás ver el cono está invertido, abierto como un embudo. Las mujeres poseen la facultad de abrirse directamente a la fuente, o mejor dicho la fuente les llega de manera directa, en la base ancha del cono. Los hechiceros dicen que la conexión de las mujeres con el conocimiento es expansiva, en tanto la de los hombres es bastante restrictiva.

“Los hombres se conectan con lo concreto —prosiguió—, y apuntan a lo abstracto. Las mujeres se conectan con lo abstracto, y sin embargo tratan de entregarse a lo concreto.

—¿Por qué? —pregunté—, siendo las mujeres tan abiertas al conocimiento o a lo abstracto, ¿son consideradas como inferiores?

Esperanza me contempló fascinada. Se puso de pie, se estiró como un gato, haciendo crujir todas sus articulaciones, y recuperó su asiento.

—Que sean consideradas inferiores o, en el mejor de los casos que sus características femeninas sean consideradas complementarias a las de los hombres, tiene que ver con la manera en que unos y otros se acercan al conocimiento. En general a la mujer le interesa más dominarse a sí misma que a otros, un tipo de dominio claramente ambicionado por el hombre.

—Incluso entre los hechiceros —agregó Nélida para regocijo de las mujeres.

Esperanza expresó su creencia en que originalmente las mujeres no consideraban necesario explotar esa facilidad para unirse directa y ampliamente al espíritu. No creían necesario hablar o intelectualizar acerca de esta capacidad suya pues les bastaba accionar y saber que la poseían.

—La incapacidad del hombre para unirse directamente al espíritu es lo que los impulsó a hablar del proceso de alcanzar el conocimiento —explicó—. No han cesado de hablar de ello, y es precisamente esa insistencia en saber cómo se esfuerzan por alcanzar el espíritu, esta insistencia por analizar el proceso, lo que les dio la certeza de que el ser racional es un logro típicamente masculino.

Esperanza explicó que la conceptualización de la razón ha sido lograda exclusivamente por los hombres, y esto les ha permitido minimizar los dones y los logros de la mujer y, peor aún, excluir las características femeninas de la formulación de los ideales de la razón.

—Por supuesto en la actualidad la mujer cree en lo que le ha sido fijado —enfaticó—. La mujer ha sido criada para creer que sólo el hombre puede ser racional y coherente, y ahora el hombre es portador de un capital que lo toma automáticamente superior, sea cual fuere su preparación o capacidad.

—¿Cómo fue que las mujeres perdieron su conexión directa con el conocimiento? —pregunté.

—No la han perdido —corrigió Esperanza—. Aún tienen una conexión directa con el espíritu, sólo que han olvidado cómo usarla, o mejor dicho, han copiado la condición masculina de no poseerla. Durante miles de años el hombre se ha ocupado de que la mujer lo olvide. Toma la Santa Inquisición, por ejemplo: ésa fue una purga sistemática para erradicar la creencia de que la mujer tiene una conexión directa con el espíritu. Toda religión organizada no es otra cosa que una maniobra muy exitosa para colocar a la mujer en el nivel más bajo. Las religiones invocan una ley divina que sostiene que las mujeres son inferiores.

La miré asombrada, preguntándome cómo podía ser tan erudita.

—Los hombres necesitan dominar a otros, y la falta de interés de las mujeres por expresar o formular lo que conocen, y cómo lo conocen, ha constituido una nefasta alianza —continuó Esperanza—. Ha hecho posible que la mujer sea forzada desde su nacimiento a aceptar que la plenitud yace en el hogar, en el amor, el casamiento, parir hijos y negarse a sí misma. La mujer ha sido excluida de las formas dominantes del pensamiento abstracto y educada para la dependencia. Han sido tan bien entrenadas para aceptar que los hombres deben pensar por ellas que han terminado por no pensar.

—La mujer es perfectamente capaz de pensar —dije.

Esperanza me corrigió.

—La mujer es capaz de formular lo que ha aprendido, y lo que ha aprendido ha sido definido por el hombre. El hombre define la naturaleza intrínseca del conocimiento, y de ello ha excluido aquello que pertenece a lo femenino o, si lo ha incluido, es siempre de manera negativa. Y la mujer lo ha aceptado.

—Estás atrasada en años —objeté—. Hoy en día la mujer puede hacer lo que desea. En general tienen acceso a todo centro de aprendizaje y a casi todos los trabajos que desempeña el hombre.

—Pero eso no tiene sentido a menos que posean un sistema de apoyo, una base —argumentó Esperanza—. ¿De qué sirve tener acceso a lo que poseen los hombres cuando todavía se las considera seres inferiores, obligadas a adoptar actitudes y comportamientos masculinos para lograr el éxito? Las que en verdad logran alcanzar el éxito son las perfectas conversas, y ellas también desprecian a las mujeres.

“De acuerdo con los hombres la matriz limita a la mujer tanto mental como físicamente. Ésta es la razón por la cual a las mujeres, pese a su acceso al conocimiento, no les ha sido permitido determinar qué es este conocimiento. Toma, por ejemplo, a los filósofos —propuso Esperanza—. Los pensadores puros. Algunos de ellos están encarnizadamente en contra de la mujer. Otros son más sutiles, en el sentido de que están dispuestos a admitir que la mujer podría ser tan capaz como el hombre si no fuese porque no le interesan las investigaciones racionales, y en caso de estar interesadas no debieran estarlo. Pues le cae mejor a la mujer ser fiel a su naturaleza: una compañera nutriente y dependiente del macho.

Esperanza expresó todo esto con incuestionable autoridad. Sin embargo, a los pocos minutos, a mi ya me asaltaban las dudas. —Si el conocimiento no es otra cosa que un dominio masculino ¿a qué entonces tu insistencia en que yo vaya a la universidad? —pregunté.

—Porque eres una bruja, y como tal necesitas saber qué te afecta y cómo te afecta —respondió—. Antes de rehusar algo debes saber por qué lo rehusas.

“Sabes, el problema es que el conocimiento en nuestros días se deriva simplemente de razonar las cosas, pero las mujeres tienen un camino distinto, nunca antes tomado en consideración. Ese camino puede contribuir al conocimiento, pero tendría que ser una contribución que nada tiene que ver con razonar las cosas.

—¿Con qué tendría que ver entonces?

—Eso es para que tú lo decidas, luego de haber dominado las herramientas del razonamiento y la comprensión.

Mi confusión era muy grande.

—Lo que proponen los hechiceros —continuó Esperanza— es que los hombres no pueden poseer el derecho exclusivo al razonamiento. Parecen poseerlo ahora porque el terreno sobre el cual lo aplican es uno donde prevalece lo masculino. Apliquemos entonces la razón a un terreno donde prevalece lo femenino, y ése es, naturalmente, el cono invertido que te describí; la conexión femenina con el mismísimo espíritu.

Ladeó apenas la cabeza, como decidiendo lo que estaba por decir.

—Esa conexión debe enfrentarse con otro tipo de razonamiento, algo nunca antes empleado: el lado femenino del razonamiento.

—¿Y cuál es el lado femenino del razonamiento, Esperanza?

—Muchas cosas; una de ellas es definitivamente ensoñar. —Me miró de manera cuestionante, pero yo nada tenía para decir.

Su profunda carcajada me tomó de sorpresa.

—Yo sé lo que esperas tú de los hechiceros: rituales y encantamientos, cultos raros, misteriosos. Quieres que cantemos. Quieres fundirte con la naturaleza; estar en comunión con los espíritus del agua; quieres paganismo, una visión romántica de lo que hacemos. Muy germánico.

“Para sumergirse en lo ignoto se necesitan agallas y mente. Sólo con eso podrás explicarte a ti misma y a otros los tesoros que podrás encontrar. —Esperanza se me acercó, ansiosa al parecer por confiarme algo. Se rascó la cabeza y estornudó repetidas veces, cinco veces como lo hacía el cuidador. —Necesitas actuar desde tu lado mágico —dijo.

—¿Y eso qué es?

—La matriz —y lo dijo con tanta calma y en tono tan bajo, como si no le interesase mi reacción, que casi no le oí. Luego, al darme cuenta de lo absurdo de sus palabras, me enderecé y miré a las otras.

—La matriz —repitió Esperanza— es el órgano femenino fundamental, el que le da a las mujeres ese poder, esa fuerza extra para canalizar su energía.

Explicó que el hombre en su búsqueda de la supremacía ha logrado reducir ese misterioso poder, la matriz, al nivel estricto de un órgano biológico cuya única función es reproducir, albergar la simiente del hombre.

Como si obedeciese a un llamado Névida se puso de pie, rodeó la mesa y vino a pararse tras de mí.

—¿Conoces la historia de la Anunciación? —murmuró casi pegado a mi oído.

—No —respondí, riendo.

Con ese mismo susurro confidencial me dijo que en la tradición judeocristiana los hombres son los únicos que escuchan la voz de Dios. Las mujeres, salvo la Virgen María, han sido excluidas de este privilegio.

Névida dijo que un ángel susurrándole a María era, por supuesto, algo natural. No lo era en cambio que lo Único que pudo decirle fue que daría a luz al hijo de Dios. La matriz no recibió conocimiento sino más bien la promesa de la semilla de Dios. Un dios masculino que a su vez engendraba otro dios masculino.

Yo queda pensar, reflexionar acerca de todo lo que se había dicho, pero mi mente estaba en total confusión.

—¿Y qué de los hechiceros hombres? —pregunté—. Ellos no tienen matriz y sin embargo están claramente conectados con el espíritu.

Esperanza me miró con una satisfacción que no intentó disimular; luego miró por encima de su hombro como temerosa de que alguien la escuchase. En un murmullo apenas dijo:

—Los hechiceros pueden alinearse con el espíritu pues han abandonado lo que específicamente define su masculinidad. Ya no son hombres.

CAPÍTULO DIECISIETE

La manera en que Isidoro Baltazar recorría la habitación difería de la que usualmente empleaba para cubrir el largo de su estudio rectangular. Antes siempre me calmaba su andar, pero esta vez poseía una cualidad molesta y amenazadora, trayendo a mi mente la imagen de un tigre que acecha entre la maleza, aún no preparado para saltar sobre su víctima pero consciente de que algo anda mal.

Dejé de lado lo que estaba leyendo, a fin de averiguar la naturaleza de su preocupación, cuando dijo:

—Nos vamos a México.

El modo en que lo dijo me causó risa, y el tono hosco y serio justificó mi risueña pregunta:

—¿Te vas a casar conmigo allí?

Se detuvo de pronto.

—Esta no es una broma —dijo enojado—. Esto es cosa seria —y no acabó de decirlo que sonrió, y con un gesto desvaído se preguntó a sí mismo—: ¿Qué estoy haciendo? Me estoy enojando contigo como si dispusiese de tiempo para ello. ¡Qué vergüenza! Ya el nagual Juan Matus me había advertido que somos una mierda hasta el momento final.

Me abrazó con fuerza como si regresase de una larga ausencia.

—No creo que sea una buena idea que yo vaya a México. Su respuesta fue como la de un militar dando órdenes.

—Cancela todo. Ya no queda tiempo.

Yo, feliz, respondí:

—Jawoh! mein Gruppenführer!

Distendido, rió.

Mientras viajábamos por Arizona me asaltó una extraña sensación, una sensación física parecida a un escalofrío que se extendía desde la matriz a todo el cuerpo, erizando la piel; la sensación de que algo andaba mal, mezclada con un elemento totalmente nuevo: certeza absoluta.

—Acabo de tener una intuición. ¡Algo está mal! —dije, y mi voz se volvió aguda contra mi voluntad. Como si fuese lo más natural del mundo, y luego de asentir con un movimiento de cabeza, Isidoro Baltazar me informó que los hechiceros ya se iban del mundo.

—¿Cuándo? —pregunté, dejando escapar un grito involuntario.

—Tal vez mañana o pasado o dentro de un mes, pero su partida es inminente.

Con un suspiro de alivio me acomodé en el asiento y me relajé conscientemente.

—Están diciendo que van a partir desde el día en que los conocí, hace ya más de tres años —murmuré con la sensación de que no debía haberlo dicho.

Isidoro Baltazar se volvió para mirarme, su rostro tenía por un lado una expresión de desprecio, por otro de empeño por desterrarla. Sonrió, palmeó mi rodilla y dijo con suavidad que en el mundo de los hechiceros uno no debería tomar las cosas tan al pie de la letra.

—Si los hechiceros te repiten algo hasta hartarte es porque desean prepararte para ello —y agregó, dura la mirada—: No confundas sus procedimientos mágicos con tus tonterías.

Sus palabras no provocaron enojo en mí. Mi miedo era demasiado intenso para permitirme ese lujo. Las acepté en silencio.

El viaje fue muy rápido, o al menos así me pareció a mí. Nos turnamos en el manejo y en el descanso, y a mediodía del día siguiente llegamos a la casa de las brujas. No perdimos el tiempo. No bien se apagó el motor del auto lo abandonamos para correr hacia la casa.

—¿Qué sucede? —preguntó el cuidador, sorprendido por nuestro abrupto y ruidoso arribo—. ¿Qué hacen ustedes, están peleando o se están persiguiendo el uno al otro?

—¿Cuándo se van? ¿Cuándo se van? —repetí mecánicamente, incapaz de contener mi ansiedad y temor.

Riendo el cuidador palmeó mi espalda y pronunció palabras de aliento.

—No voy a ningún lado. No te vas a deshacer de mí tan fácilmente. —Pese a sonar genuinas sus palabras no eliminaron mi ansiedad.

Examiné su rostro y sus ojos, procurando descubrir algún indicio de mentira, pero sólo vi sinceridad y bondad. Cuando noté que Isidoro Baltazar ya no estaba a mi lado me dominó de nuevo la tensión. Había desaparecido veloz y silencioso como una sombra. El cuidador percibió esa agitación, y con un gesto señaló la casa.

Oí la voz de Isidoro Baltazar, al parecer en tono de protesta, y luego su risa.

—¿Están todos aquí? —pregunté, intentando abrirme paso.

—Están adentro —respondió el cuidador, y abrió los brazos para detenerme—. No te pueden recibir en este momento. No te esperaban —añadió al ver que yo estaba por protestar—. Quieren que yo te hable antes de recibirte. —Tomó mi mano y me alejó de la puerta. —Vamos al fondo a recoger hojas —propuso—. Las quemaremos y dejaremos las cenizas a las hadas acuáticas. Tal vez las conviertan en oro.

No pronunciamos una sola palabra mientras recogíamos pila tras pila de hojas, pero la actividad física y el sonido del rastrillo que raspaba la tierra me tranquilizaron.

Me pareció que llevábamos horas recogiendo hojas, cuando de pronto supe que no estábamos solos en el patio, y al darme vuelta vi a Florinda. Vestida de chaqueta y pantalón blanco semejaba una aparición. Protegía su rostro un sombrero de paja, de ala muy ancha, en la mano sostenía un abanico de encaje. y su actitud era tan remota que parecía no ser del todo humana. Yo, inmóvil, la observé fascinada.

Preguntándome si repararía en mi presencia, y con pasos vacilantes, me acerqué a ella, y al percibir que de ninguna manera registraba mi proximidad, me detuve indecisa. No se trataba de un intento de protegerme contra el rechazo, ni de temor a ser desdeñada. Una indeterminada y sin embargo aceptada norma que impidió que le exigiese prestarme atención. No obstante, cuando el cuidador se sentó junto a ella en el banco, me apropié del rastrillo apoyado contra un árbol y de a poco me fui aproximando. El cuidador, pendiente de las palabras de Florinda, apenas acusó mi intento con una distraída sonrisa.

Hablaban un idioma desconocido para mí, pese a lo cual los escuché fascinada, sin poder determinar si era esa lengua o el afecto de Florinda por el viejo lo que confería a su voz ronca una cualidad a la vez tierna, suave y extraña.

De pronto Florinda se puso de pie, y como si la impulsase algún resorte invisible, recorrió el terreno con los movimientos zigzagueantes de un colibrí, haciendo un alto junto a cada árbol, tocando aquí una hoja y allí una flor. Alcé mi mano para atraer su atención pero me distrajo una mariposa que tejía sombras azules en el aire, y se posó luego sobre mi mano para proyectar su sombra oscura sobre mis dedos. Luego frotó la cabeza contra las patas, abrió y cerró varias veces las alas, y reanudó su vuelo dejando sobre mi dedo medio un anillo en forma de mariposa triangular.

Segura de que se trataba de una ilusión óptica sacudí repetidas veces mi mano.

—¿Es un truco, verdad? —pregunté al cuidador—. ¿Una ilusión Óptica?

Negó con la cabeza, su rostro se arrugó en radiante sonrisa, y tornando mi mano comentó:

—Es un anillo hermoso; un espléndido regalo.

Repetí sus palabras: "un regalo". Tuve un breve destello de intuición que desapareció para dejarme desorientada.

—¿Quién colocó ese anillo en mi dedo? —pregunté, observando la joya. Las antenas y el delgado cuerpo que dividían el triángulo eran de filigrana de oro blanco, tachonadas de pequeños diamantes.

—¿No te habías fijado antes en ese anillo? —preguntó el cuidador.

—¿Antes? —repetí desconcertada—. ¿Antes de qué?

—Has estado usando ese anillo desde que te lo regaló Florinda.

—Pero, ¿cuando? —pregunté, tapándome la boca con la mano para mitigar mi sensación de shock—. No recuerdo que Florinda me haya regalado un anillo —musité—, ¿y por qué no lo he notado antes?

El cuidador se encogió de hombros, y al no poder explicarse mi confusión, sugirió que tal vez yo no había reparado en el anillo debido a lo bien que calzaba en mi dedo. Pareció a punto de agregar algo, desistió, y en cambio me propuso continuar con la recolección de hojas.

—No puedo —dije—. Debo hablar con Florinda.

—¿Debes hablar con ella? —preguntó, como si yo hubiese enunciado algo ridículo e insano—. Se ha ido a dar un paseo —explicó, y señaló con el dedo el sendero que conducía a los cerros.

Alcancé a divisar su figura blanca que por momentos aparecía y luego tomaba a sumergirse en el chaparral.

—La alcanzaré —dije.

—Va lejos —advirtió el cuidador.

—Ese no es problema.

Corrí tras Florinda, y antes de alcanzarla aminoré mi paso para admirar el garbo de su andar, sus movimientos vigorosos, atléticos, realizados sin esfuerzo, con la espalda recta.

Cuando percibió mi presencia Florinda se detuvo abruptamente y se volvió, tendiéndome las manos.

—¿Cómo estás, querida? —preguntó, su voz clara, alegre y muy suave.

En mi ansiedad por averiguar lo referente al anillo omití saludarla como es debido, y con palabras confusas le pregunté si había sido ella quien colocó la joya en mi dedo.

—¿Es mía ahora? —pregunté.

—Sí, es tuya por derecho —respondió, y había algo en su tono, una seguridad que a la vez me emocionó y aterrorizó. Sin embargo ni se me ocurrió rehusar ese regalo, sin duda valioso.

—¿Posee poderes mágicos? —pregunté, dejando que la luz realzase el brillo de cada piedra.

—No —respondió riendo—. No posee ningún tipo de poder, pese a ser un anillo muy especial. No por su valor, o porque me haya pertenecido a mí, sino porque la persona que lo hizo era alguien muy especial.

—¿Era joyero? ¿La misma persona que hizo esas extrañas figuras que están en el cuarto del cuidador?

—La misma, pero no era joyero y tampoco escultor, y se hubiese reído si alguien lo llamaba artista. Sin embargo quien veía su obra no podía dejar de proclamarlo como tal, pues únicamente un artista podía haber producido las maravillas que él produjo.

Florinda se alejó unos pasos y dejó vagar su mirada por los cerros, como si la distancia contuviese memorias que ella necesitaba. Luego, devolviéndome su atención, y en voz apenas audible, reveló que todo lo que hacía ese nagual, fuese un anillo, una pared de ladrillos, baldosas para el piso, las invenciones maravillosas o una simple caja de cartón, se convertía en una pieza exquisita, no sólo en términos de maravillosa artesanía, sino por el sello inefable con el cual los imbuía.

Insistí que si el anillo había sido confeccionado por un individuo tan extraordinario debía poseer algún tipo de poder.

—El anillo en sí no posee poder alguno —aseguró Florinda— independiente de quien lo hizo. El poder estuvo en su gestación. El nagal estaba tan íntimamente compenetrado con lo que los hechiceros llaman intento, que pudo confeccionar este hermoso anillo sin ser joyero. El anillo representa un acto de puro intento.

Reacia a mostrarme como estúpida, no me animé a admitir que no poseía la más mínima idea de lo que ella quería significar con intento, de modo que me limité a preguntarle qué la había movido a hacerme tan maravilloso regalo.

—No creo merecerlo —agregué.

—Usarás el anillo para alinearte con el intento —fueron sus instrucciones, acompañadas por una sonrisa perversa—, pero por supuesto tú ya sabes cómo hacer ese alineamiento.

—No sé nada del asunto —repuse defensivamente, y enseguida confesé mi ignorancia sobre el tema.

—Tal vez no conozcas el significado de la palabra, pero tu intuición sabe cómo hacer una conexión con esa fuerza. —Acercó su cabeza a la mía, y me hizo saber que yo siempre había usado del intento para moverme de los ensueños a la realidad o para hacer realidad mi ensueño, fuese cual fuese. Me miró de manera expectante, sin duda esperando que yo arribase a conclusiones obvias, y al constatar mi expresión desorientada, agregó: —Tanto las invenciones que viste en el cuarto del cuidador como el anillo fueron hechos en ensueños.

—Sigo sin comprender —me lamenté.

—Las invenciones te asustan y el anillo te encanta, y dado que ambos son ensueños podría ser lo opuesto...

—Me asustas, Florinda. ¿Qué quieres decir con eso?

—Este, querida, es un mundo de ensueños. Te estamos enseñando a lograrlos por tu cuenta. —Mantuvo sus ojos oscuros y brillantes fijos en los míos unos instantes, y luego prosiguió. —En este momento todos los hechiceros del grupo de Mariano Aureliano te ayudan a entrar en este mundo, y también a permanecer en él. —Guardó silencio unos momentos y luego concedió que mi energía era ahora mayor que antaño. —Energía que viene de tus ahorros, y del préstamo que todos te hicimos.

Su metáfora bancaria era bien clara, pero aún no comprendía su referencia al anillo y al cuarto del cuidador.

—¡Mira alrededor de ti! —exclamó, extendiendo los brazos—. Éste no es el mundo cotidiano. —De nuevo observó un silencio, esta vez largo, y luego preguntó en voz baja si en el mundo de los diarios quehaceres era factible que las mariposas se convirtiesen en anillos. —Un mundo —dijo— seguro y rigurosamente estructurado por las reglas que nos han sido asignadas no permite esos prodigios.

Yo carecía de respuesta. Miré en tomo: los árboles, los arbustos, las montañas distantes. Me seguía eludiendo su itfeitncia. Lo que ella quería indicar, concluí, tendría que ser algo puramente subjetivo.

—¡No lo es! —insistió Florinda, leyendo mis pensamientos—. Éste es el ensueño de un hechicero. Es algo real. Tú entraste en él pues posees la energía necesaria.

Me observó resignada y dijo:

—No existen maneras para enseñarle a la mujer a ensoñar. Lo único que se puede hacer es apoyarlas para que reciban el tremendo potencial del que dispone su organismo.

“Puesto que para una mujer el ensoñar es cuestión de disponer de energía, lo importante es convencerla de la necesidad de modificar su profunda socialización a fin de adquirir esa energía. El acto de hacer uso de ella es automático; las mujeres ensueñan ensueños de hechiceros al instante que tienen a su disposición esa energía.

Confesó que una cuestión seria acerca de los ensueños de los hechiceros, atestiguada por sus propias experiencias, era la dificultad de imbuir a las mujeres del valor necesario para abrir nuevos caminos. La mayoría de ellas —y confesó ser una de ellas— prefiere sus cadenas conocidas al terror de lo nuevo.

—El ensoñar es únicamente para mujeres valientes —me susurró al oído. Luego rió fuerte y agregó: —O para aquellas que no tienen otra opción pues sus circunstancias son intolerables, una categoría a la cual pertenece la mayoría del sexo femenino sin saberlo.

El sonido de su risa ronca tuvo un raro efecto en mí, algo así como si hubiese despertado de un largo sueño y recordado algo olvidado mientras dormía.

—Isidoro Baltazar me habló de la inminente partida. ¿Cuándo es que parten?

—Todavía no voy a ninguna parte —dijo con voz firme pero teñida de una infinita tristeza—. Tu maestra de ensueños y yo nos quedamos. El resto se marcha.

No comprendí el significado de su explicación, y con miras a ocultar mi confusión recurrí a un comentario jocoso.

—En tres años mi maestra de ensueños, Zuleica, no me ha dirigido la palabra. Tú y Esperanza son las únicas que me han guiado y enseñado.

Las carcajadas de Florinda reverberaron en torno de nosotros, un sonido alegre que a la vez me produjo intenso alivio y desconcierto.

—Explícame algo, Florinda. ¿Cuándo me diste esta sortija? ¿Cómo es que pasé de recoger hojas a poseer esta belleza?

El rostro de Florinda resplandecía de contento al explicar que el recogimiento de hojas puede muy bien ser tomado como uno de los accesos al ensueño de los hechiceros, siempre y cuando se disponga de la suficiente energía como para cruzar el umbral. Tomando mi mano agregó:

—Yo te di la sortija mientras estabas cruzando, por lo tanto tu mente no registró el hecho. De pronto, cuando ya estabas dentro del ensueño, la descubriste en tu dedo.

La miré con curiosidad. Había algo incomprensible en su explicación, algo vago y confuso.

—Regresemos a la casa —sugirió— y crucemos de nuevo ese umbral. Tal vez ahora lo reconozcas. Sin prisa desandamos nuestro camino, aproximándonos a la casa desde atrás. Yo llevaba la delantera para tener perfecta noción de todo, y con ojos bien alertas inspeccioné los árboles, las baldosas y las paredes en procura de algún indicio de cambio, o algo que me permitiese interpretar la transición.

Lo único destacable resultó ser la ausencia del cuidador, y cuando me volví para informarle a Florinda que nada había percibido respecto a la transición, ella ya no estaba allí. Había desaparecido, dejándome sola.

Entré en la casa, y una vez más la encontré vacía, pero esta sensación de soledad ya no me asustaba. El temor al abandono había perdido vigencia. Automáticamente me encaminé a la cocina y comí los tamales de pollo que habían quedado dentro de un cesto. Luego busqué mi hamaca e intenté poner orden en mis pensamientos.

Al despertar me encontré sobre un catre en un cuarto pequeño y oscuro. Miré alrededor, desesperada, en busca de una explicación, y al detectar unas sombras grandes que se agitaban cerca de la puerta, me incorporé. En mi afán por descubrir si la puerta estaba abierta y las sombras dentro de la habitación, busqué la bacinilla bajo el catre que, de alguna manera, sabía que se encontraba allí, y la arrojé. La bacinilla cayó afuera, rasgando el silencio con su ruido.

Las sombras desaparecieron, y para asegurarme de que no fueron simple producto de mi imaginación abandoné la estancia. Desorientada fijé la vista en el alto cerco de mezquite, y de pronto reconocí estar en la parte posterior de la casa pequeña.

Todo esto ocupaba mi mente mientras buscaba la bacinilla que había rodado hasta alcanzar el cerco de mesquite. Cuando me incliné para recuperarla un coyote se escurrió a través de esa valía, y en gesto automático se la arrojé. La bacinilla erró al blanco y rebotó en una roca, pero el animal, indiferente al ruido y a mi presencia, prosiguió su camino y tuvo la audacia de volver varias veces la cabeza para mirarme. Su piel tenía el brillo de la plata y su espesa cola, convertida en varita mágica, despertaba al tocarla a cada roca, y éstas, al adquirir vida, labios parlantes y ojos que brillaban, formulaban extrañas preguntas en voces demasiado débiles para ser escuchadas.

Mi alarma se hizo grito, mientras las rocas se me acercaban veloces. De inmediato supe que estaba ensoñando.

—Ésta es una de mis acostumbradas pesadillas —murmuré—. Con sus monstruos, sus miedos y todo lo demás. —Convencida de que una vez reconocido y enunciado el problema sus efectos quedaban neutralizados, me resigné a vivir el terror de la pesadilla cuando oí a una voz decir: — Prueba el carril de los ensueños.

Al volverme encontré a Esperanza parada bajo la ramada, atendiendo un fuego encendido sobre una plataforma elevada, hecha de caña y revestida de barro, a cuya luz aparecía extraña y remota, separada de mí por una distancia en nada relacionada con el espacio.

—No tengas miedo —ordenó, y luego en voz más baja—, todos compartimos nuestros ensueños, pero ahora no estás ensoñando —declaración que debió repetir al ver la duda estampada en mi rostro.

Me le acerqué. No sólo su voz había perdido su acento familiar, sino que ella misma parecía distinta. Desde donde yo me encontraba era Esperanza, pese a lo cual se parecía a Zuleica. Al acercarme más comprobé que era Zuleica!, joven, fuerte y muy hermosa, no mayor de cuarenta años. Su rostro ovalado tenía por marco cabellos negros y ondulados, a punto de encanecer, pálido y coronado por ojos oscuros y acuosos, bien separados uno de otro, y su mirada abstraída, enigmática y muy pura. Su labio superior, muy fino, insinuaba severidad, en tanto el inferior, casi voluptuoso, hablaba de dulzura y también pasión.

Fascinada por el cambio operado en ella no pude quitarle los ojos de encima, y concluí que sin duda ensoñaba.

Su risa reveló que me había leído mis pensamientos. Tomó mi mano y me habló con dulzura.

—No estás ensoñando, querida. Éste es el verdadero yo. Soy tu maestra de ensueños, soy Zuleica. Esperanza es mi otro yo. Los hechiceros le llaman “el cuerpo energético o el cuerpo de ensueños” Mi corazón latía con una violencia tal que me dolía el pecho, y la ansiedad y la agitación por poco me ahogaron. Intenté retirar la mano que ella retenía con una firmeza tal que no pude quebrar. Cerré los ojos con fuerza pues más que nada no deseaba verla al abrirlos nuevamente pero, por supuesto, allí estaba, con los labios partidos en radiante sonrisa. Cerré de nuevo los ojos y salté pateando el aire como si me hubiese vuelto loca, y con mi mano libre me abofeteé repetidas veces hasta causarme intenso dolor. De nada sirvió; no lograba despertar. Cada vez que abrí los ojos fue para enfrentarme con ella.

—Me parece que ya has tenido bastante —dijo riendo cuando le ordené que me golpeará, pese a lo cual obedeció, administrándome dos fuertes golpes en la parte superior de mis brazos con su bastón.

—De nada sirve, querida —dijo con una voz que sonaba cansada; suspiró hondo y soltó mi mano—. No estás ensoñando, y yo soy Zuleica, pero cuando ensueño soy Esperanza y algo más también, pero mejor dejamos eso para otra oportunidad.

Yo quería decir algo, no importaba qué, pero no podía hablar. Mi lengua estaba paralizada y sólo emití un lamento permno. Intenté relajarme mediante cierto modo de respirar aprendido en una clase de yoga.

Mis esfuerzos le causaron gracia, y su risa surtió el efecto de calmarme, tal era su calor y la confianza que irradiaba. Instantáneamente mi cuerpo se relajó.

—Tú eres una acechadora, y por derecho perteneces a Florinda

—dijo, y su voz no admitía discusión o contradicción—. También eres sonámbula y una gran ensoñadora natural, y en virtud de ello también me perteneces a mí.

Hubiese querido reír y decirle que estaba loca de remate, pero otro aspecto mío estaba en completo acuerdo con su declaración.

—¿Cómo quieres que te llame? —preguté.

—¿Cómo quiero que me llames? —repitió, mirándome como si la pregunta fuese absurda—. Yo soy Zuleica. ¿Qué crees que es esto? ¿Un juego? Aquí no nos dedicamos a los juegos.

Sorprendida por su vehemencia apenas atiné a murmurar que no había pensado que fuese un juego.

—Cuando ensueño soy Esperanza —continuó. Se la veía seria pero a la vez radiante, la voz incisiva e intensa. —Cuando no ensueño soy Zuleica, pero ser Esperanza, Zuleica o cualquier otra a ti no te incumbe. Sigo siendo tu maestra de ensueños.

Sólo pude asentir con un desvaído movimiento de cabeza. Aun si hubiese tenido algo para decir no hubiese podido hacerlo. Sentí que un sudor frío me corría por el cuerpo, mis entrañas se aflojaron y mi vejiga estaba a punto de estallar. Quería ir al baño para aliviarme y vomitar.

No pude resistir; era cuestión de desgraciarme allí mismo o correr al retrete. Por fortuna reuní la suficiente energía como para optar por lo último. La risa juvenil de Zuleica me acompañó todo el trayecto.

Cuando regresé me instó a sentarme junto a ella en un banco de madera. Obedecí automáticamente, sentándome en el borde y plegando mis manos nerviosas sobre las rodillas.

En sus ojos se reflejaba una dureza que, mitigada por la bondad, me llevó a la certeza de que era ante todo un exponente de disciplina interna. Su implacable autocontrol había estampado todo su ser con un atractivo sello a la vez huidizo y esotérico, pero no el esoterismo del comportamiento oculto y furtivo, sino el de lo misterioso y desconocido, y por tal razón, cada vez que la veía, la seguía como un cachorro a su amo.

—Hoy has experimentado dos transiciones —explicó—. Una del estado de estar normalmente despierta al de ensoñar despierta y el otro de ensoñar despierta a estar normalmente despierta. La primera fue suave y casi imperceptible, la segunda una pesadilla. Eso es normal, y todos la experimentamos de esa manera.

Logré una sonrisa forzada.

—Pero todavía no sé qué fue lo que hice. No guardo memoria de mis pasos. Las cosas me suceden, y me encuentro en medio de un ensueño sin saber cómo llegué allí.

—Lo normal es comenzar a ensoñar durmiéndose en una hamaca o algún aparejo similar colgado de alguna viga o de un árbol. Así suspendida no tenemos contacto con el suelo. El suelo nos atrapa, no lo olvidas. Suspendido así un ensoñador novato aprende cómo la energía muda de estar despierto a ensoñar, y de ensoñar un ensueño a ensoñar despierto. Todo esto, como ya te dijo Florinda, es cuestión de energía. En cuanto la tienes, vuelas.

“Ahora tu problema será si lograrás almacenar suficiente energía por ti misma, pues los hechiceros ya no podrán prestártela —y Zuleica elevó sus cejas exageradamente antes de agregar—: Veremos. Yo trataré de recordártelo la próxima vez que compartamos nuestros ensueños —y rió como una criatura al observar el desconcierto que reflejaba mi rostro.

—¿Cómo hacemos para compartir nuestros ensueños? —pregunté, buscando la respuesta en esos ojos incomparables, oscuros y brillantes, cuyas pupilas irradiaban intensa luz.

En lugar de contestar Zuleica añadió un par de leños al fuego que al reavivarse intensificó la luz circundante. Por un instante permaneció inmóvil con los ojos fijos en las llamas, como recogiendo la luz, y después de dirigirme una breve y punzante mirada, se sentó en cuclillas y enfundó sus rodillas con sus fuertes y musculosos brazos, y contemplando la oscuridad, atenta al chisporroteo del fuego, comenzó a mecerse de lado a lado.

—¿Cómo compartimos nuestros ensueños? —repetí.

Zuleica detuvo su movimiento oscilante, sacudió la cabeza, y luego elevó la vista, sorprendida como si recién despertara.

—Por el momento me es imposible explicar eso. El ensoñar es incomprendible. Hay que vivirlo, no discutirlo, igual que en el mundo diario donde antes de explicar o analizar algo hay que haberlo experimentado. —Dijo esto de manera lenta y deliberada, admitiendo la importancia de explicar los pasos a medida que se daban. —Sin embargo las explicaciones son a veces prematuras, y éste es uno de esos casos. Algún día le verás el sentido a todo esto —concluyó, al notar el desencanto que transmitía mi rostro.

Con un movimiento rápido se puso de pie y regresó a la contemplación del fuego como si sus ojos necesitasen nutrirse de su luz. Su sombra proyectada por las llamas se hizo enorme contra el techo y la pared de la ramada, y sin siquiera despedirse recogió sus amplias faldas y buscó el refugio de la casa.

Incapaz de moverme quedé clavada al suelo, apenas respirando a medida que el resonar de sus sandalias se alejaba.

—¡No me dejes! —grité aterrada—, hay cosas que necesito saber.

Zuleica reapareció de inmediato.

—¿Qué necesitas saber? —preguntó en tono distraído.

—Lo siento —me excusé—, no fue mi intención gritar. Creí que habías entrado en uno de los cuartos —y mi mirada implorante esperó lograr de ella la ansiada explicación.

No explicó nada, limitándose a repetir su pregunta.

Pregunté lo primero que se me ocurrió:

—¿Hablarás de nuevo conmigo cuando vuelva a verte? —temerosa de que si no hablaba ella tomada a desaparecer.

—Cuando te vea de nuevo no estaremos en el mismo mundo de antes —respondió—. ¿Quién sabe qué haremos allá?

—Pero hace un rato —insistí— me dijiste que eres mi maestra de ensueños. No me dejes en la oscuridad. Explicame las cosas. No aguanto ya esta tormenta; estoy partida en dos.

—Así es —concordó—. Por seguro estás dividida —y me miró con infinita bondad—, pero eso se debe a que no abandonas tus viejos hábitos. Eres una buena ensoñadora. El cerebro de los sonámbulos posee un potencial formidable; eso., si te decides a cultivar tu carácter.

Apenas escuché lo que decía. Intenté infructuosamente poner en orden mis pensamientos. Una sucesión de imágenes de sucesos no bien recordados desfiló por mi mente con increíble rapidez, pero mi voluntad no lograba controlar su orden ni su naturaleza. Luego estas imágenes se transformaron en sensaciones, las cuales, no obstante su precisión, rehusaban definirse, rehusaban transformarse en palabras o ni siquiera en pensamientos.

Obviamente consciente de mi incapacidad, el rostro de Zuleica se iluminó con una sonrisa.

—Todos, y en todo momento, hemos ayudado al nagual Mariano Aureliano a empujarte a la segunda atención. Allí encontramos continuidad y fluidez, igual que en la vida diaria. En ambos estados domina lo práctico, y actuamos eficientemente en ellos. Sin embargo, lo que no podemos

lograr en la segunda atención es desmenuzar nuestra experiencia para manejarla, sentimos seguros y entenderla.

Mientras hablaba yo pensaba para mis adentros: "Está perdiendo su tiempo diciéndome todo esto... ¿No sabe acaso que soy demasiado estúpida para entender sus explicaciones?", pero ella continuó hablando, sonriendo, obviamente sabiendo que si yo admitía no ser muy lista, eso equivalía a también admitir que en algo había cambiado; caso contrario no me lo concedería ni a mí misma.

—En la segunda atención —continuó— o como yo prefiero llamarla, cuando ensoñamos despiertos, uno debe creer que el ensueño es tan verdadero como en el mundo real. En otras palabras, debemos acceder. Para los hechiceros todo negocio mundano o extramundano está regido por sus actos irreprochables, y detrás de todo acto irreprochable está el acceder, que no es aceptación. El acceder incluye un elemento dinámico: incluye acción —y su voz se hizo suave, y había en sus ojos un brillo febril cuando terminó diciendo—: En el momento en que uno comienza a ensoñar despierto se nos abre un mundo de incitantes e inexploradas posibilidades, donde la última audacia se convierte en realidad, donde se espera lo inesperado. Ése es el momento en que comienza la aventura definitiva del hombre, y el universo se convierte en un lugar de posibilidades y maravillas ilimitadas.

Siguió a esto un largo silencio durante el cual Zuleica pareció estar ponderando sus próximas palabras.

—Con la ayuda del nagual Mariano Aureliano tú llegaste a contemplar el resplandor de los surem —comenzó, con voz suave y seria—, esas criaturas mágicas que existen sólo en las leyendas de los indios, y que los hechiceros pueden ver únicamente cuando ensueñan despiertos al nivel más profundo. Son seres de otro mundo que brillan como seres humanos fosforescentes.

A continuación me dio las buenas noches y entró en la casa, y luego de un momento de desconcierto corrí tras ella, pero antes de alcanzar el umbral oí la voz de Florinda diciendo:

—¡No la sigas!

La presencia de Florinda me resultó tan inesperada que debí apoyarme contra la pared hasta tanto los latidos de mi corazón se normalizaron.

—Ven, hazme compañía —sugirió. Estaba sentada en el banco, alimentando el fuego, y la luz esquiva de sus ojos y la blancura fantasmal de sus cabellos eran más una memoria que una visión. Me estiré sobre el banco como si fuese lo más natural, y coloqué mi cabeza en su falda.

—Nunca sigas a Zuleica o a ninguna de nosotras, a menos que se te pida que lo hagas —advirtió Florinda, peinando mis cabellos con sus dedos—. Como bien sabes Zuleica no es lo que parece ser. Siempre es más, mucho más que eso. Nunca trates de definirla, pues cuando creas haber agotado todas las posibilidades te hará trizas al ser más de lo que puedas imaginar en tus más delirantes fantasías.

—Lo sé —respondí, acompañando mis palabras con un suspiro de alivio. Sentía que la tensión abandonaba mi rostro y también mi cuerpo. —Zuleica es un surem de las montañas del Bacatete —dije con absoluta convicción—, hace tiempo que conozco la existencia de estas criaturas —y al notar la sorpresa en el rostro de Florinda me envalentoné—. Zuleica no nació como cualquier humano. Ella fue establecida. Es la encamación misma de la hechicería.

—No —y la contradicción de Florinda fue enfática—. Zuleica nació, pero Esperanza no. Piensa en este enigma.

—Creo comprender —murmuré—, pero soy muy insensible y no puedo formular lo que entiendo.

—Vas por buen camino —comentó risueña—. Siendo como eres, normalmente insensible, debes esperar a estar bien despierta, ciento por ciento despierta, para poder entender. En este momento sólo alcanzas el cincuenta por ciento. El secreto está en permanecer en estado de conciencia

acrecentada donde nada nos es imposible comprender —y al adivinar mi intención de interrumpirla, cubrió mi boca con su mano—. No pienses en ello ahora. Recuerda siempre que eres compulsiva, aun en estado de conciencia acrecentada, y que tus pensamientos no son profundos.

Oí que algo se movía en las sombras que proyectaban los arbustos, e incorporándome exigí que quien fuese se identificase. Me respondieron risas femeninas.

—No puedes verlas —anunció Florinda.

—¿Y por qué se ocultan de mí?

—No se ocultan de ti —explicó Florinda con una sonrisa—. Es sólo que no puedes verlas sin ayuda del nagual Mariano Aureliano.

No supe qué decir. Por un lado las palabras de Florinda tenían sentido, pese a lo cual me encontré meneando la cabeza en gesto negativo.

—¿Puedes ayudarme a verlas?

—Pero tus ojos están cansados —objetó Florinda—, cansados de ver demasiado. Necesitas dormir. Deliberadamente mantuve los ojos bien abiertos, temerosa de perder lo que emergiese de los arbustos no bien aminorase mi atención, y quedé mirando las sombras y los arbustos sin poder determinar cuál era cuál, hasta caer en un profundo sueño.

CAPÍTULO DIECIOCHO

El cuidador se encontraba dormitando sobre su banco favorito a la sombra del zapote. A eso se había reducido su actividad en los dos últimos días. Ya no barría los patios ni recogía las hojas; en cambio dedicaba horas a dormir o contemplar la lejanía, como si tuviese un secreto entendimiento con algo que sólo él podía ver.

Todo había cambiado en la casa, y de manera incesante me preguntaba si no había sido un error de mi parte el venir a visitarlas. Como de costumbre me sentía culpable y a la defensiva, y dedicaba mi tiempo a dormir durante horas. No obstante, cuando estaba despierta, me perturbaba comprobar que ya nada era igual, y recorría la casa sin un propósito fijo. Pero todo era inútil. Algo parecía haber huido de esa casa.

Un prolongado y sonoro suspiro del cuidador interrumpió mis cavilaciones, y ya incapaz de contener durante más tiempo mi ansiedad, dejé el libro que leía, me puse de pie y, aproximándome, lo invité a recoger y quemar hojas.

Mi pregunta pareció sobresaltarle, pero no respondió a ella. Era imposible captar la expresión de sus ojos debido a las gafas oscuras que usaba, y no supe si permanecer allí a la espera de su contestación o alejarme, y temiendo que tomara a dormirse, liberé mi impaciencia para preguntarle si existía una razón para haber abandonado la recolección y la quema de las hojas.

Desvió mi pregunta con una propia.

—¿Has visto o escuchado caer una hoja en estos últimos dos días? —y quitándose los lentes oscuros me taladró con la mirada.

Su porte y la severidad con que me habló, antes que las palabras en sí, que encontré ridículas, me movieron a darle una respuesta negativa.

Me invitó a compartir su banco, y acercándose me susurró en el oído:

—Estos árboles saben exactamente cuándo deben desprenderse de sus hojas. —Miró en tomo cual si temiese ser escuchado, y enseguida agregó: —y saben que ahora no es necesario.

—Las hojas se marchitan y caen, pese a todo —anuncié pomposamente—. Es una ley de la naturaleza.

—Estos árboles son muy caprichosos —sostuvo testarudo—, tienen mente propia, no respetan las leyes de la naturaleza.

—¿Y qué es lo que los ha llevado a no descartar sus hojas?

—Esa es una buena pregunta —musitó, frotándose la barbilla en actitud pensativa—. Lamento no conocer la respuesta todavía; los árboles no me la han dado pues, como ya te dije, éstos son árboles temperamentales —y antes de que yo pudiese responder me sor-prendió con algo totalmente inesperado—: ¿Ya has preparado tu comida?

Me desorientó el abrupto cambio de tema. Admití haberme preparado el almuerzo, luego de lo cual se apoderó de mí un humor casi desafiante que me hizo decir:

—No es que me interese tanto la comida. Estoy acostumbrada a comer lo mismo día tras día, y si no fuera que el chocolate y las nueces me producen granos en la cara, viviría siempre de eso.

Después abandoné toda precaución, y comencé a quejarme. Le dije al cuidador que deseaba que las mujeres me hablasen.

—Apreciaría que me tuviesen al tanto de lo que está sucediendo pues la ansiedad me está matando —y al descargarme me sentí mejor, muy aliviada—. ¿Es verdad que se van para siempre?

—Ya se han marchado para siempre —informó el cuidador, quien al ver mi expresión desconcertada agregó—, pero ya lo sabías, ¿no? Estás hablando sólo para hacer conversación, ¿verdad?

Antes de que yo lograra reponerme del shock me preguntó en un tono de auténtica perplejidad.

—¿Por qué te afecta eso? —y se contestó a sí mismo luego de una pausa—. ¡Ya sé! ¡Ya lo tengo! Estás furiosa porque se llevaron a Isidoro Baltazar con ellos. —Me palmeó la espalda como para enfatizar cada palabra, diciéndome su mirada que poco le importaba que yo desembocase en lágrimas o en una de mis rabetas.

Saber que carecía de público me serenó de inmediato el ánimo.

—Eso no lo sabía —murmuré—, juro que no lo sabía. Sentí el rostro exangüe, dolor en las rodillas y una tremenda opresión en el pecho, y sintiéndome al borde del desmayo aferré ambas manos al banco.

Las palabras del cuidador me llegaban desde lejos: —Nadie sabe si regresará, ni siquiera yo. Mi impresión personal es que se ha ido con ellos en forma temporal, pero regresará, si no pronto, entonces algún día. Esa es mi opinión.

Intenté descubrir en sus ojos alguna señal de burla, pero el rostro irradiaba bondad y honestidad, y sus ojos brillaban sinceros como los de un niño.

—No obstante —advirtió el cuidador—, cuando regrese ya no será Isidoro Baltazar, el Isidoro Baltazar que tú conociste. Ese se ha ido, ¿y sabes qué es lo más triste? —y de nuevo, y luego de una pausa contestó su propia pregunta—. Lo aceptaste como algo tan natural que ni siquiera le agradeciste sus cuidados, su ayuda y su afecto hacia ti. Nuestra gran tragedia es la de ser bufones, indiferentes a todo salvo nuestra bufonería.

Yo me sentía demasiado aplastada como para emitir palabra.

Con uno de sus usuales movimientos abruptos el cuidador se puso de pie y caminó hacia el sendero que conducía a la otra casa. Se diría que estaba demasiado avergonzado como para permanecer conmigo.

—No me puedes dejar aquí, sola —le grité.

Se volvió para hacerme señas con la mano, y luego comenzó a reír con una risa alegre que resonaba en el chaparral. Agitó su mano por última vez, y luego desapareció cual si lo hubiesen tragado los arbustos.

Incapaz de seguirlo aguardé su regreso, o una de sus súbitas apariciones para asustarme. Ya estaba preparándome para tal susto, intuido en mi cuerpo más que anticipado mentalmente. Como ya había sucedido con anterioridad ni vi ni escuché a Esperanza aproximarse, aunque percibí su presencia. Me volví, y allí estaba, sentada en el banco bajo el zapote, y el simple hecho de verla me llenó de regocijo.

—Pensé que nunca te vería de nuevo —suspiré—. Casi me había resignado a ello. Pensé que habías partido.

—¡Dios bendito! —comentó con ademán de burla.

—¿Eres en verdad Zuleica?

—Ni lo sueñes. Soy Esperanza. ¿Y tú qué haces? ¿Te estás volviendo loca haciendo preguntas a las cuales nadie puede responder?

Jamás en mi vida he estado tan cerca de un colapso total como en ese momento. Sentí que mi mente no aguantaría tanta presión. y que mi angustia y mi inquietud me destruirían.

—Fuerza, muchacha —ordenó Esperanza con dureza—, aún falta lo peor, pero podemos tener piedad contigo. Parar la presión porque estás por venirte abajo no es de hechiceros. Tu desafío es el ser puesta a prueba hoy. O vives o mueres, y no lo digo metafóricamente.

—¿Ya no lo veré a Isidoro Baltazar? —pregunté a través de las lágrimas que me hacían difícil el hablar.

—No puedo mentir para evitarle el dolor. No, nunca regresará. Isidoro Baltazar es sólo un momento de hechicería. Un ensueño que pasó luego de ser ensoñado. Isidoro Baltazar, al igual que el ensueño, ya se marchó.

Una leve sonrisa, casi nostálgica, curvó sus labios.

—Lo que aún no sé es si este hombre, el nuevo nagual, también se ha ido definitivamente. Por supuesto entiendes que aun si regresa no será Isidoro Baltazar. Será otra persona que tendrás que conocer de nuevo.

—¿Será un desconocido para mí? —pregunté no muy segura de querer saberlo.

—No lo sé, hija —respondió con el desgano propio de la incertidumbre—. Sencillamente no lo sé. Yo misma soy un ensueño, como también lo es el nuevo nagual. Ensueños como nosotros tienen el sello de no ser permanentes, pues es nuestra impermanencia lo que nos permite existir. Nada nos retiene excepto el ensueño.

Cegada por mis lágrimas me era casi imposible verla.

—Para aliviar tu pena húndete en ti misma —aconsejó—. Siéntate con las rodillas elevadas, tomando tus tobillos con los brazos cruzados: el tobillo derecho con la mano izquierda. Descansa tu cabeza sobre las rodillas y deja que la pena se vaya. Deja que la tierra te calme, que su fuerza curativa venga a ti.

Me senté en el suelo de la manera aconsejada, y en escaso tiempo mi tristeza se había disipado, reemplazada por una sensación corporal de bienestar. Perdí noción de mi misma salvo en relación con el momento que estaba viviendo. Desprovista de mi memoria subjetiva el dolor no existía.

Con la mano, Esperanza señaló el lugar junto a ella en el banco, y en cuanto lo ocupé, ella tomó mi mano para frotarla un momento, como si la estuviese masajeando. Luego comentó que para ser una mano tan huesuda tenía bastante carne. Volvió la palma hacia arriba y la estudió con detención para terminar, sin decir una palabra, enroscándola en un puño.

Permanecimos largo rato en silencio. Caía la tarde, y nada se escuchaba salvo el rítmico son de las hojas mecidas por el viento.

Observándola se apoderó de mí una extraña certeza: sabía que Esperanza y yo habíamos hablado mucho respecto de mi venida a la casa y la partida de los hechiceros.

—¿Qué pasa conmigo, Esperanza? ¿Estoy ensoñando?

—Bien —repuso, y con ojos chispeantes me recomendó someter el ensueño a una prueba—. Siéntate en el suelo y pruébalo.

Así hice, pero lo único que sentí fue el frío de la roca sobre la cual me senté.

—No estoy ensoñando —aseguré—; en tal caso ¿por qué siento que ya hemos hablado? —y estudié su rostro en procura de algún indicio que resolviese mi dilema—. Esta es la primera vez que te veo desde mi arribo, pero siento que hemos estado juntas todos los días —dije, más para consumo propio que para ser escuchada por Esperanza—. Ya van siete días.

—Mucho más que eso —respondió—, pero es algo que debes resolver sola, con un mínimo de ayuda.

Manifesté mi acuerdo. Era mucho lo que quería preguntar, pero sabía y aceptaba que hablar sería inútil. Sabía sin saber cómo lo sabía que ya habíamos tocado todos esos temas y que me encontraba saturada de respuestas.

Esperanza me observó pensativa y dudosa. Luego, muy lentamente, enunciando sus palabras con cuidado, dijo: —Debo advertirte que la conciencia que has adquirido, no importa cuán profunda y permanente te pueda parecer a ti, es sólo temporaria, y pronto regresarás a tus tonterías. Ese es el sino de nosotras las mujeres: ser singularmente difíciles.

—Creo que estás equivocada —protesté—. No me conoces en absoluto.

—Es precisamente porque te conozco que digo esto —y luego de una pausa agregó con voz áspera y seria—: Las mujeres son muy astutas. Recuerda que al ser criadas para ser sirvientas se vuelven extremadamente furtivas y astutas —y su risa explosiva borró todo deseo mío de protestar.

“Lo mejor que puedes hacer es no decir nada —dijo, y tomando mi mano me ayudó a ponerme de pie y sugirió entrar en la casa pequeña para entablar una larga y muy necesaria conversación. No entramos en la casa, sino que nos sentamos en un banco junto a la puerta principal. En silencio quedamos allí casi una hora, luego de la cual Esperanza se volvió hacia mí. Parecía no verme, y llegué a preguntarme si no habría olvidado que yo había venido con ella y me encontraba sentada a su lado. Sin reparar en mi existencia se puso de pie para alejarse unos pasos, mirar la otra casa, y luego de un largo rato decir:

—Me voy lejos.

No podría decir si fue la esperanza, la excitación o el temor lo que me provocó una extraña sensación desagradable en la boca del estómago. Sabía que ella no se refería a distancia en términos de millas sino aludiendo a otros mundos.

—No me importa si es lejos donde vamos —dije, bravata que estaba lejos de sentir. Desesperadamente deseaba saber, pero no me animaba a preguntar cuál sería el destino final de nuestro viaje.

Esperanza sonrió y abrió grande los brazos como para abrazar el sol poniente que moría en el ocaso en medio de un incendio. Las lejanas montañas eran de un púrpura oscuro, y una brisa liviana se filtraba por entre los árboles haciendo mecer las hojas.

Siguió una hora silenciosa y luego todo se detuvo cuando el hechizo del crepúsculo inmovilizó el mundo alrededor. Cesaron todos los sonidos y cada movimiento, y los contornos de los arbustos, los árboles y las sierras se vieron definidos de manera tan precisa que se diría que habían sido recortados contra el cielo.

Me acerqué a Esperanza a medida que las sombras nos rodearon y el cielo se borró. La visión de la otra casa, silenciosa, con sus luces brillando como luciérnagas en la oscuridad, evocó en mí una profunda emoción sepultada en mi interior y no ligada a ninguna vivencia del momento sino a un vago, triste y nostálgico recuerdo juvenil.

Debo de haber estado profundamente inmersa en mis pensamientos pues de pronto me encontré caminando junto a Esperanza. Mi cansancio y anterior ansiedad habían desaparecido, y llena de una abrumadora sensación de vigor marchaba en una especie de éxtasis y de felicidad silenciosa, mis pies impulsados por algo superior a mi voluntad.

Nuestro camino cesó abruptamente. El terreno era una ladera y los árboles se extendían bien alto sobre nuestras cabezas. Grandes rocas se veían desparramadas aquí y allá, y de lejos llegaba el sonido de aguas que corrían, sonido parecido a un suave y reconfortante canto. Con un suspiro, repentinamente fatigada, me re-costé contra una de las rocas y deseé que fuese ése el final de nuestro viaje.

—¡No hemos llegado a destino todavía! —gritó Esperanza, que ya, moviéndose con la agilidad de una cabra, había escalado la mitad de un trayecto rocoso. No me esperó, ni siquiera volvió su mirada para constatar si la seguía. Mi corto descanso me había despojado de mi postrer fortaleza, y apenas pude seguirla con dificultad, entrecortado el aliento, resbalando entre las piedras.

A mitad de camino la senda continuaba contorneando una piedra enorme, y la vegetación seca y quebradiza cedió lugar a plantas frondosas, oscuras en la temprana luz crepuscular. También cambió el aire, ahora húmedo y para mí más respirable. Esperanza se movía con seguridad por el sendero estrecho lleno de sombras, silencios y susurros. Conocía los sonidos misteriosos de la noche e identificó en voz fuerte cada uno de sus gritos, llamados, croares y silbidos.

Unos peldaños cortados en la roca, que conducían a un oculto montículo de piedras, interrumpieron nuestro camino.

—Recoge una y guárdala en tu bolsillo —ordenó.

A primera vista todas las piedras parecían iguales, lisas como las de un arroyo, pero una más detallada inspección revelaba sus diferencias. Algunas eran tan lisas y brillantes que parecían haber sido lustradas.

Me tomó tiempo elegir una a mi gusto; pesada, pero que calzaba a la perfección en la palma de mi mano; de un color marrón claro, forma de cuña y entrecruzada por venas lechosas casi translúcidas.

Un ruido me sobresaltó y casi solté la piedra.

—Alguien nos sigue —advertí en voz baja.

—¡Nadie nos sigue! —respondió Esperanza, entre incrédula y divertida, y rió al ver que me refugiaba tras un árbol—. Posiblemente sea un sapo saltando entre la maleza.

Hubiese querido decirle que los sapos no saltan en la oscuridad, pero no estaba muy segura de ello, y me sorprendió no haberlo dicho espontáneamente, y con absoluta certeza, cual era habitual en mí.

—Algo anda mal en mí, Esperanza —dije, alarmada—. No soy la de siempre.

—Nada anda mal, querida —me aseguró—. En realidad eres más tú misma que nunca.

—Me siento extraña... —y mi voz se perdió. Por primera vez desde mi arribo a la casa de las brujas comenzaba a percibir una configuración reconocible en lo que me estaba sucediendo.

—Es muy difícil enseñar algo tan insustancial como ensoñar —dijo Esperanza—. Especialmente a las mujeres que somos tan listas y esquivas. Después de todo hemos sido esclavas toda la vida, y sabemos manipular muy bien las cosas cuando no queremos que nada trastorne aquello por lo cual tanto hemos trabajado:

nuestro statu quo.

—¿Quieres decir que los hombres no hacen lo mismo?

—Lo hacen, pero son más abiertos. Las mujeres luchan con trampas. Su técnica preferida es la maniobra del esclavo: desconectar la mente. Escuchan sin prestar atención, y miran sin ver. —Agregó que enseñar a la mujer era tarea digna de encomio.

“Nos gusta la franqueza de tu forma de luchar, y tenemos muchas esperanzas en ti. Lo que más tememos es a la mujer agradable que no se opone a lo nuevo y hace todo lo que le pides para luego denunciarte en cuanto se aburre de la novedad.

—Creo que comienzo a comprender —respondí, un tanto insegura.

—¡Por supuesto que has comenzado a comprender! —y su seguridad era tan cómicamente triunfalista que provocó mi risa—. Incluso has comenzado a entender lo que es el intento.

—¿Quieres decir que empiezo a ser una hechicera? —pregunté, y todo mi cuerpo se sacudió cuando traté de evitar la risa.

—Desde tu arribo has estado, por momentos ensoñando despierta. Por eso es que te duermes con tanta facilidad —y pese a sonreír no había en su rostro señal alguna de burla o condescendencia.

Caminamos un rato en silencio, y luego ella dijo que la diferencia entre un hechicero y una persona común era que el hechicero podía voluntariamente entrar en un estado de ensoñar despierto. Tocó mi brazo repetidas veces, como para enfatizar sus palabras y luego agregó en un tono confidencial:

—Y ensueñas despierta porque para ayudarte a aguzar tu energía hemos creado una burbuja en torno de ti desde la primera noche que llegaste aquí.

Agregó que desde que me conocieron me habían dado el sobrenombre de fosforita. —Te quemas demasiado rápido e innecesariamente. —Con un gesto me ordenó tranquilizarme y opinó que yo no sabía enfocar mi energía. —La despliegas para proteger y apoyar la idea de ti misma. —De nuevo su gesto ordenó silencio, y dijo que lo que pensamos es nuestro yo personal es en realidad

sólo una idea, y sostuvo que la mayor parte de nuestra energía se consumía defendiendo esa idea.

Las cejas de Esperanza se elevaron un poco cuando sonrió y dijo: - El arribar a un punto de abandono donde el yo es tan sólo una idea que puede ser cambiada a voluntad, es un verdadero acto de hechicería, el más difícil de todos. Cuando se aleja la idea del yo, los hechiceros tienen la energía para alinearse con el intento y ser más de lo que creemos constituye lo normal.

“Las mujeres, por poseer una matriz, pueden enfocar su atención con gran facilidad en algo fuera de sus ensueños mientras ensueñan. Eso es precisamente lo que tú has estado haciendo todo este tiempo sin saberlo. Ese objeto se convierte en un puente que te conecta con el intento.

—¿Y cuál objeto uso yo?

Advertí un dejo de impaciencia en sus ojos. Luego dijo que usualmente era una ventana, una luz o aun una cama. —Eres tan diestra en eso que lo logras naturalmente —aseguró—. Por eso tienes pesadillas. Todo eso te lo dije estando tú en un profundo estado de ensoñar despierta, y entendiste que, siempre y cuando rehuses enfocar tu atención en cualquier objeto antes de dormirte, lograrás evitar las pesadillas. Estás curada, ¿verdad’?

Por supuesto mi reacción inicial fue contradecirla, pero luego de pensarlo un segundo no pude menos que estar de acuerdo. Luego de conocer a esta gente en Sonora había quedado relativamente libre de pesadillas.

—Nunca estarás verdaderamente libre si persistes en ser la misma de siempre —declaró—. Por supuesto que lo que deberías hacer es explotar tus talentos para ensoñar de manera deliberada e inteligente. Para eso estás aquí, y la primera lección es que la mujer debe, a través de su matriz, enfocar su atención sobre un objeto. No un objeto del ensueño en sí, sino un objeto independiente, perteneciente al mundo anterior al ensueño.

“Sin embargo —agregó—, no es el objeto lo que importa sino el acto deliberado de enfocar a voluntad, antes y durante el ensueño. —Me advirtió que pese a parecer simple se trataba de una tarea formidable que podría llevarme años para dominarla. —Lo que normalmente sucede es que uno despierta en el instante en que enfoca su atención en un objeto externo.

—¿Qué significa usar la matriz? —pregunté—, ¿y cómo se logra?

—Eres mujer, y sabes sentir con la tuya.

Deseaba contradecirla, decirle que no tenía la más remota idea, pero antes de que pudiese hacerlo ella explicó que en la mujer el sentir emana de la matriz.

—En el hombre se origina en el cerebro —y luego de darme un suave golpe en el estómago me recomendó pensar acerca de esto—. La mujer es despiadada excepto con su progenie pues sus sentimientos vienen de la matriz. Para enfocar tu atención a través de la matriz pon un objeto sobre tu estómago, o frótalo con tu órgano hueco —y rió con ganas al observar la expresión de mi rostro. Luego, entre risas, me regañó. —No estuve tan mal. Pude decirte que era necesario untar el objeto con tus jugos, pero no lo hice. Una vez establecida una estrecha afinidad con el objeto —continuó, ahora seria—, siempre estará presente para servirte como puente.

Caminamos un trecho en silencio, ella al parecer profundamente inmersa en sus pensamientos. Yo hervía por decir algo pese a saber que nada tenía para decir. Cuando Esperanza finalmente habló su tono era serio.

—Ya no te queda tiempo para desperdiciar. Es muy natural que debido a nuestra estupidez jodamos las cosas, y esto los hechiceros lo saben mejor que nadie. Pero igualmente saben que no existen segundas oportunidades. Debes aprender control y disciplina pues ya no hay margen para errores.

- Te jodiste tú misma, ¿sabes? Ni siquiera sabías que Isidoro Baltazar había partido.

El dique etéreo que contenía la avalancha de sentimientos se desmoronó. Reapareció mi memoria y de nuevo me dominó la tristeza, haciéndose tan intensa que ni cuenta me di de haberme sentado y estar hundiéndome en el suelo como si éste fuese de esponja. En última instancia el suelo me tragó. No resultó ser una experiencia sofocante o claustrofóbica pues la sensación de estar sentada en la superficie coexistió con la de ser tragada por la tierra, una sensación dual que me hizo gritar: ¡Estoy ensoñando!, y este anuncio en voz alta desató algo dentro de mí~ una nueva avalancha de memorias diferentes me invadió. Cada noche, desde mi arribo, había ensoñado el mismo ensueño, el cual hasta ese momento había olvidado. Ensoñé que todas las hechiceras venían a mi cuarto para instruirme, y me decían una y otra vez que ensoñar era la función secundaria de la matriz, siendo la primera la reproducción y todo lo relativo a ella. Me dijeron que ensoñar era en las mujeres una función natural, un puro corolario de energía. Dotado de suficiente energía el cuerpo de la mujer, por sí solo, despierta las funciones secundarias de la matriz, y la mujer ensueña ensueños inconcebibles.

No obstante esa energía necesaria se asemeja a la ayuda a países subdesarrollados: nunca llega. Algo en el orden general de nuestra estructura social impide que esa energía se libere para que las mujeres puedan ensoñar.

Según las hechiceras, si fuera libre esa energía lisa y llanamente derribaría el orden "civilizado" de las cosas. La gran tragedia de la mujer es que su conciencia social domina por completo la individual. La mujer teme ser diferente, y no gusta alejarse demasiado de la comodidad de lo conocido. Las presiones sociales a las cuales se ven sometidas para no alejarse son simplemente demasiado fuertes, y antes que cambiar se allanan a lo establecido: la mujer existe para estar al servicio del hombre, y por lo tanto no puede ensoñar ensueños de hechiceros pese a poseer la disposición orgánica para ello.

La feminidad ha destruido las oportunidades de la mujer, y ya sea su apego religioso o científico, igual la marca con el mismo sello: su principal función es reproducir, y en última instancia poco importa si la mujer ha alcanzado un nivel de igualdad política, social o económica.

Las mujeres me repetían esto cada noche, y cuanto más recordaba y entendía sus palabras mayor era mi tristeza; no sólo a título personal sino por todas nosotras, una raza de seres esquizoides atrapada en un orden social que nos ha amarrado a nuestras propias incapacidades. Si logramos liberarnos es sólo por momentos, una claridad efímera vivida antes de caer de nuevo, voluntaria o deliberadamente, en un pozo de oscuridad.

Escuché una voz que decía "basta con esta basura sentimental", una voz de hombre que resultó ser la del cuidador que me miraba.

—¿Cómo llegaste aquí? —pregunté, perpleja y algo confundida—. ¿Me has estado siguiendo? —lo cual más que una pregunta era una acusación.

—Si, te he estado siguiendo a ti en especial —y me obsequió una de sus miradas maliciosas. Estudié su rostro. No le creía; sabía que se estaba burlando, pese a lo cual no me enfadaba o asustaba esa intensa luz que irradiaban sus ojos.

—¿Dónde está Esperanza? pregunté al comprobar que había desaparecido—. ¿Dónde...? —No pude superar el tartamudeo. Las palabras rehusaban salir.

—Anda por allí —respondió con una sonrisa—. No te aflijas. Yo también soy tu maestro. Estás en buenas manos.

Vacilante le extendí una mano, y sin esfuerzo alguno él me ayudó a trepar a una roca plana situada sobre un pequeño estanque ovalado, al cual alimentaba un arroyo cantarín venido de algún punto de las tinieblas.

—Y ahora quítate la ropa —ordenó—. ¡Es hora de tu baño cósmico!

—¿Mi qué? —y segura de que se trataba de una broma comencé a reír.

No era broma. Me propinó una serie de golpecitos en el brazo, tal cual hacía Esperanza, y repitió la orden. Antes de que yo me diese cuenta de sus actos ya había desatado los cordones de mi calzado.

—No tenemos demasiado tiempo. —Me amonestó, fijándome con su mirada fría, clínica e impersonal, como si yo fuese el sapo al cual había aludido Esperanza.

La sola idea de introducirme en esas aguas frías y oscuras, sin duda infestadas por todo tipo de alimañas viscosas, me horrorizaba, y con ánimo de poner fin a tan ridícula situación me deslicé por la piedra y metí los dedos en el agua. —¡No siento nada! —grité, retrocediendo atemorizada—. ¿Qué sucede? ¡Esto no es agua!

—No seas infantil. Por supuesto que es agua, sólo que no la sientes.

Abrí la boca para lanzar un insulto pero logré frenarme a tiempo. Mi horror había desaparecido.

—¿Porqué no siento el agua? —pregunté en un intento de ganar tiempo, aun sabiendo que ése era un truco inútil, y que terminaría metiéndome en esas aguas, las sintiese o no. Con todo no era mi intención ceder con tanta facilidad. —¿Es éste algún tipo de fluido purificador? —pregunté. A continuación de un largo silencio cargado de posibilidades amenazantes admitió que podría llegar a decirse que se trataba de un líquido purificante.

—No obstante —dijo—, debo advertirte que no existe ritual capaz de purificar a nadie. La purificación debe venir de adentro; es una lucha privada y solitaria.

—¿Entonces por qué quieres que me meta en esta agua que es viscosa aun cuando no la siento? —pregunté del modo más airado posible.

Sus labios se movieron en amago de risa, pero mantuvo la seriedad. Anunció que se zambulliría conmigo, y sin más trámite se desnudó por completo.

Se paró ante mí, a escasa distancia, totalmente en cueros, y en esa extraña e indefinida luz pude reconocer cada centímetro de ese cuerpo cuya desnudez no intentó disimular. Al contrario, parecía orgulloso en extremo de su masculinidad, la cual exhibía con desafiante insolencia.

—Apúrate y quítate la ropa. No tenemos mucho tiempo —insistió.

—No lo haré. ¡Es cosa de locos!

—Lo harás. Es una decisión que tu misma tomarás —y si bien lo dijo con vehemencia no demostró enojo—. Esta noche, en este mundo extraño, entenderás que sólo cuadra un tipo de comportamiento: el de los hechiceros.

Con una sonrisa destinada a brindarme tranquilidad, pero sin lograrlo, me dijo que la zambullida me sacudiría, modificando algo dentro de mí.

—Este cambio te servirá más adelante para entender lo que somos y lo que hacemos.

Una sonrisa pasajera iluminó su rostro cuando se apresuró a aclarar que el zambullirme en esas aguas no me proporcionada energía para ensoñar despierta por mi cuenta. Me previno que transcurriría mucho tiempo hasta que yo acumulase y aguzase mi energía, y que tal vez nunca llegaría a lograrlo. —No existen garantías en el mundo de los hechiceros —dijo, y luego concedió que la inmersión tal vez desviada mi atención de las preocupaciones diarias, las esperadas de una mujer de mi edad y de mi tiempo.

—¿Es éste un lago sagrado? —pregunté.

Arqueó las cejas revelando sorpresa.

—Es un lago de hechiceros—explicó, mirándome fijo. Debe de haberse percatado de que mi decisión estaba ya tomada pues procedió a desatar mi reloj de pulsera y colocarlo en su muñeca.

—No es sagrado ni lo opuesto —dijo—. Ahora mira tu reloj. Ha sido tuyo durante muchos años. Siéntelo en mi muñeca. —Lanzó una carcajada ahogada, amagó decir algo y prefirió callar. — Bueno, vamos, quítate la ropa.

—Creo que me meteré con ropa —murmuré. Pese a no ser ninguna mojigata me resistía a la idea de exhibirme desnuda ante él.

Señaló que necesitaría ropa seca para cuando saliese del agua.

—No quiero que te pesques una neumonía —dijo mientras una sonrisa malvada asomaba a sus ojos—. Esta es agua verdadera, pese a que no la sientas así.

De mala gana me quité la camisa y los jeans.

—Tus calzones también —ordenó.

Caminé por el borde del estanque preguntándome qué sería mejor, si tirarme y acabar de una vez por todas con la cuestión, o mojarme de a poco recogiendo el agua en mis manos para dejar que se escurra por mis brazos, piernas y estómago, y por último sobre el corazón, tal cual había visto hacer a las viejas en Venezuela antes de meterse al mar.

—¡Aquí voy! —grité, pero antes de saltar me volví para mirar al cuidador.

Su inmovilidad me asustó. Parecía haberse convertido en piedra, tan quieto y erecto sobre la peña. Apenas si sus ojos parecían tener vida, brillando de manera extraña sin haber una luz que lo justificase, y me sorprendió antes que entristeció el ver lágrimas rodar por sus mejillas. Sin saber por qué yo también comencé a llorar en silencio. Pensé que sus lágrimas llegaban y se introducían en mi reloj colocado en su muñeca. Sentí el atemorizante peso de su convicción, y de pronto, vencidos mi temor y mi indecisión, me arrojé al agua.

No era viscosa sino transparente como la seda. No sentí frío, y tal cual adujo el cuidador tampoco el agua. En realidad no sentí nada. Era como si yo fuese una conciencia incorpórea que nadaba en el centro de un espejo acuático al cual sentía líquido pero no mojado. Percibí luz que emanaba del fondo, y me impulsé hacia arriba como un pez en procura de ímpetu para luego zambullirme en busca de esa luz.

Cuando resurgí necesitada de aire pregunté:

—¿Qué profundidad tiene este pozo?

—La misma que al centro de la Tierra —respondió la voz clara y potente de Esperanza, con tal seguridad que, sólo para ser fiel a mí misma, la quise contradecir. Sin embargo cierta inquietud que flotaba en el aire me lo impidió: una calma artificial, una tensión de pronto quebrada por un sonido raspante, un susurro que advertía que algo andaba mal.

De pie en el exacto lugar antes ocupado por el cuidador se encontraba Esperanza, totalmente desnuda.

—¿Dónde está el cuidador? —pregunté alarmada.

—Yo soy el cuidador —respondió.

Convencida de que ambos me hacían víctima de una horrenda broma, me acerqué merced a una fuerte brazada a la peña sobre la cual se hallaba Esperanza.

—¿Qué está sucediendo? —pregunté, mi voz aún débil por causa del esfuerzo realizado.

Tranquilizándome con un gesto se acercó con ese andar desgoznado, tan característico en ella, y luego exhibió mi reloj.

—Soy el cuidador —repitió.

Asentí automáticamente, pero enseguida, frente a mí, en lugar de Esperanza surgió el cuidador, desnudo como antes, señalando mi reloj. No miré el reloj; mi atención se centró en sus órganos sexuales. Extendí mi mano para tocarlos, para descubrir si era hermafrodita. No lo era. Seguí tentando, y sentí más que vi cómo su cuerpo se plegaba dentro de sí y que lo que tocaba era una vagina. Separé los labios para asegurarme que dentro de ella no estuviese oculto un pene.

—Esperanza... —alcancé a decir, y mi voz se desvaneció cuando algo se prendió de mi cuello. Tuve conciencia de que las aguas se abrían y algo me atraía hacia las profundidades de la laguna.

Sentí frío, no un frío físico sino más bien la sensación de falta de calor, de luz y de sonido, en ese mundo misterioso del estanque.

Me despertó un suave ronquido; Zuleica dormía a mi lado sobre una estera desplegada en el suelo. Se veía hermosa como siempre, joven y fuerte y a la vez vulnerable pese a la armonía y el poder que exhalaba, distinta de las otras hechiceras.

La observé un momento para luego incorporarme cuando me abrumaron los sucesos de la noche. Quería sacudirla, despertarla y exigir que explicase lo acontecido, cuando noté que ya no estábamos junto a la laguna en la sierra sino en el lugar exacto donde estuvimos sentadas anteriormente, junto a la puerta principal de la casa de las brujas. Preguntándome si todo no había sido más que un sueño le sacudí con suavidad el hombro.

—Ah, ya despertaste —murmuró.

—¿Qué sucedió? Tienes que contarme todo.

—¿Todo? —repitió, con un bostezo.

—Todo lo que sucedió junto al estanque —repuse impaciente.

Bostezó de nuevo, rió, y estudiando mi reloj (que seguía en su muñeca), dijo que algo en mí había cambiado más allá de lo anticipado.

—El mundo de los hechiceros dispone de una barrera natural que disuade las almas tímidas —explicó—. Los hechiceros necesitan de una fuerza tremenda para poderlo manejar. Está poblado por monstruos, dragones voladores y seres demoníacos que por su-puesto no son otra cosa que energía impersonal. Nosotros, impelidos por nuestro miedo, convertimos esa energía en seres infernales.

—¿Pero qué hay de Esperanza y el cuidador? —interrumpí—. Ensoñé que ambos eran en realidad tú.

—Lo son —respondió como si eso fuese lo más natural del mundo—. Acabo de decírtelo. Tú cambiaste más de lo que yo anticipé y entraste en lo que los ensoñadores llaman ensoñar en mundos que no son éste.

- Tú y yo ensoñábamos en un mundo diferente, y por eso no sentías el agua. Aquél es el mundo donde el nagual Elías encontró todas sus invenciones. En ese mundo se puede ser hombre o mujer, y así como el nagual Elías trajo sus invenciones a este mundo, yo traigo a Esperanza o el cuidador, o más bien lo hace mi energía impersonal.

Yo no lograba traducir mis sentimientos o pensamientos en palabras: me dominaba una increíble necesidad de huir profiriendo alaridos que no podía transformar en acción. Mi control motriz ya no era voluntario, y en mi intento de ponerme de pie y gritar me desplomé.

A Zuleica no le conmovió ni preocupó mi condición. Siguió hablando como si mis rodillas no hubiesen cedido, como si yo no estuviese desparramada por el suelo igual que una muñeca de trapo.

—Eres una buena ensoñadora. Al fin y al cabo te has pasado la vida soñando con monstruos. Ahora es llegado el momento de adquirir la energía para ensoñar como lo hacen los hechiceros, ensoñar con energía impersonal.

Deseaba interrumpirla, decirle que no había nada impersonal en mi ensueño de Esperanza y el cuidador, y que en realidad aquello había sido peor que los monstruos de mis pesadillas, pero no podía hablar.

—Esta noche tu reloj te trajo de regreso del ensueño más pro-fundo que has tenido —continuó Zuleica, indiferente a los sonidos raros que surgían de mi garganta—. Y tienes la roca para probarlo.

Llegó adonde yo me encontraba postrada, observándola boquiabierta, y buscó en mi bolsillo. Estaba en lo cierto, allí encontró la roca que tomé de la pila de piedras.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Me incorporé cuando un fuerte ruido me despertó, y escudriñando las sombras constaté que las persianas de madera se encontraban balas. Me envolvió un viento frío, el mismo que perseguía hojas en el patio, y una tímida luz penetró en la habitación, adhiriéndose a las paredes desnudas cual si fuese niebla.

—¡Nagual! —grité, pues como si lo hubiese conjurado allí estaba Isidoro Baltazar, de pie junto a mi hamaca. Parecía un ser real, pese a ese algo indefinido que hacía que se le viese como a una imagen sumergida. Aclaré la garganta para hablar, y sólo logré emitir un débil croar. Después se disolvieron: la imagen y enseguida la niebla.

Demasiado tensa como para dormir, permanecí sentada, envuelta en una cobija, pensando si había sido acertada mi decisión de buscar aquí a Isidoro Baltazar. No sabía de otro lugar. Había esperado pacientemente durante tres meses, luego de lo cual mi ansiedad se hizo tan aguda que me vi obligada a actuar. Una mañana, siete días atrás, había viajado sin detenerme hasta la casa de las hechiceras, y en ese momento no abrigaba dudas acerca de si mi decisión fue o no la correcta: ni siquiera después de verme obligada a escalar el muro del fondo de la casa, e introducirme por una ventana entreabierta; pero al cabo de siete días esa mi certidumbre había comenzado a flaquear.

Salté de la hamaca al piso embaldosado, golpeando fuertemente con mis talones descalzos. Sacudirme de ese modo siempre me ayudó a alejar las dudas, pero esta vez no surtió efecto de modo que me recosté de nuevo.

Si algo había aprendido en esos tres años de convivencia con los hechiceros, era que sus decisiones son finales, y mi decisión había sido la de vivir y morir en su credo. Había llegado el momento de ponerlo a prueba.

Una risa nada común interrumpió mis pensamientos, retumbó a través de la casa y súbitamente se extinguió. Aguardé, tensa, pero sólo me llegaba el ruido de las hojas en el pasillo movidas por el viento. Ese sonido no sólo me adormeció sino que me introdujo en el ensueño que llevaba siete noches ensoñando.

Estoy en el desierto de Sonora. Mediodía. El sol, un disco tan brillante como para tomarse casi invisible, se ha detenido en la mitad del cielo. No se escucha un solo sonido ni existe movimiento en tomo. Los altos saguaros de brazos espinosos, elevados hacia ese sol inmóvil, son los centinelas que guardan el silencio y la quietud.

El viento, cual si me hubiese seguido a través del ensueño, comienza a soplar con fuerza tremenda. Silba entre las ramas de los árboles de mesquite y los sacude con furia sistemática. Remolinos de polvo rojo surgen en tomo de nosotros. Una bandada de cuervos asemeja puntos en el cielo; luego caen a tierra un poco más allá, como trozos de un velo negro.

Tan abruptamente como surgió el viento se calma. Me dirijo hacia las montañas distantes, y pareciera que he caminado horas antes de discernir una enorme sombra negra en el suelo. Levanto la mirada. Un gigantesco pájaro negro cuelga en el aire con las alas desplegadas, inmóvil, como si estuviese clavado al cielo, y sólo cuando reparo en su sombra oscura sobre el suelo descubro que el pájaro se mueve. Lenta, imperceptiblemente, su sombra se desliza ante mí.

Impelida por una fuerza inexplicable intento alcanzar la sombra, pero independiente de la velocidad con que corro, la sombra se aleja más y más. Mareada a causa de mi agotamiento tropiezo con mis propios pies y caigo al suelo.

Mientras procuro quitar el polvo de mis ropas descubro al pájaro parado sobre un peñasco cercano, su cabeza ligeramente desviada hacia mí en aparente actitud invitante. Me aproximo con

cautela. Es enorme y oscuro, y sus plumas brillan como cobre pulido. Sus ojos color ámbar son duros e implacables, terminantes como la muerte misma.

Retrocedo cuando el pájaro abre grandes sus alas y despegar. Remonta vuelo hasta convertirse en un punto en el cielo, pese a lo cual su sombra sobre la tierra es una línea negra y recta que se extiende hasta el infinito, uniendo el cielo y la tierra.

Confiada en que si convoco al viento podré alcanzar al pájaro, invoco una encantación, pero carece de fuerza y de poder. Mi voz se quiebra en mil susurros pronto absorbidos por el silencio. El desierto recupera su extraña calma. Comienza a desmoronarse en los bordes; luego se desvanece lentamente en torno...

De manera gradual adquirí conciencia de mi cuerpo acostado en la hamaca, y a través de la cambiante neblina adiviné las paredes de la habitación, revestidas de libros. Luego desperté totalmente y me impactó, como lo ha hecho toda la semana, la certeza de que éste ha sido un ensueño, y que sé lo que significa.

El nagual Mariano Aureliano me había dicho cierta vez que los hechiceros, cuando hablan de hechicería, se refieren a ella como a un pájaro, y lo llaman el pájaro de la libertad, pájaro que sólo vuela en línea recta y nunca hace una segunda visita. También dicen que es el nagual quien lo atrae y lo induce a arrojar su sombra sobre el sendero del guerrero. Sin esa sombra no existe dirección.

El significado de mi ensueño era que yo había perdido al pájaro de la libertad. Había perdido al nagual, y con él toda esperanza y sensación de propósito, y lo que más apenaba mi corazón era que el pájaro de la libertad se había alejado tan velozmente que ni tiempo tuve para expresar mi agradecimiento a todos y mi infinita admiración.

En todo momento yo había asegurado a los hechiceros que nunca los había tomado a ellos ni a su mundo por dados, pero sí los había hecho, especialmente a Isidoro Baltazar. El sin duda permanecería conmigo para siempre, pensé, y de pronto se habían ido todos, como estrellas fugaces o soplos de viento, llevándose a Isidoro Baltazar.

Durante semanas permanecí sentada en mi habitación, haciéndome la misma pregunta: ¿Cómo era posible que desapareciesen de ese modo?, una pregunta superflua y carente de sentido dado lo que yo había visto y experimentado en ese mundo que lo único que revelaba era mi verdadera naturaleza: sumisa e insegura. Los hechiceros me habían dicho durante años que su meta final era arder, desaparecer tragados por la fuerza de la conciencia. El viejo nagual y su grupo estaban preparados pero yo no sabía. Se habían estado preparando casi todas sus vidas para la audacia final: ensoñar despiertos. La audacia de burlar la muerte (tal como nosotros la conocemos) para internarse en lo desconocido, aumentando, sin quebrarla, la unidad de su energía total.

Mi pesar se hizo más intenso cuando recordé que mi naturaleza incrédula reaparecería en el momento menos pensado. No era cuestión de no creer en su estupenda meta, en sus propósitos extraterrenales pero a la vez prácticos. Más bien prefería interpretarlos y de alguna manera integrarlos al mundo del sentido común, no siempre, claro está, del todo, pero coexistiendo con lo que para mi resultaba normal y familiar.

Los hechiceros intentaron prepararme para presenciar su viaje definitivo: que un buen día desaparecerían era algo casi aceptado por mí. Sin embargo, nada podría haberme preparado para la angustia y la desesperanza resultantes. Caí en un pozo de tristeza del cual sabía muy bien nunca saldría, pero ése era un problema que debía ser resuelto por cuenta propia.

Temiendo aumentar mi desespero si permanecía tendida en la hamaca, me levanté para preparar el desayuno o, mejor dicho, a calentar las sobras de la noche anterior: arroz, tortillas y frijoles,

mi comida tipo de los últimos siete días, excepción hecha del almuerzo al cual agregaba una lata de sardinas noruegas compradas en el almacén de un pueblo vecino.

Lavé la vajilla y repasé el piso, luego de lo cual, armada de la escoba, recorrí todos los cuartos en busca de nuevas suciedades, o alguna telaraña olvidada en un rincón. Desde mi arribo parecía no haber hecho otra cosa que fregar pisos, lavar paredes y ventanas y barrer patios y corredores. Las tareas de limpieza siempre me habían brindado paz y alejado de mis problemas, pero esta vez no resultó así. Pese al interés con que encaraba estos trabajos no lograba calmar con ello mi angustia ni llenar el doloroso y agobiante vacío.

Un ruido de hojas barridas por el viento interrumpió mi actividad, obligándome a salir a investigar. Un vendaval cuya fuerza me sobresaltó soplabla entre los árboles, y estaba yo a punto de cerrar las ventanas de la casa cuando abruptamente cesó. Una profunda melancolía descendió sobre todo, patio, árboles, flores y huerto, y hasta la buganvilla morada se asoció al desasosiego general. Calmado el viento caminé hasta la fuente colonial en medio del patio, me arrodillé sobre el ancho borde de piedra, y casi sin pensarlo me dediqué a quitar las hojas y flores caídas al agua. Después me acerqué para buscar mi imagen en la tranquila superficie, y descubrí el bello y anguloso rostro de Florinda junto al mío. Hipnotizada por sus grandes ojos oscuros que contrastaban con la blanca cabellera, contemplé su reflejo en el agua, y en ambos nuestros rostros nació una sonrisa.

—No te oí llegar —dije en voz baja, temerosa de que desapareciese su imagen, de que todo no fuese más que un sueño.

Posó su mano sobre mi hombro, y luego se sentó junto a mí sobre el borde de piedra.

—Estaré contigo apenas un momento —advertió—, pero más tarde regresaré.

No pude atajarme y di rienda suelta a toda la angustia y desesperación acumulada.

Florinda me miró, y su rostro reflejaba profunda tristeza. Lágrimas asomaron a sus ojos para desaparecer con la misma celeridad con que surgieron.

—¿Dónde está Isidoro Baltazar? —pregunté.

Sin mirarle el rostro descargué mis lágrimas, no provocadas por sentir lástima de mi misma, ni siquiera por la tristeza, sino por una sensación de fracaso, culpa y pérdida que me ahogaba. Tiempo atrás Florinda ya me había advertido acerca de estos arranques.

—Para los hechiceros las lágrimas carecen de sentido —dijo—. Cuando te uniste al mundo de los hechiceros se te hizo entender que los designios del destino, sean cuales fueren, son meros desafíos que un hechicero debe enfrentar sin resentimiento ni lástima de si mismo. —Hizo una pausa para repetir que ya en otras ocasiones me había dicho que Isidoro Baltazar ya no era un hombre sino un nagual. —Tal vez haya acompañado al viejo nagual, en cuyo caso nunca regresará, pero también puede que no lo haya hecho.

—Pero, ¿por qué...? —no llegué a completar la pregunta.

—Esta vez realmente no lo sé —anunció Florinda, levantando una mano para anticiparse a mi protesta—. Se trata de un desafío que debes vencer y, como sabes, los desafíos no son discutidos ni resentidos sino enfrentados activamente. En esto los hechiceros pueden triunfar o fracasar, y el resultado no interesa mayormente siempre y cuando dominen la situación.

—¿Cómo esperas que la domine cuando la tristeza me mata? Isidoro Baltazar se ha ido para siempre —y en mi queja quedó reflejado mi resentimiento y mi enojo ante lo prosaico de su actitud.

—¿Por qué no escuchas mis sugerencias y te comportas impecablemente dejando de lado tus sentimientos? —dijo en son de reproche. Su genio era tan mudable como su brillante sonrisa.

—¿Cómo puedo llegar a hacer eso? Sé que cuando se ausenta el nagual el juego se ha acabado.

—No necesitas al nagual para ser una hechicera impecable. Tu impecabilidad debe conducirte a él, aun si ya no está en el mundo. Tu desafío es vivir impecablemente dentro de tus circunstancias, y no cambiará absolutamente nada si lo ves a Isidoro Baltazar el año que viene o al fin de tu vida. Florinda me dio la espalda y guardó un largo silencio. Cuando me enfrentó de nuevo su rostro lucía como una máscara, cual si estuviese haciendo un gran esfuerzo para controlar sus emociones, y había tal tristeza en sus ojos que olvidé mi propia angustia.

—Dé jame que te cuente un cuento —dijo, y la dureza (le su tono tal vez estuviese destinado a borrar el dolor reflejado en sus ojos—. Yo no viajé con el nagual Mariano Aureliano y su grupo, y tampoco lo hizo Zuleica. ¿Sabes por qué?

Boquiabierta, paralizada por el temor, tardé un rato antes de poder decirle que no lo sabía.

—Estamos aquí porque no pertenecemos a ese grupo de hechiceros. Pertenecemos pero no pertenecemos. Nuestros sentimientos están con otro nagual, el nagual Julián, nuestro maestro. El nagual Mariano Aureliano es nuestro igual, y el nagual Isidoro Baltazar, nuestro alumno. Como a ti, nos han dejado atrás. A ti, porque no estabas lista para viajar con ellos. A nosotras, porque necesitamos de más energía para dar un gran salto y tal vez unirnos a otro grupo de guerreros, un grupo más antiguo, el del nagual Julián.

Podía sentir la soledad de Florinda como una niebla fina que descendía sobre mí, y casi no me animaba a respirar por temor a que enmudeciese.

Se explayó acerca de su maestro, el nagual Julián, hombre de gran fama. Sus descripciones eran breves y a la vez tan evocativas que logré verlo ante mis ojos, el hombre más apuesto que jamás existió. Gracioso, de rápido ingenio, un bromista incorregible. Narrador y mago capaz de manejar la percepción como un maestro panadero maneja la masa, modelándola sin perderla de vista. Estar con el nagual Julián, aseguró Florinda, era una experiencia inolvidable. Confesó amarlo más allá de las palabras, de los sentimientos, así como también lo amaba Zuleica.

Florinda cayó en un nuevo y largo silencio, fija la vista en las lejanas montañas, como si con ese acto lograra extraer energías de los afilados picos. Cuando habló de nuevo su voz era apenas un susurro:

—El mundo de los hechiceros es un mundo de soledades, pero en él anida eterno el amor. Como el mío por el nagual Julián. Solas nos movemos en este mundo, contando solamente con nuestros actos y sentimientos y con nuestra impecabilidad —dijo, y movió la cabeza como para subrayar sus palabras—. Yo ya no tengo sentimientos. Los que tuve se los llevó el nagual Julián. Todo lo que me queda es mi sentido de la voluntad, del propósito y del deber. Quizá tú y yo tengamos el mismo problema —y dijo esto con tal dulzura que pasó antes de que entendiese lo que ella decía. Me la quedé mirando. Como siempre su espléndida belleza llamaba la atención, junto con esa hechicera juventud que los años dejaron intacta.

—Yo no, Florinda —repuse—. Tú tuviste al nagual Isidoro Baltazar y a mí, y todos los otros discípulos de los cuales me han hablado. Yo no tengo nada, ni siquiera mi antiguo mundo. —No me estaba lamentando; hablaba a través de la certeza de que la vida, tal como la había conocido hasta ahora, era hoy cosa del pasado. —El nagual Isidoro Baltazar me da mi poder. Esperaré un tiempo más, como es mi obligación hacerlo, pero si ya no está en este mundo tampoco lo estará yo. ¡Sé lo que tengo que hacer! —y mi voz se fue perdiendo al percatarme de que Florinda ya no me prestaba atención. Se encontraba absorta con un pequeño cuervo que se nos acercaba por el borde de la fuente.

—Ese es Dionisio —anuncié, buscando en mis bolsillos los pedazos de tortilla que le guardaba. No los encontré. Tan absorta estuve en mis penas que olvidé que a esa hora, pasado el mediodía, el pequeño animal venía por su comida.

—Está enojado el señor —observó Florinda, riendo de los furiosos reclamos del pájaro—. Tú y el cuervo se parecen bastante. Ambos se enojan con facilidad, y lo proclaman de manera muy sonora.

Apenas si logré contener mi deseo de decirle que lo mismo podía decirse de ella, y ella rió como si supiese del esfuerzo que yo hacía para no llorar.

El cuervo se había posado sobre mi mano y me miraba de costado con ojos brillantes que semejaban guijarros. Abrió sus alas y su reflejo azul centelleó a la luz del sol.

Con toda calma le anuncié a Florinda que las presiones del mundo de los hechiceros eran intolerables.

—¡Tonterías! —respondió, como si retase a una criatura malcriada—. Fíjate, lo asustamos a Dionisio. —Fascinada observó el vuelo del pájaro que se alejaba, y luego centró su atención en mi persona.

Desvié el rostro, y no sabría decir por qué, pues no había hostilidad en esos ojos oscuros y brillantes que lucían calmos e indiferentes.

—Si no logras alcanzar a Isidoro Baltazar, entonces yo y los demás hechiceros que te hicimos de maestros habremos fracasado en nuestro intento de impresionarle, y también de desafiarte. No será una pérdida terminante para nosotros, pero si lo será para ti —y viendo que mis lágrimas amenazaban volver a la carga me desafié de nuevo—. ¿Dónde está tu propósito impecable? ¿Qué sucedió con todo lo que aprendiste de nosotros?

—¿,Qué sucederá si nunca alcanzo a Isidoro Baltazar?

—¿Puedes seguir viviendo en el mundo de los hechiceros si no te esfuerzas por averiguarlo? —preguntó con severidad.

—Este es un momento en el cual necesito bondad —murmuré, cerrando los ojos para evitar que se derramasen mis lágrimas—. Necesito a mi madre. ¡Oh, si pudiese estar con ella!

Me sorprendieron mis propias palabras, pronunciadas con entera sinceridad, y ya incapaz de retener las lágrimas rompí a llorar.

Florinda rió. Pero no mofándose pues había bondad en sus ojos.

—Estás tan lejos de tu madre que nunca la volverás a encontrar —dijo cariñosamente, y su voz perdió volumen cuando agregó que la vida del hechicero construye barreras impasables en tomo—. Los hechiceros —recordó— no encuentran solaz en la simpatía de otros, ni sintiendo pena de sí mismos.

—Tú crees que todos mis tormentos se deben a que siento pena de mí misma, ¿verdad, Florinda?

—No. No sólo eso sino también a la morbidez —y rodeándome con los brazos me abrazó cual si fuera una criatura—. La mayoría de las mujeres son mórbidas, tú y yo entre ellas.

No estaba de acuerdo pero no deseaba contradecirla. Su abrazo me llenaba de felicidad, y pese a tener el ánimo decaído logré sonreír. Florinda, como todas las mujeres de ese mundo, carecían de capacidad para expresar sentimientos maternos, y pese a que yo gustaba de abrazar y besar a la gente que amaba, no toleraba estar en brazos de alguien mucho tiempo. El abrazo de Florinda no era tibio y tranquilizador como el de mi madre, pero era lo único a que podía aspirar.

Deshaciendo el abrazo Florinda entró en la casa.

Desperté de pronto, y por un momento permanecí en el piso al pie de la fuente, intentando recordar algo dicho por Florinda antes de que me durmiese. Obviamente había dormido horas, pues pese a la brillantez del cielo las sombras del atardecer ya comenzaban a invadir el patio.

Estaba a punto de buscar a Florinda cuando una risa rara me llegó a través del patio, la misma que escuché durante la noche. Esperé y agucé el oído, en medio de un silencio extraño: nada se movía, nada zumbaba, ningún pájaro piaba, pese a lo cual intuía el movimiento de pasos

silenciosos a mis espaldas. Me volví, y en el extremo del patio, casi oculta por la buganvilla en flor, vi alguien sentada en un banco de madera, y que pese a darme la espalda reconocí.

—¿Zuleica? —susurré, temiendo que mis pasos la ahuyentasen.

—Qué feliz me hace el verte de nuevo —respondió, haciéndome señas para que me sentase junto a ella.

Su voz clara, vibrante a causa del aire del desierto, parecía no provenir de su cuerpo sino de muy lejos. Deseé abrazarla, pero algo me aconsejó no hacerlo. A Zuleica no le gustaba que la tocaran, de modo que tomé asiento junto a ella, y manifesté a mi vez mi alegría de verla. Pero me sorprendió tomando mi mano en la suya, una mano pequeña y delicada. Su hermoso rostro rosa bronceado carecía de expresión toda su vida se concentraba en los ojos increíbles, ni negros ni marrones y llamativamente claros, que se fijaron en los míos en larga mirada.

—¿Cuándo llegaste? —pregunté.

—En este preciso momento —respondió, curvando los labios en angelical sonrisa.

—¿Cómo llegaste? ¿Vino Florinda contigo?

—Oh, tú sabes, las hechiceras van y vienen sin que se lo note. Nadie se fija en una mujer, en especial si es vieja. No obstante, una mujer joven y bonita llama la atención, y es por eso que las hechiceras, si son bonitas, deben adoptar algún tipo de disfraz. Si son medio feítas no tendrán problema.

Un repentino golpecito en el hombro me sobresalió. Zuleica tomó de nuevo mi mano, como para disipar mis dudas, y dijo:

—Para vivir en el mundo de los hechiceros uno debe ensoñar a lo grande —y desvió su mirada hacia la luna casi llena que parecía colgar sobre las lejanas montañas—. La mayoría de la gente no posee el ingenio ni la estatura espiritual necesaria para ensoñar. No pueden evitar ver el mundo como algo ordinario. ¿Y sabes por qué? Porque si no luchas para evitarlo el mundo es en verdad ordinario. La mayoría de la gente vive tan preocupada con sí misma que se ha idiotizado, y los idiotas no desean luchar para evitar la ordinariez.

Zuleica se puso de pie y calzó sus sandalias, ató su chal en tomo de la cintura para impedir que sus faldas largas tocaran el suelo, y caminó hacia el centro del patio. Supe lo que haría aun antes de que ella comenzase. Iba a girar; bailar para acumular energía cósmica. Las hechiceras creen que moviendo sus cuerpos obtienen la fuerza necesaria para ensoñar.

Con un gesto apenas perceptible de su mentón me invitó a seguirla e imitar sus movimientos. Se deslizó sobre las baldosas y los ladrillos oscuros que obedecían a un viejo diseño tolteca, colocado por el propio Isidoro Baltazar; dibujo que unía a generaciones de hechiceros y ensoñadores a través de las edades en una maraña de secretos y hazañas de poder, al cual él había contribuido con toda su fuerza, su intención y su entrega para hacerlo realidad.

Zuleica se movía con la competencia y la agilidad de una bailarina joven, con movimientos simples que empero requerían tanta velocidad, equilibrio y concentración que me dejaron exhausta. Con llamativa agilidad y presteza giraba, alejándose de mí, vaciló en la sombra de los árboles como para asegurarse de que yo la seguía, y luego se dirigió hacia el arco empotrado en la pared que rodeaba las tierras detrás de la casa, y se detuvo momentáneamente junto a los dos citrus que se alzaban del otro lado del muro, aquellos que parecían centinelas apostados a cada lado del sendero conducente a la casa pequeña allende el chaparral.

Temiendo perderla de vista corrí por el oscuro y estrecho sendero, y luego me introduje en la casa para seguirla hasta el cuarto del fondo donde, en lugar de encender la luz, Zuleica echó mano a una lámpara de aceite que colgaba de una de las vigas. Al encenderse la lámpara emitió un fulgor vacilante que dejó los rincones de la habitación en sombras. Del único mueble, un arcón bajo la ventana, extrajo una estera y una cobija.

—Acuéstate boca abajo —ordenó, desplegando la cobija sobre las baldosas.

Suspiré hondo y me sumergí en la placentera sensación de abandono que me ofrecía el estar postrada boca abajo sobre la estera. Una impresión de paz y bienestar impregnó todo mi cuerpo, sentí sus manos sobre mi espalda, no masajeándome sino propinando ligeros golpes.

Pese a haber estado muchas veces en la casa pequeña, aún no conocía su disposición. No sabía cuántas habitaciones tenía ni cómo estaba amoblada. En cierta oportunidad Florinda había dicho que esa casa constituía el centro de sus aventuras. Era allí, según ella, donde el viejo nagual y sus compañeros tejían su trama mágica, la cual, como una telaraña invisible y resistente, los unía cuando se sumergían en lo desconocido, en la oscuridad y en la luz, actividad rutinaria para los hechiceros.

También había dicho que la casa era un símbolo, y que los hechiceros de su grupo no necesitaban estar dentro de ella, ni siquiera en su vecindad, para sumergirse en lo desconocido merced al ensoñar. Dondequiera que fuesen llevaban el sentido y el humor de la casa en sus corazones, y eso, significase lo que significase para cada uno de ellos, les daba la fuerza para enfrentar debidamente el mundo cotidiano.

Otro golpe en mi hombro por parte de Zuleica me sobresaltó:

—Ponte de espaldas —ordenó.

Obedecí.

Su rostro, al acercarse al mío, irradiaba energía y resolución.

—Los mitos son ensueños de grandes ensoñadores —dijo—. Se necesita mucho valor y concentración para mantenerlos y, por encima de todo, mucha imaginación. Tú eres un mito viviente, un mito que se te ha encomendado para salvaguardar.

Hablaba en un tono casi reverente:

—No puedes recibir ese mito a menos que seas irreprochable. Si no lo eres el mito sencillamente se alejará de ti.

Abrí la boca para responder, para decirle que había comprendido todo, pero la dureza de su mirada me detuvo. Era evidente que no tenía intención de dialogar conmigo.

Cesó el ruido de ramas raspando la pared exterior de la casa, y lo reemplazó una suerle de pulsación en el aire, sentida antes que escuchada. Estaba por caer dormida cuando Zuleica dijo que yo debía seguir las órdenes recibidas en mi ensueño repetitivo.

—¿Cómo sabes que he tenido ese ensueño? —pregunté alarmada, intentando incorporarme.

—¿Te has olvidado que compartimos nuestros ensueños?

—respondió, obligándome a recostar de nuevo—. Yo soy la que trae los ensueños.

—No fue más que un ensueño sin importancia, Zuleica —y mi voz tembló pues me asaltó un tremendo deseo de llorar. Sabía que no se trataba de un mero ensueño, pero quería que ella me mintiese. Zuleica sacudió su cabeza. —No, no era un simple ensueño, era un poderoso ensueño de hechiceros, una visión.

—¿Qué debo hacer?

—¿No te lo dijo el ensueño? —preguntó en tono desafiante—. ¿No te lo dijo Florinda? —Me observó sin que su expresión revelase indicio alguno. Luego sonrió, una sonrisa tímida e infantil.

—Debes entender que no puedes correr tras Isidoro Baltazar. Él ya no está en el mundo. Ya no hay nada que puedas darle ni hacer por él. No puedes estar ligada al nagual como persona, solamente como un ser mítico. —Con voz suave pero autoritaria repitió que yo estaba viviendo un mito. —El mundo de los hechiceros es un mundo mítico separado del mundo diario por una barrera misteriosa hecha de ensueños y obligaciones.

—Sólo si el nagual es apoyado por sus compañeros de ensueños puede él conducirlos a otros mundos viables en los cuales puede atraer al pájaro de la libertad —y sus palabras se fundieron

con las sombras de la habitación cuando agregó que el apoyo que Isidoro Baltazar necesitaba era energía para ensoñar, no sentimientos y acciones mundanas.

Luego de un largo silencio habló de nuevo.

—Has visto cómo el viejo nagual, así como también Isidoro Baltazar mediante su mera presencia, afectan a todo lo que los rodea, sean éstos sus compañeros hechiceros o gente común y corriente, haciéndoles patente que el mundo es un misterio donde nada, bajo ninguna circunstancia, puede darse por sentado.

Asentí con un movimiento de cabeza.

Durante largo tiempo me resultó difícil comprender cómo los naguales, por obra de su sola presencia, influían de manera tan poderosa, y luego de observar cuidadosamente, cambiar opiniones con otros e interrogarme de continuo, arribé a la conclusión de que su influencia era el resultado de su renuncia a las inquietudes humanas. En nuestro mundo ordinario también tenemos ejemplos de parecido renunciamiento por parte de hombres y mujeres a los cuales damos el nombre de santos, místicos y religiosos, pero los naguales no son santos, y por cierto no son religiosos. Los naguales son hombres del mundo sin asomo de preocupación mundana.

A nivel subliminal esta contradicción tiene enorme efecto sobre quienes los rodean. La mente de quienes rodean a un nagual no puede comprender qué los está afectando, pese a lo cual sus cuerpos sienten el impacto como una extraña ansiedad, una urgencia por liberarse o un sentido de imperfección, como si algo trascendental estuviese sucediendo en alguna parte y de lo cual ellos están excluidos. Pero la capacidad intrínseca de un nagual para afectar a terceros no depende de manera exclusiva de su ausencia de preocupaciones mundanas o en la fuerza de sus personalidades, sino en la fuerza de su comportamiento sin tacha. Los naguales son irreprochables en sus actos y sentimientos, independiente de las emboscadas —mundanas o no— que encuentren en su senda interminable. Y tampoco es cuestión de que los naguales sigan un determinado conjunto de leyes y reglamentos para alcanzar ese comportamiento irreprochable, pues éstos no existen. Más bien usan su imaginación para adoptar o adaptarse a lo que sea necesario para hacer que sus actos sean fluidos.

Los naguales, contrariamente al común de los mortales, no buscan aprobación, respeto, alabanza o cualquier otro tipo de reconocimiento de nadie, y esto incluye a sus congéneres. Lo único que ambicionan es su propio sentido de integridad e inocencia.

Es esto lo que toma adictiva la compañía de un nagual. Uno llega a depender de la libertad de un nagual como lo haría de una droga. Para un nagual el mundo es siempre enteramente nuevo, y en su compañía uno comienza a mirar el mundo como si antes no hubiese existido.

—Eso es porque los naguales han roto el espejo de la autorreflexión —informó Zuleica como si hubiese seguido el curso de mis pensamientos—. Los naguales pueden verse en un espejo de niebla que refleja sólo lo desconocido, un espejo que ya no refleja nuestra humanidad normal —expresada por la repetición— sino que revela la faz del infinito.

- Los hechiceros creen que cuando la faz de la autorreflexión se funde con la faz del infinito, un nagual está totalmente preparado para romper las fronteras de la realidad y desaparecer como si no estuviese constituido por materia sólida. Isidoro Baltazar lleva ya mucho tiempo preparado.

—¡No puede dejarme atrás! —grité—. Eso sería demasiado injusto.

—Es tonto pensar en términos de justicia e injusticia —replicó Zuleica—. En el mundo de los hechiceros sólo existe el poder. ¿Acaso no te lo enseñamos cada una de nosotras?

—Aprendí muchas cosas —admití con pesar, y luego de unos minutos murmuré entre dientes—, pero en estos momentos nada de eso tiene valor.

—Ahora valen más que nunca —me contradijo—. Si hay algo que has aprendido, es que en los peores momentos los guerreros reviven sus fuerzas para seguir adelante. Un guerrero no sucumbe a la desesperación.

—Nada de lo aprendido y experimentado puede aliviar mi tristeza y desesperación. Hasta he tratado con los cánticos espirituales que aprendí de mi nodriza. Florinda se ríe de mí. Cree que soy una idiota.

—Florinda tiene razón. Nuestro mundo mágico no tiene nada que ver con cánticos y conjuros, con rituales y comportamientos extraños. Nuestro mundo mágico, que es un ensueño, es hecho realidad mediante el deseo concentrado de quienes participan de él. En todo momento lo mantiene intacto la voluntad tenaz de los hechiceros, del mismo modo como lo es el mundo diario por la voluntad de todos.

Se detuvo abruptamente. Parecía haberse sorprendido a sí misma en medio de un pensamiento que no deseaba expresar. Luego sonrió, y con un cómico gesto de impotencia agregó:

—Para ensoñar nuestro ensueño tienes que estar muerta.

—¿Quiere decir eso que me tengo que caer muerta aquí mismo y en este instante? —pregunté en una voz que comenzaba a enronquecer—. Sabes que para eso estoy completamente lista.

El rostro de Zuleica se iluminó, y rió como si yo hubiese contado el mejor de los chistes, pero al notar que yo hablaba muy en serio se apresuró a clarificar.

—No, no. Morir significa que cortamos todas las amarras, abandonamos todo lo que tenemos, todo lo que somos.

—Eso no tiene nada de nuevo —respondí—. Lo hice en el momento mismo en que me incorporé al mundo de ustedes.

—Obviamente no lo hiciste, pues de ser cierto no estarías en el estado en que estás. Si hubieses muerto como lo exige la hechicería ahora no sentirías angustia.

—¿Qué sentiría, entonces?

—¡Deber! ¡Propósito!

—Mi angustia nada tiene que ver con mi sentido de propósito

—grité—. Es algo aparte, independiente. Estoy viva y siento tristeza y amor. ¿Cómo puedo impedirlo?

—No se espera que lo evites —explicó Zuleica—, sino que te sobrepongas a ello. Si los guerreros no poseen nada, nada sienten.

—¿Y qué tipo de mundo vacío es ése? —pregunté desafiante.

—Vacío es el mundo de los que se entregan al vicio del amor por sí mismos —y me miró de manera ansiosa, como esperando que yo manifestase mi acuerdo—. De modo que tenemos un mundo destartado, aburrido, repetido. Para los hechiceros el antídoto es la muerte, y no sólo piensan en ella, sino que mueren.

Un escalofrío recorrió mi espalda. Tragué y permanecí en silencio, admirando la espléndida luna que brillaba a través de la ventana.

—En realidad no entiendo lo que me dices, Zuleica.

—Me entiendes perfectamente bien. Tu ensueño comenzó cuando me conociste. Ahora ha llegado el momento de otro ensueño, pero esta vez ensueña muerta. Tu error fue ensoñar viva.

—¿Qué significa eso? —pregunté incómoda—. No me atormentes con adivinanzas. Tú misma me dijiste que sólo los hechiceros se atormentan con adivinanzas y que las hechiceras no, y ahora me lo estás haciendo a mí.

La risa de Zuleica rebotó de una pared a otra, sonando como las hojas secas impulsadas por el viento.

—Ensoñar viva significa tener esperanzas, que te aferras a tu ensueño para mantenerte viva. Ensoñar muerta significa que has abandonado la esperanza, que no te aferras a tu ensueño. Temiendo no poder controlar mi voz al responder, me limité a mover afirmativamente la cabeza. Florinda me había dicho que la libertad es una total ausencia de preocupación por sí mismo, algo logrado cuando la masa de energía aprisionada dentro de nosotros es liberada. Había dicho que esta energía sólo podía liberarse cuando podemos reprimir el exaltado concepto que tenemos de nosotros mismos, de nuestra importancia, esa importancia que consideramos inviolable y libre de burlas.

La voz de Zuleica era clara pero parecía venir de muy lejos.

—El precio de la libertad es muy alto —dijo—. La libertad únicamente se logra ensuñando sin esperanza, estando dispuestos a perderlo todo, incluso el mismo ensueño. Para algunos de nosotros ensuñar sin esperanza, luchar sin meta, es la única manera de no quedarse atrás del pájaro de la libertad.

FIN

* * *